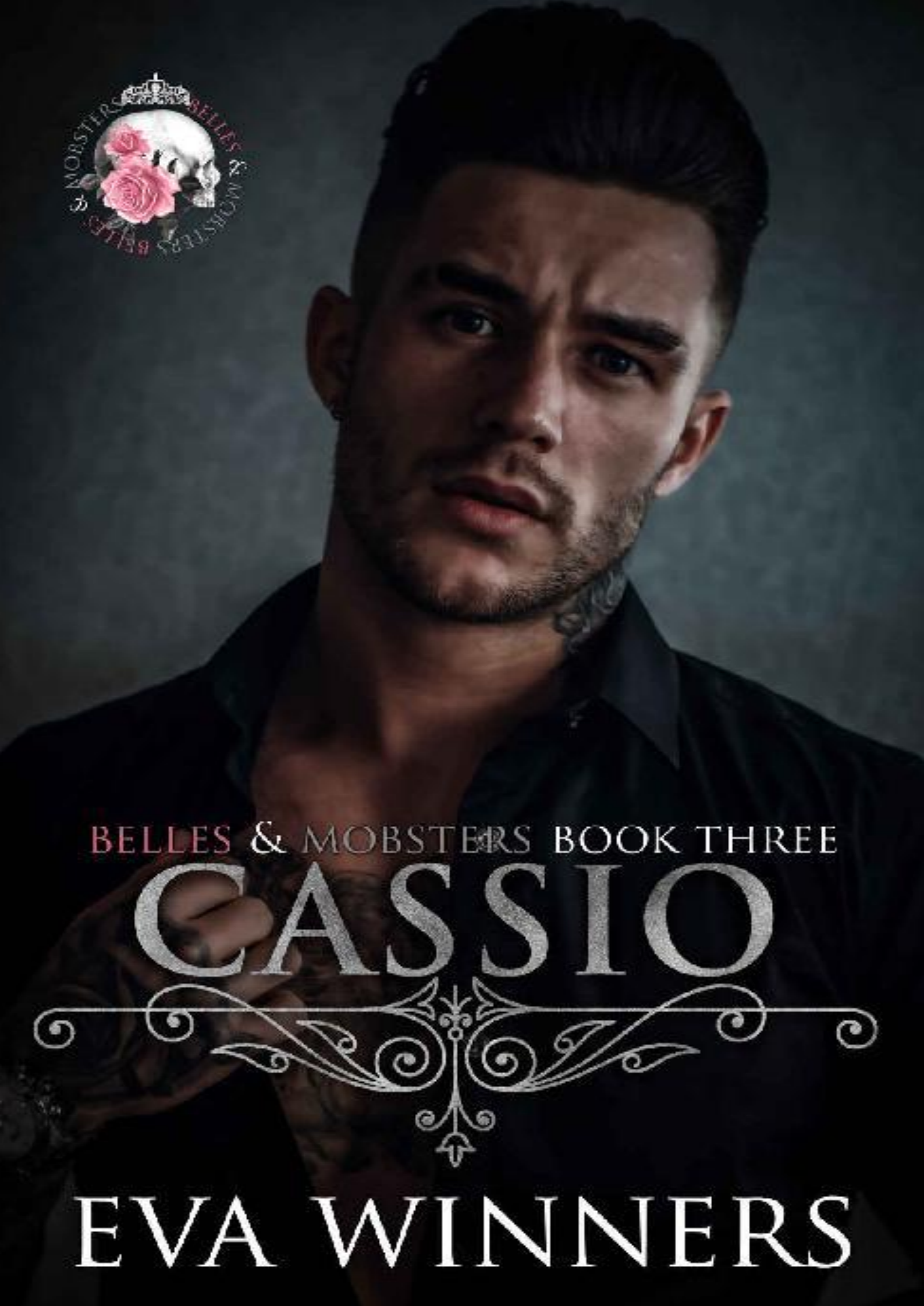
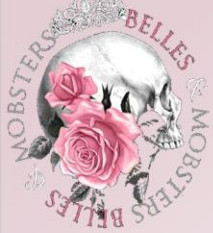

BELLES & MOBSTERS BOOK THREE
CASSIO
EVA WINNERS





EVA WINNERS



BELLES & MOBSTERS

CASSIO

EVA WINNERS







BELLES & MOBSTERS BOOK THREE

CASSIO

¡IMPORTANTE!

Esta traducción fue realizada sin fines de lucro por lo cual no tiene costo alguno. Es una traducción hecha por fans y para fans. Si el libro logra llegar a tu país, te animamos a adquirirlo. No olvides que también puedes apoyar a la autora siguiéndola en sus redes sociales, recomendándola a tus amigos, promocionando sus libros e incluso haciendo una reseña en tu blog o foro. Por favor no menciones por ningún medio social donde pueda estar la autora o sus fans que has leído el libro en español si aún no ha sido traducido por ninguna editorial, recuerda que estas traducciones no son legales, así que cuida nuestro grupo para que así puedas llegar a leer muchos libros más en español.

Team Fairies

Instagram: Team_Fairies

Facebook: Team Fairies

Contenido

Staff
Dedicatoria
Sinopsis
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Epílogo

EVA WINNERS

BELLES & MOBSTERS BOOK THREE

CASSIO

Staff

Traducción

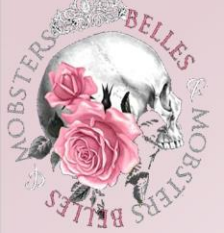
Hada Zephyr

Corrección y Lectura Final

Hada Aine

Diseño

Hada Anjana



A mis hijas, las quiero siempre y para siempre. Son mi razón de ser.

A mis damas de la hora feliz, me ayudan a mantener la cordura. Lo que pasa en la hora feliz, se queda allí. ¿Verdad?

A toda mi familia y amigos - ¡gracias!

EVA WINNERS

BELLES & MOBSTERS BOOK THREE

CASSIO

SINOPSIS

Cassio King.

Mi salvador.

Mi enemigo.

El hombre acechaba en las sombras de mis sueños. Se suponía que se casaría con mi prima.

Sin embargo, aquí estaba yo... ocupando su lugar.

He odiado a la familia King desde que tengo uso de razón. Ciertas cosas son imperdonables. Pero hay más en Cassio de lo que se ve a simple vista.

¿Podría encontrar mi felicidad para siempre y vengar el daño que su familia nos había hecho a mí y a mi padre?

EVA WINNERS

BELLES & MOBSTERS BOOK THREE

CASSIO

PRÓLOGO



HACE NUEVE AÑOS

—¿Dónde diablos está Cassio?

Luca, mi hermano, estaba cansado. No podía culparlo. Normalmente no hacíamos favores a los irlandeses ni a la Bratva. Pero este parecía importante para Callahan y el hecho que acudiera a mí suplicando el favor lo decía todo. Digamos que tener al jefe de los irlandeses debiéndome un favor no tendría precio. Y mi hermano y yo necesitaríamos que nos devolvieran el favor cualquier día. Necesitábamos alianzas si queríamos hacernos más fuertes, y este parecía un buen lugar para comenzar.

Nuestro padre, Benito King, podía decidir de un momento a otro que ya no nos necesitaba. No me hacía ilusiones que no nos eliminaría sin pensarlo dos veces. Después de todo, no sería la primera vez.

Mantén a tus amigos cerca. Pero mantén a tus enemigos aún más cerca. El dicho favorito de mi Nonno[1]. Fue solo gracias a él que

[1] Nonno; abuelo en italiano.

Luca y yo sobrevivimos. Luca era todavía un niño la primera vez que mi padre intentó matarnos. El codicioso bastardo pensó que Nonno le daría un pase libre a sus recursos en Italia.

No contaba con que Nico Morrelli mataría a su explorador y me ayudaría a matar al resto de los hombres que envió tras de mí. Fue el año en que las cosas comenzaron a cambiar para mí. Forjé amistades con hombres que se convirtieron en amigos para toda la vida. Luciano y yo crecimos juntos, pero Nico y Alessio nos hicieron aún más fuertes. Raphael Santos y Alexei Nikolaev encajaron en nuestra misión. Un día, quemaríamos este maldito negocio de tráfico de carne hasta los cimientos y a mi padre junto con él. Sin embargo, para tener éxito, tendríamos que hacer alianzas con la Bratva, los irlandeses, los italianos, el Cartel... todos ellos. Sin saberlo, Callahan abrió una oportunidad. Mientras todos nos opongamos a comerciar con mujeres como si fueran ganado.

—¿Estás seguro que esto no es una trampa? —siseó Luca. No podía culparlo por estar paranoico. Tener a Benito como padre te hacía eso.

—Sí —respondí con una mueca; aunque, a decir verdad, no tenía nada en qué basarme. Excepto mi intuición. Pero no podía decírselo a Luca. Se pondría furioso.

Luca era solo cinco años más joven que yo, pero la paciencia no era para nada su virtud. Y el instinto no era algo en lo que confiara. A los veinticinco años, Luca era casi tan alto y fuerte como yo. Ambos éramos asesinos a sueldo, normalmente enviados a eliminar personas. Esta misión, a diferencia de las anteriores, era para rescatar, no para matar. Eso lo ponía nervioso.

El tiempo se nos estaba acabando. Nuestro helicóptero no nos esperaría eternamente. Este debía ser un trabajo de entrar y salir. El terreno elevado hacía difícil aterrizar en la cadena montañosa del Monte Ararat. Fue la razón por la que no pudimos emboscar a estos bastardos y tuvimos que entrar con el helicóptero.

Este territorio de Turquía, casi en la frontera con Armenia, era bastante anárquico. Se utilizaba como centro de transporte entre Asia, África y Europa para el tráfico de mujeres. Yo lo sabría; mi padre participaba en esa mierda.

Los ojos de Luca se movieron, esperando una emboscada. Escuchamos gritos fuera, nuestros chicos los mantenían distraídos para que pudiéramos colarnos. Era mediados de mayo, pero aquí hacía un calor de mil demonios y el calor multiplicaba por diez el hedor de este lugar.

Los sonidos de llantos y gritos viajaban por los túneles, la repugnancia y la ira hirviendo en mi sangre. No había duda que todos esos sonidos eran de mujeres atrapadas. Todos los que estábamos en el mundo del hampa éramos pecadores, pero hacía falta una clase especial de bajeza para adentrarse en el tráfico de personas. Que mi propia familia participara en esa clase de mierda me hizo sentir un tipo especial de bajeza también.

—Este lugar me enferma —gruñó Luca. *Ditto*[2], pensé en silencio.

Luca no me cuestionó cuando le dije que había aceptado este encargo, pero sabía que le parecía una estupidez trabajar con los irlandeses. Yo no lo creía. El viejo, Callahan, estaba

[2] Ditto; ídem, lo mismo …en italiano.

demasiado afectado cuando pidió ayuda. Ni siquiera estaba seguro qué me había poseído para aceptarlo. No era como si los Callahan fueran nuestros amigos. Había una reticente tregua entre su familia y la nuestra, y odiaban a todos los miembros de los King, independientemente de si trabajábamos con o contra Benito. Era arriesgado hacer esto, pero la ventaja que nos daría valía la pena.

La verdad es que me picaba la curiosidad de saber por qué a un hombre como él le importaba una chica secuestrada. No me dio mucho. No podía ser un miembro de su familia. No tenía hijos propios. Sus sobrinos no tenían hijos y su sobrina era demasiado mayor para cumplir el requisito. La descripción que proporcionó no se parecía en nada a Margaret Callahan.

Pronto lo descubriré, pensé.

Callahan estaba tan desesperado por salvarla que me prometió una deuda desconocida... a pagar cuando yo decidiera. Fuera quien fuera esta chica, era valiosa para él.

Los gemidos de las mujeres venían del final del túnel, y me costó todo lo que tenía no seguirla para poder ayudarlas. Pero teníamos una misión, rescatar a la chica y llevarla de vuelta sana y salva. Una vez que eso sucediera, Luca y yo volveríamos. Sin hacer preguntas. No podíamos fingir que habíamos hecho nuestra parte y seguir adelante como si no hubiera mujeres aquí.

—¿Es esta la celda? —preguntó Luca, trayendo mi atención a esta situación. Recorrí la zona con la mirada y eché un vistazo al plano. Sí, era aquí. Nuestra información indicaba que ella estaría en esta celda y no había nadie aquí. Irse sin ella, viva o muerta, no era una opción. Callahan fue claro... pagaría la

deuda solo si traíamos a la chica de vuelta a casa. Sin importar el estado en que estuviera.

Un chico joven, de unos quince años, apareció por la esquina y tanto Luca como yo lo apuntamos con las armas.

—¿Buscas a la chica? ¿Fuego en su cabello? —preguntó en un inglés pobre—. ¿Inglés?

Interesante descripción, pensé. Callahan dio una descripción básica, chica de catorce años, cabello rojo, ojos azules y una marca de nacimiento en la parte superior del hombro izquierdo. Marca de nacimiento en forma de mariposa.

—¿Dónde está? —escupió Luca—. Será mejor que hables, antes que te vuele los putos sesos.

—Tranquilo, Luca —calmé a mi hermano. Era solo un niño, aunque llevaba una escopeta colgada al hombro. Este mundo era diferente al nuestro—. ¿Puedes indicarnos dónde está la chica... la que tiene fuego en el cabello?

Nos miró con recelo y mantuve mis ojos firmes en él. El peligro se presenta en todas las formas y tamaños. No podíamos permitirnos el lujo de bajar la guardia, pero tampoco íbamos a ser de gatillo fácil.

—Sigue —respondió y se giró para ir por el pasillo de la izquierda.

—Puede ser una trampa —afirmó Luca lo evidente en voz baja.

Teníamos dos opciones. O irnos con las manos vacías o seguir la pista. Algo me empujaba a seguir, a encontrar a la chica. No estaba seguro de lo que era, pero casi sentía que mi

vida dependía de ello. Me burlé de eso. Era más bien que quería cosechar los beneficios chantajeando a Callahan con una deuda indefinida.

Lo seguí, con el sonido de las maldiciones de Luca detrás de mí mientras él también lo seguía. Caminamos por pasillos oscuros. Ambos mantuvimos los ojos y todos los sentidos en alerta. No nos serviría de nada tener a Callahan en una deuda para siempre si estábamos muertos.

Finalmente, el chico se detuvo y señaló con la cabeza hacia la puerta. Me acerqué con cuidado y miré a través de los pequeños barrotes de hierro que había encima de la puerta de madera.

¡Santa mierda!

Eso fue lo primero que pensé cuando vi a una joven agachada en un rincón de la habitación, meciéndose de un lado a otro. Con las rodillas apretadas contra el pecho, los brazos rodeando las piernas y el rostro enterrado entre ellas, se mecía como si tratara de tranquilizarse. No podía verle la cara, pero ahora entendía por qué el chico la llamaba chica con fuego en el cabello. Una abundancia de rizos rojos ocultaba su rostro, los colores del ardiente atardecer y de las llamas. Igual que el fuego.

Parecía frágil. Callahan dijo que tenía catorce años, pero era difícil saberlo. Incluso desde aquí, podía ver que sus piernas estaban cubiertas de feos cardenales.

—¿Puedes abrir la puerta? —le pregunté al chico.

Luca seguía con el arma apuntando hacia él, por si intentaba alguna estupidez. Los ojos del chico se dirigieron a la

pared junto a la puerta, y yo seguí su mirada. Había una llave colgada, y sin dudarlo, la cogí y metí la anticuada llave en la cerradura. La puerta era de madera pesada, probablemente de hace cien años. No estaba pensada para retener a los soldados, sino a las niñas, que no podrían atravesarla.

En cuanto sonó la cerradura, todo el cuerpo de la niña se sobresaltó y su cabeza se levantó.

—Jesús, jodido Cristo. —La voz furiosa de Luca llegó a mi espalda.

Tenía la cara manchada de sangre, un gran corte en la sien, el labio partido y un moretón en la mejilla derecha. ¿Qué demonios le habían hecho? Parecía que la habían golpeado mucho. La furia y la rabia hervían en mi interior, pero la controlé para asegurarme de no asustarla.

En el momento en que sus ojos conectaron con los míos, todo el oxígeno me abandonó. Era solo una niña, pero sus ojos... esos impresionantes y magullados ojos azules dominaban su rostro en forma de corazón. Había tanto dolor en ellos, que mi corazón se contrajo. He visto la muerte, he matado a una buena cantidad de hombres, he causado dolor y destrucción a muchos de ellos, pero nada había llegado a mi ennegrecido corazón. La mirada de dolor en los ojos de esta chica casi me hizo caer de rodillas.

Me miraba con recelo... con resignación. Era una maldita niña. ¿Qué le han hecho?

—Estamos aquí para ayudarte —hablé en voz baja—. Soy Cassio. Este es mi hermano Luca. —Sus ojos permanecieron fijos en mí, inmóviles. No se fiaba de nosotros—. Nos envía Callahan.

No hubo reconocimiento, no hubo movimiento.

—Hemos venido a llevarte a casa.

Me acerqué lentamente con cada palabra.

Su lengua pasó por el corte del labio inferior y luego se mordió el labio con fuerza, haciendo que la sangre corriera por su barbilla. No aflojó la mordida y me preocupó que se arrancara el labio.

—No quiero ver más. —Su voz era ronca, como si le doliera hablar—. P-por favor, no me obligues.

No tenía idea de lo que estaba hablando. Tragué con fuerza y las emociones que nunca había sentido antes amenazaron con salir a la superficie. Esa debería haber sido mi primera pista. Mi corazón nunca se conmovía. Por nadie. Era un asesino frío como una piedra, implacable con mis enemigos y frío con todos los demás.

Después de todo, era la razón por la que los bajos fondos nos temían a mí y a mi hermano. Traicióname una vez y estarás muerto. Nada de esa mierda de segundas oportunidades. Ese tipo de sentimientos hace que te maten.

—Te vamos a llevar a casa —dije con firmeza, empujando lo que sentía en mi corazón por esta chica a un segundo plano. Tuve que recordarme que suave no es que fuera.

No se movió y di otro paso hacia ella.

—Quiero a mi madre —murmuró, sus charcos oceánicos tentándome a ahogarme en ellos. Una parte de mi corazón se rompió ante su admisión. Ningún niño debería pasar por algo así. Luca y yo soportamos las palizas de nuestro padre y vimos

la crueldad desde una edad temprana. Estábamos acostumbrados a ello, esta chica no.

Maldita sea, no necesitaba esto ahora.

—Ella también te quiere a ti. —Mantuve mi voz baja y suave—. Te llevaremos a casa. ¿Puedes caminar?

Metí la mano en el bolsillo y saqué una piruleta. Era una costumbre de la que me costaba deshacerme. Cuando Luca y yo éramos niños, si nuestro padre decidía pegarnos, era lo único que hacía que Luca se sintiera mejor, así que siempre tenía una a la mano. Extendí mi mano con ella, sus ojos observaron mi mano extendida y la piruleta como si tuviera miedo que, si la alcanzaba, desapareciera.

—Está bien —la animé. Realmente teníamos que ponernos en marcha, pero no quería causarle más dolor ni asustarla levantándola sin su consentimiento. Dios sabía por lo que había pasado aquí—. Toma mi mano.

Extendió la mano, con la muñeca en un ángulo extraño que me indicaba que estaba rota. Su mano temblaba mucho cuando, lenta y dolorosamente, alcanzó la mía. Vi que también tenía hematomas azules y violáceos por todo el brazo. Apreté los dientes para evitar que las maldiciones salieran de mis labios. Lo último que necesitaba era también mi furia. Aunque la moderé, ella percibió mi rabia, porque su brazo vaciló y el miedo brilló en sus grandes ojos.

Cerré la brecha y nuestros dedos se tocaron.

—Vamos a casa con tu madre.

Ella jadeó suavemente, sorprendida.

—Te sientes real —susurró, con la voz temblorosa. Cogió la piruleta, pero pude ver el dolor que cruzó sus facciones al cogerla.

—Así es —le dije—. Te sacaremos de aquí.

La ira se apoderó de Luca, pero agradecí que mantuviera sus emociones a raya. Esta niña necesitaba que la sacáramos de allí, no que hiciéramos llover nuestra venganza sobre estos imbéciles. Aunque me aseguraría de regresar y quemar este lugar.

Puso su pequeña mano cubierta de sangre en la mía y la rodeé con los dedos. Una ligera mueca de dolor cruzó su rostro y me maldije por no haber sido más cuidadoso.

—¿Puedes levantarte? —le pregunté.

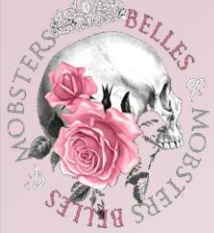
Fue a moverse con las piernas apretadas contra el pecho y lentamente las estiró sobre la pequeña cama de la esquina. Noté marcas de látigo en sus piernas y me sentí sacudir de rabia. Como si ella lo sintiera, esos hermosos ojos azules como lagunas se alzaron hacia mí.

—Lo estás haciendo bien —la tranquilicé, forzando una sonrisa.

Haciendo un gesto de dolor, se levantó y el dolor cruzó su rostro. Estaba herida, muy herida. No sería capaz de caminar, y menos aún de salir corriendo de aquí.

Luca y yo nos miramos fijamente, y ambos pensamos exactamente lo mismo.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté, manteniendo un tono suave. No estaba seguro de haberlo conseguido. Sinceramente,



no recordaba la última vez que utilicé un tono calmado y tranquilizador con alguien. Probablemente con mi hermano cuando éramos niños, pero de eso hace mucho tiempo.

Sus ojos se volvieron a girar con recelo y me pregunté qué estaría pensando.

—¿Mi madre no te dijo mi nombre?

Fue la primera vez que detecté un ligero acento en sus palabras. Fruncí el ceño. Era británico. Callahan nunca había puesto un pie fuera de Estados Unidos. ¿Quién era esta chica?

—Nunca conocí a tu madre —expliqué. No fue su madre quien me contrató. Mi sexto sentido me decía que ella no conocía a Callahan—. Un amigo común de ella y mío me pidió ayuda.

Aunque no tenía idea de por qué. Callahan y yo no éramos exactamente amigos. Algo en esta chica me resultaba familiar, pero no podía precisarlo. Era difícil pensar viendo el estado tan golpeado en el que se encontraba. Quería castigar a todos los que le habían causado ese dolor, sin importar que ella no fuera nada para mí.

—Butterfly[3] —comencé. Genial, ya le puse un apodo—. Mi hermano, Luca, te cargará para que podamos salir de aquí rápido. —Yo tenía mejor puntería, así que tendría que llevarla él.

—No —gimió ella. Todo su cuerpo comenzó a temblar, sus ojos grandes, asustados y sus dedos apretaron los míos con fuerza, aunque estaba seguro que eso le causaba dolor. La piruleta se deslizó hasta el suelo, pero ella no le prestó atención.

[3] Mariposa en castellano.

—No puedes caminar así. —Intenté tranquilizarla.

—Llévala tú —sugirió Luca en voz baja—. Ya la tienes, levántala y larguémonos de aquí.

Tenía razón. Me sorprendió que no hubiera ya hombres pululando por este lugar. Sin decir nada más, cogí la piruleta del suelo y la subí a mis brazos sin esfuerzo. Apenas pesaba nada. Supe que el movimiento la lastimó incluso antes que el gemido saliera de sus labios.

—Lo siento —le dije con voz tranquilizadora—. Sé que duele. Cuando estemos a salvo, conseguiremos un médico.

Ella cerró los ojos, con la respiración ligeramente agitada.

—Te tengo —murmuré en voz baja, asegurándome de tener bien agarrada el arma y de poder maniobrar con la mano derecha con ella en brazos.

—¿Hay otra salida? —preguntó Luca al chico—. Muéstrame una salida y te daré dólares americanos.

Asintió con la cabeza y, en lugar de volver por donde habíamos venido, seguimos por el pasillo de la cueva. Le pedí a Dios que este chico cumpliera, de lo contrario estaríamos todos muertos. De repente, salir de aquí con vida significaba más que nunca. Esta chica merecía vivir.

Fiel a la palabra del chico, encontramos una salida.

—Dale al chico el dinero que le prometiste —le dije a Luca. Diablos, si tuviera toda mi cuenta bancaria a disposición ahora mismo, se la daría a este chico.

Luca le entregó un rollo de billetes de cien dólares.

—No deberías volver allí, chico —le dijo. No estaba seguro de si lo haría o no.

—Vamos. —Ambos comenzamos a correr.

Miré hacia abajo, al pequeño cuerpo en mis brazos, cubierto de sangre y magulladuras. Sus ojos seguían cerrados, como si esperara que todo desapareciera. Luca la miró varias veces, con los labios apretados en una fina línea. La chica aún llevaba el uniforme del colegio.

¿Cuánto tiempo llevaba aquí? Recordaba que Callahan había dicho que llevaba una semana desaparecida, pero esta chica parecía haber sido golpeada durante un mes seguido.

—Aquí está. —El helicóptero todavía estaba aquí, gracias a Dios.

Aceleramos corriendo.

—Justo a tiempo —gritó el copiloto—. Esos bastardos nos estaban disparando.

—Gracias por esperar —le dije. Probablemente nos salvó la vida a todos por la espera—. Vamos.

Sus ojos se desviaron hacia la chica en mis brazos, haciendo un inventario de su estado.

—Jodidos bastardos enfermos —murmuró con furia.

Tendría que haberla sentado y abrochado en su propio asiento, pero temblaba tanto que no tenía fuerzas para hacerlo. Así que nos abroché juntos. ¿Tal vez iba por el premio al mejor cuidador del siglo? Joder, si lo sabía, pero nunca nadie había sacado esa capacidad de protección dentro de mí. Era muy

protector con mi hermano pequeño, pero eso ni siquiera arañaba la superficie de este sentimiento.

El piloto miró hacia atrás y vio que violábamos la seguridad al sentarnos juntos, pero en el momento en que sus ojos viajaron sobre ella, se quedó callado.

—¿La hija del Primer Ministro? —preguntó, con la sorpresa coloreando su voz y la incredulidad en sus ojos.

¡Eso es!

No es de extrañar que me resultara familiar. Era la niña mimada de Gran Bretaña, una pequeña celebridad en los círculos políticos y sociales. Había aparecido mucho en las noticias de Estados Unidos. Su madre era hija de una antigua familia política vinculada a la mafia irlandesa. Apuesto a que fue así como surgió esta misión de rescate.

—Butterfly, ¿puedo revisarte el hombro? —le pregunté en voz baja. Callahan no me dio mucha descripción, pero la marca de nacimiento de la mariposa era una clara designación de nuestro objetivo de rescate. Me avergüenzo de no haberlo comprobado antes. Esto era lo mucho que me sacudió.

Me miró a los ojos y de nuevo sentí que el oxígeno se me escapaba de los pulmones. ¿Cómo me estaba haciendo esto? Asintiendo con la cabeza, desabroché solo el botón superior de lo que solía ser una blusa blanca de su uniforme y me asomé a la parte posterior de su hombro. Sí, allí había una marca de nacimiento en forma de mariposa.

—Gracias. —El hecho que me dejara hacer eso me decía mucho. O bien confiaba mucho en mí o me temía mucho. Ninguna de las dos cosas era buena. Volví a abrocharle la

camisa y la abracé con fuerza mientras dejábamos atrás aquel desdichado lugar.

En cuanto el helicóptero aterrizó veinte minutos más tarde, nos dirigimos hacia el lujoso avión privado que nos esperaba. Callahan envió un mensaje hace dos días pidiendo permiso para esperar con la madre de la niña en mi avión. Llevábamos dos días en el campo, estudiando los entresijos de ese puto agujero y el horario de los guardias.

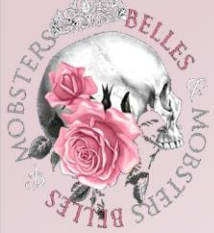
Joder, eso debería haber sido mi pista para saber que esta chica era importante. Callahan nunca salía de Estados Unidos y ahora estaba en Oriente Medio con la madre de esta chica. ¿Cuál era la historia aquí?

Mientras bajaba las escaleras con la niña en brazos, la esposa del Primer Ministro salió a nuestro encuentro.

—Mi niña —exclamó, con sus manos temblorosas tratando de alcanzarla. Su madre estaba pálida, con el terror escrito en su rostro. Imaginé que los días y las noches desde el secuestro de su hija fueron una pesadilla. Recordé las historias de los varios abortos espontáneos que se publicaron en los tabloides antes que finalmente tuvieran una hija. Áine era su única hija.

Su hija no se parecía en nada a su madre. Su madre tenía más de cuarenta años, el cabello y los ojos oscuros y la piel de un tono oliva. En realidad, recordando la imagen del Primer Ministro, esta niña tampoco se parecía en nada a su padre.

Callahan apareció en la puerta del avión, con los ojos puestos en las dos mujeres. Su rostro era una máscara inmóvil, aunque detecté que la ira bullía debajo de todo ello. Se encontró con mis ojos y asintió. El reconocimiento de su deuda.



No me extraña que no tuviera reparos en la deuda indefinida. El Primer Ministro le debería un importante favor, probablemente toda una vida de favores, por esto.

—Cariño —susurró, las lágrimas cayendo por su rostro. Sus dedos recorrieron el rostro magullado de su hija—. Soy mamá.

Su hija abrió los ojos, buscando a su mamá. Mis ojos viajaron hasta Callahan y, durante una fracción de segundo, vi cómo se rompía su mirada al observar a madre e hija.

—Mamá —dijo en voz baja y temblorosa.

—Entremos y pongámonos en marcha —le dijo Luca a la madre, retrasando su reencuentro. Tenía razón, había que salir de este país cuanto antes.

Mirando a la joven, hablé en voz baja.

—Aquí hay un baño completo. ¿Quieres asearte?

—S-sí, por favor.

Con su madre detrás de mí, me dirigí a la parte trasera del avión, donde estaba el dormitorio de lujo, y atravesé la puerta que daba a un baño completo con sauna. Hasta el día de hoy nunca entendí por qué me convencieron de comprar un avión con un baño completo y una sauna, pero ahora lo agradecía.

Senté a la niña lentamente sobre la tapa cerrada del inodoro y su madre envolvió su pequeño cuerpo en sus brazos.

—Lo siento mucho, cariño —murmuró su madre contra su cabello—. Lo siento mucho.

—Tu madre se quedará aquí para que yo pueda hablar con el piloto y ponernos en marcha. —Tuve cuidado de mantener

mi voz suave y baja—. En cuanto estemos en el aire, pondremos en marcha la ducha.

Ella apenas asintió con la cabeza. Su rostro era una llamativa mezcla de sangre y magulladuras contra su piel blanca. Quería volver y bombardear ese lugar, hacer pagar a todos esos hombres que la hicieron sufrir así.

Me levanté dispuesto a marcharme, observando en el espejo cómo su madre se agachaba junto a la niña, con lágrimas en el rostro.

—Te tengo, cariño —murmuró suavemente a su hija, rodeándola con sus brazos.

Su madre no la vio hacer una mueca de dolor al recibir el abrazo. Tampoco lo habría captado si no estuviera mirando su reflejo en el espejo. A pesar del dolor, se apoyó en su madre. Tal vez era bueno que su madre viniera. Esta niña la necesitaría ahora más que nunca.

Al entrar en el camarote principal, vi que Luca apuraba un vaso de whisky y seguido se servía otro. Al verme, llenó otro vaso y me entregó uno. Lo necesitaba; los dos lo necesitábamos.

—Joder —murmuró mientras engullía otro vaso.

Callahan se sentó rígido, con los ojos enfocados en la ventana. Apuesto a que estaba repasando la lista de cosas que le haría hacer al Primer Ministro.

Pulsé el intercomunicador.

—Sácanos de aquí —le dije al piloto.

—Roger[4] —replicó y los motores rugieron.

—¿Estás bien, hermano? —le pregunté. Los dos hemos hecho y visto muchas mierdas jodidas pero ciertas cosas eran más difíciles de ver que otras. Ver a esta chica hoy era definitivamente una de las cosas más difíciles. Sabía que lo mismo le ocurría a mi hermano.

—Sí —murmuró—. Lo estaré. —Pero, ¿yo lo estaría?

Unos fuertes sollozos estallaron en la otra habitación y no estaba seguro que esa fuera la respuesta. Escuché que los dientes de Callahan rechinaban y su mandíbula se apretaba, a punto de estallar.

Hay una historia ahí, estaba seguro de ello. ¿Quién es esta chica para él?

—Está bien, mi niña. —Escuchamos que la madre calmaba a su hija—. Ahora estás a salvo.

Los suaves sollozos que siguieron fueron un duro golpe en las entrañas. Mi corazón se retorció por ella y por el dolor que sin duda sentía. Sus sollozos resonaron en el avión, y pude ver que golpeaban a Luca y a Callahan de la peor manera.

—Callahan, ¿el Primer Ministro te encomendó este trabajo? —le pregunté. Su mandíbula podría romperse en cualquier momento.

—No, lo hizo la madre de la niña —respondió tras un latido de silencio. Me sorprendió escuchar esa respuesta. Entonces, ¿dónde estaba su ventaja?

[4] **Roger**: en el argot tanto militar como aéreo, significa, recibido, para confirmar que se ha recibido la última transmisión.

—¿Sabe el Primer Ministro que ella se puso en contacto con el jefe de la mafia irlandesa en Estados Unidos para recuperar a su hija? Es un suicidio profesional. —Todos sabíamos que lo era. Si esto salía a la luz, independientemente del motivo, sus adversarios lo harían caer.

Callahan sacudió la cabeza en respuesta.

—¿Por qué hacerlo entonces? —le pregunté—. ¿Salvar a la chica, quedar en deuda conmigo y no obtener nada a cambio por ello?

—Su madre y yo crecimos juntos —respondió, con la voz cansada—. Ella debería haber sido mi esposa, y esa niña debería haber sido mi hija. Esa es razón suficiente para mí.

Otro sollozo desgarrador atravesó el avión y Callahan hizo una mueca de dolor. El duro hijo de puta se estremeció de verdad. La gente le temía, se encogía frente a él, huía de él, y parecía que ahora lo estaban partiendo en dos. Sin embargo, no podía culparlo. Escuchar esos sollozos también me caló hondo en el corazón. Y yo apenas tenía corazón.

—N-no he dicho nada, mamá —tartamudeó entre sus sollozos, con la voz temblando de miedo.

—No te preocupes por eso. —La voz de su madre también temblaba.

—Mami, yo...

Sus sollozos se hicieron más fuertes y mis manos se cerraron en un puño. Quería golpear algo. El dolor que escuchaba en su voz me destripaba por dentro. Luca rellenó todas nuestras bebidas sin decir nada más.

—Escúchame, mi amor. —La voz de su madre temblaba, tanto como la de su hija—. Sea lo que sea lo que haya pasado, apártalo.

Escuché unas arcadas, unos movimientos y el sonido de unos cristales estrellándose. Al instante, los tres corrimos a la parte trasera del avión.

Llegué justo a tiempo para ver a la niña vomitando en el retrete, con el cuerpo convulsionando y temblando. Su madre estaba hecha un lío mientras el cuerpo de su hija tenía arcadas, tratando de verter el contenido de su estómago, pero probablemente no tenía mucho.

—Cariño. —Su madre le frotaba la espalda, su voz era un gemido. La mujer se esforzaba por ser fuerte para su hija pero fracasó estrepitosamente—. Está bien.

—No, no lo está. —Una respuesta rota y susurrada, fue apenas audible, el cabello en llamas cubriendo su rostro mientras su frente descansaba sobre el antebrazo apoyado en el asiento del inodoro—. No he dicho nada. —Su pequeño cuerpo se estremeció y repitió—. No dije nada.

No estaba seguro de lo que intentaba decir. No estaba seguro de si quería saberlo. Pude ver que su madre también estaba perdida.

—¿Qué quieres decir, cariño? —Por la forma en que su madre formuló la pregunta, tuve la sensación que tenía miedo de obtener una respuesta.

El cuerpo de la niña volvió a sufrir una arcada. En su estado, me preocupaba el dolor que se estaba causando a sí misma. Si un abrazo le hacía daño, esto era diez veces peor.

Tuvo una arcada y volvió a vomitar, nada más que agua ácida de su estómago.

—Cariño, por favor. —Las palabras de su madre eran apenas un susurro—. Por favor, cálmate.

—No he dicho nada —repitió en voz baja entre sus suaves sollozos—. Ellos... los hombres... —Su garganta se agitaba mientras intentaba tragar con fuerza—. No he dicho nada —repitió, susurrando—. No los salvé.

Vi a Callahan apretando el puño. Luca estaba listo para perder la cabeza y golpear algo, y yo... todo lo que quería era quitarle el dolor a esta chica y luego volver y torturar a cada uno de esos hijos de puta.

Se hizo un gran silencio en la habitación. Su madre apretó la mano contra su boca, acallando sus gemidos. Intentaba desesperadamente ser fuerte para su hija que se desmoronaba ante nuestros ojos.

—Eso ya quedó atrás —intentó su madre.

—No dije ni una palabra para salvarlos —repitió desesperadamente de nuevo, con agonía en su voz—. Debería haber intentado... no dije ni una palabra.

Tenía catorce años, por el amor de Dios.

Juré que, una vez que la madre y la hija estuvieran a salvo en el lugar al que iban, volvería. Luca y yo cruzamos miradas. No hicieron falta palabras, él asintió y supimos que íbamos a volver.

La madre lloró y su cuerpo se estremeció. Se levantó y enterró la cara en el pecho de Callahan. A la mierda. Debería

cuidar de su hija, ser fuerte por ella. Esta niña ha estado en el infierno y ha vuelto; ahora necesitaba a su madre.

Lancé una mirada en su dirección. Callahan la captó y hubo advertencia en sus ojos. Sí, este maldito hombre todavía se preocupaba por esta mujer. ¿Qué creía que iba a conseguir con ella? Era la esposa del Primer Ministro, por el amor de Dios.

Me arrodillé en el suelo y puse mi mano en la espalda de la chica. El movimiento me resultó desconocido, torpe. Mi mano era demasiado grande y áspera para ofrecerle comodidad. No recordaba la última vez que se la había ofrecido a alguien.

—Escúchame —comencé suavemente. Con suerte, lo estaba haciendo bien. No quería causarle más traumas a la pobre chica—. Tienes magulladuras y cicatrices, pero te vas a poner bien —le dije—. Eres fuerte. Esos hombres son unos cobardes. Van a morir.

Su cuerpo se calmó y podría haber jurado que contuvo la respiración.

Inhaló. Exhaló. Otra inhalación. Otra exhalación.

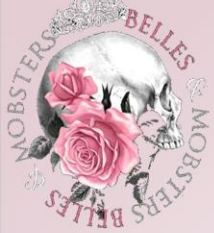
Lentamente, se levantó y se sentó sobre sus piernas dobladas. Mi mano seguía rodeándola. Después de todo lo que había pasado, me daba miedo dejarla ir.

Sus ojos azules se cruzaron con los míos y su labio partido tembló al preguntar.

—¿Los matarás?

Escuché la aguda inhalación de su madre, pero ahora mismo no importaba nadie más que esta niña herida.

—A todos y cada uno de ellos —juré.



—Bien.

Sí, esta chica era fuerte.

CAPÍTULO 1



Cassio

NUEVE AÑOS DESPUÉS

Durante nueve años, hemos vivido un episodio de mierda tras otro. Mis amigos, mi hermano y yo nos hemos centrado en crear alianzas, infundir miedo a nuestros enemigos, establecer nuestros territorios y nombres. Luciano, Nico, Raphael, Alessio, Luca, Alexei, y yo.

Estos hombres han estado a mi lado cada día durante años. Ellos cubriendo mis espaldas, y yo la suyas. Esta alianza que habíamos construido era una de las más fuertes, y mi padre no tenía nada que ver con esto. Pero pagamos un gran y sangriento precio. Nico perdió a su hermana. Luciano perdió a su madre y a su hermana. También su esposa. Ni siquiera estaba seguro que estuviera viva, aunque él estaba seguro que lo estaba. Todo el asunto de su esposa podría haber sido su última gota.

Nico, Luciano, Alexei, Luca y yo estábamos fuera del almacén de Nueva Jersey, uno de los muelles de Luciano. Habíamos incautado otro cargamento de mujeres. Raphael era nuestro infiltrado en el Cartel de Santos y la única razón por la que pudimos interceptar el cargamento antes que estas mujeres llegaran a las garras de Benito. El padre de Raphael era un cruel canalla, que participaba con mi padre en el tráfico de mujeres y las vendía como ganado.

Era más seguro que Raphael no estuviera cerca de este estado cuando fuimos por el cargamento. Así que actualmente estaba en Florida, fingiendo ignorancia, mientras nosotros tratábamos de averiguar qué hacer con estas mujeres ahora. Tenían entre catorce y cuarenta años. Simplemente me revolvió el estómago.

Nuestro padre manchó el apellido de Luca y el mío. Los hombres honestos nos miraban con desprecio cuando se enteraban quién era nuestro padre, al igual que los delincuentes. Pero no importaba, teníamos buenos amigos. De los que soportaban experiencias y penurias similares. Eran nuestros amigos de por vida.

Las mujeres nos consideraron héroes por salvarlas y matar a los hombres que las tenían prisioneras desde que las capturaron. No éramos héroes, solo unos criminales de un calibre ligeramente diferente al de los traficantes de personas. Las mujeres no querían volver a sus casas, alegando que el Cartel de Santos las perseguirían y las encontrarían. Volverían de inmediato a los prostíbulos. No había ninguna garantía que Raphael volviera a tener un soplo.

—Podría hacer que Sasha lo eliminara —dijo Alexei. Al unísono, todos nos giramos para mirarlo.

—¿Puedes ser más específico? —le pregunté—. Hay una lista de personas que queremos eliminar.

Blandió su cuchillo de un lado a otro, con todo su cuerpo inmóvil aparte del cuchillo y su única mano. Alexei podía ser desconcertante. Llevaba su crueldad en la manga. Como una insignia de honor. Si combinamos eso con la tinta en su rostro y la frialdad de sus ojos, se percibía como un psicópata. No me molestó, porque era leal. A su familia y a sus amigos.

—El viejo Santos —respondió—. Raphael odia a ese bastardo. —Sacudió su cuchillo.

Alexei también lo odiaba. Tenía su historia para contar, pero fue el viejo Santos quien le falló a su madre biológica. Fue la vieja bruja de Nikolaev, la madre de Vasili y Sasha, la que destruyó la vida de Alexei de niño y, por si fuera poco, se encargó que Alexei fuera entregado a un jodido monstruo.

—¿No perderá Vasili la cabeza? —le pregunté. Todavía no conocía al nuevo hermano de Alexei, pero había oído hablar mucho de él. Nico tuvo un encontronazo con él mientras su hermana asistía a Georgetown. Vasili Nikolaev no era un hombre que quisiera como enemigo. Prefería formar una alianza con él. Gobernaba Nueva Orleans y sus alrededores, además era bastante poderoso. Tenerlo de nuestro lado sería útil. Pero él prefería dirigir su propio negocio, lo cual estaba bien. Al menos se aseguraba que no hubiera contrabando de mujeres en su territorio.

Alexei se encogió de hombros.

—Vasili no lo sabrá. —Levanté la ceja—. Sasha lleva tiempo queriendo sacarlo. No hará falta mucho para darle un empujón y conseguirlo.

—¿No deberíamos al menos avisar a Raphael? —murmuró Luciano. Raphael se lo merecía, aunque no estaba seguro de si despreciaba a su padre tanto como yo al mío.

—No, no deberías —replicó Alexei secamente—. Veamos primero si Sasha muerde. Está en el bando de los locos, así que nunca se sabe qué camino tomará.

Sacudí la cabeza. Lo de la locura se podía debatir aquí. Todos teníamos algo de esa mierda en nosotros. Pero en el momento en que empezáramos a guardarnos secretos importantes, romperíamos la alianza.

—Si Vasili se entera de esto, será un golpe contra nosotros —intervino Nico—. No podemos tenerlo como enemigo, y si se pone del lado de Benito...

—No lo hará. —Alexei parecía muy seguro de ello.

—¿Qué te hace estar tan seguro? —Alexei no era el tipo de hombre que fastidiaba a alguien.

—Porque no soporta al bastardo —murmuró—. Prefiere cortarse la polla antes que ponerse del lado de Benito. —Por la expresión de Alexei me di cuenta que decía la verdad. Con su contextura grande y alta y esos tatuajes en su rostro, la gente lo temía sin tan siquiera saber lo que había hecho en la vida para sobrevivir. No me importaba nada de eso. Mis crímenes pasados estaban a la altura de los suyos. Pero mientras lo hiciéramos con algún tipo de escrúpulos, tal vez quedara una pizca de alma en nosotros que no fuera completamente negra.

—Si hacemos esto, lo hacemos de la manera correcta —le dije a Alexei.

—De acuerdo. Déjame sentir el estado de ánimo de Sasha, y me pondré en contacto contigo. No hay necesidad de agitar las plumas si va a seguir la ley de Vasili.

Nico negó con la cabeza.

—¿Qué tal si apostamos a que el loco hijo de puta salta y lo mata la misma semana?

—Me apunto —habló Luca por primera vez—. También quiero hacer una apuesta a que Raphael matará a Sasha y posiblemente a Cassio si se entera que hemos empezado esta mierda. Eso será divertido. Ositos de goma, palomitas, refrescos y una lucha a muerte.

Nico resopló inmediatamente.

—Más bien, un duelo. ¿Podemos añadir cerveza de malta a los aperitivos?

—Que os jodan a los dos. —Los mandé a la mierda a ambos. Mi hermano menor era un jodido grano en el culo a veces, y Nico era demasiado inteligente para su propio bien.

Luca sonrió, como el maldito maníaco que era, levantándome el dedo corazón.

—Raphael te va a joder.

—Muy bien, ustedes dos, cabrones —Luciano interrumpió nuestra discusión de hermanos—. Tenemos que pensar qué hacer con estas mujeres. —Tenía razón. Ahora eran más importantes.

Nico se metió las manos en los bolsillos.

—Puedo llevar a diez de ellas el refugio de Gia. No hay espacio suficiente para más de diez.

Gia, el ama de llaves de Nico, fue víctima del tráfico de personas. Nico la salvó hace unos años. Soportó años de una gran mierda, y la única forma en que pudo finalmente sanar fue ayudando a otras mujeres que pasaron por experiencias similares.

—Mierda, sería bueno que las pusiéramos a todas con ella —murmuré—. Mantenerlas juntas.

Con una mirada pensativa, prácticamente pude ver cómo lo resolvía.

—Tal vez podamos alojar a dos por habitación durante una semana o así hasta que podamos ampliar el edificio —respondió Nico.

Escribía enérgicamente en su teléfono.

—Sé que eres bueno —se burló Luca—. ¿Pero la ampliación en una semana? No eres tan bueno.

Nico enarcó una ceja, con una mirada de suficiencia.

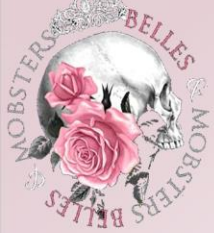
—Desafío aceptado —dijo con sorna—. ¿Qué nos jugamos?

—¿No eres lo suficientemente rico? —replicó Luca.

—No estoy hablando de dinero —declaró.

—Entonces, ¿qué quieres? —le preguntó Luca. Más le valía tener cuidado o acabaría debiendo su vida a Nico. Nadie igualaba el coeficiente intelectual de Nico.

—Un favor —respondió Nico—. Cualquier favor, en cualquier momento de mi vida que lo quiera.



—No lo hagas —advirtió Luciano a Luca, compartiendo una mirada divertida conmigo. Él sabía tan bien como yo que, si le decías a Luca que no hiciera algo, mi imprudente hermanito lo haría—. Vas a perder.

—Ya ha perdido —intervino Alexei, sin que su tono dijera si le hacía gracia o no.

—Trato —Luca anunció. ¡Chúpate esa!

Nico sonrió como un tiburón. Los dos se dieron la mano y Luca quedó en deuda para siempre con Nico. Un móvil sonó y todos miramos nuestros teléfonos. Era el de Nico; tenía respuesta.

—Bien, Gia las acogerá —anunció Nico—. Pondré a mi equipo de construcción a trabajar en la ampliación del edificio, pero hasta entonces, Gia dijo que podía alojarlas.

—Excelente —dijo Luca—. Ahora, vamos a celebrarlo. ¿Vamos a tu club en la ciudad, Cassio?

Sacudí la cabeza ante mi hermano pequeño, que ya no era tan pequeño. Siempre estaba dispuesto a celebrar, aunque últimamente había muy poco que celebrar.

—¿Temptation? —preguntó Nico—. ¿No hay una fiesta de Halloween o algo así?

—¿En el jodido agosto? —refunfuñó Luciano.

Me encogí de hombros.

—El gerente de eventos está haciendo una mierda metiendo todos los eventos del año en este mes. La semana que viene hay una fiesta de Navidad.

Luciano y Nico llamaron rápidamente imbécil al gerente de eventos, poniendo los ojos en blanco. No importaba si les gustaba o no; las fiestas atraían a todo el mundo a mis clubes, así que el gerente de eventos estaba haciendo algo bien.

—No hay Temptation para mí. —El tono frío de Alexei interrumpió los nombres creativos de Luciano para mi gerente de eventos que ni siquiera sabía que estaba en la lista de nombres del mafioso.

—Sí, Temptation también es demasiado suave para mí —replicó Luca—. Pero cuando Cassio se niega a abrir algo más atrevido, hay que conformarse con Temptation.

Alexei lo desairó tranquilamente y todos nos reímos.

—Ve a abrir tu propio club de sexo duro —le dije a Luca—. Bastardo pervertido.

Luca sonrió como un tonto.

—Podría. Y lo llamaré Cassio.

—Y puede que te rompa el culo —le advertí divertido.

Tres horas más tarde, Luciano, Nico y yo atravesamos la entrada VIP. Luca ya estaba dentro, probablemente enrollándose con alguna chica al azar.

—Soy demasiado viejo para el techno —murmuró Nico a regañadientes.

—Tú y yo —murmuró Luciano—. Supongo que Cassio quiere que mojar.

—¿Y tú no? —Desafié a mi mejor amigo. Salvo un pequeño obstáculo. Luciano no soportaba mirar a otra mujer. Su mujer

era su vicio, aunque no estaba seguro de si era en el buen o en el mal sentido. Ella había desaparecido y él la buscaba desde entonces.

Apenas llegamos al interior del club cuando un pequeño cuerpo se estrelló contra mi espalda.

—Oh, mierda —murmuró una voz suave—. Lo siento mucho. —Un ligero empujón, un empujón hacia delante como si quisiera que me diera prisa, y gruñí molesto. No me moví porque no he venido a mi club para que una mujer me empuje—. ¿Crees que puedes acelerar, colega?

Nico ahogó una carcajada y luego la cubrió con una tos falsa.

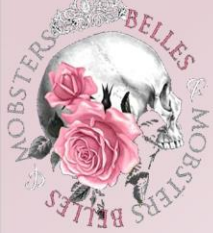
Me giré para poner a la mujer en su sitio cuando mis ojos conectaron con unos profundos ojos oceánicos. Esos inolvidables e impresionantes ojos azules.

Mis pasos se detuvieron y me paré en seco, mirando a una chica... No, no una chica. Una mujer. ¡Jesús, qué mujer! Hablando del sueño húmedo de un hombre. Un hermoso y suave cuerpo, jodidamente digno de una portada, y unos ojos que podrían quitarte el aliento.

Un suave gemido y una mirada de soslayo me devolvieron a la situación actual. Una mujer vestida con un sexy traje de la Mujer Maravilla estaba frente a nosotros, con botas y todo. No es algo que se vea todos los días.

—Colega, he dicho que aceleres, no que frenes —dijo exasperada. Luciano se rio a mi lado, aunque trató de contenerse. Hacía tiempo que no lo escuchaba reír.

Otro empujoncito suave.



—Oh, vamos —murmuró—. Al menos quítate de en medio.

Los tres, Luciano, Nico y yo, ocupábamos todo el pasillo, y ella no paraba de moverse a izquierda y derecha, intentando abrirse paso entre nosotros para pasar.

—¿Tienes prisa, Mujer Maravilla? —desafió Luciano con una sonrisa burlona.

—De hecho —soltó, mirando por encima del hombro—. La tengo.

Su melena roja, del atardecer más magnífico, se agitó al girar. Dios, era tan abundante. Prácticamente podía imaginarme envolviéndola en mi puño. Apreté las manos o me arriesgaba a estirarlas para ver si eran tan suaves como parecían.

—¡Señorita, vuelva aquí! —Uno de mis gorilas vino corriendo por el pasillo. Ella debió haber entrado a hurtadillas.

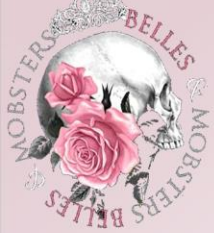
Su cabeza se giró en la dirección de la que venía, su cabello arrojaba un resplandor llameante cada vez que movía la cabeza, incluso bajo las tenues luces del pasillo.

¡Ese cabello!

Solo he visto ese tono de cabello rojizo una vez, y nunca lo olvidaría. Lo reconocería en cualquier lugar. Sin embargo, era difícil creer que la chica que salvé estaba aquí. Frente a mí. Como una mujer adulta.

Y la mujer más magnífica que jamás había visto.

Se pasó la mano por el cabello, inclinando ligeramente su diadema adornada con una estrella roja.



—Bonita tiara —se burló Nico, con su fría voz.

Sus manos se acercaron a ella.

—Gracias. También es un arma —le dijo, volviéndola a poner recta—. Mata a los hombres que me molestan.

Mi labio se curvó. Ya no era una chica joven e indefensa. Tal y como predije, resultó ser fuerte. Había fuego debajo de todo el exterior, combinando con esa increíble melena suya. La tentación de ver cómo ardía era fuerte. Y entonces, quise encenderla hasta convertirla en un infierno total.

—Señorita —volvió a gritar el portero.

—Vuelve a tu puesto —le gritó, agitando una mano para espantarlo y al mismo tiempo tratando de pasar entre nuestros tres grandes cuerpos. Por la forma en que lo hacía casi parecía que intentaba evitar rozarnos.

—Señorita. —El gorila ya estaba apenas a tres metros de distancia.

—Um, estoy con estos chicos. ¿Verdad? —Sus ojos se acercaron a mí, con la picardía brillando en ellos. *Áine Evans*. Había crecido, pero la reconocería en cualquier lugar—. Sígueme el juego —susurró en voz baja—. Por favor.

Dios, podría decir "*por favor*" en ese tono suave y yo quemaría ciudades por ella.

—Está bien, Alan —le dije a mi portero. Se detuvo, mirándola como si no me creyera y fuera a perder su trabajo en cualquier momento—. La señorita está conmigo.

La sorpresa brilló en sus ojos, pero la disimuló rápidamente. Después de todo, nunca llevaba a mujeres a mi

club. Solo las llevaba a un lugar, a mi ático que solo utilizaba para follar. Nunca dormía ni me quedaba allí. Al igual que mi hermano, las relaciones no eran para mí. Tenía una lista de mujeres que utilizaba para liberarme. Un acuerdo honesto y simple fue establecido por adelantado. Nada dulce y vainilla. Nada de hacer el amor. Ambas partes sabían lo que se esperaba y cuando eso ya no funcionaba, nos separábamos.

—Oh, bien. —Exhaló un profundo suspiro de alivio—. ¿Por qué no lo has dicho? —murmuró en voz baja, con el fastidio brillando en sus ojos—. Hacer que te persiga hasta aquí. —Los ojos de Alan se dirigieron a los tres—. ¿Y la otra chica? ¿La chica de la Viuda Negra? ¿Ella también está contigo?

—Sí. Sí, lo está —le contestó ella, sonriendo ampliamente y asintiendo con la cabeza en señal de confirmación—. No hay necesidad de cazarnos. Ve a buscar a otra persona.

Los ojos de Alan se dirigieron a mí en busca de confirmación, con ansiedad en su mirada. Jesús, no podía creer que después de todos estos años, estuviera aquí.

—¿Cierto? —preguntó nerviosa, enviándome una mirada fugaz mientras cambiaba su peso de un pie a otro. Asentí con la cabeza. Supongo que los aguafiestas venían a dúo—. Ves. —Volvió a prestar atención a Alan—. No hace falta que te pongas nervioso.

Alan gruñó algo en voz baja y luego, satisfecho de haber hecho su trabajo, fue a despedirse.

—Ah, oye Alan —llamó tras él. Alan se dio la vuelta con el cansancio en el rostro. Se llevó a la nuca su mano mientras la miraba de nuevo, larga y duramente. Realmente debería encontrarle a Alan una posición más adecuada. Era un buen

hombre, pero demasiado serio—. Pronto vendrán tres tipos. Hermanos irlandeses de buen ver.

Luciano, Nico y yo compartimos una mirada. Esto estaba siendo inesperado.

—¿Si?

Incluso en la oscuridad del pasillo, pude ver cómo sus labios rojos se curvaban en una sonrisa.

—No los dejes entrar. Bajo ninguna circunstancia.

—¿Te están molestando? —preguntó Alan, con preocupación en su voz. Tenía una vena protectora, especialmente cuando se trataba de mujeres vulnerables. Era la razón por la que me gustaba.

Ella agitó la mano.

—No, pero son unos aguafiestas.

Sus ojos se dirigieron de nuevo a mí. Asentí con la cabeza. Luego sacudió la cabeza y nos dejó para volver a su trabajo. Dejé escapar una suave carcajada mientras mi mirada recorría su cuerpo. Esta era la cita más sorprendente que había tenido en años.

Mis ojos se fijaron en la mujer que hace nueve años me hizo creer que podía marcar la diferencia. Y desde entonces, con los amigos y las alianzas que habíamos forjado, todos comenzamos a trabajar por un objetivo común.

Salvar mujeres. Eliminando a los hombres que las usaron y lastimaron.

Si alguna vez me pregunté si habíamos marcado la diferencia, todo lo que tuve que hacer fue recordar a esta niña. Creció hasta convertirse en una mujer impresionante. *Una Mujer Maravilla*, pensé divertido. Al igual que el vestido del traje que abrazaba sus curvas y dejaba a la vista sus tonificadas piernas.

Era bajita, medía un metro sesenta y al lado de mi cerca de uno noventa, parecía pequeña y delicada, casi frágil. Pero debajo de todo eso, había fuerza. Hoy podía percibirla incluso más que hace nueve años.

—Gracias por eso —habló en voz baja, con una sonrisa curvando sus carnosos labios.

Sus ojos recorrieron a Luciano y a Nico y algo en mi interior se agitó por el hecho que los mirara. Tan inusual. Hace tiempo que aplasté los celos y descubrí que eran un sentimiento inútil.

Luego, finalmente, su mirada se posó en mí. *Como debería, solo en mí,* pensé en silencio.

Nuestros ojos se cruzaron y las profundidades de sus piscinas oceánicas me golpearon en el pecho. Igual que hace años. Sus cejas se fruncieron y ladeó la cabeza, estudiando mi rostro. No había reconocimiento en ellos, solo confusión.

—Me resultas familiar —dijo en un susurro, casi como si hablara consigo misma—. Pero nunca olvido una cara, así que no puede ser... —Sus delgados dedos se alzaron y comenzaron a masajear su sien.

¿No se acordaba?

—¿Cómo te llamas? —le pregunté, aunque lo sabía. No era alguien a quien pudiera olvidar. Me aseguré de buscar a su familia después que estuviera a salvo en el hospital hace tantos años.

Sacudió la cabeza, como si intentara despejarse, y una sonrisa apareció en sus labios.

—Diana Prince —replicó ella. ¿En serio? Se estaba esforzando mucho con su personaje, ¿eh?

—Bien, Mujer Maravilla. ¿Tienes un nombre fuera de tu personaje?

Se rio.

—No lo creo, colega —murmuró suavemente. *¿Colega?*—. Mi madre siempre me advirtió que no debía hablar con extraños, sobre todo con los que no se disfrazan en las fiestas de disfraces de Halloween.

Nico y Luciano se rieron detrás de mí. Me alegro que les hiciera gracia.

—¡Áine! —La voz de una mujer se acercó y sonreí—. ¡Jesús, pensé que te habían atrapado!

Miré en dirección a la voz y vi a una mujer vestida de Viuda Negra. Margaret Callahan. Reconocí a la sobrina del jefe de la mafia irlandesa.

Supongo que estas dos jovencitas, iban con el tema de superhéroes.

—Y ya tenemos tu nombre —anuncié con suficiencia.

En los ojos de Áine brilló la molestia por el hecho que su nombre acabara de ser difundido. Mis labios se curvaron en una sonrisa. Tendría que agradecer a mi hermano Luca que insistiera en celebrar nada en particular, aunque desapareció antes que llegáramos. Esta noche acababa de mejorar.

Despidiéndose de mí, Áine me rodeó y se dirigió a su amiga.

—Eres la peor cómplice —le dijo—. Y la peor cómplice de la fiesta. Nunca dejes a nadie atrás. ¿No conoces el refrán que dice que *ningún troll se queda atrás*?

La referencia no tiene sentido para mí. Tendría que buscarla. Los ojos de su prima se acercaron a nosotros, ladeó la cabeza y se rio.

—Parece que lo habéis conseguido. Y no somos trolls.

Áine se alisó el vestidito, mirándose a sí misma.

—Vamos a unirnos a la fiesta —anunció Áine—. Más clubes deberían hacer Halloween en agosto. —Dirigí una mirada señalada a Nico y Luciano—. La mejor parte. —Sonrió—. Los muchachos no entrarán a este club.

Compartieron una mirada y luego sonrieron, con la palabra problemas escrito en sus rostros. Me pregunté si Callahan sabía que su sobrina y Áine se estaban colando en mi club nocturno. Obviamente los chicos, supuse que se refería a los hermanos de Margaret, lo sabían. No cabía duda que sabían que el club nocturno, Temptation, me pertenecía. Era el primer club nocturno que había comprado.

Áine miró por encima de su hombro, nuestros ojos se conectaron.

—¡Gracias de nuevo, colega! —Me guiñó un ojo y se alejó hacia mi club.

¡Colega! Joder, no, yo no sería su colega.

—Oye, *colega* —se burló Nico. Las dos desaparecieron de nuestra vista, y me quedé con la cara sonriente de Nico—. Suena como el nombre de un perro.

—Que te den, Nico —murmuré. Mis ojos se dirigieron a la dirección en la que Áine había desaparecido, y tuve la intención de ir tras ella.

Luciano debió de leer mi mirada, porque se limitó a negar con la cabeza y a murmurar:

—No deberías joder con las pelirrojas. Créeme, yo debería saberlo.

No había conocido a Grace, pero por lo poco que Luciano había compartido, era pelirroja. Ya no podía soportarlas. Ya no podía soportar a *ninguna* mujer.

—Supongo que conoces a la mujer —preguntó Nico, con una mirada cómplice en sus ojos—. Aunque no parece que hayas dejado una huella duradera en ella.

Luciano rio divertido.

—Que os den a los dos. Un día de estos os devolveré la jugada.

—No es probable. —Sonrió Nico.

Los tres nos dirigimos a mi despacho, donde se escuchaba la música, pero no estaba tan alta y la gran pared de cristal nos permitía ver toda la pista de baile.

—¿Por qué mierda hemos venido aquí? —murmuró Nico, tirándose en una silla y levantando las piernas sobre la mesa—. ¿No somos un poco mayores para esto? ¿Y dónde diablos está Luca?

Mi línea de visión estaba en la única ventana, observando la escena en la pista de baile. Y ahí estaba mi hermano pequeño, coqueteando en la pista de baile, con las mujeres revoloteando a su alrededor como si fuera la maldita miel.

Ninguna de ellas importaba. ¿No se daban cuenta que tanto mi hermano como yo no teníamos arreglo? Tal vez era exactamente lo que las mujeres estaban buscando. Chicos malos con pasados jodidos que creían poder salvar.

Busqué a la mujer del cabello en llamas. No tardé en encontrarla. Estaba bailando con Margaret. Se reían, las dos actuaban como si estuvieran en su propio mundo. Se divertían como nunca.

A diferencia de Áine, el cabello de Margaret era negro como el carbón, pero tenían los ojos de color similar, los llamativos colores de las aguas del Caribe. Joder, cuando los ojos de Áine conectaron con los míos esos destellos del océano me golpearon directamente en el pecho. Y sentí *algo*.

Por primera vez, en mucho tiempo, *sentí* algo en el pecho. Diferente de la responsabilidad por las muertes y el sufrimiento que mi padre causó. Diferente del hambre de venganza. Excepto que no pude precisarlo.

Mis ojos recorrieron el cuerpo de Áine, curvado y suave en todos los lugares adecuados. Pero también fuerte. El traje de la Mujer Maravilla fue una buena elección. Le quedaba bien. Había crecido, los rastros de la niña que rescaté habían

desaparecido. La joven de hace años se había convertido en una mujer fuerte y segura de sí misma. Era evidente en cada uno de sus movimientos, en cada una de sus sonrisas, en cada una de sus miradas.

Algo en ella me atrajo y sentí que era importante seguirla.

¿Por qué no me recuerda?

No pasamos días juntos, pero una experiencia traumática como esa no se olvida, sin más. Era lo suficientemente mayor como para recordarlo todo. Después de todo, secuestrar y pasar por un calvario como ese no era algo que se olvidara fácilmente. Ese único acontecimiento dejó un impacto duradero en mí.

Se quedó conmigo. Me impulsó en los días en que derribar el imperio de mi padre parecía tener un gran precio. Para mí, mi hermano, mis amigos.

El conocimiento que podría haber otra niña, como Áine Evans, esperándonos para corregir los estragos que mi padre había cometido. Tal y como hicimos con esta chica hace nueve años. Una chica golpeada y magullada había sobrevivido y vencido. Era el mejor incentivo posible para continuar nuestro trabajo.

Mis ojos se fijaron en su figura, sus movimientos en la pista de baile eran elegantes y sensuales. Se movía con confianza, con una sonrisa amplia y abierta. Un vistazo a su piel entre las botas y el ridículo y corto traje de la Mujer Maravilla era suave y pálido. Su cabello rojo cereza atrajo la atención de miradas hambrientas de hombres y los celos se agitaron en mí.

Celos.

El sentimiento que no había sentido desde que Luca y yo éramos niños; mi hermano apenas un bebé y yo apenas tenía edad para entender cómo murió nuestra madre. El sentimiento escurridizo e inconstante que siempre odié al ver a otros con sus familias. Tenía ganas de arrancarlo de mi cuerpo. Te hacía doler; te hacía sentir todas las cosas que deseabas tener, pero no tenías.

—¿Vas a quedarte mirándola? —cuestionó Nico. Lo fulminé con la mirada. *¡Maldito burlón gilipollas!* —. Ve a pedirle un baile —sugirió.

—No necesito ningún estímulo —solté, agitado. Era exactamente lo que quería hacer, excepto que no estaba seguro de si era algo que *debía* hacer. Después de todo, fue mi propio padre quien la secuestró hace nueve años. Fue el legado y la avaricia de nuestra familia, la que inició una cadena de acontecimientos que la había llevado a esa sucia celda en medio de la nada. Donde los gritos y el dolor eran algo normal y cotidiano.

Luca y yo regresamos después. Arrasamos con el recinto después de liberar a otras mujeres e interrogar a los hombres. De acuerdo, tal vez un término más adecuado sería torturar. De cualquier manera, ni un solo soldado sobrevivió para contarlo. *Excepto el chico.* El estado en el que encontramos a las mujeres me asustó, incluso imaginar por lo que pasó el chico. Alguna mierda jodida pasó en ese agujero del infierno.

Mis ojos se centraron en su forma de bailar, moviéndose en la pista con su prima de cabello oscuro. Los irlandeses y mi padre habían estado en guerra desde que tenía uso de razón. Pero en los últimos nueve años, la guerra se intensificó. Mi

padre ni siquiera podía imaginar lo que había empezado cuando secuestró a Áine Evans.

Pero después de todo este tiempo, finalmente había decidido que era hora de cobrar mi deuda.

CAPÍTULO 2



Aline

Este hombre era hermoso; como Adonis, pero a un nivel brutal.

El tiempo pareció detenerse y mi mirada se congeló en un par de ojos fríos y oscuros, enmarcados con las pestañas más gruesas que jamás había visto. El poder centelleante que surgió a través de él, corrió intenso e indefinible; la oscuridad y la brutalidad de esos ojos oscuros sacudieron algo dentro de mí.

Un recuerdo.

Un recuerdo lejano y vago que no pude precisar. Acechaba en las sombras de mi mente que solo me perseguía en mis sueños. Un extraño golpeteo comenzó en mi pecho, en sincronía con mi cabeza. Sin embargo, la habitual repulsión ante la cercanía de un hombre nunca llegó, lo cual era intrigante.

Sus ojos oscuros me observaban, como si esperara algo. Como si nos conociéramos desde hace mucho tiempo. Me fijé

en su rostro y en su fuerte mandíbula con pómulos cincelados. Me resultaba... *familiar*. Muy familiar. Una imagen borrosa apareció en mi mente, una mano extendida, y enarqué las cejas.

Manos tatuadas. Mis ojos bajaron a sus manos. Nada en su mano derecha, pero había tinta en la izquierda. Una rosa, solo pétalos.

Y entonces el recuerdo desapareció, desintegrándose en la nada, para mi frustración. Concentré mi mente en la búsqueda del recuerdo. Era importante, lo sabía. Sin embargo, no llegó nada. Sacudí la cabeza con una ligera frustración encontrándome con su mirada. *¿Quién era él?*

Mis sienes palpitaban mientras miraba fijamente esos intensos ojos oscuros. Me sentí como si me ahogara en aguas oscuras y amenazantes sin poder salir a respirar. Su rostro era memorable. Si lo hubiera visto antes, no habría posibilidad de olvidarlo. Me estudió mientras yo observaba sus conmovedores ojos marrones. Como si supiera algo que yo ignoraba. Me intrigó, arrastrándome a una niebla.

Todo se desvaneció mientras lo observaba. Sí, había algo familiar en él que no podía ubicar. Apostaría mi vida a que había conocido a este hombre hace mucho tiempo. Busqué en mi memoria, el rompecabezas me acosaba. Era importante que lo recordara. Pero cuanto más trataba de recordar, más se agudizaba el dolor de cabeza. No me di cuenta que mis dedos presionaban mis sienes hasta que la voz de Margaret atravesó mi cerebro.

—¡Áine! —La voz de Margaret interrumpió mi mirada y sus labios se curvaron en una sonrisa perezosa—. ¡Jesús, pensé que te habían atrapado!

Miré a Margaret y negué con la cabeza en respuesta.

—Y ya tenemos tu nombre —murmuró satisfecho el tipo cubierto de tatuajes.

Su profunda voz me provocó escalofríos. Era muy poco habitual que mi cuerpo reaccionara positivamente ante cualquier hombre, pero este... Dios, este tipo enigmático me hizo reaccionar de una forma escandalosamente visceral. Prácticamente podía saborear el aire crepitante y sentir cómo se calentaba mi piel. Era tan emocionante como aterrador. Jamás, como *nunca*, había sentido deseo por nadie.

Sus labios se curvaron en una pequeña sonrisa cómplice y el fastidio se apoderó de mí ante su sonrisa victoriosa. ¡Lo que sea! No iba a dejar que me arruinara la noche. Además, sería su última sonrisa si Jack Callahan, mi padrastro, se encontrara aquí. Entonces este tipo probablemente no se acercaría a mí ni con un palo de tres metros. A los hombres les repugnaba mi conexión con el jefe de la mafia irlandesa de Nueva York o les intrigaba. No había un término medio. Nadie permanecía imperturbable.

Dejé al oscuro Adonis con mi mano en la de Margaret para conseguir algo de alcohol. Por primera vez en mi vida, luché contra el impulso de arrancarle la ropa a un hombre y tener sexo sudoroso y duro.

Ni siquiera he comenzado a beber. Y lo que es más inquietante, *nunca he querido tener sexo*. Nunca he tenido sexo. Por lo general, me provocaba ataques de pánico desagradables, sudores fríos y un corazón dolorosamente acelerado.

Con un pequeño movimiento de cabeza, nos alejamos. Sin embargo, cada paso que daba lejos de él provocaba un

profundo remolino en mi estómago. Me arrastraba de nuevo en dirección al desconocido. No tenía ningún sentido. Sí, era un hombre inusualmente atractivo. Sería imposible que cualquier mujer no sintiera algún revoloteo en su estómago —o en su corazón— al contemplar aquel buen ejemplar. Pero a diferencia de otras mujeres, un solo toque suyo y estaba segura que el ataque de pánico haría su molesta aparición. A pesar de este fuerte tirón, conociendo los ataques de pánico que me dan cuando me tocan, lo ignoré.

Probablemente moriré virgen, pensé con un fuerte suspiro.

—Eres la peor cómplice —le dije, poniendo los ojos en blanco. Tal vez estaba un poco malhumorada debido a esa necesidad compulsiva hacia el desconocido—. Y la peor cómplice de la fiesta. Nunca dejas a nadie atrás. Acaso no conoces el refrán: '*no hay troll que se quede atrás*'.

Margaret se rio sin inmutarse. Las dos sabíamos que ella siempre me cubría las espaldas y yo las suyas. Estábamos tan unidas como hermanas y confiábamos explícitamente la una en la otra.

—Parece que lo has conseguido —se burló, sus ojos viajando detrás de nosotros—. Y no somos trolls.

Incorregible. Margaret era simplemente incorregible.

—Vamos a disfrutar de la fiesta —le dije con una última mirada por encima del hombro. Solo una última mirada a tan magnífico espécimen. Seguía en el mismo sitio, con sus ojos puestos en mí. Y ahí se fue mi corazón de nuevo, revoloteando como una mariposa atrapada en una botella tratando de liberarse. Volviéndome hacia Margaret, añadí en tono burlón—:

Más clubes deberían celebrar Halloween en agosto. La mejor parte. Los chicos no vendrán a este club.

No pude resistir una última mirada por encima del hombro, nuestros ojos se conectaron.

—¡Gracias de nuevo, colega! —Le guiñé un ojo coquetamente, sorprendiéndome a mí misma. No era de las que coqueteaban. Más bien era mortífera.

Volviendo mi atención a Margaret, compartimos una sonrisa y nos fuimos. Las dos teníamos trabajos responsables y dirigíamos una organización que conllevaba una gran responsabilidad, pero también nos gustaba la fiesta. Al fin y al cabo, solo tendríamos veinte años una vez.

Nos dirigimos a la barra y pedimos nuestros chupitos. Nos tomamos uno cada una y nos dirigimos a la abarrotada pista de baile.

Bailamos, relajadas y felices de no tener a los hermanos de Margaret revoloteando sobre nosotras y alejando a todos los hombres. No es que quisiera a ningún hombre. La mayor parte del tiempo odiaba que los hombres estuvieran cerca de mí, y más aún que me tocaran. Aunque mi anterior encuentro me sorprendió.

Tal vez mi cuerpo estaba esperando al tipo adecuado para responder. Una ráfaga de excitación me recorrió pensando en el magnético desconocido. Mis ojos recorrieron la pista de baile, buscándolo, pero no estaba aquí y la decepción me invadió.

No tenía la menor idea de quién era, pero de alguna manera, se sentía importante. Había algo electrizante en él. Esos tatuajes en su cuello y en su mano normalmente me alejarían,

pero en él, simplemente encajaban. Casi como una segunda piel.

Ningún hombre había acaparado mi atención, pero aquel... era como un peligroso rey, capturando toda mi atención y, al mismo tiempo, resultándome familiar. Reconfortante. Segura.

Hermoso y despiadado.

Esas fueron las dos palabras que me vinieron a la mente para describirlo. La parte temeraria de mí que nunca había experimentado antes quería probar hasta dónde podía llegar con él antes que mi cuerpo se apagara. Al final, se *apagaría* y ese viejo y familiar pánico se abriría paso hacia el frente. No tenía ninguna duda. Pero la curiosidad en mí quería probar esas aguas lujuriosas... solo con *él.*

Miré a mi lado y noté que Margaret se había esfumado. No me cabía duda que tendría algo salvaje que contarme más tarde. Estaba un poco celosa de su espíritu libre. A veces quería poder ligar con un hombre y disfrutar de la pasión del momento. Pero conmigo siempre terminaba con una repentina oleada de terror.

¡Adorable! Soy el sueño de todo hombre.

La música cambió y bailé sola, meciéndome al ritmo. Sonó la conocida melodía de Halsey "Bad At Love" y el vello se me puso de punta. Era exactamente lo que yo era. Excepto que no tenía un chico en Michigan. Ni en ningún otro lugar.

Cerrando los ojos, dejé que la música me inundara, dejando de lado todos los demás pensamientos. Había mucho tiempo para las preocupaciones, los miedos y las inseguridades. Ahora mismo, solo quería bailar y fingir que no había nada malo en mí.

Yo era la Mujer Maravilla en la pista de baile. El disfraz no era muy práctico, pero desde luego me hacía sentir una malvada. Aunque nadie lo llevaba tan bien como Gal Gadot[5]. Y sexy. Nunca me había sentido sexy.

Unas manos se deslizaron alrededor de mi cintura y mi ritmo cardíaco se aceleró al instante. Se aceleró. El aroma familiar y la sensación de agitación en mi estómago me dijeron quién era. No tuve que girarme para saberlo. Sin embargo, la parte precavida de mí hizo desviar mi mirada hacia abajo para ver la tinta en la mano que me envolvía.

¡Oh, Dios mío!

Y todavía no había pánico. Al contrario, sentí una oleada de lujuria como si alguien me lo hubiera inyectado en el torrente sanguíneo.

Estaba mal; lo sabía. No era del tipo de chica de una noche. Pero cuando finalmente sientes algo después de tantos años de escuchar a tus amigas delirar sobre el sexo, no pude evitar ceder a la tentación de ser tocada por un desconocido.

Mi cuerpo se calentó y mi corazón tamborileó al sentir su duro cuerpo a mi espalda y sus manos sobre mí. Un deseo diferente a todo lo que había sentido antes se elevó con poderosa intensidad dentro de mí. Era embriagador. *Él* era embriagador.

Tal vez ***sea*** *normal*, pensé con excitación. Solo que mi cuerpo era extra, extra selectivo.

[5] Gal Gadot Varsano es una actriz, productora y modelo israelí. En 2020 interpretó el papel de Wonder Woman. (La Mujer Maravilla)

La canción cambió y sonó "Too Good To Be True" de Faith Richard. Quería volver a verlo, perderme en esos ojos. Con una valentía que hacía tiempo que no sentía, me giré lentamente y me encontré con su mirada. Conteniendo la respiración, esperé a que mi cuerpo reaccionara, protestara, gritara. *Nada.*

Solo un agradable rumor y un hormigueo cálido en todo el cuerpo. Nada parecido a un ataque de pánico. Era demasiado bueno para ser verdad. Exhalé lentamente. Se sentía tan bien sentir todas estas emociones *normales*.

—Bien, bien —dije, sonriendo y ocultando mi inexperiencia en esto—. ¡Si es el tipo que no se disfraza para una fiesta de disfraces!

Su hermosa boca se curvó en una sonrisa fugaz y mis muslos se apretaron. Cielos, ¿han decidido mis hormonas entrar en acción esta noche después de años de nada? Aunque, no me quejo.

Con solo ese pequeño indicio de sonrisa en su apuesto rostro, cada fibra de mí se sacudió y luego se inflamó en algo feroz y caliente. Mi reacción visceral ante este hombre me sorprendió.

—Estoy vestido —dijo arrastrando las palabras, con un tono profundo de voz produciéndome escalofríos. La mujer que había en mí se alegró y se regocijó ante esta novedosa reacción. Mi coño lo deseaba. *¡Dios mío!* Había algo en mi cerebro que repetía "*mío, mío, mío*".

—¿Vestido de qué? —pregunté con un tono ligeramente jadeante.

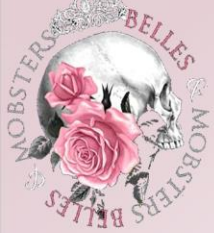
—Como yo —murmuró suavemente—. ¿No es suficiente? —Mis mejillas se calentaron al instante. *Él* era lo suficientemente bueno.

—Ciertamente lo es —murmuré, mis ojos bajando por su cuerpo. *Oh, Dios, estoy siendo demasiado obvia*. El calor de su cuerpo simplemente irradiaba a través de mí y mis venas.

Volví a concentrarme al ver que sus labios se curvaban en una amplia sonrisa. Me estudió sonriente y hubo un revoloteo en mi estómago. De alguna manera, percibí que no sonreía mucho, pero debería hacerlo. Sus ojos oscuros y marrones hablaban de un pasado difícil. Cada vez que nuestras miradas se conectaban, tenía la sensación que este hombre no era un extraño, pero no podía ubicarlo. Tal vez había tomado demasiados chupitos, aunque no me sentía borracha. Además, también lo sentí antes, cuando lo vi por primera vez.

Su mano se deslizó hasta la mitad de mi cintura y luego buscó mis manos. Las entrelazó durante unos segundos, y luego las llevó alrededor de su cuello. Contuve la respiración y luego la solté lentamente, mi cuerpo aún se sentía relajado. Me sentía borracha. Pero no por los chupitos que había consumido. Me sentía borracha por él, y apenas había comenzado a bailar conmigo. Inhalé su delicioso aroma y mis entrañas se estremecieron.

El calor de su cuerpo podría convertirse fácilmente en una adicción. Debería hablar, decir algo. Sin embargo, no pude encontrar una sola palabra. En su lugar, absorbí este momento como una mujer muriendo de sed ya que seguramente terminaría en cualquier momento. La cercanía física siempre ha sido difícil. Ni idea de por qué o cómo, simplemente no funcionaba.



—Sabes que llevar un traje no es un disfraz, ¿verdad? —solté. Maravilloso, de todas las cosas que se pueden decir, solté la más idiota. Aunque mi cuerpo, por algún milagro, no entrara en modo pánico, este hombre lo haría.

—Seguro que sí. Un hombre de negocios —respondió. Eché la cabeza hacia atrás y me reí.

—Eso no es un disfraz. —Mis ojos volvieron a recorrer su traje Brioni de tres piezas. Le quedaba como un guante—. ¿Tal vez un mafioso? —Levantó una ceja y me miró con extrañeza—. ¿Qué? —pregunté indefensa—. Podrías ir con un look de Al Capone o algo así.

La más leve sonrisa levantó la comisura de su boca y mi corazón tronó bajo mis costillas. Me sentía tremendamente atraída por este hombre. Ni siquiera sabía su nombre, pero nada de eso importaba. Fue como si todos y todo desaparecieran, dejándome a solas con él y esta electricidad tan novedosa para mí.

El pánico se desatará en cualquier momento. Tenía que hacerlo, siempre lo hacía. No quería hacerlo, pero era inevitable. Tal vez podría tocarlo antes que sucediera.

Entrelacé mis dedos en los oscuros mechones de su cabello, tocando la parte posterior de su cuello. Su cabello era más suave de lo que imaginaba. Me pregunté si sus labios serían aún más suaves.

Un pensamiento parpadeó en el fondo de mi mente advirtiéndome que este hombre no era suave. Sin embargo, era emocionante. Excitante. Quería disfrutar de este momento durante todo el tiempo que pudiera antes que la parte rota de

mí entrara en acción y rechazara la proximidad de este magnífico espécimen masculino. Me lo merecía.

Acercó su rostro y el aire crepitó con algo intenso. Mi respiración se entrecortó en mi garganta y un calor lánguido corrió a través de mi torrente sanguíneo, aligerando mi cabeza.

El aire del club estaba cargado, la música un ruido lejano en mi cerebro mientras bailaba con un hombre del que no sabía nada. Ni siquiera su nombre. Y había algo tan tentador en él que quería aferrarme a él todo el tiempo que pudiera.

—Es un buen look —murmuré en voz baja—. Podrías ser un auténtico mafioso.

Al mirar sus ojos conmovedores, sentí que podía perderme en ellos. Los latidos de mi corazón palpitaban y mi piel ardía como si estuviera demasiado cerca del sol. Sus manos en mí se sentían bien, pero ansiaba más. Era como si mi cuerpo despertara por fin de un sueño de años y exigiera satisfacción.

El punto dulce entre los muslos, dolía, la atracción como una droga a través de mis venas. Lo imaginé deslizando esa mano tatuada entre mis muslos y sobre mi punto dulce. ¿Se sentiría bien su tacto o mi cuerpo me traicionaría? Quería probar las aguas.

Oh, Dios mío, mis bragas estaban en llamas.

Me mordí el labio inferior, contemplando cómo pedirle que me llevara a algún sitio y me tocara. Normalmente, le rompería la mano a un hombre si intentara tocarme, pero nadie había despertado ni una fracción de esta sensación. Especialmente un extraño, pero este hombre... algo en él me deshizo. Me sacudió hasta la médula.

Sus dientes rozaron su labio inferior y un calor llenó mi estómago. Me quedé mirando su boca, instándole en silencio a que me besara. Nunca besaba a extraños. De hecho, rara vez iniciaba o devolvía un beso cuando salía con algún amigo. Un novio platónico, en el mejor de los casos.

Simplemente asumí que estaba rota y que no me gustaba nada relacionado con la cercanía física.

Nos miramos fijamente y todo lo que nos rodeaba se convirtió en ruido de fondo. Se acercó más y mi cuerpo zumbó mientras el nerviosismo vibraba bajo mi piel. Las mariposas de mi estómago trabajaban a toda máquina y contuve la respiración.

Sus labios tocaron los míos mientras sonaba "Scars To Your Beautiful" de Alessia Cara, y en algún lugar lejano de mi mente, reconocí que me parecía apropiado. Me ha ido mal en el amor, con cicatrices en algún lugar de las profundidades de mi mente que ni siquiera podía comprender o entender. Sin embargo, ahora mismo, me sentía completa. Perfecta. *Suya.*

Mi corazón se aceleró tanto que me preocupó quedarme sin aliento. Mis rodillas flaquearon ante las sensaciones que me invadían, la presión de sus labios contra los míos era suave. Me froté contra sus duros músculos, nuestras bocas formaban un perfecto molde juntas. Suave y húmedo. Deslizó su lengua dentro de mi boca y pensé que me convertiría en un charco.

Con los suaves y cálidos labios de este desconocido sobre los míos, con su aroma dominándome, estaba perdida. Cada centímetro de mi piel ardía. Por él. Su gran mano bajó hasta la parte baja de mi espalda, con el calor que irradiaba a través del endeble material de mi traje. Su otra mano sujetó mi rostro, su

pulgar bajo mi barbilla, inclinándolo para besarme más profundamente.

Un gemido subió por mi garganta. No podía respirar. No escuché nada más que el latido salvaje de mi propio corazón en mis oídos. No sentí nada más que a él. La forma en que besaba era una locura. Era como ser devorada y saboreada al mismo tiempo. Sabía a menta, a fruta y a alcohol, la combinación más extraña pero más embriagadora.

Seguí esperando que los viejos fantasmas entraran en acción. Sin embargo, nada.

Ni pánico.

Ni miedo congelado.

Solo deseo puro y sin adulterar.

Capturó mi labio superior entre los suyos, besándome con posesión. Como si *me* conociera; como si llevara toda la vida esperándome.

Los latidos de mi corazón martilleaban contra mi caja torácica. Su beso me hizo sentir viva; me hizo sentir todo.

Un temblor me recorrió, pero me negué a detener el beso. En cambio, mis manos se aferraron a su nuca, sin querer soltarlo. Como si él fuera mi balsa salvavidas, la diferencia entre la vida y la muerte en las salvajes tormentas que se ciernen sobre los océanos. Presioné más mi cuerpo contra el suyo, frotándome contra él. Toda mi razón salió por la puerta y el instinto entró en acción.

Su lengua se enredó con la mía, dirigiéndome, saboreándome. Este era un territorio nuevo para mí, pero no

había duda que este hombre sabía cómo besar. Sabía a pecado y a cielo. A la mejor clase de pecado, que tal vez me haría expulsar del cielo.

El beso se volvió áspero, un roce de sus dientes contra mi labio inferior. El pulso me retumbaba en los oídos y el fuego corría por mis venas, consumiéndome. El mundo se sentía bien con su boca en la mía, mi cuerpo suave presionado contra el suyo duro.

Agarré su cabello con más fuerza, acercándolo. *Para que me devorara.* Un gemido vibró desde lo más profundo de su pecho y sus manos se clavaron en mis caderas. Nuestras lenguas bailaron, mientras nuestros cuerpos se movían al ritmo de nuestras propias melodías.

Me sentí consumida. Completa. Perfecta.

Nunca nada se había sentido tan bien. Sabía tan bien. Mi respiración era errática, mi cerebro estaba sumido en una niebla infundida de lujuria y entre mis muslos palpitaba un dolor desgarrador que sabía que él podía satisfacer.

Mis uñas rozaron su cuero cabelludo, necesitando que se acercara. Estaba desesperada por más de esto. Por todo. Su lengua se enredó con la mía; nuestro beso era hambriento. *Tal vez él siente todo lo que yo siento*, reflexioné. No había otra forma de explicarlo. Me estaba consumiendo de una forma desconocida, sintiéndolo tan bien. Un escalofrío me recorrió, el dolor palpitante entre mis muslos exigía ser saciado.

Me mordió el labio inferior y se retiró. Mis ojos se clavaron en él, dispuesta a rogarle que no se detuviera. Tenía veintitrés años y nunca había sentido nada parecido. Este beso lo era todo.

—Ven conmigo —dijo con voz áspera. Podría ser Lucifer arrastrándome al infierno. No me importaba; lo seguiría de buena gana.

Su mano tomó la mía, sus palmas ásperas contra mi suave piel. Me condujo al pasillo donde nos habíamos encontrado antes. La gente bailaba y reía, pero no me di cuenta de nada mientras lo seguía por el pasillo y subía las escaleras. Lo único de lo que era consciente era de él.

Entramos en una habitación que parecía un despacho. Olía a él, a whisky y a su cara fragancia. Mis ojos recorrieron el lujoso pero sencillo despacho.

Sus labios recorrieron mi cuello, presionando mi cuerpo contra la puerta.

—Voy a cerrar la puerta para que nadie nos sorprenda. —Un instante silencioso—. ¿Está bien?

Este tipo de escenario era el que predicaba a mis primas y amigas. Sin embargo, aquí estaba asintiendo con la cabeza. Pero Dios, se sentía tan bien. Tenía que aprovechar esta oportunidad cuando mi cuerpo no se rebelaba ante el toque de un hombre.

—Sí —exhalé.

La cerradura hizo clic y, por un momento, nos miramos fijamente. Como si me diera la oportunidad de cambiar de opinión. De protestar.

Inspiré y solté el aire lentamente. Lo deseaba, no había un ápice de duda al respecto. Mi cuerpo no se asustó, mi corazón tampoco. ¿Qué había en él que hacía que mi corazón tamborileara con tanta fuerza, mi cuerpo vibrara de deseo, y a la vez me hiciera sentir segura? Su sola presencia ahuyentaba

las oscuras sombras que acechaban en mi mente a un rincón oscuro y lejano donde ya no importaban.

Me estudió con una intensidad coincidiendo con la mía. Pero esperó a que yo diera el paso definitivo. Sus ojos estaban clavados en mí, y el hambre que había en ellos igualaba a la mía, lo que me decía que él también sentía esa atracción tan ardiente. Sin embargo, esperó. Por *mí*.

Tres latidos. Y mi decisión estaba tomada. No podía resistirme a él. Extendí la mano y entrelacé mis dedos en sus ondas oscuras y presioné mis labios contra los suyos.

Un suave gemido salió de su garganta antes de sujetarme por la nuca y asumiera el control. Sabía que lo haría. Me besó con fuerza, adueñándose de mi boca. *Es suya*, un pensamiento resonó en mi mente. *Ha sido suya durante mucho tiempo.*

Nos besamos de forma salvaje y áspera, húmeda y caótica. Su lengua se movió dura y rápidamente, girando con la mía, poseyéndome. Era perfecto. Quería que siguiera besándome, tocándome. Fuera lo que fuera, quería más. Su lengua lamió cada centímetro de mi boca, como si quisiera probar cada rincón. Su calor era salvaje y ardiente, envolviéndome. Sus manos recorrieron mi cuerpo y, en ese momento, agradecí que el disfraz de Mujer Maravilla fuera tan escaso. Me permitía sentir su tacto en mi piel, provocando sensaciones en mi interior.

Me fundí en su abrazo, sus manos quemaron mi piel de la mejor manera posible. Debería sonrojarme por lo que estaba haciendo con un desconocido, pero no me importó. Era mi prueba que no estaba hecha de hielo, que no estaba rota.

Estaba hambrienta del toque de un hombre. El toque de *este hombre*. Sus manos bajaron hasta mis pechos y los palparon a través del endeble material. Un suave gemido escapó de mis labios, arqueando mi espalda ante su contacto.

—Por favor —respiré contra sus labios. *¿Es esto?* No es de extrañar que todas mis amigas y Margaret tuvieran tanto interés por el sexo. Todavía no había llegado a esa parte, y estaba delirando.

La parte baja de mi vientre se contrajo de necesidad y el pulso entre los muslos dolía, suplicando ser liberado. Como si conociera mi cuerpo mejor que yo, sus manos se deslizaron bajo mi vestido y bajó mis bragas. Salí de ellas cuando me levantó y sentó mi trasero contra un escritorio.

Apoyé mis manos sobre el escritorio para estabilizarme y su boca volvió a estrellarse con la mía. Otro gemido vibró en mi garganta, tragándoselo. Nuestras lenguas bailaron juntas como si hubiéramos hecho esto un millón de veces antes. El fuego ardiendo en mi interior estaba destinado a reducirme a cenizas.

Su boca bajó, arrastrando besos por mi cuello y mordisqueando mi piel. Era como si me estuviera marcando. Mi cabeza se inclinó hacia atrás y mis ojos se cerraron, disfrutando de esta sensación extraña, pero adictiva.

Todo mi cuerpo estaba a punto de estallar. Un calor lánguido recorrió mis venas, un delicioso escalofrío recorriendo mi columna. Me abrió los muslos con su barba raspando suavemente mi piel. Mis ojos se abrieron de golpe al darme cuenta de lo que estaba a punto de hacer. Me lamí los labios, con la respiración entrecortada, mientras lo veía acercarse más y más a mi punto dulce. Sin embargo, no hubo pánico.

Nuestras miradas se cruzaron y su lengua recorrió un camino cada vez más cercano a mi entrada. Inhalé y contuve la respiración mientras mi corazón retumbaba en mis oídos.

Separó más mis muslos con sus ásperas palmas, y lo observé con los ojos muy abiertos. Esperando. Anticipando. Deseando.

Sus ojos bajaron a mis muslos expuestos. Su ardiente mirada acarició mi clítoris sin tocarlo siquiera.

La bola de anticipación en mi estómago se enroscó al ver su mirada volver a mí. Algo crudo y sin diluir acechaba en sus ojos oscuros, extendiendo una excitante ráfaga a través de mí.

—Joder. Eres mía. —Eso fue todo lo que dijo antes que su boca terminara sobre mi coño. *¿Soy suya?* Las palabras sonaban verdaderas. Tal vez nada funcionó nunca con otros hombres porque no había lugar para nadie más, que para él. En mi corazón, *lo he estado esperando*. Mi cuerpo lo esperaba.

Me estremecí bajo el primer toque caliente de su lengua. No pude ni siquiera contemplar sus palabras cuando una oleada de placer me inundó y mi cabeza cayó hacia atrás. Dio una vuelta lenta saboreando desde la entrada hasta mi clítoris. Era mi primera caricia íntima de un hombre, y fue mejor de lo que jamás hubiera podido imaginar.

Un fuerte gemido salió de mis labios cuando pasó su lengua por mi clítoris antes de absorberlo. Su lengua me trabajó sin piedad, y estuve a punto de desmoronarme. Nunca me había sentido tan bien como ahora.

Su lengua penetró mi entrada y un sonido áspero y gutural se me escapó. Deslizó un dedo en mi interior y el placer se

disparó a través de mí, quemando mi torrente sanguíneo. Por instinto, intenté mover mis caderas, necesitando la fricción para deshacerme.

—Butterfly, estás apretada —murmuró con voz ronca. El apelativo atravesó mi niebla infundida de lujuria, al tiempo que sus dedos empezaron a entrar y salir de mí, y todo se desvaneció. Solo podía perseguir la sensación que me estaba produciendo.

—Oh, Dios mío —respiré con fuerza—. P-por favor. Oh, Dios mío.

Su boca lamía y chupaba mi clítoris, mientras sus dedos entraban y salían de mí, tomándose su tiempo, como si fuera su postre más sabroso. De vez en cuando emitía profundos gruñidos de satisfacción disparando algo caliente en cada fibra de mí. Aumentó la velocidad y la fuerza de sus dedos, con sus lengüetazos constantes mientras sus ojos oscuros encontraban los míos. Nuestras miradas se cruzaron, palabras incoherentes se deslizaron por mis labios mientras la llama en mi interior se calentaba más, amenazando con enviarme en espiral hacia un abismo.

Enroscó sus dedos dentro de mí, golpeando un punto y una palabra salió de su boca.

—Vente —ordenó y el placer estalló por mis venas, como un fuego alimentado por la gasolina. Un lánguido calor se extendió por mi cuerpo mientras palpitaba en torno a sus dedos, mientras él seguía moviéndolos lentamente hasta que mis temblores disminuyeron.

Sus manos rozaron desde mi cintura hasta mi cadera y luego hasta el interior de mis muslos, su palma áspera y

caliente. Una caricia ardiente. El calor se enroscó en la parte baja de vientre y el pulso se aceleró mientras fijábamos nuestras miradas.

—Ese fue mi primer orgasmo con un hombre. —Sus ojos parpadearon sorprendidos ante mi admisión. A decir verdad, me sorprendió haberlo dicho en voz alta. Los orgasmos deben ser sueros de la verdad. Las palabras se deslizaron por mis labios antes de poder pensarlo. Aunque no me arrepentí. Era increíble, y quería más.

Se levantó en toda su longitud y chocó su boca con la mía durante un brevísimo segundo, dejándome saborear su lengua.

Rompió el beso demasiado rápido.

—No será el último —prometió.

CAPÍTULO 3



Cassio

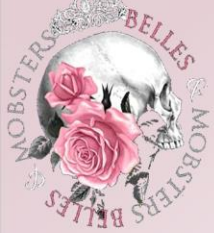
Su primer orgasmo.

Fui el dueño de su primer orgasmo. La posesión y algo más se disparó por mis venas. Ella había invadido el espacio de mi corazón hace mucho tiempo. Ella era la razón por la que Luca y yo seguíamos adelante.

Ella fue la razón por la que no me rendí cuando estaba cansado. Ella fue la razón por la que no me rendí cuando estaba vencido. Escuchaba sus palabras. *¿Los matarás a todos?* Y yo seguía adelante.

Mi pequeña mariposa.

Había crecido. Madurado. Se había convertido en una mujer de carne y hueso que me tentaba. Sin embargo, sentí algo dentro de ella. De vez en cuando, podía sentirla tensarse como si esperara que algo sucediera, pero desaparecía con la misma rapidez. Se relajaba, se fundía conmigo y todo desaparecía.



Mía.

Ella era mía. La había besado y el mundo no volvería a ser el mismo. Dejé ir a esa niña maltratada que salvé hace tantos años y besé a una mujer. Una reina guerrera. Era una luchadora, porque solo una luchadora fuerte sobrevivía al calvario por el que había pasado.

Es cierto que no se acordaba de mí. Era lo suficientemente mayor como para rememorar esos recuerdos, pero de alguna manera, los había enterrado. No la haría desenterrarlos. Recordaría ese horror por los dos. Era un pequeño indulto para ella haber olvidado todo eso.

Puede que la haya salvado de ese infierno, pero sin saberlo, ella también me salvó a mí hace tantos años.

Ella había logrado que algo dentro de mí cambiara y se reiniciara. Me dio un propósito cuando no podía encontrar ninguno. Incluso después que el abuelo nos salvara de nuestro propio padre haciéndonos fuertes, tanto Luca como yo luchamos por encontrar un propósito. No pertenecíamos a la gente normal. Y seguro que no pertenecíamos al mundo de mi padre.

Ese día, en medio del calor, la sangre y el terror, Áine me había infundido un propósito. Una razón para seguir luchando contra mi padre y golpearlo donde más le dolía. Pero, sobre todo, salvar a mujeres y niñas como ella.

Ese día, hace nueve años, fue un punto de inflexión en mi vida. Una vez más, me encontré en otro punto de inflexión. Una vez más, gracias a ella.

Llamaron a la puerta. Tanto Áine como yo lo ignoramos. Un segundo después, los golpes se convirtieron en un auténtico estruendo.

—Áine, ¿estás ahí? —Un discurso ligeramente arrastrado atravesó la puerta. Tenía que ser su prima, por lo que parecía estaba borracha, y maldije en silencio. Quería darle a Áine un segundo y tercer orgasmo. Todos sus orgasmos. No estaba preparado para que esta noche terminara.

—¿Amiga tuya? —pregunté, aunque lo sabía. Estaba preciosa. Sus mejillas enrojecidas por el deseo, sus ojos azul marino brillando como océanos bajo el brillante sol. Era sin duda la mujer más embriagadora.

Áine se alisó el vestido y se bajó del escritorio antes de ponerse las bragas. Llevaba el cabello alborotado y desordenado. Me encantaba verla así. Relajada, despreocupada y complacida. No pude resistirme a pasar mis manos por su cabello rojo fuego, enredando mis dedos en sus mechones. Era tan suave, como la pluma más suave.

Una sonrisa tímida apareció en su rostro. Me olvidaba de lo joven que era. Quizá demasiado joven para mí. Aunque no había nada en este planeta que me hiciera renunciar a ella. *Es mía.*

—Sí, es mi amiga. —Puso los ojos en blanco con una suave sonrisa dibujándose en sus labios—. Puede ser ruidosa a veces —añadió juguetonamente, con su melodiosa voz.

—Áine, escucho tu voz —Margaret Callahan golpeó la puerta como una loca—. Jack y mis hermanos están aquí.

Toda la diversión desapareció del rostro de Áine.

—Oh, mierda —murmuró dirigiéndose a la puerta. Una vez que la abrió, miró por encima del hombro y nuestros ojos se encontraron. Cada vez que nuestras miradas se cruzaban, sus ojos azul marino me destrozaban por dentro. Olvídate de las balas, su mirada me golpeaba más fuerte y profundamente. Y no necesitabas unas vacaciones en el Caribe, podías simplemente perderte en su brillante mirada y sentirte en un paraíso tropical—. Yo... puedo volver si...

No necesitaría volver porque iría tras ella. No obstante, asentí con la cabeza.

—Gira a la derecha y sigue recto hasta el fondo, hay unas escaleras laterales hasta la entrada trasera. Veré si puedo distraerlos.

Una amplia sonrisa se dibujó en su rostro.

—Gracias. Pero no te metas en problemas con ellos. ¿De acuerdo?

Era un asesino y ella se preocupaba por mí con su familia. Me pregunté si sucedería lo mismo, si ella conociera mi identidad. Sí, Jack la mantenía alejada de los bajos fondos, pero era imposible que permaneciera ajena a ello. Y el apellido King no era un apellido muy favorecido en la mayoría de los hogares.

—Vamos. —Margaret tiró de ella, tropezando ligeramente, y Áine desapareció de mi vista.

De alguna manera, ya la echaba de menos. Estaba lejos de haber terminado con ella. Mi autocontrol estaba tenso pendiendo de un hilo. Quería ir tras ella, terminar lo que

habíamos empezado. Mi polla estaba dura como una roca por ella.

No obstante, de alguna manera, supe que no habríamos terminado esta noche ni siquiera sin interrupción.

Llámalo intuición. Lo que quieras. Pero en el fondo, aunque Áine lo quisiera, no estaba preparada. Estaba preparado para pasar la noche con una erección desde el momento en que la vi. Aunque esta noche resultó mucho mejor de lo que había previsto.

Me abroché la chaqueta del traje y me alisé las mangas, luego me pasé la mano por el cabello. Todavía podía oler el tenue perfume de Áine en mí y en el aire que me rodeaba, saborearla en mi lengua. Era mejor que Jack no entrara aquí.

Salí de la oficina. Con una rápida mirada a la derecha, vi que las mujeres se habían ido. No podían haber tomado un desvío y haberse perdido. Era la misma ruta que tomaron Nico y Luciano a primera hora de la tarde. Ambos se marcharon poco después de nuestra llegada. Luciano no tenía estómago para este tipo de lugares desde la desaparición de su mujer, y Nico estaba siguiendo alguna pista o algo así. El hombre siempre estaba trabajando, pero tal vez era lo único que lo mantenía cuerdo desde la muerte de su hermana.

Les di a los dos una excusa de mierda que me quedaría a revisar los libros financieros. Ninguno de los dos se creyó la historia, dejándome con sonrisas cómplices. Lo que sea. No sabían una mierda.

Estaba casi al final del pasillo cuando los vi. Los irlandeses. Lo admito, a veces eran demasiado ruidosos y salvajes. Podía ser jodidamente agravante. Pero Jack Callahan era un buen

hombre y sus sobrinos, aunque jóvenes y un poco salvajes, también eran buenos hombres. Si tan solo no fueran impulsivos.

—Jack —lo saludé, fingiendo sorpresa al verlo—. No pensé que los clubes nocturnos fueran tu ambiente.

—No lo son, maldita sea —gruñó—. Pero Margaret y mi hijastra están aquí. Y le han dicho al portero de la puerta que no nos deje entrar. Necesitan guardaespaldas.

Estaba claramente disgustado. Y preocupado. Me imagino que siempre estaba preocupado por ellas. Especialmente por Áine Evans. Pensó que nadie sabía su secreto, aunque se veía claro como el agua.

—Tus sobrinos son más que bienvenidos a conocer la zona —ofrecí—. Ya me iba, pero quédate todo el tiempo que quieras.

Compartió una mirada con sus sobrinos, una clara orden de ir por las mujeres. Los tres hombres se alejaron sin decir nada y se separaron. Sería una causa discutible, pero no era necesario avisarles de ello.

—Cassio, ¿podemos hablar? —preguntó Jack, con los ojos puestos en mí. Los mismos ojos azul océano que los de Áine, su hija, excepto que los de ella eran asombrosamente hermosos. Los de Jack eran simplemente... bueno, comunes. Esos ojos azules eran una marca registrada de los Callahan; me sorprendía que nadie lo viera tan claramente como yo. Áine Evans era la hija biológica de Jack Callahan, aunque él lo mantenía en secreto para el mundo, incluida su propia familia.

—Seguro —dije—. ¿Te importa si caminamos y hablamos?

Ciertamente no lo llevaría a mi oficina. Lo mantendría fuera de los límites por un tiempo. Además, estaba seguro que

olería el sexo y el perfume de Áine. Y el temperamento de Callahan era bien conocido.

En cuanto salimos, el aire fresco nos golpeó. Las noches de agosto en Nueva York pueden ser muy calurosas, pero hoy estaba inusualmente frío y me pregunté si Áine tendría una chaqueta. No me gustaría que enfermara; ese traje suyo no le proporcionaría calor.

¡Genial! Me estaba volviendo como una vieja tía regañando a su pupila para que se abrigara.

—Cassio, tengo que admitir que esperaba que ya mencionaras y reclamaras tu deuda —comenzó Jack. Sabía que no se andaría con rodeos. Y sabía que odiaba estar en deuda conmigo. A decir verdad, hasta esta noche, no podría haberme importado menos si alguna vez la pagaba. Pero ahora... había algo, más bien alguien, que quería. Y sabía que él era el billete para conseguirla. La deuda que tenía conmigo sería pagada y ella era la única que podía saldarla.

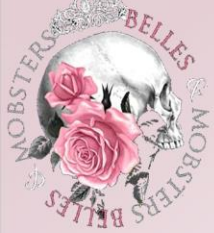
—¿Por qué tanto empeño en pagar? —le pregunté despreocupadamente.

Gruñó y el jefe de los irlandeses puso los ojos en blanco. Áine debe estar contagiándose de él. La he visto poner los ojos en blanco varias veces esta noche cuando nos hemos encontrado por primera vez.

—No quiero que esa deuda planee sobre mí.

Tenía sentido. Yo tampoco lo haría.

—Viniste a mí, Callahan —le recordé—. Te comprometiste a cualquier cosa, siempre que hiciera ese único trabajo para ti.



Debería haber tenido cuidado al ofrecerme cualquier cosa que quisiera, por un rescate. Pero entonces sospeché que no estaba en el estado de ánimo adecuado. Si tuviera que adivinar, fue poco antes de acudir a mí cuando descubrió lo de su hija.

—Y mantengo mi palabra —refunfuñó.

—Sin embargo, tengo curiosidad —repliqué secamente—. ¿Qué te hizo estar tan seguro que no te traicionaría con Benito?

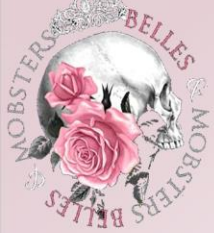
Observé cómo las emociones parpadearon en su rostro envejecido. Tenía la misma edad que Benito. Mientras que el modo de vida de mi padre le pasó factura, no lo hizo con Callahan. Los ojos azules y claros de Jack eran afilados y su cabello plateado evidenciaba la sabiduría que los años gobernando a los irlandeses le habían aportado. Por supuesto, Jack tampoco torturaba a niñas y mujeres.

—El hecho que no consideres a Benito como tu padre —respondió, sorprendiéndome—. Y tenía un plan de contingencia si me traicionabas. Me la jugué, pero no tender la mano habría sido una apuesta mayor. No estaba dispuesto a dejar que mi orgullo le costara la vida a Áine.

Callahan era un hombre mucho mejor de lo que Benito jamás sería.

Mi conductor se puso delante de mí. Había estado esperando en la esquina, sabiendo que nunca me quedaba mucho tiempo aquí. Esta podría haber sido mi visita más larga a mi club nocturno.

—¿Cómo está Áine? —pregunté en su lugar. Sentí que me miraba con desconfianza. Abrí la puerta del coche—. ¿Quieres que te lleve a casa?



La sospecha persistía en su rostro, y casi estuve tentado de poner mis propios ojos en blanco.

—Si te quisiera muerto, Jack, ya estarías muerto. No me sirves de nada muerto, así que no te preocupes.

—Bien —refunfuñó y tecleó un rápido mensaje en su teléfono. Probablemente notificando a alguien que estaba viajando conmigo. En caso que apareciera muerto y todo eso.

Se deslizó en el asiento y lo seguí. El conductor puso el vehículo en marcha y arrancó. Sabía que Jack no había olvidado mi primera pregunta, pero no se lo volvería a preguntar. Podía tener mal carácter, pero no era estúpido.

—Áine se encuentra bien —respondió finalmente—. El traslado desde Londres fue un poco duro para la chica, pero salió adelante. —Asentí. Su madre se casó con Callahan un año después que el primer ministro fuera asesinado. Por mi propio padre. Pero solo un puñado de personas lo sabía, incluidos Luca, Nico y yo. El primer ministro fue asesinado el mismo año que salvamos a Áine de los traficantes. Después, Áine y su madre se trasladaron a Estados Unidos y vivieron con Callahan en Nueva York bajo su protección. Se podría pensar que cruzar el océano habría sido más seguro. Excepto que aliarse con un oponente digno, como el jefe de la mafia irlandesa, era más seguro en este caso.

Había estado tan cerca, pero extrañamente nuestros caminos nunca se habían cruzado hasta ahora.

—Sobre la deuda que tengo contigo —comenzó, cambiando rápidamente de tema. O tal vez no tan rápido, ya que mi decisión ya estaba tomada. Abrí el teléfono y leí un mensaje de

Luciano—. Estoy abierto a ofrecer territorio, pago o una alianza matrimonial.

¡Bingo!

Mantuve los ojos en el teléfono y mi expresión inmóvil.

—¿Con Áine Evans? —pregunté despreocupadamente, como si estuviera sorprendido.

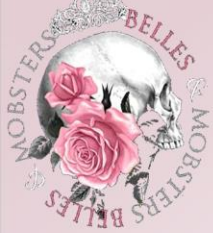
No hubo necesidad de las siguientes palabras de Jack. Sabía la respuesta antes que abriera la boca. Todo su cuerpo se tensó, y pude verlo desde la periferia, su rostro se volvió rojo sangre por la rabia.

—Áine no forma parte de ningún trato —gruñó. Levanté los ojos y enarqué una ceja—. Y nunca lo será. No tiene ninguna relación con la mafia, a excepción de ser mi hijastra.

Interesante. Estaba dispuesto a negar su relación de sangre para salvarla.

Callahan la mantuvo alejada de todos sus socios y eventos. Terminó el instituto aquí en Estados Unidos, bajo su protección y sus hombres. Luego se fue a la universidad a estudiar arquitectura. En nuestro mundo, él mantuvo su vida lo más normal posible.

—Tal vez sea eso lo que necesita nuestro mundo —le dije casualmente—. Más humanidad que provenga de gente de fuera del inframundo. Tienen un mejor baremo para el bien y el mal, ya sabes. —Pensé que a Callahan le iba a dar un ataque cerebral; prácticamente podía sentir su ira hirviendo y empañando el coche. El cabrón que hay en mí no pudo resistirse a burlarse un poco de él—. Además, no olvidemos que



te acercaste a mí y me ofreciste cualquier deuda. Tus palabras exactas fueron que me darías *cualquier cosa* que quisiera.

Conocía su error. Nunca se ofrece *cualquier cosa* a pecadores como nosotros.

—Ningún hombre en su sano juicio dejaría entrar a un inocente en nuestro mundo —gruñó—. Ella ya ha sufrido bastante. Prefiero la guerra a que ella se mezcle en esta mierda.

Y ahí estaba. Una declaración de guerra.

Cuando me quedé callado, continuó:

—Áine Evans nunca estará en la mesa de nadie en nuestro mundo ni en nuestra posición. —*Ya veremos*—. Pero puedes tener a Margaret. —*Un paso difícil.*

Volví a mirar mi teléfono y me encogí de hombros.

—Lo pensaré.

CAPÍTULO 4



Cassio

DOS AÑOS DESPUÉS

Dos malditos años.

Tardamos dos años de trabajo para poner todo en orden. Hacer que mi padre se debilitara. Poner en marcha un plan que asegurara que Áine se convirtiera en mi esposa. No la salvaje Margaret Callahan. Hacía dos años que no tocaba a esa ardiente mujer de cabello rojo, y era suficiente para volver loco a un santo.

Y no era en absoluto un santo, pero *era* un hombre paciente.

—Dependo de ti para coordinar la boda —anuncié por el altavoz. Me senté en mi despacho, en la casa de Nonno en Sicilia. Mi casa. Era el único lugar que Luca y yo considerábamos nuestro hogar. La villa estaba conectada con la mejor tecnología, gracias a Nico—. Mantén el conocimiento del acuerdo entre nosotros dos al mínimo. Solo personas de

confianza. No necesito que comience una guerra con mi padre todavía.

Excepto que la guerra con mi padre se ha estado gestando desde que podía recordar. Estaba desmoronando lentamente su imperio, y él no podía hacer nada al respecto. Atacó a la esposa de Luciano, pero perdió. Atacó nuestros envíos y también perdió esas batallas. Pero saber que me alié con los irlandeses haría que mi querido padre se lanzara a una maldita masacre asesina. Y nadie necesitaba que las calles de Nueva York se tiñeran de rojo.

—Puedes contar con mi esposa —anunció Jack Callahan—. Ella sabe cómo hacerlo.

—Excelente —le dije—. Nico será nuestro intermediario por ahora, para asegurar que esto permanezca bajo el radar.

Nico Morrelli era uno de mis mejores amigos desde hacía mucho tiempo. Mientras que a Luciano lo conozco desde que éramos niños, Luca y yo nos refugiábamos a menudo en la casa del padre de Luciano cuando mi padre nos quería dar una paliza, a Nico lo conocí en la universidad. Me salvó la vida cuando mi padre envió a un asesino para acabar conmigo.

Con Nico era "*no preguntes cómo obtengo la información, siempre te avisaré con tiempo*". Lo acepté porque supe enseguida que sería un hombre digno de tener a mi lado.

Solo gracias a Nico la identidad de Luca y la mía se había mantenido al margen de cualquier huella digital. Tenía una empresa tecnológica que controlaba la información y las imágenes de todas las bases de datos posibles de las webs. La gente podía conocer nuestros nombres, pero no nuestros

rostros. Eso permitía moverse más fácilmente entre los diferentes círculos sociales.

Luciano y Nico fueron una de mis primeras alianzas formales. Ambos hombres eran brillantes y de confianza. El padre de Nico no valía una mierda, pero Nico ya lo sabía. Fue la razón por la que básicamente derrocó al viejo y se hizo cargo de todo su territorio.

La llamada terminó y me recosté en la silla, mientras mis ojos recorrían las pintorescas arboledas de limoneros y naranjos. Las montañas se extendían en la distancia y el aroma del mar y los cítricos flotaba en el aire. Era el único lugar en el que me sentía en paz. Aquí mismo.

Era todo lo contrario al horizonte de la ciudad de Nueva York. A pesar de todo, nada de eso significaba nada, no sin tener a alguien a mi lado. Las palabras de Nonno que había pronunciado tantas veces, finalmente tenían sentido. *Sin una mujer con la que compartir tu felicidad y tus penas, todos tus sacrificios serán inútiles.*

Había encontrado a la mujer con la que compartirlo todo, excepto que tenía que conspirar y engañar para conseguirla. Parecía ser el legado de la familia King. Por mucho que luchara contra ello, la sangre de mi padre seguía formando parte de mí.

¿Qué estaría haciendo Áine Evans en este momento? ¿Perderse en sus dibujos arquitectónicos? ¿Saliendo de fiesta con Margaret? O mi opción menos favorita: ¿pasando el rato con su novio? La he tenido vigilada y acosada durante los últimos dos años. Sabía todo lo que había sobre ella: su tienda favorita, su color favorito, su comida favorita. Nico desenterró información sobre ella de sus años de universidad. Imagínate nuestra sorpresa cuando nos enteramos que hizo prácticas en la

empresa de Nico durante unos meses. ¡Justo en D.C.! Y aunque nuestros caminos se cruzaran, ella era demasiado joven por aquel entonces. También viajaba mucho, por negocios y por motivos personales, con Margaret, lo cual era perfecto, ya que la mantenía alejada de su novio. Esos dos no pasaban mucho tiempo juntos. De nuevo, perfecto. Pero la idea que alguien más la besara me quemaba por dentro. Tenía que jugar bien mis cartas o arriesgarme a perderlo todo.

Novio, me burlé para mis adentros. No he tenido una mujer desde nuestra cita en el club nocturno. Finalmente entendí la obsesión de Luciano en los últimos tres años. Aunque me gustaría pensar que yo era mucho más racional en mi obsesión que mi mejor amigo.

A menudo me preguntaba si no habría sido más fácil secuestrar y casarse con Áine, en lugar de todo esto. Pero no podía arriesgarme a tener a los irlandeses como enemigos. No ahora, cuando estábamos tan cerca de acabar con mi padre y con Marco.

—Aquí estás —anunció Luca su presencia, mientras caminaba hacia mí desde la terraza—. Nonno te está buscando.

Mi hermano pequeño también parecía más tranquilo aquí. Menos tensión, sin necesidad de mirar por encima del hombro. Mi abuelo dirigía la mafia en Sicilia. Justo al lado de los ancestros de Luciano. A diferencia de mi padre, Nonno nunca fue codicioso y estaba bien quedándose y gobernando aquí. Benito quería el mundo. El bastardo codicioso quería libre movimiento a través de cualquier territorio para poder traficar con mujeres y todo lo que quisiera.

Sin embargo, no sería por mucho tiempo. Las cosas estaban terminando.

Me levanté y rodeé el escritorio. Nonno insistió en que, cuando montara este despacho, mi silla estuviera orientada hacia las ventanas francesas. Para que pudiera ver la luz, dijo. Por supuesto, tenía razón. Me daba perspectiva, me recordaba lo voluble que puede ser la vida. El sol puede convertirse en lluvia en un abrir y cerrar de ojos, al igual que la vida puede convertirse en muerte.

—¿Está en el jardín? —pregunté.

—Por supuesto. ¿Dónde más?

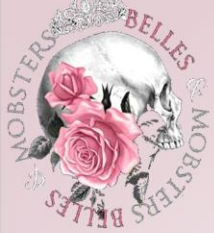
Cuando llegué al jardín de Nonno, lo encontré sentado en el banco de piedra. Era su lugar favorito. Vigilaba su jardín y a veces miraba el mar azul, pensando en los buenos tiempos. Antes de enviar a su única hija a Nueva York. Su único conflicto con esos pensamientos éramos Luca y yo. Si nunca la hubiera enviado, no estaríamos aquí.

Aunque a veces me preguntaba si eso no habría sido mejor. Para mi madre. Para Nonno.

—Nonno —lo saludé en voz baja. No quería sobresaltarlo.

Su cabeza se volvió hacia mí y una sonrisa se dibujó en su rostro. Se podía ver su alma a través de sus ojos oscuros y, al igual que recordaba de mi madre, era gentil. Podía dirigir la mafia, pero conservaba su humanidad.

—Ah, Cassio. Siéntate conmigo —me ofreció. Tomé asiento a su lado, mi cuerpo lo hacía parecer aún más frágil.



Un cómodo silencio llenó el espacio entre nosotros, mezclándose con los sonidos del mar al fondo y la brisa de los árboles.

—Quiero verte casado, Nipote. —*Nieto*. Su voz era firme—. Antes que mi tiempo en esta tierra termine, quiero verte a ti y a Luca felizmente casados.

Me reí. No porque fuera descabellado, sino porque ambos lo deseábamos también. Puede que Luca no lo haya aceptado todavía. Yo lo hice en el momento en que vi a Áine hace dos años. Pero era un asunto delicado.

Nonno entornó los ojos hacia mí.

—El matrimonio y el amor no son asuntos divertidos, Cassio.

Aparté la mirada, inseguro de poder prometerle algo que no podía controlar. Era plenamente consciente que la manipulación que tenía preparada podía ser contraproducente.

—Estoy trabajando en ello, Nonno —admití—. Hay una mujer, pero no es tan sencillo.

Se encontró con mis ojos, buscando la verdad en ellos. Le sostuve la mirada. En algunos aspectos, sus ojos eran tan oscuros como los míos, pero sabía sin duda que tenía el color de ojos de Benito.

—¿Quién es ella? —preguntó.

—Una chica que rescaté hace mucho tiempo —le dije—. Benito la hizo torturar. —Nonno estampó su pie contra el suelo, su fuerza me sorprendió. Esperaba disfrutar al menos unos cuantos años más, de él. Se acercaba a los ochenta años, aunque

su salud era buena. Sol y dieta mediterráneos, decía—. Nos cruzamos en el camino. Es ella —añadí. No quería gastar saliva con Benito o Marco.

De repente, sonrió, una sonrisa arrugada evidencia de su larga vida, y extendiendo su mano, me dio unas palmaditas.

—Tardé un segundo en darme cuenta que tu Nonna también era mía.

Sus ojos viajaron de nuevo al mar y supe que estaba pensando en ella.

—Bene —murmuró como si todo estuviera resuelto a sus deseos—. Tendremos una boda.

Y con esto concluimos el tema.

—Cassio, ¿estás seguro que sabes lo que estás haciendo? —La pregunta de Nico era válida, teniendo en cuenta que conocía mis planes. Había pasado una semana desde mi conversación con Nonno, y Nico acababa de casarse. Sin embargo, eso no le impidió interrogarme el día de su boda. Ese hombre siempre mantenía la razón. Excepto cerca de Bianca—. Si Callahan se entera de tu engaño, se pondrá en modo ataque total.

Tenía razón, por supuesto que tenía razón. Odiaba mentir, pero las opciones eran limitadas. Por lo tanto, tenía la intención de utilizar a Margaret Callahan como novia señuelo, tenderle una trampa para que fracasara y luego obligar a Callahan a entregarme a Áine. Si no funcionaba, la robaría. Fácil, ¿verdad?

Pero volviendo a la pregunta de mi amigo. ¿Sabía lo que estaba haciendo?

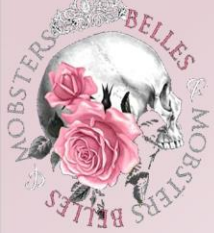
Bueno, no exactamente. No es que haya planeado tender una trampa a mi futura novia muy a menudo. O nunca.

Mis ojos recorrieron la vista de la inmensa bahía de Chesapeake. El sol se reflejaba sobre la superficie plana del agua, lisa y cristalina, resplandeciendo a través de ella, con sus sombras y sus luces bailando en la superficie.

La casa era una pesadilla para la seguridad, pero las vistas eran impresionantes. No es de extrañar que la esposa de Nico estuviera enamorada de su casa. Aunque no hacía falta ser un genio para saber que ella y sus gemelas no se quedarían aquí. Nico y yo nos encontrábamos en una pequeña habitación habilitada como despacho, pero por lo que parecía, apenas se utilizaba. Nico había hackeado el sistema de Jack y me había enviado todos los planes de la boda que se celebraría en un futuro próximo.

Luciano inició una tendencia hace tres años cuando se casó. Los demás tardamos un poco en seguirlo. Al fin y al cabo, estábamos en la cuarentena, apenas tan jóvenes y verdes como antes.

Mi atención volvió a mi amigo. Era el día de la boda de Nico. Atrapó una esposa con éxito. Eso hizo dos hombres casados en nuestro grupo ahora, tres con Vasili. ¿Tal vez debería pedirle a Nico ayuda? No me sorprendería que hubiera estado planeando esto por un tiempo. Aunque mantuvo sus cartas cerca, haciéndome preguntar qué estaba ocultando. No es que la vida amorosa de Nico sea de mi incumbencia, así como la mía no era asunto suyo.



—Sí, sé lo que estoy haciendo —respondí finalmente—. Al igual que sabes lo que haces con Bianca Carter.

—Morrelli —me corrigió con voz agitada—. Bianca Morrelli.

Me reí. Nico lo tenía mal para la mujer de cabello oscuro. En una primera impresión, pensé que Nico se había casado con una mujercita dócil, pero a Bianca le bastaron quince minutos para disuadirme de esa impresión. Sí, ella era suave, pero también feroz. Estaba seguro que le daría a Nico una oportunidad por su dinero. No aceptaría ninguna mierda de él. Y aunque Nico quisiera admitirlo o no, estaba loco por su nueva esposa.

—Mi culpa, Bianca Morrelli —repliqué, riendo. Puso una expresión sombría. Era un poco cómico ver cómo el frío y calculador lobo se ponía nervioso por una simple mujer. Una ama de casa bajita y suave, además. Nada en contra de las amas de casa, pero uno no pensaría que Nico se pondría de rodillas por una. Hizo que me gustara Bianca aún más.

—Deja de hacerte el gilipollas y dime que lo tienes todo preparado para Las Vegas —gruñó Nico—. Margaret Callahan ya ha empezado a organizar fiestas salvajes, incluyendo una visita a una revisión de Chippendales en marcha, así que desviar ese tema no debería ser demasiado difícil.

Margaret era conocida por sus costumbres salvajes y sus fiestas desenfrenadas. A mí no me gustaban ninguna de las dos cosas, pero ella y Áine estaban muy unidas, así que la aceptaría, siempre y cuando no arrastrara a mi futura esposa a sus juergas. Y ciertamente mi futura esposa no asistirá a

Chippendales. Esa fiesta se cancelaría en el último momento, debido a *imprevistos*.

—Todo está preparado —le dije. Por fin las cosas estaban en marcha. Había sido paciente durante mucho tiempo, pero ahora que estaba cerca de la línea de meta, estaba ansioso por cruzarla. No podía permitirme el lujo de cometer un error.

La puerta del despacho se abrió de golpe y Lorenzo, la mano derecha de Nico, entró de golpe.

—Benito jodido King está aquí.

Nico y yo compartimos una mirada. No había sorpresa en su expresión, debió anticipar la visita. Desabrochando su chaqueta para que pudiera tener fácil acceso a su arma, nos dirigimos a la puerta.

Esperemos que esto no se convierta en una boda sangrienta.

CAPÍTULO 5



Cassio

CINCO MESES DESPUÉS

Un desastre.

Y pensar que estaba preocupado por el desastre de Margaret Callahan. Tenía más que suficiente para limpiar el mío. Todo el inframundo estaba en caos después de la muerte de Benito. Habían pasado cinco meses desde que secuestró a Bianca. Marzo estaba a la vuelta de la esquina y con él la esperanza de nuevos comienzos. Luciano tenía un nuevo bebé en camino. No me sorprendería que Nico y mi hermana anunciaran una sorpresa pronto. Aunque en lo que respecta a ellos dos, la cigüeña traía ese pequeño paquete de alegría.

Pero a menos que nos ocupemos de Marco y lo enterremos a dos metros bajo tierra, la amenaza siempre estará ahí. Esa pequeña comadreja de mi medio hermano no era mejor que nuestro padre. Estaba borracho de poder, y sin Benito para

controlarlo, estaba por todas partes. Marco se había vuelto loco de repente. Se creía mejor que los demás y dispuesto a conquistar el mundo. Era demasiado tonto para ver que el poder se le escapaba de las manos y que otras familias mafiosas ya habían iniciado guerras secundarias, sin preocuparse por las víctimas inocentes.

Bianca, mi hermana, mató a nuestro padre. Una hermanastra que no sabía que existía. Estaba muy orgulloso de ella, y pensar que la había creído dócil cuando la conocí. Ni mucho menos. Era fuerte a su manera, protegiendo a sus seres queridos.

Por supuesto, esa no era la historia oficial. Mi hermana mató a nuestro padre, pero fue Luca quien lo reivindicó. Para su protección. Nico estaba dispuesto a asumir la culpa. Después de todo, tenía sus propias razones para quererlo muerto, pero todos estábamos de acuerdo. No queríamos que tocara a Bianca, y para su protección y la de las gemelas, lo mantendríamos alejado de ella y su familia. Ella no debería ser arrastrada a toda esta mierda. Luca insistió en que debía asumir la responsabilidad. Sus razones tenían sentido, pero no me sentaban bien. Mi hermano era el hombre al que crecí protegiendo, no ofreciéndolo como cordero de sacrificio.

Sin embargo, acepté a regañadientes. Por Bianca. Estaba hecha un lío cuando todos los sucesos del día finalmente se asentaron. Fue desgarrador ver a nuestra hermana romperse en el funeral de su madre. Acababa de recuperar a su madre, solo para perderla de nuevo.

Luca y yo habíamos caído en los encantos de nuestra hermana, la necesidad de protegerla de este mundo cruel en el que crecimos nos impulsaba. Era lo que nos impulsaba a todos,

a Luciano, Nico, Luca, Vasili y a mí... queríamos una oportunidad para tener una familia. Sin embargo, para protegerlas, teníamos que eliminar a Marco y destruir el legado de tráfico de los King.

Ese legado destruyó a muchas familias, incluida mi propia madre.

La risa de mi padre recorría la casa, fuerte, odiosa y burlona. Era demasiado joven para entenderlo todo, pero ya sabía que era cruel. Malvado. A mamá le gustaba ver películas de Disney, y me sentaba con ella. Era demasiado mayor para ellas, pero a ella le encantaban, así que la hacía feliz.

Pero en esas películas, siempre veía a mi padre entre los villanos. La reina malvada en Blancanieves. *La madrastra malvada en* Cenicienta. *La bruja malvada en* La Sirenita. *Por supuesto, Benito era malvado en un nivel totalmente nuevo, pero me llevaría unos cuantos años más aprenderlo.*

El corazón de un niño de ocho años ciertamente no conocía nada mejor.

El sonido de cristales rompiéndose y un disparo resonaron en la gran mansión. Parecía venir del interior. Benito odiaba que alguien disparara dentro. Prefería todo el desorden fuera. Siempre bramaba: "Dentro es para follar, y fuera para disparar".

Pero el disparo vino de la habitación de mamá. Así que corrí rápido y duro, dando dos pasos a la vez por el vestíbulo de mármol para llegar al segundo piso y luego por el pasillo, hacia la habitación de Mamma.

Cada paso que me acercaba a su habitación hacía que mi corazón latiera más fuerte y más rápido. Sentía que mi pecho iba a explotar. La puerta de su habitación estaba cerrada. Ella siempre me decía que

nunca entrara en su habitación cuando la puerta estuviera cerrada. Sin embargo, una fuerza invisible me empujó. Haciendo caso omiso de la rígida norma, la única rígida que me había impuesto, abrí la puerta para encontrar su habitación vacía.

Sin embargo, sentí que no lo estaba.

Conteniendo la respiración, mis ojos buscaron frenéticamente en cada rincón, para luego clavarlos en la puerta del baño. Estaba ligeramente entreabierta. La luz estaba encendida y se escuchaba un débil ruido.

Ploc. Ploc. Ploc.

Sonaba como gotas de agua. Me dirigí hacia ella y empujé la puerta para abrirla. Lo primero que pensé fue que había mucha sangre. El cuerpo sin vida de mi madre yacía desplomado en la bañera. Sus ojos oscuros estaban abiertos, con una mirada vacía. En ese momento, pensé que toda la bañera estaba llena de sangre, pero era sangre lo que teñía el agua de rojo.

Inmóvil, temiendo que tal vez lo empeorara si me movía, observé. Observé y esperé, con la esperanza que parpadeara y la limpiáramos. La ayudaría. Mis ojos la recorrieron, preocupados que la ropa que llevaba y que ya estaba empapada la hiciera sentir incómoda.

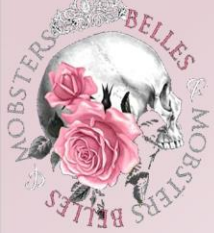
Todavía podía recordar esa sensación de vacío. La sensación de impotencia. Su cabello oscuro empapado. La sangre roja de su sien mezclándose con su cabello, apenas visible pero aún allí. No podías pasarlo por alto.

Los latidos del corazón pasaron.

Uno.

Dos.

Tres.



Nada.

Todavía no se había movido. Lo sabía en la boca del estómago, no se movería.

Pero todavía tenía esperanzas.

Un trozo de papel llamó mi atención. Lentamente, como si me preocupara molestar a mamá, lo alcancé en la encimera del fregadero. Había manchas en el papel. Rojas.

Mirando a mi madre, leí las palabras.

"Sean hombres dignos de amar, hijos". Su voz era un débil susurro en mi cabeza, como si ella misma me leyera esas palabras. "Su padre no lo era".

Sí, mi padre era bueno destruyendo cosas buenas y gente buena. Marco heredó ese gen. Así que protegeríamos a los nuestros a toda costa. Bianca y las gemelas serían protegidas, pero también mi hermano. Cuarenta años cuidando de él eran difíciles de borrar. Especialmente después que el maldito Iván Petrov pensara que podía asesinar a mi hermano. Pero los hombres de Nikolaev lo atraparían, estaba seguro de ello. Si fallaban, iría por él. Nadie jodía a mi familia y se salía con la suya.

Aunque no tenía ninguna duda que Alexei Nikolaev lo conseguiría. Su afán para acabar con Ivan Petrov no tenía precedente.

Ni que decir tiene que el esperado revés a Luca, cuando empezó a circular la noticia de la muerte de Benito, había sido un matiz y un problema añadido con el que lidiar. Pero no esperaba que fuera tan importante. Los bajos fondos

consideraban que el supuesto asesinato de nuestro padre por parte de Luca era un crimen ofensivo y querían verlo castigado.

Sobre. Mi. Cadáver.

De todas las cosas jodidas que hacían los hombres en nuestro mundo, encontraron que matar a un psicópata cruel, enfermo y retorcido que causó la muerte de miles de inocentes era un crimen ofensivo. Te hacía cuestionar su cordura con seguridad. Teníamos que limpiar la maldita casa. Sí, éramos criminales, pero incluso nosotros debíamos tener algunas normas. Lo aprendí de Nonno. La gente aliada con Benito, y ahora Marco King, no tenía absolutamente ninguna norma, excepto el egocentrismo a expensas de cualquiera excepto de sí mismo.

Debí suponer que las cosas no iban a resultar fáciles. Nunca nada ha sido fácil. Pero como decía Nonno, *nada que valga la pena es fácil*.

Así que parece que Nonno tenía razón. Una vez más.

De pie en el centro de mi almacén en las afueras de Nueva York, observé los paquetes apilados hasta el techo.

Unos días antes, intercepté el cargamento de mujeres que Marco, mi cruel y enfermizo hermanastro, intentaba introducir de contrabando en mi territorio y las envié de vuelta a casa. En el proceso, también robé su cargamento de armas de contrabando, AK-47, y seguramente se estaba cagando en los pantalones ahora mismo. Los hombres que esperaban esa entrega, no toleraban los retrasos. Sería otro golpe contra él.

No podía negar que se sentía sutilmente satisfactorio verlo todo aquí, sabiendo que Marco estaría perdiendo la cabeza.

Prefería quemarlo todo antes de ver cómo le ponía las manos encima. Pero sea como fuere, los hombres de Luciano venían a buscarlo y lo trasladarían a otro lugar para que ni Marco ni sus secuaces pudieran localizarlo.

Verdaderamente, ver a Marco retorcerse bajo presión, esperando que Luca y yo fuéramos por él, no tenía precio. Me complacería ver cómo se desmoronaba, pedazo a pedazo. No se merecía una muerte rápida. La crueldad de Marco superaba a la de mi padre. Y el muy capullo estaba paranoico, así que se rodeó de protección de grado militar e incluso tenía un doble.

Estaba más que feliz de repartir crueldad, pero el pequeño imbécil no podía soportar un golpe. Era un pequeño capullo astuto como una comadreja. Había rumores que Marco estaba tratando de apoderarse de Las Vegas con la ayuda de Ivan Petrov, el capullo siberiano enfermo. Deseaba que esos dos chupapollas se congelaran las pelotas en Siberia. Sería un gran favor para todos nosotros.

De cualquier manera, nunca permitiría la expansión de mi hermano ni de Iván. Mientras Luca, Alexei o yo estuviéramos vivos, ni Iván ni Marco seguirían ganando poder. Además, Alexei se encargaría de Ivan. O lo haría muy pronto. Solo teníamos que acabar con ambos. De una vez por todas.

Miré mi reloj. Eran las tres menos cuarto. Los hombres de Luciano deberían llegar pronto. Me dio el tiempo justo para llamar a Alexei Nikolaev.

Busqué entre los contactos de mi teléfono y lo llamé.

—Cassio. —El tono frío de Alexei se coló en la línea. Nunca se molestaba ni siquiera en saludar brevemente.

—Marco está trabajando con Ivan —le dije. Primero ese hijo de puta intentó asesinar a mi hermano y ahora se alió con Marco. Dos golpes en su contra. Al tercero no sobreviviría.

Tenía la sospecha que Ivan se estaba aliando con Marco para poder tomar el control. Petrov probablemente sospechaba que Marco no sobreviviría mucho tiempo en este mundo. Incluso podría matar al propio Marco. No importaba, ambos eran hombres muertos para mí. Petrov podía actuar como si tuviera ciertos escrúpulos, pero no tenía ninguno. No había nadie que pudiera atestiguar eso más que Alexei.

Pasaron dos latidos. Podía sentir cómo bajaba la temperatura incluso a través del teléfono. Odiaba a Ivan Petrov, no es que pudiera culparlo. Era su cruz.

—Veamos quién muere primero, ¿vale? —replicó con voz gélida y sin un ápice de emoción antes que la línea se cortara.

No esperaba una reacción por su parte. No podía recordar ni una sola vez que viera siquiera un parpadeo de emoción en su rostro. Si tuviera que adivinar, era su mecanismo de supervivencia. En este jodido mundo, todos teníamos nuestra propia manera de lidiar con nuestras cruces. No era nadie para juzgar.

Poco después, los hombres de Luciano llegaron y cargaron los camiones con el material. El almacén quedó vacío, igual que esta mañana.

CAPÍTULO 6



Cassio

Con mi negocio establecido en Nueva York, llegué a Las Vegas.

Las mujeres de Callahan también estaban aquí. Áine Evans, mi pequeña mariposa. No la había tocado ni hablado con ella desde aquella noche en mi club. Podría haber ido en contra de Callahan y llevármela, pero no era el movimiento correcto ni el momento adecuado. La habría puesto en peligro entonces. No valía la pena arriesgar su vida de esa manera. Pero ahora, era el momento de tomar lo que era mío. Lo que había sido mío desde el momento en que respiró por primera vez.

Era mía para protegerla. Mía para amar. Simplemente era toda mía.

Así que, había terminado algunos asuntos, y ahora me relajaría y atraparía a mi futura esposa en mi pequeña red. Tres por uno. Esto último sería la conquista más dulce.

Quería casarme rápidamente. Tenía la excusa perfecta con la última petición de Nonno, su deseo de vernos a Luca y a mí casados. Lo dijo muchas veces, una y otra vez, que se negaría a morir hasta ver a sus nietos casados. Nunca tuvo tanto mérito como ahora. Me presionó más, ya que Luca dejó claro que no tenía intención de casarse. Nunca. Hubiera tenido la misma respuesta antes de mi encuentro con Áine hace dos años.

Cobrar la deuda de Callahan y casarme era mi único propósito ahora, y con cierta mujer de cabello rojizo en mente, no sería nada difícil. La boda se celebraría, y llevaría a mi mujer a visitar a mi abuelo en Sicilia. Su tiempo en esta tierra estaba llegando a su fin. No me gusta pensar en ello, él fue la única familia real que Luca y yo tuvimos al crecer. Fue nuestra madre, nuestro padre, nuestros abuelos y todo lo demás. Nos enseñó a Luca y a mí a ser fuertes, a luchar contra nuestro padre con algo más que armas. Gracias a él nos convertimos en letales y dignos oponentes de los hombres sin escrúpulos que trabajaban con el imperio King.

—¿Listo, hermano? —pregunté a Luca.

Nos parecíamos, al menos eso nos decían siempre, pero nuestras personalidades no se parecían en nada. Él era relajado, rápido con sus sonrisas y su encanto. Yo, no tanto. La brutalidad, la crueldad y la astucia de nuestro padre dejaron una marca en mi alma. Una mancha. Era demasiado despiadado, demasiado carente de emociones, demasiado duro, como una oscura nube amenazante. Tal vez me parecía más a él de lo que quisiera admitir. O tal vez vi demasiado la crueldad de mi padre antes que Nonno nos llevara. En cualquier caso, era excesivo.

El exceso de algo que te convierte en un perfecto asesino, diría mi abuelo sonriendo.

Siempre esperó vivir lo suficiente para ver caer a Benito King. Cuando se enteró que la propia hija de Benito lo había matado, sonrió como un tiburón. Bianca se había convertido en su nieta adoptiva solo con ese acto. El bastardo merecía su muerte, todos lo sabíamos. Por lo que le había hecho a nuestra madre y a muchas otras mujeres.

—Vamos al rock-n-roll —respondió. Mis tres hombres estaban de pie con trajes negros, las armas metidas bajo sus chaquetas, con los auriculares puestos y listos para actuar. No necesitaba guardaespaldas para defenderme, pero siempre era mejor tener refuerzos que carecer de ellos en un momento de necesidad. Además, los necesitábamos en estado de alerta.

El paseo desde la suite del hotel del ático hasta el club nocturno fue corto. Nada más entrar en el club, en la última planta, con todo Las Vegas a nuestros pies, me dirigí a la suite VIP privada. Todo el club tenía paredes de cristal permitiendo que las luces nunca dormidas de Las Vegas brillaran, como los pecados de los que está hecha esta ciudad.

Una mujer nos esperaba en la suite VIP. Llevaba un vestido rojo oscuro acentuando su cabello negro, su cuerpo curvado más descubierto que cubierto. No causó reacción en mí. Solo había una mujer para mí, y pronto sería mi esposa. Si nuestra interacción de hace dos años era una indicación, los dos encajaríamos perfectamente.

Nuestra anfitriona de esta noche nos aseguró que tendríamos todo lo que necesitáramos, desde bebidas y comida, hasta drogas y mujeres. Todo estaba en el menú de la ciudad

del pecado. Por suerte, ni a mi hermano ni a mí nos gustaba nada de esa mierda, solo las bebidas nos servirían. Éramos capaces de encontrar nuestras propias mujeres. Además, ya había encontrado a la mía.

Las bebidas, botellas de whisky, escocés, champán y bourbon estaban colocadas en la mesa, esperándonos.

—¿Te sirvo una copa? —preguntó la mujer, con voz ronca, insinuante. Sus ojos recorrieron mi cuerpo con avidez, sin molestarse en ser discreta. Quería asegurarse que supiera que podía tenerla ahora y aquí mismo, pero no tenía intención de aceptar su oferta. Ni a ninguna otra mujer.

Pero pronto, cobraría la deuda que Callahan tenía conmigo. Ahora mismo, tendría que usar un señuelo. Callahan no sabía que yo conocía su secreto, y una vez que mi plan se llevara a cabo, estaba seguro que no estaría feliz.

—Scotch —respondí. Desechándola de mi mente, miré alrededor de la estancia. No había nadie que pudiera llamar mi atención. Nuestra zona estaba cerrada a la vista del público, pero podíamos observarlos a todos allí.

—Bourbon. —Mi hermano solo bebía bourbon cuando estaba de celebración o cuando encontraba una mujer a la que follar. Seguí su mirada, y una vez que vi qué, o más bien a quién, estaba mirando, sonreí. Margaret Callahan y Áine Evans. Simplemente entraron, con pasos seguros y sincronizados. Como si fueran dueñas del club.

Dos años sin ella supuso un largo tiempo. Demasiado tiempo. Su cabello desprendía destellos incandescentes, variando de tono con cada movimiento. La vi inclinarse y susurrar algo al oído de Margaret y las dos compartieron una

sonrisa. Sabía, por sus antecedentes, que esas dos pasaban mucho tiempo juntas. Sus personalidades eran muy diferentes, pero parecían muy unidas.

Tras intercambiar algunas palabras más, se unieron a una multitud de mujeres en la pista de baile que claramente estaban celebrando. Margaret Callahan y Áine Evans se convirtieron rápidamente en el centro de todo. No podía apartar los ojos de Áine. Se había convertido en la mujer más exquisita que jamás había visto. Su larga melena pelirroja, del color de las brasas, reflejándose bajo las tenues luces de la disco, atraía las miradas de todos.

Dos malditos años y todavía podía escuchar sus gemidos, recordar lo suave que se sentía su piel bajo mis palmas. La deseaba más que nada. Nadie ni nada me alejaría de ella. Le dije a Nonno que me casaría con ella pasara lo que pasara. Y lo dije en serio.

Engañaré, robaré y mataré con tal que ella sea mía al final de todo.

Salvo que la disposición a llegar a ese extremo me recordaba demasiado a Benito.

Apartando de mi mente cualquier pensamiento sobre mi parecido con aquel bastardo, me centré en la mujer que mi corazón deseaba. Su cabello caía por encima de su pecho y no pude evitar recordar cómo se sentían sus sedosos mechones envueltos en mis dedos. Las imágenes sujetando esos suaves mechones abrasadores pasaron por mi mente, cómo se abría su boca cuando se encendía.... Lo recordaba todo. Cada segundo de esa noche.

En ese preciso momento, sonrió a una de sus amigas y mi polla se agitó. ¡Joder, esa sonrisa! Cada maldita vez, iluminaba toda su cara. *¿Sonreiría así para mí?* Sonrió así para mí aquella noche de hace dos años.

Se giró, con la espalda expuesta a mí, y me costó todo lo que tenía para no acercarme a ella y arrastrarla a una habitación vacía. Igual que hace dos años.

¡Dulce Jesús! No podía recordar cuándo fue la última vez que mi polla se agitó con solo mirar a una mujer. *Supongo que fue hace dos años*, pensé irónicamente. Todo se remontaba a aquella noche.

Su elegante espalda estaba descubierta, haciendo volar mi imaginación. Dos finos tirantes sujetaban el vestidito, descendiendo por su espalda abierta y hundiéndose hasta la parte superior de su culo. Cada vez que se movía, el vestido jugaba al escondite. Seguí mirando, esperando una vista más reveladora, pero nunca llegó.

—Es Áine —habló Luca en voz baja—. Y Margaret. —Como si pudiera perdérmelas.

Me llevé el vaso de whisky a los labios y me lo bebí. Mis ojos no se movieron de sus figuras, viéndolas bailar salvajemente al ritmo de una canción que ni siquiera había escuchado. Algo sobre monstruos o alguna mierda por el estilo.

—¿Quieres otra copa? —Me llegó la voz de la anfitriona.

—Sí. —No quité los ojos de dos mujeres en la pista de baile.

—La canción es "Monsters Come Out At Night" —trató de explicar la anfitriona, aunque no pregunté—. Es bastante popular ahora.

Me importaba una mierda.

—Eso es todo. Gracias —la despedí.

Por alguna razón, sobre la que no quise reflexionar, la canción me tocó la fibra sensible. Éramos dos de esos monstruos. Y ahora mismo, estaba acechando en las sombras, acechando a mi presa. Había estado acechando a Áine durante un tiempo. Ella se convirtió en mi obsesión.

Y para conseguirla, había estado dispuesto a hacer un montón de cosas malas y moralmente cuestionables. Callahan no estaba dispuesto a poner a Áine sobre la mesa, así que lo obligaría. Al fin y al cabo, las deudas adoptaban todas las formas y tamaños.

La canción cambió a una más lenta. Observé cómo Margaret y Áine intercambiaban algunas palabras. Hubo cierto malestar entre ellas, y a continuación Áine se dirigió a la salida del club, Margaret junto con ella, dejando al resto de su grupo continuando con la fiesta.

Qué extraño, pensé. Acaban de llegar y ya se están yendo.

Me levanté de mi asiento, olvidando mi bebida, y me dirigí hacia ellas. Mi hermano me siguió, y rápidamente di la orden a mis hombres que se quedaran atrás. Con dos de nosotros sería suficiente. No necesitábamos un séquito que atosigara a las mujeres.

Estaba en una misión, cazándolas. Al salir del club, vi sus pequeñas formas por el pasillo de mármol, con algunos visitantes rezagados que pasaban por delante de ellas en ambas direcciones. Caminaban con intención y propósito, casi como si hubiera algo urgente.

—Vamos por las escaleras. —La suave voz de Áine se dirigió hacia nosotros—. ¿Tienes las armas?

Luca y yo compartimos una mirada. ¿Por qué iban a necesitar armas esas dos?

—¡Sí! —Margaret asintió—. Estoy lista para patear algunos culos.

Fruncí el ceño. No era frecuente sentirme confundido o sorprendido, aunque ahora mostraba ambas cosas.

Áine se rio.

—Siempre estás dispuesta a dar una patada en el culo.

¿Qué demonios estaba pasando?

Cambiando de plan, miré a mi hermano y me desplacé hacia las sombras. Quería saber qué estaban tramando las mujeres. Luca y yo mantuvimos nuestros pasos en silencio, pegados a las sombras y a las esquinas del pasillo para no ser descubiertos. Probablemente parecíamos acosadores en toda regla, pero nuestro interés se despertó. Menos mal que siempre llevábamos botas de combate, independientemente del traje que lleváramos.

Las dos desaparecieron por la puerta de salida, siguiendo las escaleras, e intentando alcanzar el pomo de la puerta, mi teléfono sonó. Miré hacia abajo para ver quién era.

Era Alexei y maldije en silencio. No enviaba mensajes solo por el placer de hacerlo. Tan solo lo hacía cuando se trataba de algo importante. No podía ignorar su mensaje.

—Que nuestros hombres las sigan —dije a Luca.

No hacían falta más palabras. Teníamos que saber qué tramaban esas dos.

CAPÍTULO 7



Aline

Margaret y yo fuimos empujadas con tanta fuerza por detrás, que caí hacia adelante sobre mis rodillas, mis manos instintivamente se extendieron para detener el impacto. Me ardían las rodillas por la caída, pero lo ignoré. Esto formaba parte del plan. Al igual que los reveladores vestidos de club que aún llevábamos. Estos hombres se engañaron pensando que éramos débiles, su presa.

Cuando en realidad, nos aprovechamos de ellos. Cayeron en nuestra trampa. Nunca fuimos vulnerables. John y el resto de los chicos de The Rose Rescue nos tenían vigiladas todo el tiempo. De hecho, probablemente estaban ahí fuera ahora mismo con el transporte.

—¿Sorprendida de ver un lugar tan elegante en Las Vegas? —El tipo que olía a colonia barata se burló, sus ojos recorrieron tanto a Margaret como a mí. Como si estuviera decidiendo a

cuál de las dos rompería primero. La respuesta era *ninguna de las dos*.

¡Malditos idiotas! Se creían tan inteligentes, y sin embargo nos han arrastrado exactamente donde teníamos que estar. En medio de la pequeña red de tráfico King. En un almacén abandonado en las afueras de Las Vegas. El lugar estaba sucio, y el olor mohoso de suciedad y orina llenaba el aire.

Miré a Margaret. Ella también estaba de rodillas y compartimos una mirada fugaz. Llevamos años haciendo esto juntas. Benito y Marco King no tenían ni idea que un par de mujeres estaban desmontando lentamente su pequeño imperio corrupto. Nadie lo sabía, salvo unos pocos elegidos. Benito estaba muerto y sus hijos serían los siguientes.

El apellido King dejaría de existir, aunque fuera lo último que hiciera. Pagarían por haber matado a mi padre y haber herido a tantos inocentes.

Vale, este no era mi trabajo normal. Trabajaba como arquitecto en HC Architecture. Esto era solo mi trabajo secundario. Todos necesitamos pasatiempos. Bueno, este era el mío. Me encantaba derribar a los tipos malos.

Una risita surgió de los hombres que estaban detrás de nosotras, enfocándome en la situación actual. Mis ojos se dirigieron a Margaret, que puso los ojos en blanco, molesta. Ella habría preferido que bombardeáramos el lugar, pero debíamos asegurarnos que las mujeres que tenían aquí fueran sacadas del almacén antes de hacerlo. Si no estuvieran aquí, estaría de acuerdo en bombardear este lugar hasta hacerlo polvo.

Levantándome, observé la habitación. Había cuatro hombres detrás de nosotras y cuatro delante. Podríamos

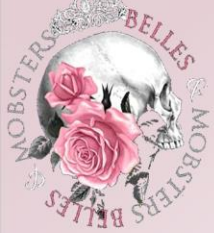
eliminarlos fácilmente. Eran tan estúpidos y engreídos que ni siquiera pensaron en registrarnos. Yo tenía un arma y un cuchillo atados a la parte superior del muslo, ocultos por mi vestido. Margaret tenía un arma. No le gustaban los cuchillos.

Mis labios se curvaron en una sonrisa. No pude evitarlo. Cada vez que veía un cuchillo, chillaba como si viera una serpiente, era cómico.

—¿Qué tiene de gracioso? —preguntó uno de los hombres. Parecía ser su "líder". Me burlé de eso. Era un patético perdedor, un delincuente de bajo rango—. No te reirás cuando Marco King te haga caer. —Dibujó de una manera que hizo que mi piel se erizara de asco—. He oído que le encantan las pelirrojas.

Una sonrisa desagradable se extendió por su rostro, pero mantuve mis rasgos disciplinados. No quería que viera lo mucho que odiaba la idea que cualquier miembro de la familia King estuviera cerca de mí. Eran repugnantes y crueles, verdaderos psicópatas. No descansaría hasta que cada uno de ellos estuviera muerto. Empezando por Marco King, ya que el viejo y querido papá fue asesinado por otra persona. El rumor era que uno de sus hijos ilegítimos lo había matado; Cassio o Luca King.

Era realmente extraño. La información y las fotos de Benito y Marco King eran fáciles de obtener. Todo estaba a nuestro alcance. Pero la información sobre Cassio y Luca King era esquiva. Ni una sola foto. Ni un solo registro. Ni siquiera una fecha de nacimiento. Nada. Solo sus nombres. Me hizo preguntarme por qué. Estaba claro que tanto Benito como Marco disfrutaban del protagonismo. Probablemente había algo que empoderaba a esos imbéciles enfermos. El saber que todo el



mundo conocía a esos dos como criminales, y sin embargo resultaran tan escurridizos.

Ya no eran tan escurridizo. Benito King estaba muerto. Marco pronto lo seguiría. Los hijos ilegítimos también, si pudiera conseguir su información. Sus nombres por sí solos no me ayudaron a localizarlos.

En mi mente, psicópata equivalía a King. Ambos conceptos eran sinónimos. No podía pensar en uno sin el otro. Aunque con los años llegué a una conclusión. Los psicópatas tenían muchas caras diferentes. Raza, género, etnia, rico o pobre, nada de eso importaba. Algunas personas probablemente también me llamarían psicópata. Realmente me importaba una mierda. Maté a hombres que cometieron crímenes inimaginables, que causaron sufrimiento a niñas y mujeres inocentes. Y jodidamente me encantaba. Había un sentido de justicia en ello.

Era el momento de matar a esos hombres.

Me burlé del apestoso y sucio hombrecillo que no dejaba de mirarme con lascivia.

—Me importa una mierda lo que le guste a Marco King. —Clavé mis ojos en el delincuente que pensaba añadir dos mujeres más a su colección para Marco King. Se aprovechó de las mujeres inocentes e indefensas—. Pero me aseguraré de hacerle saber que te esforzaste por entregarnos —me burlé. Justo antes de matarlo.

Y con eso, tanto Margaret como yo entramos en acción. Metiendo la mano por debajo de nuestros vestidos, los hombres estaban más preocupados por ver un atisbo de nuestros muslos que por lo que guardábamos debajo de todo ello. Respirando profundamente, la escena que se desarrolló fue un borrón.

Margaret tenía su arma y disparó a los hombres que estaban detrás de nosotras, acribillando a esos imbéciles. Apunté delante de mí. Reforzando el agarre del arma, quité el seguro y salté hacia delante. Disparé rondas de balas en rápida sucesión y vi cómo los cuerpos volaban hacia atrás.

Una sombría satisfacción nadó por mis venas. Estos hombres eran la podredumbre de esta tierra. Merecían morir por todo el daño que causaron a mujeres y a familias que destrozaron. El sonido de la respiración de Margaret y la mía, fue lo único que se oía en el hueco del almacén vacío, cuerpos de hombres esparcidos por el sucio suelo.

Con los años, Margaret y yo aprendimos a estar en sintonía. A luchar, pero sin dejar de ser conscientes la una de la otra. A mantenernos vivas mutuamente.

Otro hombre se acercó a mí, pero antes que pudiera ponerme las manos encima, le metí la rodilla entre las piernas con todas mis fuerzas. Se encorvó, le agarré la cabeza con las dos manos y le partí el cuello con el fuerte crujido de sus huesos. No importa cuántas veces lo haya oído, todavía me producía espasmos y escalofríos arrastrándose por mi columna. Pero también una sensación de emoción. Saber que nunca haría daño a otra mujer me hizo sentir increíblemente bien.

Sonó un gemido y seguí el sonido. El líder del grupo trataba de alejarse arrastrándose, desesperado por salvarse. Dejando caer el cadáver al suelo, me acerqué a él descalza y con pasos rápidos. Luego, arrodillándome a su lado, lo estudié. Gorgoteaba sobre su sangre, sus ojos frenéticos y llenos de incredulidad sobre mí.

—¿Mujeres? —Una palabra, no había necesidad de gastar mi aliento. Él sabía lo que quería saber.

—Encerradas —gimió—. En la parte de atrás del almacén. Ayúdame.

Prefería destriparlo y verlo sufrir lentamente que ayudarlo.

—Dame la llave —exigí. Estaba loco si creía que lo iba a ayudar. Ni siquiera intentó ayudar a las mujeres que estaban encerradas. Su cara era un desastre ensangrentado, la sangre goteaba de un lado de su boca.

—Bolsillo izquierdo —dijo con un gorjeo.

Rebusqué en su bolsillo izquierdo y la encontré. Saqué las llaves poniéndome de pie. Alzando la cabeza, vi a Margaret caminando hacia mí. Se enfrentó a los hombres de atrás, y todos ellos quedaron muertos en el sucio suelo del almacén. Estaba muy orgullosa de ella.

Dirigió una mirada al hombre que se estaba muriendo a mis pies, sus ojos se movían frenéticamente entre las dos. Las luces tenues de todo el almacén hacían que los cadáveres parecieran siniestros, pero sería peor con la muerte de mujeres inocentes.

Apuntándolo con el cañón, Margaret sonrió burlonamente.

—¿Alguna última palabra?

Le gustaba burlarse. *Debe ser la irlandesa que hay en ella*, pensé.

Sus ojos se dirigieron a mí, con pánico en ellos.

—Dijiste que me ibas a ayudar —murmuró.

Me encogí de hombros.

—No, no lo hice. Pedí las llaves.

En el mismo momento en que se dio cuenta de su error, el arma de Margaret se disparó, matándolo en el acto. Ambas vimos cómo se extinguía la luz de sus ojos. Fue mejor de lo que se merecía. Las mujeres que secuestraron habrían soportado meses y años de dolor, abusos y agonía hasta ser desechadas como basura.

A veces deseaba tener ese tiempo para torturar a esos hombres y hacerlos sufrir. Darles a probar su propia medicina y ver lo fuertes que eran.

Nos dirigimos hacia la parte trasera del almacén y cuanto más nos acercábamos, peor era el hedor. Apreté la llave en la palma de la mano, y las aristas de la misma se clavaron en mi piel. Siempre era lo mismo; cada vez que las salvábamos, algo agijoneaba en el fondo de mi mente, un recuerdo borroso. Pero no podía atraparlo. Nunca podía atraparlo.

Era jodidamente frustrante.

Abrí la puerta y el olor a orina asaltó mis fosas nasales. Un grupo de unas treinta mujeres estaban hacinadas en una pequeña habitación sin ventanas ni baños. Sus gemidos aumentaron y empezaron a llorar.

—Estamos aquí para ayudar —les dije en voz baja—. Las llevaremos a un lugar seguro.

Estaban enjauladas en peores condiciones que los animales y la ira hirvió en mi interior.

Recuerdos borrosos bailaban en el fondo de mi mente. El eco de una cueva, dolorosos gritos atravesaron mi mente, ahogando todos los ruidos que nos rodeaban. Como si mirara a través de una lente, vi a John y al resto de los hombres de nuestro The Rose Rescue pasar corriendo junto a mí, Margaret consolando a las mujeres aterrorizadas. Las imágenes pasaron por mi mente, borrosas y distantes.

Llevaba una sonrisa amenazante y horripilante mostrando unos dientes negros y podridos. Se me revolvió el estómago, la mujer gritó debajo de él mientras la golpeaba con fuerza.

—No puedo tocarte —se burló—. Pero puedo hacerle ella lo que se hará contigo.

Su mirada castaña se unió a la mía, su rostro manchado de lágrimas se rompió de dolor mientras su cuerpo se deslizaba hacia arriba y hacia abajo de la mesa mientras él la penetraba. Su cabeza golpeaba la lámpara lateral con cada empuje, pero nunca se estremeció, como si tan siquiera registrara el dolor.

Era mayor que yo, mucho mayor. Pero eso no lo hacía aceptable. Estaba tan indefensa como yo. Las lágrimas corrían por mi cara, pero ni un solo sonido salió de mis labios. Debería gritar, debería luchar. Sin embargo, todo lo que hice fue quedarme congelada por el miedo.

Un fuerte gruñido sonó en la habitación, el último empujón de su cuerpo contra la lámpara, haciéndola salir volando del escritorio y haciéndose añicos en el sucio suelo.

No quería mirar hacia arriba. Realmente, no quería levantar la vista. Mis ojos se alzaron, por voluntad propia, para ver cómo él se salía de ella. Su mano se introdujo entre sus muslos y la llevó hasta su cara, untándola con su sustancia blanca y pegajosa.

El recuerdo se desvaneció tan rápido como apareció y mi cuerpo tuvo arcadas. Otra cena desperdiciada, otro recuerdo perturbador haciendo que mi estómago se revolviera y vaciara su contenido. Mi piel estaba húmeda y una ligera transpiración apareció en mi frente mientras miraba mi cena vomitada.

Las migrañas no tardarían en llegar, justificando una visita al terapeuta. Podía curar las migrañas y los malos sueños o recuerdos, pero nunca este odio a los King.

Había que detener a la familia King.

CAPÍTULO 8



Cassio

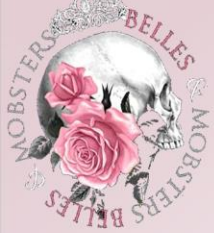
El hueso se astilló bajo mi puño, y vi cómo la cabeza del hombre se echaba hacia atrás. Gorgoteó, ahogándose con su propia sangre. No se merecía nada mejor, pero antes que muriera asfixiado, quería respuestas.

Este maldito marica era uno de los secuaces de Marco. Dios, si se rodeaba de hombres así, debería atacarlo y matarlos a todos. No sería difícil en absoluto.

El flaco bastardo había estado rogando por su vida durante los últimos veinte minutos, y apenas habíamos comenzado. La piedad era un concepto desconocido en nuestro mundo. Debería entenderlo, sobre todo trabajando para Marco.

—Localización del almacén —le dije al patético imbécil—. Y todo se acabará.

Golpeando su otra mejilla, su cuerpo, atado a la silla, voló al suelo.



—P-por favor, me va a matar.

—¿Y qué crees que te voy a hacer? —Enarqué una ceja. Mis puños estaban ensangrentados por todos los golpes que le había propinado. Mi estado de ánimo era carmesí hoy. Mis hombres perdieron el rastro de las chicas Callahan anoche y ahora este imbécil estaba ocultando información.

Pero no por mucho tiempo, me burlé mentalmente.

La mirada de Luca y la mía se encontraron. Se apoyó en la pared, con una frustración evidente en su rostro. Algo había estado en su culo todo el maldito día. Me miró fijamente, como si le hubiera robado su caramelo favorito. Supongo que a ninguno de los dos nos iba bien hoy.

—Última oportunidad —le dije a nuestro cautivo. Estaba listo para terminar este día—. Dame la ubicación. O iré por tu familia.

Los globos oculares casi se le salen del cráneo.

—N-no lo harías. Todo el mundo sabe que no jodes con inocentes.

Le di otro puñetazo, rompiéndole la nariz, y sonreí. Probablemente parecía más un tiburón enseñando los dientes que una sonrisa. Por lo que a mí respecta, este tipo se merecía lo que le esperaba. Nunca debió meterse en la cama con Marco.

—Si tienen información sobre Marco y las mujeres con las que trafica —dije, con despreocupación, mientras doblaba su dedo índice, con los huesos crujiendo—, ...entonces no son precisamente inocentes.

Y eso fue todo. Después de eso, el tipo estaba más que feliz de compartir la ubicación.

La comadreja chilló como un cerdo.

—Un siberiano le cedió a Marco un almacén para guardar a las mujeres —gritó—. El jefe está esperando la autorización de su contacto en Nueva York para trasladarlas a la ciudad.

Me burlé. Marco era cualquier cosa menos un jefe, y tenía la sospecha de saber quién era su contacto en Nueva York.

—¿Qué recibió el siberiano a cambio? —escupí.

—Mujeres para sexo y su club, y chicos para su ring de lucha. O alguna mierda así —gimió. Eso solo podría ser un tipo ruso siberiano. Ivan Petrov.

Ivan Petrov, el jefe de la Bratva rusa siberiana en Las Vegas y Europa del Este, era del mismo calibre que Benito y Marco. Pero ese tipo no se limitaba a mujeres, también secuestraba a niños huérfanos y los hacía luchar en torneos clandestinos. Solo había una regla en esos combates de lucha clandestina; un superviviente. Alexei Nikolaev era uno de esos raros supervivientes.

Saqué el arma de mi funda y apunté.

—¡Espera! —gimió el pequeño imbécil. Tenía ganas de apretar mi dedo en el gatillo—. ¡Sé algo!

Luca y yo compartimos la más breve de las miradas, y luego volví a prestar atención al rostro ensangrentado.

—Bueno, no dejes que te impida derramar tus tripas. No tengo todo el día. —La verdad era que quería volver a ver a

Áine. Aunque no pudiera tocarla, el solo hecho de verla me calmaba hasta la médula.

—Marco está celebrando un homenaje a su padre. —Levanté la ceja. ¿De verdad creía este idiota que eso iba a interesarme? No asistiría a un homenaje a mi padre ni aunque mi vida dependiera de ello—. Planea cobrar todas las deudas nuevas y viejas. Todas ellas. Luego realizará la mayor subasta de bellas de la historia.

La rabia se apoderó de mi corazón y la ira fundida recorrió cada fibra de mí. Consumía cada una de mis respiraciones, haciendo que mis latidos, vacilaran. Me gustaría pensar que todo se debía a la rabia que me recorría las venas, pero era más. Mucho más, joder.

Esa comadreja de mi hermano se atrevió a amenazar a mi hermana, mis sobrinas, Grace y Ella, y quién sabe a cuántas más. Realmente tenía ganas de morir, porque una vez que se corriera la voz, todos los esposos, padres o hermanos irían por él.

—¿Cuándo? —Mi voz era extrañamente tranquila e inquebrantable mientras cada célula viva dentro de mí se estremecía de furia.

—No sé. Por favor —suplicó—. Lo escuché por casualidad. Puedo intentar averiguar más.

Al infierno si lo hará. No me arriesgaría a que Marco descubriera que lo sabíamos. Los riesgos eran demasiado altos.

Apreté el gatillo y su cuerpo se desplomó hacia delante, con la sangre cayendo por un lado de la cara.

Me encontré con la mirada de Luca. Su expresión era tan sombría como la que sentía en mi interior. Esto me afectaba demasiado.

—Tenemos que avisarles —dijo ásperamente.

Odiaba darles información injustificada en caso que esta fuera errónea. Pero no había alternativa. Si no decíamos nada y pasaba algo, éramos igual de culpables.

Con las manos ensangrentadas, me dirigí al fregadero y las lavé antes de sacar el teléfono del bolsillo y enviar un mensaje de grupo.

***Rumor que Marco celebrará la subasta final de bellas. Intentará reunir a todas ellas, antiguas y actuales, para la subasta final. Mantengan la seguridad y los ojos abiertos.**

Pulsando el botón de envío, volví a meter el teléfono en el bolsillo. Estaba cansado. Tan jodidamente cansado de toda esta mierda. Años de hacer esto y algunos días parecía que no hacíamos ninguna diferencia.

—¿Y ahora qué? —preguntó Luca. Quería ir a cazar a nuestro hermano, pero eso no era una opción. No ahora, no hoy.

—Ahora vamos a salvar a las mujeres retenidas en el almacén de Ivan.

Hoy necesitaban nuestra ayuda. Mañana ayudaríamos a los demás.

Veinte minutos más tarde, Luca y yo estábamos en las afueras de Las Vegas, el lado sórdido que nunca aparecía en las películas ni en las postales. El barrio estaba deteriorado y sucio, muchas familias vivían en túneles subterráneos. Las familias de este lado de la ciudad eran las más vulnerables.

—Hombre, esto es una mierda —murmuró Luca—. Millones de dólares gastados en el Strip de Las Vegas y luego esto. Chabolas destartaladas.

Tenía razón. Las Vegas, a pesar de todas sus luces llamativas, escondía mucha podredumbre debajo de todo. Los pecados y la pobreza abundaban en esta ciudad. Familias destruidas por el juego y las drogas. Por si fuera poco, la trata de mujeres y la prostitución forzada habían comenzado a expandirse enormemente.

Pasamos por el barrio, sabiendo muy bien que no podríamos salvarlos a todos, y llegamos a un claro.

Jodeme. Hubo una explosión reciente aquí. Una bastante grande también.

—¿Nos ha traicionado? —gruñó Luca.

—No —le dije, escaneando la zona. Había cinta amarilla por todas partes y en el lado opuesto del claro había una furgoneta. Los artificieros—. Parece que ha habido una explosión.

Siguió mi mirada.

—Joder. Espero que esas mujeres no estuvieran aquí.

Yo también lo esperaba.

CAPÍTULO 9



Aline

—Margaret —gemí—. ¿No crees que esto es demasiado?

—No, no lo creo —respondió ella. Por supuesto, sabía que diría eso. Miré mi reflejo en el espejo. Me sentía incómoda llevando esto. Había cogido un vestidito brillante en la boutique de este lujoso hotel, alegando que no tenía nada apropiado que ponerme.

Siento discrepar, pensé con ironía. Toda mi maleta contenía mucha ropa apropiada para usar. Este vestido que eligió para mí era inapropiado. Era tan corto que apenas me cubría el culo. Toda mi espalda estaba bastante expuesta... desnuda. El vestido que llevé anoche a la disco era excesivamente revelador, pero comparado con este, era un traje de monja. El borde de mis pechos jugaba al peekaboo cada vez que me movía, revelando lo suficiente pero afortunadamente no todo. Si solo fuéramos nosotras, las chicas, las que estábamos de fiesta en casa, no me habría importado. Pero salir a la calle vestida con algo que

Margaret había escogido, estaba destinada a atraer atención no deseada.

Los inquietantes ojos marrones de una mujer desconocida siendo violada me frecuentaban. Las imágenes parpadeaban en el fondo de mi mente, desenfocadas y revueltas, provocando un constante y persistente dolor de cabeza. Conocía las señales; ya estaba acostumbrada a ellas. Se habían convertido en una parte permanente de todas mis piezas rotas. Y estaba malditamente harta de estar rota.

Solo hubo una vez en los últimos once años en que me sentí normal. Cuando me sentí completa.

Hace dos años. En la oscuridad de un club nocturno.

Todavía podía recordar lo bien que se sentía su toque. Sus palmas en mis muslos, su piel bronceada con ese tatuaje de rosa contra mi piel pálida. El pánico nunca llegó. Solo lujuria, y sentirme protegida. La idea más ridícula teniendo en cuenta que ni siquiera sabía su nombre.

Una ligera punzada de arrepentimiento me golpeó. Debería haber mantenido la cabeza fría y al menos haberle preguntado su nombre. O tal vez para él solo fue un encuentro casual. Para mí, fue mucho más.

Una revelación. Una esperanza. Que tal vez, solo tal vez podría llegar a ser normal con alguien. Compartir intimidades con un hombre en lugar de ataques de pánico ante un simple contacto familiar.

Estudié mi reflejo. Mis ojos azules me miraban fijamente, sin revelar nada de la agitación que se estaba gestando en mi cerebro y mi alma. Miraba una joven perfectamente normal y

cuerda. Por fuera, estaba bien. Estaba entera. Sin embargo, por dentro, era un cristal destrozado sin esperanza de ser reparado. Mis fragmentos estaban irremediablemente dañados.

Después de todo, era la razón por la que seguía visitando a un terapeuta. Para mantener a raya las imágenes que desgarraban mi mente. No podía entender de dónde venían. Tal vez era mi imaginación hiperactiva al ver el estado de las mujeres que salvamos. Aunque no lo creía. Recordaba el rostro de cada una de las mujeres que habíamos salvado desde que me hice cargo de The Rose Rescue. Nunca había visto a las mujeres que atormentaban mis sueños y recuerdos.

Apartando todo en un rincón profundo y oscuro, observé mi aspecto físico. Apenas medía 1,65 metros. Mi cuerpo era fuerte, resistente. Era lo único que me funcionaba. Estudié mi cabello pelirrojo, recogido en una coleta alta, su color vibrante llamaba la atención sobre el vestido plateado y brillante. Me maquillé ligeramente los ojos y los labios, y un poco de colorete. Sabía que el colorete no era necesario, ya que me iba a sonrojar toda la maldita noche. Un mal efecto secundario de tener la piel tan clara.

Me sentía expuesta. Pero al menos mi apariencia ocultaba todas las piezas fracturadas. Todo el mundo se centraría en el llamativo exterior e ignoraría el interior. *Ese* es el objetivo, pensé con ironía.

—Diablos, te ves muy sexy —habló Margaret y al instante me sonrojé. *Ves, no hace falta el colorete*—. Vamos a ver si Chad puede resistirse a ti esta noche.

Gemí para mis adentros. Otra vez Chad no. No le había contado lo que había pasado esta mañana. Todo había

terminado entre él y yo... o lo haría muy pronto. No es que tuviéramos mucha relación. Apenas podía soportar su cercanía.

Chad Stewart era el fiscal del estado de Nueva York. Nos conocimos en una de las funciones a las que mi padrastro había sido invitado hace un año. Mi madre tenía migraña, así que la sustituí. Ni siquiera estaba segura de cómo comenzamos a salir. Era apuesto, lo suficientemente encantador, pero no me sentía atraída por él. De hecho, sentía hacia él lo mismo que cualquier otro hombre que hubiera conocido, a excepción de uno. Físicamente, no podía soportar su tacto.

En un principio, rechacé su oferta de café. Varias veces. Pero estaba muy decidido. Después de múltiples intentos, finalmente accedí y sorprendentemente pasamos un buen rato. Trabajaba mucho, viajaba mucho, así que, en teoría, no pasábamos mucho tiempo juntos. Él no se quejó y yo tampoco. En cierto modo funcionó.

Aunque ahora pensando en ello, realmente no funcionó. Debería haber sabido que una relación platónica no era realmente una cita. Fue ingenuo y estúpido por mi parte.

De cualquier manera, Chad y yo no éramos el uno para el otro. Estábamos estancados en el mismo punto de nuestra relación, si es que puede llamarse así. No despertaba ninguna emoción o anhelo dentro de mí. De hecho, me congelaba cada vez que intentaba besarme. Sentí hace tiempo que estaba cansado de esperar. Después de esta mañana, tuve mi confirmación.

No me dolió. No había ningún vínculo emocional entre nosotros. Lo que más me dolió fue que recibí otra confirmación

de lo dañada que estaba. Intentaba con todas mis fuerzas superar la forma en que mi cuerpo reaccionaba. En vano.

Solo hubo un hombre que me hizo desear la cercanía física.

Mi misterioso desconocido. Ni siquiera sabía su nombre. Nadie me había hecho perder el control de mi cuerpo como él. Sin nombre. Ningún contacto. Nada después que Margaret viniera a golpear la puerta, interrumpiendo la sesión de mi perfecto desconocido con mi cuerpo.

Jack, mi padrastro y los hermanos de Margaret vinieron a buscarnos al club. Aunque el portero no tuvo problemas para impedir que mis primos entraran en el club, no se mostró dispuesto a rechazar a Jack Callahan. Cuando tuve que marcharme bruscamente, me arrepentí de no haberle dado mi número al desconocido ni haberle pedido el suyo. Pero todo sucedió de forma tan inesperada que ni siquiera se me pasó por la cabeza.

Quería ir al club al día siguiente, pero las cosas se calentaron durante unos días. Mi padrastro se enfadó bastante con Margaret y conmigo a la mañana siguiente, y poco después me mudé a mi propio apartamento. La vida se interpuso de alguna manera, pero nunca lo olvidé.

Un mes más tarde, pasé varias veces por ese club, pero, para mi desgracia, no volví a verlo. Incluso me acerqué a uno de los porteros de la entrada para describirlo y preguntarle si sabía quién era. Todo lo que obtuve fue una mirada vacía. Lo tomé como una respuesta negativa. Le prometí a Jack que no volvería a entrar en ese club, y como el portero no tenía idea de quién estaba hablando, me pareció una tontería faltar a mi palabra con mi padrastro.

Pero ese orgasmo fue.... *Uf, mejor deja de pensar en eso.*

Era realmente frustrante que mi cuerpo rechazara a cualquier otro. No tenía idea de dónde procedía, pero cada vez que un hombre intentaba iniciar, aunque fuera una caricia, me quedaba paralizada. Mi cuerpo se apagaba y mi mente gritaba en señal de protesta. A los veinticinco años, tenía que ser la virgen más vieja de todo Nueva York.

Para mi desgracia.

No era exactamente el puesto por el que competía. Mis aventuras con mi amigo de confianza a pilas ya no eran tan emocionantes. Especialmente después de experimentar lo grande que podía ser el verdadero. Mi desconocido me dio un vistazo y luego me dejó tirada.

—¿Crees que a Chad le gustará? —preguntó Maggie. Me encogí de hombros. Realmente no importaba si le gustaba o no.

¡Chad! Mi cuerpo definitivamente no lo quería, pero supongo que mantuve esta *relación* con la esperanza que de alguna manera funcionara. Tanto mamá como Jack seguían alentándolo, ya que Chad seguía pasos similares en política como mi padre.

Debería haberlo sabido. Aunque me hubiera gustado que Chad tuviera la suficiente decencia para al menos reconocer y decirme que ya no funcionaba antes de ir a acostarse con una de las novias de Margaret. Eso fue una mierda, pero los hombres tienden a hacer cosas de mierda, supongo. Tal vez mi instinto me advirtió todo el tiempo que no confiara en Chad, que lo mantuviera a raya.

Después de todo, mi instinto era lo que me ayudó a sobrevivir a todas las situaciones tensas en las que me había encontrado desde que mi padre me había dejado su pequeño negocio secundario de rescate, The Rose Rescue[6]. Aunque yo le di su nombre actual. Me burlé en mi mente. Un primer ministro dirigiendo un negocio secundario. De alguna manera nunca pensaste que escucharías esas dos cosas juntas. Sin embargo, era cierto. Antes de su carrera política, papá había visto algo de mierda. Pensó que haría una diferencia al convertirse en primer ministro. Lo hizo, pero no tanto como quería. Así que se puso en contacto con algunos de sus compañeros e inició una misión de rescate con la información que pudo obtener gracias a su posición. Pero la diplomacia contribuyó a favor del rescate de inocentes con demasiada frecuencia. Cruce de fronteras. Territorio extranjero. Reglas extranjeras. Días dando vueltas a tal o cual embajador. Cuando las manos legales estaban atadas o eran lentas, salvaba a mujeres por la vía ilegal. Y lo obtuve todo, en mi decimoctavo cumpleaños.

De todos modos, volviendo a Chad. No le dije nada a Margaret sobre su trasero tramposo. Iría tras él y lo destriparía, o al menos le pondría una bala ya que odiaba los cuchillos. Sería entretenido de ver, pero ninguna de nosotras necesitaba ningún drama en este momento.

Cielos, nos habíamos vuelto sanguinarias en los últimos años. La verdad es que ver lo crueles que podían ser los hombres y la forma en que se aprovechaban de las mujeres vulnerables nos hizo estar decididas a no ser nunca vulnerables.

[6]Rescate de la Rosa.

Pero mi incapacidad para sentirme cómoda con el contacto de un hombre era algo de lo que no hablaba con nadie. Incluyendo a Margaret y definitivamente no con mi madre.

—¿Es esta tu interpretación de una despedida de soltera? —le pregunté. Su boda no era hasta dentro de unas ocho semanas, pero con nuestras agendas repletas, resultó ser el único fin de semana que podíamos celebrarlo.

—Sí, nuestro fin de semana salvaje antes de casarme. —Ella frunció el ceño, una arruga en el entrecejo mostraba su desagrado al respecto. Odiaba la idea de un matrimonio concertado. No la culpaba; yo también lo habría odiado.

Ella lo llamaba nuestro fin de semana salvaje. Cada vez que hacíamos uno de sus fines de semana salvajes, nos metíamos en problemas. La quería y siempre estaba ahí para mí, pero sus niveles de energía eran peligrosos a veces. Por eso la incorporé a mi pequeña organización, para quemar parte de esa energía y hacer el bien al mismo tiempo.

Su matrimonio secreto era alucinante. No me dio un nombre porque no lo sabía. Cuando me dijo que era un matrimonio concertado, me quedé con la boca abierta. Desde que lo supo, sus fiestas salvajes se volvieron temerarias. Intenté estar con ella siempre que pude. No quería que le pasara nada. Ella haría lo mismo por mí.

Su teléfono sonó. Como no se movió, sino que siguió dándose la vuelta, mirándose el culo en el espejo, le pregunté con humor en mi voz:

—¿Vas a contestar o es que tu culo es mucho más interesante?

Levantó la vista y nuestros ojos se encontraron en el espejo.

—Es mi tío.

Ah, así que lo estaba evitando. Me encogí de hombros. Era su asunto, y cuando quisiera hablar de ello, lo haría.

Al segundo siguiente, sonó mi teléfono. Adiviné quién era, pero para confirmar mi sospecha, lo cogí. Era mi padrastro. No podía ignorarlo como hizo Margaret, así que deslicé el botón de respuesta.

—Hola, Jack —lo saludé.

—Áine, ¿dónde está Margaret? —Jack fue directamente al grano, su tono era agudo y duro. Estaba en su modo de jefe de la mafia irlandesa.

—Hola a ti también —repliqué secamente—. Se está preparando y no puede ponerse al teléfono ahora mismo.

Sí, la cubrí. Ella también me cubrió. Eso era lo que las amigas hacían la una por la otra. Y ella era mucho más que eso, familia por el matrimonio de mi madre con Jack.

—Apuesto a que no puede —murmuró, probablemente adivinando que lo estaba evitando—. Dile que no quiero que se produzca otra deuda de juego de cien mil dólares.

Me encogí. No pensé que Margaret encontrara tiempo para jugar, y menos para perder cien mil dólares.

—Claro, se lo diré —le aseguré, lanzando una mirada mordaz a Margaret, que volvía a revisar su trasero.

—¿Cómo estás? —Jack cambió de tema, suavizando su tono. Por alguna razón, me trataba como si fuera demasiado

frágil y necesitara protección. Yo ya había superado esa etapa. Era capaz de matar, con la misma facilidad que él.

—Estoy bien —le dije—. Las Vegas ha sido divertido hasta ahora.

Si supiera que la diversión equivale a misiones exitosas y a matar hombres, tendría un problema. Pero no hay necesidad de estresar a los mayores.

—Bien, pero no lo hagas demasiado divertido —bromeó.

—¿Tu y mamá tienen una cita para cenar esta noche? —pregunté. Los dos organizaban cenas nocturnas con regularidad. Era exclusivamente su momento. Una vez les pregunté y mamá me dijo que era Jack quien insistía en ello porque se perdieron muchas citas en su vida.

—Sí, así es —respondió—. Me ofrecería llevarte un postre a casa, pero se estropearía para cuando te viéramos. —Me reí—. ¿Vendrás a vernos la semana que viene?

A Jack no le gustaba que tuviera mi propio apartamento. Estaba en contra que me mudara, enumerando todas las razones bajo el sol. Incluso las posibles ventiscas de nieve y el hecho de quedarme tirada en ese edificio de apartamentos—. Han pasado unas semanas y te echamos de menos.

La gente habla de los padrastros como si fueran engendros del mal, pero para mí resultó todo lo contrario. Jack había sido como un padre de verdad, ni peor ni mejor que mi propio padre. Los quería a los dos, y eran los hombres más importantes de mi vida. Perdí a mi padre, pero no lo olvidé. Y Jack a menudo me escuchaba recordarlo cuando lo perdimos.

—Sí, iré la semana que viene —le prometí—. ¿Tal vez podamos cenar y ver una película?

—Haré un plan y elegiré una película —aceptó con entusiasmo. Teníamos planes semanales de cena y cine cuando nos fuimos a vivir con él. Mantuvimos la tradición hasta que me mudé. De vez en cuando, seguíamos haciendo planes, pero ya no era una actividad semanal.

—Perfecto —respondí—. Tengo que ir a prepararme. Elige un día y avísame. Intentaré asegurarme que pueda encajar en mi agenda.

—Tu madre se alegrará. —Sonrió—. Hablamos luego. Mantén a Margaret controlada. Te quiero.

—También te quiero —respondí, ignorando su comentario sobre mantener a Margaret controlada. Si Margaret decidía algo, no había nadie en este planeta que la retuviera—. Adiós, Jack.

Colgué y me encontré con la mirada de Margaret sobre mí.

—Déjame adivinar —dijo con tono inexpresivo—. Se está quejando que gasto dinero.

Puse los ojos en blanco.

—¿Cuándo tuviste tiempo para apostar? —le pregunté en lugar de confirmar su comentario.

Se rio.

—Solo tardé treinta minutos —se quejó—. Guau, nunca había gastado diez de los grandes en treinta minutos, por no hablar de cien mil. Se giró sobre si misma—. ¿Qué aspecto tengo?

Afortunadamente el cambio de tema, lo aproveché.

—Igual que un bombón en dos piernas —dije.

—Perfecto —dijo con una sonrisa—. Vamos. —Estaba preciosa y sexy, con su vestido corto rojo y sus tacones negros. Su cabello oscuro hacía que el color de su vestido fuera aún más vibrante. El rojo era definitivamente el color de Margaret.

Su cabello era negro como el carbón y sus ojos tenían el mismo tono que los míos. A pesar de mi cabello, la gente a menudo nos confundía con hermanas. Nos reíamos y nos encogíamos de hombros. Era lo más parecido a una hermana que había tenido. En el momento en que mi madre se casó con mi padrastro, nuestra familia se hizo de repente extremadamente grande. Tenía tíos y muchos primos... y lo mejor de todo, Margaret y sus hermanos. Nunca me hicieron sentir como su prima adoptiva, y les agradecí la cálida acogida que nos dieron tanto a mi madre como a mí.

Salimos de nuestra habitación y nos dirigimos al pasillo. Solo nosotras dos conseguimos una habitación en la última planta. El resto del grupo tenía sus habitaciones unas plantas más abajo. Una especie de confusión, y nos compensaron a Margaret y a mí dándonos la suite del ático.

Empezamos a caminar por el pasillo, en dirección a los ascensores, con los tacones resonando contra el suelo de mármol.

—Estos zapatos son tan poco prácticos —me quejé. Eran poco más de las siete de la tarde. Conociendo a Margaret, estaríamos de fiesta toda la noche y mis pies me estarían matando—. Mis pies todavía me están matando desde anoche.

Se rio a carcajadas. Perdimos nuestros zapatos en algún lugar durante nuestra aventura de anoche, tratando de salvar a esas mujeres.

—Maldita sea lo práctico, Áine —maldijo, soltando una sonora carcajada—. Vamos a festejar como si fuera nuestra última noche con vida. Nos lo merecemos después de lo de anoche.

—Shhh. —Golpeé mi hombro contra ella, para recordarle que debía bajar la voz—. Sinceramente, lo práctico y cómodo es mucho más agradable que lo caluroso —objeté con una sonrisa ante su entusiasmo por la fiesta. Era una noche Chippendale.

—No puedes estar muy sexy siendo práctica o cómoda —continuó explicando, ignorándome por completo—. No puedo esperar a ver hombres meneando el trasero en mi cara. Escuché que están súper calientes.

Me encogí ante la imagen de un hombre sacudiendo su trasero en mi cara. Le rompería las malditas piernas si lo intentara. Lo rechazaré educadamente y buscaré un rincón lejos de todos ellos.

—No voy por una mirada de lo más sexy —le dije—. Más bien sobrevivir toda la noche. Anoche estuvimos muy calientes. Deberíamos alternar, ya sabes.

Un suave ruido detrás de mí me hizo girar cuando las palabras de Margaret me detuvieron, olvidando el ruido.

—Vamos a tomar el ascensor.

Ugh, aquí vamos de nuevo. Odiaba los ascensores. Ni siquiera podía recordar la última vez que estuve en uno.

Empújame de un avión, hagamos puenting, lo que sea... pero no me metas en un ascensor.

—¿Por qué no podemos ir por las escaleras? —objeté, olvidando a todos los hombres de Chippendale.

—No queremos caminar más de lo necesario con estos tacones. —Su respuesta tenía sentido, pero yo evitaba los ascensores con desesperación. No sabía qué provocaba mi claustrofobia en los malditos ascensores, pero no era una experiencia agradable—. Esta discoteca es diferente a la de anoche y tendremos que caminar un poco para llegar.

—Podemos hacerlo —intenté justificar—. Podríamos quitarnos los zapatos y simplemente subir las escaleras descalzas.

Por el amor de Dios, entrenamos y pateamos traseros. Ciertamente podríamos sobrevivir a las escaleras.

—¿Estás loca? Si quieres quemar energía, esta noche bailaremos con esas tías buenas y echaremos un polvo. Si subimos y bajamos veinte tramos de escaleras, estaré agotada. Tú también lo estarás.

Ahí se fue con lo de echar un polvo otra vez.

Esta vez gemí en voz alta.

—Margaret, vamos. Vayamos por las escaleras.

Me lanzó una mirada de reojo.

—¿Qué pasa contigo y los ascensores?

—Nada —murmuré a la defensiva en voz baja. ¿Cómo podía explicar algo que ni yo misma entendía? Hasta donde yo

sabía, no tenía problemas de claustrofobia. Nunca me había pasado en ningún otro sitio, y esta fobia a los ascensores empezó concretamente en mi adolescencia. No tengo idea que lo empezó. Simplemente surgió de la nada.

Supongo que había que llegar a un acuerdo. Soportó arrastrar nuestras maletas por las escaleras conmigo, sin querer dejarme hacerlo sola. Podríamos haber hecho que el portero del hotel las subiera a nuestras habitaciones, pero nuestras armas estaban en ellas. No podía permitirme que las maletas fueran manipuladas. No era como si pudiéramos entrar en cualquier tienda y coger un arma por capricho.

—Bien, ascensor será —repliqué con voz resignada.

Incluso mientras decía esas palabras, mi corazón empezó a acelerarse. Maldita sea, a veces me sentía rota. Simplemente rota, y no tenía idea de por qué. Comencé mi técnica de respiración que me enseñó el terapeuta.

Inspira profundamente. Exhala. Inspira profundamente. Exhala. Inspira profundamente. Exhala.

Estaba tan concentrada en ello que no me di cuenta que ya estábamos junto al ascensor. Margaret pulsó el botón mientras esperábamos.

Inspira profundamente. Exhala. Inspira profundamente. Exhala.

—¿Estás haciendo lo tuyo otra vez? —La voz de Margaret me sobresaltó.

—¿Haciendo qué cosa? —Nunca le hablé de mi claustrofobia en los ascensores.

—Lo de respirar —replicó ella—. También lo hiciste ayer, justo después de vomitar. —Sí, lo de ayer no fue bueno. Debería haber estado ayudando a evacuar a las mujeres antes que bombardeáramos el lugar. En lugar de eso, vomité mis entrañas—. A veces me pregunto qué coño te pasó.

Me reí, aunque la risa sonó estrangulada a mis propios oídos.

—Tú y yo —murmuré en voz baja.

—Señoras. —Sonó la voz de un hombre detrás de mí, y casi me sobresalto.

—¿Qué demonios? —chillé, dándome la vuelta para ver quién estaba detrás de nosotras. Un grito ahogado salió de mis labios en el momento en que nuestras miradas se encontraron y la familiaridad me invadió.

CAPÍTULO 10



Aline

¡Mierda Santa!

¿Estaba delirando? Tal vez tenía fiebre y no me di cuenta.

Mi misterioso desconocido. Mi hombre del orgasmo estaba aquí. ¡***Justo aquí!*** Podía inclinarme y tocarlo. Maldita sea, era magnífico. Se veía incluso mejor que hace dos años. El club esa noche estaba tan oscuro, pero santo cielo. Mis bragas se derritieron.

Mi aliento entró en mis pulmones en una inhalación profunda y mi ejercicio de respiración salió por la ventana. Estaba a escasos metros de mí, pero lo sentí como si su cuerpo estuviera fundido con el mío. Joder, la excitación me golpeó como un tsunami. Si pudiera, lo empujaría a un rincón oscuro y me abalanzaría sobre él, rogándole que me hiciera sentir todo lo que sentí dos años atrás cuando me llevó a su despacho.

La tinta en su cuello era intrigante y lanzaba vibraciones que gritaban peligro.

Y lamible.

Tan malditamente lamible. Tragué con fuerza, con el corazón retumbando en mi pecho.

Entonces la razón se impuso. No había reconocimiento en sus ojos. Nada en absoluto. Era como mirar fijamente a una misteriosa oscuridad. Sin embargo, nunca lo olvidé. Hubo muchas noches en las que me toqué, imaginando sus manos sobre mí. Incluso ahora, solo pensarlo, hacía que ardiera en llamas.

Entorné los ojos hacia él, molesta por el hecho, que el hombre con el que había fantaseado durante los dos últimos años no retuviera ni un ápice en su memoria de lo que compartimos entre nosotros. El hombre con el que llegué más lejos.

Ni siquiera es tan apuesto, me dije. Solo lo suficientemente sexy como para encender todo mi cuerpo en llamas. ¡Pero qué más da!

Mi expresión era educada, pero no pude evitar que mis ojos recorrieran su cuerpo. Apuesto a que llevar un traje negro de tres piezas era su característica vestimenta. Era sofisticado y caro, pero los tatuajes lo alteraban todo. Tenía tinta en las manos y en el cuello, pero si tuviera que adivinar, también la tendría en otras partes. Era una de las cosas que lamentaba desde hacía dos años; no haber podido ver ese cuerpo tan apetecible debajo del traje.

Levanté los ojos lentamente sobre su torso hasta su rostro. Toda su presencia era dominante, pero esos ojos. Oscuros y llenos de secretos. Quería ver las motas de su mirada. Una fuerza invisible me atrajo hacia él. Para sentir su calor. Para sentir sus labios en mí. ¿Se sentirían tan bien como recordaba?

—Guau. —La voz de Margaret vino de alguna parte. Sí, exactamente mi pensamiento. Sus ojos recorrieron los dos hombres apreciadamente. ¿No se acordaba de él?

Probablemente no. Margaret se enrolló con otra persona esa noche. Vino a golpear la puerta, pero nunca vio al hombre misterioso.

Llevaba el cabello corto, aunque había suficiente para introducir los dedos. Cerré los dedos en un puño, luchando contra el impulso de hundirlos a través de los mechones hasta su cuero cabelludo. Había ligeros rastros plateados en su cabello negro que antes no estaban allí. O tal vez no me había fijado en ellos esa noche.

Esa misma sensación de familiaridad que percibí cuando lo conocí serpenteó por mi espalda. Me resultaba frustrante no poder librarme de la sensación de faltarme algo. Había algo en él. Busqué en mi memoria, como había hecho tantas veces antes, solo para salir vacía. Pero estaba segura que *había* algo. De hace mucho tiempo. Estaba ahí, oculto en la espesa niebla. Comenzó a palpitarme la sien, un dolor atravesándome el cráneo. No me di cuenta que mis dedos presionaban mis sienes hasta que Margaret me apartó la mano de la cabeza.

—Áine, ¿estás bien? —Rompí el contacto visual con el desconocido, volviéndome hacia Margaret.

—¿Qué? —La neblina en mi cerebro me dificultaba pensar. Y había cosas que persistían en la niebla que no podía comprender. Una mano acechaba en esa niebla, extendiéndose. Sin embargo, nunca pude alcanzarlo del todo.

Genial, tendría que visitar a mis terapeutas en cuanto volviera a Nueva York.

—El ascensor está aquí —murmuró Margaret. Sostuvo la puerta, sus ojos impacientes sobre mí—. Te lo he dicho como tres veces.

—Lo siento. —Sacudí la cabeza, como si eso fuera a despejar la niebla de mi cerebro y la lujuria de mi cuerpo—. La cabeza me está matando —ofrecí una excusa a medias. *Mi orgullo me duele aún más,* añadí en silencio. Hablando de una autoestima gravemente afectada, no se acordaba de mí en absoluto.

Las dos entramos en el ascensor y los hombres nos siguieron. Mi fobia a los ascensores era lo más alejado de mi mente en este momento. En cambio, todos mis sentidos se concentraron en el hombre que entró detrás de mí.

Dios, esos labios... una sonrisa arrogante y sabelotodo jugaba alrededor de esos labios pecaminosamente carnosos. Me obligué a apartar los ojos de ellos y seguí estudiándolo. No sabía su nombre, nunca se lo pregunté esa noche. Solo fue un baile inocente, un beso no tan inocente y... oh, mierda, esas mismas mariposas que sentí hace dos años habían regresado.

¡Controla tu mierda, Áine! Mantén tus bragas y refréscate. El hombre ni siquiera me reconoció. No debe haber sido tan memorable para él como lo fue para mí. *¡Gilipollas!*

Pasar de excitada a insultada no ayudaba a mi estado mental.

—¿Se alojan aquí? —les preguntó Margaret con desparpajo.

La miré fijamente y luego incliné la cabeza hacia un lado para lanzarle una mirada mordaz, negando con la cabeza. Me ignoró. Por supuesto, me ignoraría. Cuando se trataba de hombres, los perseguía con la misma pasión que nosotras perseguíamos a los criminales.

Solo uno de los hombres asintió con la cabeza, pero no dijo nada. El hombre que me conquistó ni siquiera la consideró, lo cual era inusual. Los hombres solían caer rendidos ante Margaret. Evité volver a mirarlo a los ojos, pero desde la periferia, podía sentirlo observándome. Tal vez le resultaba familiar y estaba tratando de recordarme.

No estoy segura de si eso me levantó el ánimo o no, pero cuando el número de hombres que podían hacer que tu cuerpo ardiera de deseo era tan raro como las especies en peligro de extinción, no te podías permitir el lujo de actuar de forma indigna. O quizás mi coño de zorra solo quería una excusa para sentir sus dedos dentro de mí.

Genial, ahora me estaba sonrojando y probablemente parecía un maldito tomate.

Bien, olvídate de él, gemí en silencio. No. Está. Bien. Mirar.

Me diría eso hasta que me lo creyera.

—Estamos celebrando. ¿Quizás podrían unirse a nosotras? —Margaret usó su voz sensual y puso su sonrisa más seductora. Fruncí el ceño, exigiendo con la mirada que se detuviera. Si estos dos se unían a nosotros, no sería responsable

de mis actos. Atacaría y posiblemente montaría a mi perfecto desconocido.

Fue el nombre que le asigné y de alguna manera se me quedó.

—Lo siento mucho —comenté, forzando una sonrisa en mi rostro—. Pero nuestra fiesta está llena.

La cabeza de Margaret se dirigió a mí.

—No, es...

—Recuerda que nos dieron un límite —mentí con descaro, tratando de transmitirle con mi mirada afilada que no necesitábamos ningún problema—. Estamos al completo.

Además, ningún hombre en su sano juicio querría ir a una fiesta de Chippendale. No a menos que también hubiera strippers femeninas.

Puso los ojos en blanco.

—Nunca lo sabrían.

Mis ojos recorrieron el rostro del hombre más joven que observaba a Margaret con fascinación. Un brillo oscuro en sus ojos, casi posesivo. *Interesante*. Miré a Margaret, pero sus ojos seguían saltando entre ambos, completamente ajenos a ello.

Volviendo mi atención a los hombres, noté un sorprendente parecido entre ambos. Tenían que ser hermanos, fui a abrir la boca, pero inesperadamente, las palabras se atascaron en mi garganta. Fruncí el ceño. Él también me resultaba familiar. Mis ojos iban y venían entre los dos hombres.

Había conocido a estos hombres, no hace dos años, sino hace mucho tiempo. Me jugaría la vida en ello. Mis cejas se estrujaron, pero no me vino ningún recuerdo.

¿Por qué no puedo recordar?

Tenía buena memoria y una mente aguda. Al menos eso era lo que decía todo el mundo. Con estos dos hombres, sentí que me faltaba algo. Algo muy importante.

—¿Te conozco? —le pregunté al más joven. No tenía idea de dónde vinieron esas palabras. Sonaba cursi, como una mala frase para ligar. No me importaba. Este era un rompecabezas que me parecía importante resolver.

Ambos permanecieron callados, pero vi la más breve de las miradas que compartieron. Mi sien comenzó a latir de nuevo, la sensación pulsante y palpitante era una señal segura de un inminente dolor de cabeza.

—Está justamente ahí, lo sé —murmuré en voz baja. Mis dedos se dirigieron a mis sienes, presionándolas. El dolor me estaba matando. Esto era diferente a mis anteriores episodios—. Casi puedo…

—Áine, ¿qué diablos está pasando? —La voz de Margaret tenía una nota de alarma.

Parpadeé mis ojos; cada latido era un dolor agudo y punzante atravesándome el cráneo. Era tan intenso que pensé que mi cerebro iba a explotar. Centré mis ojos en mi prima, realizando respiraciones controladas para ayudar a calmar el dolor de cabeza palpitante. Vi pánico en el rostro de Margaret y el arrepentimiento me golpeó. Era su fin de semana de

despedida de soltera. No era su culpa que estuviera un poco loca.

Respiré profundamente, exhalé lentamente y forcé una sonrisa.

—Lo siento. No fue nada. Todo bien —le dije con voz ligera y forzada. Probablemente recordé lo sucedido hace dos años y le estaba dando demasiado valor a todo aquello. Además, los acontecimientos de ayer me impactaron y me sacudieron hasta la médula.

Todo el ascensor se sacudió y se detuvo, lo que hizo que mi corazón se detuviera y mi estómago cayera.

—¿Q-qué... qué fue eso? —Mis ojos se movieron, un recuerdo parpadeó en mi cabeza y se desvaneció en el mismo segundo. Dios, sentía que estaba perdiendo la cabeza. ¿Por qué estaba pasando toda esta mierda este fin de semana? Todo mi cuerpo se tensó mientras mi corazón latía intensamente en mi pecho. Mi fobia a los ascensores se multiplicó por diez.

Respira, me dije.

Otro fuerte impacto del ascensor, luego las luces se apagaron y el ascensor se sacudió de nuevo. Margaret chilló, el sonido fue casi ensordecedor.

—Q-qué…—No pude terminar la frase. Había imágenes distorsionadas reproduciéndose en mi mente, pero no podía ubicarlas. *El edificio temblando. El ascensor detenido. Hombres irrumpiendo por el techo del ascensor.*

Mis ojos se alzaron hacia el techo, pero no había nada. Era como ver atisbos de acontecimientos a través de una espesa

neblina, esforzándome por darles sentido. No podía conectar ninguno de ellos en mi mente.

—Seguramente se ha ido la luz. —Mi cabeza giró hacia los hombres. Ambos estaban tranquilos, imperturbables ante lo que estaba sucediendo. ¡Yo no! Perdería la consciencia en cualquier momento, mi respiración estaba acelerada. Pero de alguna manera no entraba suficiente oxígeno en mis pulmones.

Deja que me quede atrapada en cualquier lugar, pero no en el ascensor. En cualquier lugar... desierto, zona de guerra, pero no en el maldito ascensor. Mi respiración era dificultosa y empeoraba con cada segundo.

Entonces, la auto conservación entró en acción. Sin pensarlo dos veces, los empujé a ambos para que se apartaran. Eran tipos fuertes, mucho más altos y grandes que yo, pero supongo que la adrenalina hizo acto de presencia. Mis dedos frenéticos empezaron a pulsar todos los botones.

—¿Hola? Oh Dios —canturreé, mis labios temblorosos—. ¿Hola?

Inspira. Exhala. Inspira. Exhala. *Maldita sea, no está ayudando.*

Apreté la frente contra el panel del ascensor, desesperada por calmar mi corazón acelerado mientras mis oídos zumbaban.

—Escaleras. Debí haber tomado las escaleras —murmuré jadeante para mis adentros. Si lo hubiéramos hecho, no estaríamos en este aprieto.

—Tranquilízate —intentó calmarme Margaret—. Probablemente será un minuto o dos, cinco como máximo.

Con manos temblorosas, empecé a pulsar de nuevo todos los botones. Miré hacia el techo, casi esperando que alguien entrara.

—¿Cinco? —No puedo aguantar la respiración durante cinco minutos. Mi respiración se volvió errática—. Oh Dios mío. No puedo respirar.

La sensación era asfixiante. Puse mi mano en mi pecho, el corazón palpitando bajo mi palma. Intenté utilizar todo mi entrenamiento para aliviar el pánico, el miedo atenazando mi pecho ahora mismo. No sirvió de nada. El zumbido en mis oídos era cada vez más fuerte. Mi pánico aumentaba con cada respiración, como si fuera alimentado por el oxígeno, mis ojos se desviaban entre ellos tres.

—¿Pueden respirar?

—Áine, cálmate. —Mis ojos se dirigieron al hombre. Hubo una nota de mando en su voz, que atravesó mi cerebro aterrado.

El ascensor sufrió otra sacudida nuevamente y el tren de mis pensamientos se evaporó. Rompí el contacto visual con él, buscando frenéticamente a Margaret. Me costaba verla al tiempo que el sudor se acumulaba en mi frente. Jesucristo, así me daría un ataque al corazón. El pasado orgasmo alucinante y el deseo por sus manos expertas se olvidaron por completo.

Seguimos sin movernos.

Las luces de emergencia se encendieron en el ascensor.

—Oh, esto es algo romántico —anunció Margaret.

Tragué duro, una y otra vez. El asfixiante pánico hizo que fuera difícil tragar. No me pareció nada romántico, en absoluto. En todo caso, lo que me vino a la mente fue algo mortal. Las amenazas acechan en los ascensores. Era una estupidez pensar eso, pero el miedo irracional se disparaba cada vez que pensaba en un ascensor.

—Debería haber ido por las escaleras —repetí, mientras manchas negras inundaban mi visión. *Dentro. Fuera. Dentro. Fuera*. Me deslicé por la pared hasta el suelo, subí las rodillas y enterré la cabeza entre ellas. Mis pulmones se contrajeron y se negaron a liberarse.

El hecho que probablemente les estuviera dando una visión completa de mis piernas, muslos y ropa interior expuestos era irrelevante. Mis manos rodearon mis rodillas, acercándolas a mi pecho.

Mi cuerpo se balanceaba de un lado a otro, tratando de tranquilizarme.

—Estarás bien. —Sentí unas manos grandes sujetar mis dedos fríos. Mi cabeza se levantó hacia esos ojos oscuros. De repente, nada importaba salvo su mirada. El confort en ellos se sentía como un chaleco salvavidas mientras me ahogaba. Él también se agachó, ocupando el lugar vacío junto a mí.

Sus labios se curvaron en una sonrisa y la opresión de mi pecho se aflojó un poco.

—Soy Hunter —dijo—. No pensaste que volverías a verme, ¿eh?

Se acuerda de mí, mi corazón se alegró, pero duró poco.

El ascensor volvió a dar una sacudida. Mis ojos se agrandaron y mi respiración se agitó. Me quedé mirando la puerta del ascensor, rezando para que alguien viniera a buscarnos. Pero la puerta seguía cerrada.

—H-Hunter, es un bonito nombre. —Lo llamé mi perfecto desconocido durante los últimos dos años. Mi bombón. Será un ajuste pensar en él como Hunter. *Inhala. Exhala*—. No sé si te conviene —murmuré, con la voz jadeando como si hubiera corrido una maratón. Y tampoco en el buen sentido.

Saboreé el pánico en mi lengua.

—No puedo respirar. ¿Crees que el ascensor se romperá? ¿Tal vez somos demasiado pesados?

Podía matar hombres, luchar contra ellos, rebanarlos y cortarlos en pedazos, pero méteme en un ascensor y todo mi entrenamiento se disipaba. Me convertía en una niña asustada.

—Cálmate. —Su voz era autoritaria, pero mi pánico se negaba a remitir.

Estaba hiperventilando.

—Oh, Dios mío. —Apreté su mano, mis uñas se clavaron en su piel—. Debería haber tomado las escaleras.

—Butterfly, respira —exigió Hunter, con su voz suave, como la lluvia en la tranquila tarde de primavera. Como en uno de esos días en los que puedes oler la lluvia fresca y saborearla en tu lengua. Era relajante.

Butterfly. Solo una persona me llamó así. Ese apodo, *Butterfly*. Solo aparecía en sueños. Sin embargo, ahora este hombre me llamó por ese apodo. No lo había soñado en mucho tiempo. Un

hombre y su voz persistían en la niebla. ¿Cómo iba a saber Hunter ese apodo que solo había soñado?

Respira. Respira. Respira.

—Y-yo realmente odio los ascensores —murmuré, con palabras temblorosas, mi pecho contraído y anudado—. Pero no pasa nada. ¿Verdad? Todos tenemos miedo a algo. A mí también me dan miedo las serpientes —balbuceé como una loca—. Quizá odie más los ascensores que las serpientes. —Se me escapó un hipo mientras miraba su mano marcada con el tatuaje de la rosa. La mano que se tendía en mis sueños también tenía un tatuaje.

Pétalos de rosa. Fue la razón por la que elegí The Rose Rescue para el nombre de nuestra empresa. La mano tatuada con pétalos de rosa seguía acercándose en mis sueños, sacándome de mis pesadillas.

—No puedo recordar. No sé por qué no me acuerdo —murmuré con la mirada en el suelo del ascensor—. Te he visto en alguna parte. —Todos mis comentarios y pensamientos eran incoherentes—. No en el club. En algún otro lugar.

—¿Lo conoces? —La voz de Margaret no apartó mi mirada de Hunter. Por fin sabía su nombre.

—Está bien —me tranquilizó Hunter. Levanté la cabeza para mirar fijamente esos ojos castaños. Su voz era tranquilizadora pero sus labios... ahí estaba de nuevo, esa sonrisa pecaminosa. De forma distraída, noté que me frotaba la espalda y todavía me gustaba su toque—. Sigue hablando.

Inspiré profundamente y exhalé. El oxígeno se abría paso en mis pulmones, el nudo se aflojaba lentamente, pero el miedo

mantenía las palabras fluyendo a través de mis labios, sin ninguna de las reservas que habitualmente mantenía. Cada pizca de valentía se había esfumado, probablemente huyendo por la más mínima grieta de este maldito ascensor.

Se sentía bien no sentir repulsión por el toque de un hombre. Me hacía sentir normal, aunque quizá fuera el único hombre de este planeta que podría tocarme sin provocar represalias en mi cuerpo.

—Todo el mundo sigue hablando de ello, siendo genial y todo eso. —Volví a levantar la cabeza y me encontré con su oscura mirada—. Pero a mí me enferma siquiera pensar en ello. Me congelo cada vez; me siento literalmente mal del estómago. Finjo que está bien, que es normal, pero no lo es.

La pequeña parte cuerda de mi cerebro me ordenó que dejara de divagar porque no tenía ningún sentido.

—¿De qué estás hablando, Áine? —me preguntó de nuevo Margaret, con voz confusa.

Mi garganta se cerró, me dolía respirar y hablar. Una parte de mi cerebro comprendía lo estúpida que estaba siendo, pero el resto simplemente reaccionaba.

—Está bien —me reconfortó su voz—. Sigue respirando.

Se sentó en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, justo a mi lado. Era demasiado grande para estar sentado en el suelo, con su costoso traje a medida, pero tenerlo a mi lado me hacía sentir segura. Podía sentir su calor filtrándose en mi torrente sanguíneo, calmándome.

—¿Nos conocimos hace mucho tiempo? —pregunté, la pregunta se deslizó por mis labios sin pensarlo.

—Eres la hija del primer ministro —respondió. No era una respuesta, pero tal vez conocía a papá y lo conocí de pasada.

—Está muerto —murmuré—. Asesinado.

—Lo sé.

—¿Trabajaste para él?

—No exactamente. —Nada de esto tenía sentido.

—Tu traje se va a ensuciar —comenté sin razón alguna—. Parece caro. —Mis ojos bajaron a mi atuendo—. Este vestido debería costar cinco dólares teniendo en cuenta el poco material que tiene.

Sus labios carnosos tiraron hacia arriba y otra fibra en mi pecho se aflojó, permitiéndome respirar.

Mis ojos se dirigieron a sus labios curvados en esa sonrisa confiada y pecaminosa que recordaba de hace dos años. Sabía lo bien que se sentían en mí, y él también. No había forma de engañarlo. Los quería de nuevo en mí. No importaba que fuera un simple desconocido. Por alguna razón, se sentía familiar y seguro. Además, sería una buena distracción, a menos que me asfixiara besándolo. Aunque no era una mala manera de hacerlo.

Su cara se asomaba frente a la mía, tan cerca que podía oler su fragancia amaderada.

Era cordura y seguridad envueltas en un solo ser.

CAPÍTULO 11



Cassio

Aine Evans era aún más impresionante hoy que hace dos años. Sus brillantes ojos azules podían destrozar a un hombre con solo una mirada. Su extraordinario color de cabello la hacía destacar sobre cualquier otra mujer que hubiera conocido. Pero aún más, era la luchadora que había en ella lo que me fascinaba. Lo vi en aquella joven que rescaté. Lo seguía viendo en la mujer adulta.

Hace dos años, después que ella abandonase mi club, Callahan casi perdió la cordura cuando mi portero impidió que los irlandeses entraran en el local. La seguridad de Áine era su máxima prioridad y siempre le preocupaba que se encontrara con mi padre o mi hermanastro en mi club. Por supuesto, nunca permitiría a ninguno de ellos en mis clubes ni cerca de ella. O cualquier mujer para el caso.

Una vez que Jack Callahan se calmó tras nuestra conversación inicial, comenzó a sospechar ligeramente. Exigió ver la vigilancia de lo que Áine y Margaret hicieron en mi club.

Se lo negué. No le gustó, pero no estaba dispuesto a revelar mis cartas. A decir verdad, cuando entré en la pista de baile, las cámaras de vigilancia eran lo más remoto que tuve en mi mente. Eso era lo que conseguías cuando hacías movimientos con tu cerebro más pequeño, centrándose en una mujer.

Y sin duda, Áine era mía. La única razón por la que no insistí en que Callahan entregara a Áine hace dos años fue por su protección y para evitar una guerra. Tenía que asegurarme que Benito no se convirtiera en una amenaza para ella. No es que Callahan me dejara tenerla. Tenía claro que Áine nunca estaría a disposición de ningún hombre del hampa.

Sus padres querían mantenerla fuera de este mundo, a pesar que su madre se casó con el jefe de la mafia irlandesa. No es que pudiera culparlos. Querían lo mejor para su hija.

Bueno, yo también.

Desde el día en que la salvamos, la controlaba de vez en cuando. Normalmente utilizaba a Nico y sus recursos. No para acosarla, sino para asegurarme que estaba a salvo. Hasta la noche en que se encontró conmigo en el club, nunca pensé que nuestros caminos se cruzarían de nuevo.

En el momento en que nuestros labios se unieron supe que era la elegida. Si tuviera que quemar este mundo, matar y engañar... lo haría. Gustosamente.

Ella era mía. Tal como dijo Nonno, le tomó un segundo darse cuenta que mi abuela era suya.

Mi vida durante los últimos once años consistió en construir mi imperio y acabar con el de mi padre. Pasé de ser un asesino a sueldo a poseer una multitud de prósperos negocios. Lo hice todo con un propósito. Estar en la cima de la cadena alimentaria. Pero también había una razón subyacente

por la que no tener éxito no era una opción. Esta mujer me dio ese propósito y hace dos años se convirtió en la razón principal.

Sabía que Margaret estaría aquí este fin de semana con sus amigas. Este hotel era mío, y me aseguré que su habitación y la de Áine estuvieran en el ático. Mis intenciones aún no se habían desarrollado, no obstante, las quería lo más cerca posible de mí. Margaret Callahan era mi seguro. Más tarde supe que Margaret había invitado al novio de Áine a reunirse con ellas. No soportaba a ese hijo de puta que trabajaba con Marco. Tenía que asegurarme que Áine estuviera lo más lejos posible de él. Destruirlo sería una ventaja adicional.

—Tu traje se ensuciará —murmuró, con el rostro pálido por el miedo. Le di a propósito mi segundo nombre que casi nadie usaba. No quería arriesgarme a que ni ella ni Margaret me reconocieran o me relacionaran con los King—. Parece caro. —Sus ojos sombríos llenos de pánico bajaron a su propio vestido—. Este vestido debería costar cinco dólares teniendo en cuenta el poco material que tiene.

Se veía increíble en él. Un auténtico bombón. Una vez sentada en el suelo, el pánico la envolvió, su vestido se deslizó hasta los muslos, revelando mucho pero no lo suficiente. Luca mantuvo su mirada desviada, ofreciendo su respeto. Pero como el imbécil que era, seguía vislumbrando su piel suave y pálida.

Ella sería mía pronto, de todos modos. Había sido mía desde el momento en que su mano se extendió hacia mí en aquella miserable celda donde la rescatamos.

Joder, solo de pensarlo, la rabia recorría mis venas. Su cuerpo negro y amoratado por las palizas que recibió, su uniforme escolar salpicado de sangre. Me sorprendió que no pudiera recordarnos. Sí, fue hace once años, pero algo así nunca olvidarías.

—Odio que me toquen —admitió. Levanté la ceja. Me dejó tocarla hace dos años. Incluso ahora, le estaba frotando la espalda. Estaba tan angustiada que ni siquiera se daba cuenta de lo que decía.

Áine cerró los ojos y tuve la sensación que se concentraba en su respiración.

El ascensor volvió a dar una sacudida y maldije en silencio. Los ojos de Áine se dirigieron a mí, buscando consuelo.

—Está bien —le aseguré.

—Inspira —murmuró en voz baja para sí misma—. Exhala. Inspira. Exhala.

Margaret se agachó y acabó sentándose también en el suelo.

—Habría sido más cómodo si hubiéramos seguido tu elección de vestuario, ¿eh?

Intentaba que su prima se sintiera cómoda. Una sonrisa vacilante apareció en los labios de Áine.

—Sí, creo que sí.

Su voz era suave y melodiosa, diferente a la de la chica que recordaba. Incluso diferente a la de hace dos años.

La última vez no pasamos mucho tiempo hablando, pensé irónicamente. Sus dedos jugueteaban con el dobladillo de su corto vestido, pero al menos ya no estaba asustada.

—¿T-tu crees que nos quedaremos sin oxígeno? —Parecía valiente, dura incluso. Este miedo era irracional, y me pregunté qué lo impulsaba. Tenía que haber algo detrás.

—No, estamos bien —le dije con firmeza—. Los ascensores no son herméticos.

Sus ojos azules, del color de los mares más claros del Caribe, se clavaron en los míos como si buscara la verdad en ellos. Luego asintió, casi como si confiara en mí.

—Tal vez deberíamos volver a nuestra habitación después de salir —se ofreció Margaret—. Podemos ir por las escaleras.

El rostro de Áine era muy expresivo, al menos para mí. Quiso decir que sí, pero negó con la cabeza.

—No, está bien. Es tu noche.

Me levanté y noté que los ojos de Áine me seguían. Le ofrecí una sonrisa y esperé que fuera aceptable. Rara vez sonreía, los músculos de mi cara para ello hacía tiempo que no se utilizaban. Aunque con Bianca, mi recién descubierta hermana, y mis sobrinas en mi vida, poco a poco se estaba convirtiendo en algo normal.

Debió de funcionar porque ella me devolvió la sonrisa. Lo supiera o no, era fuerte. Lo supe hace once años, y hoy resultaba más evidente. Tal vez se obligó a olvidar lo que soportó, pero ella estaba aquí... fuerte, hermosa e imperante. Igual que su homónima.

Una vez busqué su nombre por ser tan inusual. En la mitología irlandesa, Áine era una diosa que se vengó de un rey que la engañó. Y los escasos bocetos de la diosa, todos la representaban como una belleza pelirroja. ¡Irónico, realmente! Dado que el apellido de nuestra familia era King, y estaba a punto de engañar a esta hermosa mujer pelirroja, el nombre encajaba perfectamente con ella.

El ascensor se estremeció y sus ojos se ampliaron. Pero entonces el ascensor comenzó a descender, lenta y suavemente.

Le ofrecí mi mano. Sus ojos la observaron con recelo, recordándome nuestro primer encuentro, y algo en mi pecho se apretó.

Ba bum. Ba bum. Ba bum.

Tardó tres latidos antes que la tomara vacilante. Observé su piel pálida contra mi tez bronceada y, de alguna manera, encajamos. Su mano estaba fría contra mi calor, pequeña contra mi gran palma. A decir verdad, Áine Evans era mi opuesto en todos los sentidos, pero en todos los sentidos correctos.

Mía. Las palabras resonaron en mi pecho y nada las apagaría sino mi muerte.

La ayudé a levantarse y rápidamente se bajó el vestido con la mano libre.

Inspiró y espiró varias veces antes de hablar, ofreciendo una sonrisa de disculpa.

—Siento haberme asustado —murmuró avergonzada en su rostro.

—No lo menciones —le dije, ofreciéndole otra sonrisa.

—Apuesta tu culo, a que no lo haré —replicó con una pequeña sonrisa—. Ya es bastante malo que cuatro de nosotros lo sepamos.

Su mano todavía seguía en la mía. Seguí esperando que deslizara su palma de mi mano, pero no se había apartado. Esos fascinantes ojos mirándome, como si buscaran respuestas.

La puerta del ascensor se abrió emitiendo un pitido y un grupo de personas se encontraba frente a él. Era la despedida de soltera de Margaret, preparada para su actuación en Chippendale, que, sin ellas saberlo, se había cancelado. Una fuerte ovación estalló en cuanto nos vieron.

—Finalmente —exclamó una de las chicas—. ¿Vamos a ir al show de Chippendale? No puedo esperar ver como se menea algún trasero.

Margaret asintió con entusiasmo.

—¿Estáis bien, chicas? —preguntó otra amiga—. Hemos escuchado que el ascensor se ha atascado.

—Estamos geniales —anunció Margaret—. ¿Quién está lista para quemarse?

Otra fuerte explosión de vítores. Margaret siempre tenía ganas de fiesta y era conocida por su comportamiento aún más salvaje. A veces incluso rozando la temeridad.

—Áine, ¿quién es ese? —La voz de un hombre sonaba casi demasiado aguda. Reconocí a Chad Stewart. Odiaba a ese cabrón. Él y Áine habían salido durante el último año con el apoyo de la madre de ella y el apoyo reticente de Callahan. Nadie sería lo suficientemente bueno para la pequeña de Callahan, pero sus instintos daban en el clavo.

Chad nos miró a Luca y a mí, y luego volvió su mirada a ella. Me pregunté si era su tipo. A diferencia de mí, era delgado, aunque estaba en forma. Más bien con cara de político pulcro, que cara de, golpearía tu culo contra el suelo. Síp, esto último era más propio de mí. No había nada pulcro en mí. Excepto tal vez mi vestuario en las noches que no mataba a nadie.

—Oh, este es Hunter. —Áine mantuvo su voz ligera. Viéndola así, nunca adivinarías que tuvo un ataque de pánico hace diez minutos.

—¿Por qué vas de la mano con él? —Intentó sonar tranquilo, pero percibí un tono remilgado bajo su falsa y civilizada sonrisa—. Creí que no te cogían de la mano.

Mantuve mi expresión tensa, luchando contra el impulso de romper su perfecta y pequeña nariz y mancharla con su sangre. Ya veríamos quién es el político bonito entonces.

Sus ojos nos lanzaron miradas a los dos. La protección nadando por mis venas, conteniendo el impulso de no envolver su garganta con mi mano. Jesús, si solo su mirada hacia ella me hizo querer matarlo, habría mucha gente muerta.

Chad Stewart era muy conocido en los círculos de mi padre. El fiscal del estado de Nueva York no tenía escrúpulos y era un político sucio. Trabajaba mucho con Marco, enriqueciéndose con sobornos, haciendo la vista gorda con el tráfico de mujeres de Marco.

Esta comadreja acaba de ganarse más atención por mi parte. Tendría que asegurarme que no hiciera algo estúpido. Especialmente hacia esta mujer. Quería mantener a Áine alejada de esta rata espeluznante. Me daba todo tipo de malas vibraciones. No me fiaba de él antes de involucrarse con Áine, y desde que comenzó a salir con ella, supe que no tramaba nada bueno.

La mirada de Áine bajó hasta donde nuestras manos seguían unidas y frunció sus cejas. Debió estar tan distraída que no se dio cuenta que seguíamos cogidos de la mano. *¿Realmente se siente tan cómoda con mi toque?* me pregunté.

Rápidamente sacó su mano de la mía.

—Me ayudó a levantarme. Estábamos sentadas en el suelo mientras esperábamos.

Se alejó de mí y se acercó a Chad. El resentimiento que se alejara de mí me invadió como la amargura. No me gustaba. Ella debería estar a mi lado, no al suyo.

Lanzándome una mirada por encima del hombro, sus grandes y llamativos ojos se encontraron con los míos y me ofreció una suave sonrisa.

—Gracias —murmuró suavemente, inclinando la cabeza hacia mí y hacia Luca, luego volvió su atención hacia Chad.

Mientras caminaban, noté que él no la tocaba. Caminaban cerca el uno del otro, pero no como amantes. Cada vez que su manga la rozaba accidentalmente, ella ponía un poco más de espacio entre ellos.

Interesante.

Luca y yo salimos del ascensor manteniendo una pequeña distancia. Íbamos en la misma dirección que el grupo, pero ninguna de ellas me importaba, excepto Áine.

—¿Por qué no se acuerda de nosotros? —preguntó Luca en italiano, en voz baja, para que nadie más pudiera oír nuestra conversación.

—No lo sé —respondí en el mismo idioma.

—¿Estás seguro que tu plan funcionará? —Había una pizca de disgusto en su tono—. Parece cruel tenderle una trampa así.

Puede que mi hermano pequeño tuviera razón, pero la alternativa era inaceptable. Renunciar a Áine nunca sería una opción.

Miré a Margaret en el otro extremo del vestíbulo, ya ahogada en chupitos.

—Funcionará —le dije con firmeza. Capté la persistente mirada de Luca sobre ella, con un destello de algo parecido a cierta diversión en ellos. Al parecer, mi propio hermano sentía algún tipo de fascinación por Margaret.

Chad y Áine estaban a pocos metros de nosotros, caminando hacia la fiesta.

—¿Qué demonios? —Escuché a Chad sisear en voz baja—. ¡Le estabas cogiendo la mano!

—Te lo dije. —La voz de Áine era tranquila, inquebrantable. Muy diferente de lo sucedido en el ascensor—. Me ayudó a levantarme.

Juntos hacían buena pareja. Él estaba más cerca de ella en edad. Acababa de cumplir treinta y dos años, su cabello rubio y rizado contra el rojo fuego de ella. No era demasiado grande comparado con la pequeña estatura de ella. Su origen, al ser hija del primer ministro, le dieron una perfecta educación política. Sin duda ayudaría a su carrera.

Sobre. Mi. Cadáver. En realidad, mejor aún; sobre su cadáver.

—Se suponía que íbamos a trabajar en esta relación, no que tocaras a otros hombres. —Sonaba como un imbécil inseguro y celoso. La necesidad de romperle la cara crecía cada segundo y mis manos se apretaron, listas para golpear al hijo de puta aquí mismo, en el vestíbulo de mi hotel.

—No —murmuró Luca en italiano. Mi hermano me conocía demasiado bien.

Más que oírla, la vi respirar profundamente y luego exhalar.

—Por favor, no empieces ahora. Esta es la fiesta de Margaret.

—Que se joda —escupió—. Ni siquiera me gusta. Ella es mala para la prensa.

Áine ni siquiera perdió el ritmo.

—Pero a mí me gusta, y me importa una mierda la prensa. Si te preocupa, vete.

Buena chica. Vale, sabía que escuchar a escondidas era de mala educación, pero me importaba una mierda. He hecho cosas peores y esto era por una buena causa.

—Pensé que lo solucionaríamos. —No esperaba un desplante tan rápido.

Hubo un latido de silencio y luego Áine habló con voz suave.

—Chad, yo no te invité aquí. Margaret lo hizo. —Dejó que el significado tácito de eso permaneciera en el aire. Luego continuó—: Fui al gimnasio esta mañana. —Pude ver el perfil de Chad cuando se giró para mirarla. Parecía molesto—. Pasé por tu piso para preguntar si querías acompañarme. —Solo podía ver su perfil, pero definitivamente palideció unos tonos. Tendría que trabajar en su cara de póquer. Había culpabilidad escrita por todas partes—. Vi a Bridget saliendo de tu habitación.

De antemano me desagradaba este sucio político. Ahora simplemente lo detestaba. *Si se le ocurre tocarla, morirá. Después de pasar días torturándolo y desangrándolo.*

—Áine, déjame explicarte…

Ella lo cortó de inmediato.

—No hay nada que explicar, Chad. Sigamos ambos adelante y al menos podremos seguir siendo amigos.

—No quiero que seamos amigos.

Vi su caída de hombros, pero rápidamente se recompuso.

—Supongo que entonces no seremos amigos —replicó en voz baja. Me molestó que se molestara en ser amiga de una comadreja como él.

Chad la agarró del brazo y la atrajo hacia él, con el cuerpo de ella pegado al suyo. La mano libre de ella, empujó su pecho. La mano de él se dirigió a su culo y ella se quedó paralizada, con el terror y el asco reflejados en su rostro.

La furia se disparó a través de mí como aceite quemado. Sin pensarlo dos veces, di un paso adelante y lo aparté lejos de ella. Él retrocedió casi cayendo sobre su trasero. Habría sido un espectáculo ver al fiscal del estado de culo a mis pies en medio del vestíbulo del hotel. No era un santo, pero no se merecía ni siquiera limpiar la suciedad de mis zapatos.

—La señorita no desea tus insinuaciones —gruñí, furioso porque se creía con derecho a tocarla—. Dale espacio.

Áine perdió el equilibrio. Rápidamente envolví mi brazo alrededor de ella, estabilizándola y, una vez que me aseguré, ya estaba equilibrada, la solté con desgana. Realmente quería tenerla en mis brazos, protegerla.

Lo fulminé con la mirada, y fue lo suficientemente inteligente como para haber visto algo en mis ojos, porque retrocedió al instante.

—¿Estás bien? —le pregunté.

Su mirada se conectó con la mía y mi corazón tronó. Aquellos azules profundos me dejaban sin aliento cada maldita vez. Era la única persona en este planeta que conseguía hacerme eso con una sola mirada.

—Sí, gracias.

Volvió su mirada hacia Chad, provocando una pequeña racha de celos en mí. *¿Por qué demonios estoy celoso?*

Sabía datos sobre ella. Sabía lo que estudiaba, dónde vivía y trabajaba, los lugares que visitaba con sus amigos. No era demasiado extrovertida, su personalidad era reservada. Parecía serena y bien controlada, a excepción de su miedo a los ascensores. No era precisamente la personalidad que normalmente me gustaba en las mujeres. Las mujeres que me llevaba a la cama eran sueltas y salvajes. Sin embargo, nada ni nadie me afectó como ella. Nuestro encuentro de hace dos años puso algo en movimiento, encendiendo una necesidad que solo ella podía saciar. Quería conocer cada centímetro de su cuerpo y alma.

—Adiós, Chad. —La despedida de su novio fue firme y definitiva, dejando claro que no lo volvería a ver.

—Áine… —empezó a decir, pero ella ya se había dado la vuelta y se alejaba sin mirar atrás.

—Te mantendrás alejado de ella —le gruñí a Chad, con la rabia cocinando a fuego lento mis palabras.

Sus ojos brillaron de ira.

—¿Quién demonios te crees que eres?

Di un paso amenazante hacia adelante y él se inclinó hacia atrás.

—Soy un hombre que te arrancará cada uno de tus miembros, uno jodidamente tras otro. Y no descansaré hasta que estés a dos metros bajo tierra.

—¿Q-qué? —tartamudeó, mirando a su alrededor. Probablemente buscaba a su guardaespaldas, pero se fue hace tiempo. Le pagamos para que se perdiera después de obtener información sobre el motivo por el que Chad estaba aquí. Resultó que la invitación de Margaret era solo una conveniente tapadera—. Esto no es de tu incumbencia.

El motivo principal de la visita de Chad era venir y seleccionar personalmente a las mujeres secuestradas junto con Marco, mi medio hermano. Excepto que todo el maldito almacén desapareció y las mujeres con él.

—Ahora lo es. —No estaba lo suficientemente asustado. Todavía—. Acércate a una milla de ella alguna vez más, y me aseguraré que tu carrera sea destruida. Entonces te cazaré y me deleitaré escuchando tus gritos mientras te torturo durante días. —Luego, para asegurarme que entendía lo que quería decir, añadí—: Sé que disfrutas torturando a mujeres y ten por seguro que te lo devolveré multiplicado por diez. No puedo esperar para mostrarle al mundo la pequeña y despreciable comadreja que eres.

No era el momento de revelar todas mis cartas. Todavía no. Pero maldita sea si lo dejaría acercarse a mi mujer.

Le vi abrir la boca, luego cerrarla y volver a abrirla, pero no salió nada de su boca. Parecía un pez que traga fuera del agua.

—E-está bien. —Tembló su voz y finalmente comprendió que hablaba en serio. Se alejó corriendo en dirección contraria a la despedida de soltera de Margaret.

—Que uno de los nuestros lo vigile hasta que salga de la ciudad —le dije a mi hermano en italiano.

CAPÍTULO 12



Cassio

Era casi medianoche y, desde mi despacho en la planta superior, observaba la avaricia en los rostros de la gente mientras apostaban los ahorros de su vida. El plan se estaba desarrollando, pero ahora que estábamos cerca de la meta, me estaba poniendo demasiado inquieto. Demasiado ansioso.

No podía esperar a caminar por el pasillo y fijar la última pieza del rompecabezas en su lugar. Con los irlandeses de nuestro lado, el último resquicio de poder al que se aferraba Marco se desintegraría. Sí, tenía algún tipo de alianza con Petrov, pero este último nunca estuvo en mi lista de aliados. No importaba, ambos encontrarían su muerte prematura pronto.

Mi padre llevaba años sembrando el desconcierto entre todas las familias del crimen; italianos, la Bratva, irlandeses, Cartel. La incómoda y breve tregua con los irlandeses se esfumó en cuanto Callahan se enteró que Benito King había secuestrado y torturado a Áine, la hija que no supo que tenía. Todos los

años de derramamiento de sangre, solo por las tendencias enfermizas y el hambre de poder de mi padre.

Y aunque lo desprecié por ello, no se me escapó el hecho que trajo a Áine a mi mundo. De cualquier manera, el hombre estaba muerto. Que le vaya bien. Detestaba cualquier similitud con ese hombre. Incluso una tan inocente como mi color de cabello. En el fondo, siempre admitía a disgusto que Luca y yo nos parecíamos más a nuestro padre que a nuestra madre. Al igual que Bianca lo sabía. Aunque tenía que admitir que mi hermana pequeña manejaba su paternidad mejor que yo.

Nuestro hermano, Marco, no tuvo más suerte. Parecía una versión enjuta y rara de nuestro padre. Siempre había estado más capacitado para ser la mano derecha de Benito, aunque era más joven que Luca y yo. No era su habilidad lo que lo hacía mejor para ello; era su gusto por la crueldad.

Tanto Benito como Marco tenían el mismo tipo de sed de sangre y crueldad. Afortunadamente, ni Luca ni yo heredamos eso. Yo era el mayor, luego vino Luca, pero éramos ilegítimos así que nos consideraba una mercancía, sus asesinos personales de alquiler. Excepto que nunca pagó.

Si bien Benito nunca nos libró a Luca ni a mí de sus tortuosas y crueles lecciones, nunca se molestó en dárselas a Marco. El jodido cretino era consentido. Tal vez Benito se vio a sí mismo en el chico y pensó que eso era suficiente. Cuando mi madre vivía, trató de protegerme de nuestro padre. Una vez que tuvo a Luca, algo murió en ella. Benito la había roto irremediablemente. Unos años más tarde, nos abandonó poniendo fin a su vida. Me dejó a mí para que cuidara de Luca y lo protegiera como ella hizo conmigo.

Si la mujer de Benito no se hubiera quedado embarazada poco después de mi propia madre, habría dejado a su mujer y

se habría casado con mi madre. No sabía si era un golpe de buena o mala suerte. Desde luego, no fue buena suerte para mi madre. Acabó costándole años de miseria y, en última instancia, su vida, lo que me hizo odiar aún más a Benito. El odio en el cuerpo de un niño pequeño era algo peligroso: se cocinaba a fuego lento hasta que estallaba si no se manejaba.

Benito la embaucó, sabiendo que los lazos de mi madre con la poderosa familia de la mafia en Italia podrían ser útiles algún día. ¡Estúpido! Nonno nunca lo habría apoyado. Él no era de la familia, nunca lo habría sido. Incluso si pusiera un anillo en el dedo de mamá.

Mi pobre madre. Su belleza fue su debilidad. La hizo destacar, allá donde quiera que fuese. No tardó mucho en llegar a Nueva York cuando Benito la descubrió y engatusó dulcemente en su cama. Era demasiado joven, demasiado ingenua. Le concedió años antes de rendirse.

Ahora, teníamos que acabar con él. De una vez por todas. Bianca se encargó de Benito. Era nuestro turno, encargarnos de Marco. Acabar con estas subastas para siempre. Limpiar toda la Costa Este de tráfico. Y luego finalmente vivir nuestra vida. Disfrutar de nuestra familia y amistades, duramente ganadas.

Las alianzas que habíamos hecho asegurarían que la paz y las reglas permanecieran en su lugar.

Jugué mis cartas y esperé. Ahora haría que Callahan pagara su deuda. La paciencia era una virtud, me dijeron, y tenía la intención que me reportara grandes dividendos.

La puerta de mi despacho se abrió y mi hermano entró a grandes zancadas hacia mi mesa. El gran cristal transparente que había detrás de mí me permitía ver todo el casino y la pista de baile. Era el dueño del hotel y del casino donde Margaret celebraba sus fiestas. Ella y su despedida de soltera fueron

trasladadas aquí tras la repentina cancelación del show de la noche. El grupo era salvaje y ruidoso, alternando entre bailar y jugar. Chad había abandonado el hotel y la ciudad. No tardó mucho en hacerlo. *¡Cobarde!*

Observé a Áine en la pista de baile con Margaret. Se movía con gracia, como la noche anterior. Margaret estaba ebria. Y a pesar que esta última tropezaba, la ayudaba a mantenerse en pie, Áine se movía con suavidad y delicadeza. Una imagen de elegancia. Su pequeño vestido atrajo las miradas de todos. Su cabello rojo contrastaba con el material brillante. Bailaba con una sonrisa ligera y divertida escuchando las divagaciones de Margaret por lo que parecía. La mujer aterrada del ascensor había desaparecido por completo. ¿Detrás de cuántos muros se había escondido?

Margaret estaba intoxicada. Y eso era decir poco. Se jugó una suma considerable, y sabía que Callahan probablemente me llamaría en cualquier momento. Como lo había hecho la noche anterior o la anterior. Si él no podía controlar a su sobrina, ¿qué le hacía pensar que yo podía? Pero en su mente, ella era mi prometida, así que tuve que fingir interés y soportar su diatriba. Necesitaba una mano firme, excepto que no sería la mía.

La única del grupo que no estaba borracha ni apostaba era Áine. Se mantenía firme, evitando a toda costa a los hombres y su atención mientras se deslizaba por la pista de baile. Vi cómo otro hombre intentaba interponerse entre ella y Margaret para bailar con ella, pero le dio la espalda y sacó a Margaret de la pista. Se comportó como una auténtica reina.

Mi reina.

—¿Seguro que quieres hacer esto? —preguntó Luca. Mi hermano nunca me cuestionó. Jamás. Sin embargo, aquí estábamos, dos veces en dos días.

—Sí. —Estaba total y absolutamente seguro, joder. Traeríamos la paz a Nueva York y acabaríamos con el legado de Benito King y nuestro patético hermano de una vez por todas. La mejor parte era Áine.

Las miradas de ambos se dirigieron a la ventana, viendo a Margaret echar la cabeza hacia atrás y reír.

—¿Tenemos un hombre listo para seducirla? —le pregunté a Luca.

La mandíbula de Luca se tensó y sus manos se cerraron en puños a su lado.

—Sí.

No quería admitirlo, pero sentía algo por Margaret Callahan. Era impropio de Luca no ir detrás de una mujer. Hizo cuestionarme por qué se mantenía alejado de ella. No podía ser porque ella fuera una Callahan. No habría importado si fuera la hija del propio presidente. Si la quisiera, habría ido tras ella.

—Luca, stai bene? —le pregunté a mi hermano. *¿Estás bien?*

Su mandíbula hizo tictac, pero mantuvo los ojos fijos en las damas.

—Sì. —*Sí.* Respuesta recortada.

No estaba bien. Algo le molestaba, pero no podía resolverlo si no decía nada.

—¿Qué te molesta? —Lo intenté de nuevo. Cuando has cuidado de alguien durante tanto tiempo, era difícil dejar de hacerlo.

Los músculos de su cuello se tensaron mientras apretaba la mandíbula con fuerza. Esperé pacientemente a que encontrara las palabras. Luca se desenvolvía con soltura y sus encantos, pero cuando se enfurecía, las palabras desaparecían. No logré enseñarle a expresar sus sentimientos, probablemente porque a mí tampoco se me daba muy bien.

—Ya tenemos un hombre dispuesto para la chica Callahan —finalmente comenzó a hablar—. Tiene que haber otra manera.

Mi hermano pequeño tenía razón. Había otras formas, pero ninguna de ellas sería tan eficiente como esta. Con esta, rompería el contrato y requeriría una reparación inmediata.

—Hay otras formas —convine—. Pero no tenemos tiempo para eso.

Con tantas mujeres como tenía, me sorprendió que una sola lo preocupara. Luca tenía la costumbre de cambiar de mujer con frecuencia. Supongo que su regla autoimpuesta de una noche como máximo lo obligaría a pasar por un número insano de mujeres.

—¿Seguro que no vas a empezar una guerra con Callahan? —desafió Luca. Era un riesgo, pero uno necesario. Callahan nunca me entregaría a su hija secreta. Tenía una deuda conmigo, y optó porque Margaret la saldara en la forma de novia. La cuestión era si preferiría incumplirla antes que pagarme con su amada hija.

Áine y Callahan estaban muy unidos. Desde el momento en que la descubrió, estuvo bajo su protección. Cuando su madre y Callahan volvieron a estar juntos, él protegió a Áine con todo lo que tenía. Sorprendió a muchas familias del crimen, pero sabían que si intentaban algo con ella, tendrían que pagar un alto precio. Probablemente con sus vidas.

El acuerdo matrimonial entre Margaret Callahan y yo se mantuvo en secreto y solo un puñado de personas lo sabía. Era necesario para evitar que alguien atacara a las mujeres.

—Se solucionará —le dije—. Tiene que hacerlo. ¿Puedes ir a perseguir al hombre y asegurarte que está en su sitio?

Callahan estaba cansado, quería dejarlo, pero le preocupaba que su sobrino tomara el mando. Todavía era demasiado joven. Estaba dispuesto a apoyarlo, a dejar que Callahan disfrutara de su vejez con la mujer que amaba. Conectar a la familia Callahan con la nuestra significaría seguridad y protección en la Costa Este. Tenía toda la intención de llegar hasta el final. Luca y yo habíamos sacrificado mucho a lo largo de nuestra vida: nuestra juventud, nuestros sueños, nuestra inocencia. Nuestras manos estaban manchadas de sangre.

Nuestro padre pretendía que fuéramos sus asesinos, sus sucios recaderos, su presión... nada más y nada menos. Pero nos alzamos por encima de eso. Todavía éramos asesinos, pero ahora matábamos en nuestro nombre y por nuestra propia familia. Nuestra familia, nuestros amigos, nuestros aliados. Nuestro medio hermano nunca pudo entender ese sentimiento. Era tan egoísta como nuestro padre y tenía hambre de poder por encima de todo. Seguiría destruyendo, torturando hasta su último aliento.

Nunca vería venir esto. El estúpido bastardo nunca vio venir nada. Luca y yo construimos un imperio único con las alianzas que habíamos establecido. Nuestros territorios se extendían a lo largo y ancho. Si no estabas con nosotros, estabas contra nosotros y ninguno de nosotros... ni Luciano, ni Nico, ni Alessio, ni Raphael, ni Alexei, ni Sasha, ni Vasili tolerarían que

alguien traficara con personas en nuestros territorios. Toda la Costa Este, y algo más, era prácticamente nuestra.

La última pieza de ajedrez, se estaba jugando. Nueva York sería de Luca y mío. Desafortunadamente para nuestro hermano, nos había jodido, junto con Benito, demasiadas veces. Era el momento de derribarlo. Marco, su corrupto abogado del estado, y cualquier otro asociado suyo serían destruidos.

Sellaron su destino con esta última subasta. Nico estaba usando todos sus recursos para buscar información. Pobre Bianca. Significaba que cuadruplicó la seguridad sobre ella y las gemelas. Probablemente se estaba asfixiando, pero para su crédito, no se quejó. Solo bromeó con nosotros diciendo que tal vez necesitaría unas vacaciones en casa de Nonno. Le gustaba tanto como a Nonno le gustaba ella.

Pero no era el momento adecuado para vacaciones. Nico no se arriesgaría a que les pasara nada. A pesar de la forma en que forzó a nuestra hermana a casarse con él, Bianca y Nico funcionaban bien juntos. Ella era buena para él y él la adoraba. Si no lo hacía, Luca y yo lo mataríamos. Por suerte, no hay necesidad de esa desmesura.

Mis ojos recorrieron la planta y divisé a Áine sentada en la barra. Margaret no aparecía por ningún lado. Incluso desde aquí, podía ver a los hombres lanzando miradas en su dirección, con la esperanza de acercarse a ella.

Ni. Jodidamente. Lo. Pienses.

Mirando a mi hermano, que ya estaba listo para salir, le pregunté una vez más.

—¿Estarás bien, Luca?

Asintió, con un brillo de determinación en sus ojos, preguntándome a qué se debía.

—Perfectamente —dijo arrastrando sus palabras, sus labios se curvaron en una sonrisa que hablaba de decisiones estúpidas.

Pero mi mente estaba demasiado concentrada en cierta mujer de cabello flameado como para pensar en ello. Sin decir nada más, salí de la habitación y me dirigí a las escaleras. Tuve que obligarme a no saltarlas como el maldito Tarzán, yendo por su Jane. Esa sería una forma de asustar a la gente.

Justo cuando me acercaba a la barra, observé cómo la mano de un hombre se dirigía a su trasero; Áine no era consciente de lo que ocurría detrás de ella. La ira ciega y roja se disparó a través de mí. Agarré su mano antes que pudiera aterrizar en el bonito trasero de Áine, y la apreté con fuerza.

—Yo en tu lugar no haría eso —le gruñí al oído. Luego, para asegurarme que entendía que hablaba en serio, con un solo movimiento le rompí la muñeca. Su grito se oyó incluso con la música alta.

La cabeza de Áine se dirigió hacia mí y observó toda la escena con los ojos muy abiertos. Por un segundo, me maldije, ya que probablemente no le gustaba ver violencia. Pero ni siquiera se inmutó y no se le escapó ninguna palabra para defender al tipo.

—Considérate afortunado que no te haya roto todos los huesos del cuerpo —gruñí al hijo de puta que pensó, podía tocar lo que era mío. Por encima de su cabeza, hice una señal a los porteros para que se acercaran. Empujé al idiota del taburete y cayó al suelo—. Mis hombres te acompañarán a la salida.

En el mismo segundo, uno de ellos lo agarró por el cuello de la camisa, lo levantó y se lo llevó como si fuera basura. Olvidado el hombre, me giré para mirar a Áine.

—¿Por qué estás aquí sola? —pregunté, consciente que mi voz sonaba demasiado dura. Ella enarcó una ceja, pero permaneció en silencio—. ¿Dónde está Margaret?

Mierda. Se suponía que no debía saber su nombre. Afortunadamente, Áine no se dio cuenta. Jesús, si otros me vieran resbalar así, nunca escucharía el final de eso.

Se encogió de hombros y cogió su bebida.

—Bailando.

Mis ojos recorrieron la pista de baile. Margaret no estaba allí.

—No puedes estar sentada en el bar sola —gruñí—. Los hombres se harán una idea equivocada.

Genial. Soné como un marido gruñón.

—Puedo cuidarme sola —replicó, sin perder la calma. Luego sus labios se curvaron en una sonrisa tímida—. Excepto en los ascensores. Entonces pierdo la cabeza.

Intentó bromear, pero la angustia en su tono no se me escapó.

—¿Este asiento está disponible? —le pregunté, aunque era una cuestión discutible. Sabía que estaba disponible; acababa de echar al hombre que se sentaba junto a ella.

Se rio.

—Lo está ahora.

—¿Puedo invitarte a una copa? —ofrecí, sentándome a su lado rozando mi pierna con la suya. Ella no se apartó.

Levantando su copa en el aire, respondió.

—Ya tengo una.

Hice una señal al camarero, que se acercó inmediatamente.

—Voy a tomar un whisky y otra copa para la señorita.

—¿Otro zumo de piña? —preguntó ella, con voz incrédula.

Me mordí el interior de la mejilla para evitar que una sonrisa se extendiera por mi rostro.

—Sí, y piñas frescas.

Sin otra palabra, fue a buscar nuestras bebidas. Aunque puede que pusiera los ojos en blanco, no estaba seguro. Estaba demasiado concentrado en la hermosa mujer de melena pelirroja frente a mí.

—Adelante, ríete —murmuró a mi lado, una vez que el camarero salió de su alcance.

—No me atrevería —le dije—. Además, ya sabes lo que dicen de las piñas, ¿no?

Se sonrojó, el color brillante era evidente incluso bajo las luces tenues y obtuve mi respuesta.

—Mmmm.

Me reí.

—¡Áine! —Alguien llamó desde la pista de baile y seguí la mirada de Áine—. Ven a bailar con nosotras, dama de honor.

Lanzando una mirada hacia mí, Áine se tomó el resto de su bebida y se puso de pie.

—El deber llama —dijo ella, sonriendo—. Nos vemos.

Antes que pudiera abandonarme como el polvo en el viento, tomé su mano. Se detuvo y sus ojos bajaron hasta mi mano rodeando su pequeña muñeca. No me molesté en retirarla, y ella no intentó apartarla.

—Baila conmigo. —Debería haber preguntado, pero mis palabras sonaron más como una exigencia. No quería

arriesgarme a una negativa, aunque algo me decía que no dudaría en rechazarme si no quería bailar conmigo.

Me puse de pie, imponiéndome a su pequeño cuerpo. Su postura era relajada, a diferencia de la tensión en sus hombros cuando Chad la rozó accidentalmente. No quería parecer amenazante para ella, pero me negaba a poner distancia entre nosotros. Si no le gustaba, daría un paso atrás o me apartaría. Aunque, para mi deleite, no pareció importarle.

Sus ojos se levantaron lentamente hasta que nuestras miradas se encontraron.

—Volví —murmuró en voz baja. Levanté una ceja a modo de pregunta, sin entender a qué se refería—. Al club —aclaró, despejando su garganta—. Volví varias veces —admitió.

Acorté la pequeña distancia que nos separaba y agaché la cabeza para que nuestros labios estuvieran a centímetros de distancia.

—Siento no haber estado allí.

Malditamente lo sentía. De lo contrario, me habría quedado con ella. Con guerra o sin ella.

CAPÍTULO 13



Aline

Pude ver la sinceridad en sus ojos y escucharla en su voz. Tal vez era tonta, pero le creí. Y lo deseaba. Tenía veinticinco años y él era el único hombre que me hacía desear la cercanía física. Un toque.

Nuestras miradas se entrelazaron y toda la sala se desvaneció al fondo. No podía escuchar nada más que el estruendo de mi propio corazón. Mi piel ardía por todas partes, el calor de su mirada me sonrojaba.

—Sus bebidas, señor. —La voz del camarero interrumpió el momento—. Y piñas frescas.

Tuve que evitar poner los ojos en blanco.

—Gracias —murmuré.

Los ojos de la mujer viajaron sobre mí y luego de vuelta a Hunter, llegando a su propia conclusión. Entonces una amplia sonrisa apareció en su rostro y me dio dos pulgares hacia arriba antes de girarse y dejarnos solos. Esta vez puse los ojos en

blanco. Era difícil resistirse. *Aunque era bueno tener su apoyo*, pensé.

Apuré mi primera copa y luego alcancé la nueva, ignorando la bandeja de piñas.

—Entonces, ¿estás familiarizada con la teoría de la piña? —Hunter no dejaba de lado la estúpida discusión de la piña. Preferiría que me llevara a su habitación y ver hasta dónde podíamos llegar antes que me derrumbara. O tal vez este hombre podría hacerme olvidar el mundo y llegaríamos hasta el final.

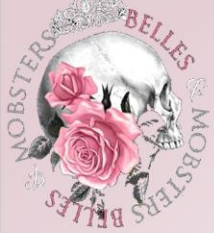
—¿Qué teoría? —Lo miré con recelo mientras me llevaba la bebida a los labios. No se atrevería a decirlo en voz alta. ¿Verdad? Quiero decir, es simplemente de mala educación. Todo el mundo conoce ese mito, aunque si es cierto o no... Bueno, ¡cómo demonios voy a saberlo!

—Sobre la piña —añadió despreocupado, todavía muy cerca de mí. Podría derretirme en un charco con su calor—. Hace un coño sabroso.

Me atraganté, casi escupiendo la bebida. *Tan poco halagador, Áine*, me reprendí en silencio. Se me chamuscaron las mejillas, y estaba segura que se volvieron de color carmesí. Prácticamente podía sentir el fuego recorriendo cada centímetro de mi piel. Incluso podía salir vapor de algunas partes.

Se limitó a sonreírme, con complicidad, entrecerrando los ojos hacia él, aunque no pude mantener una cara seria. Mis labios se curvaron en una sonrisa; porque, por alguna loca razón, me resultaba tan excitante. *A mí.*

Ni una pizca de pánico. Ninguno. Nada. Solo sentimientos agitados y una ligera vergüenza.



Me aclaré la garganta, ligeramente incómoda ante las preguntas que pululaban por mi mente. Después de todo, yo era británica. Los americanos se avergonzaban menos de estas cosas que los británicos. O tal vez era yo la que estaba demasiado tensa.

¡Como sea! Bien podría averiguar todo lo que pudiera.

—¿Funciona al revés, también? —pregunté con curiosidad, mientras cada centímetro de mi piel se calentaba.

La sorpresa se reflejó en sus ojos y luego echó la cabeza hacia atrás y se rio, con un sonido fuerte y profundo. Sus ojos oscuros bailaban divertidos y decidí allí mismo que me gustaba verlo reír; aunque si tuviera que apostar, diría que no se reía mucho.

—Solo hay una forma de averiguarlo —dijo, con diversión todavía en su voz. Las palabras eran sugerentes, pero viniendo de él, no sonaban espeluznantes ni cursis. Levanté la ceja, haciendo una comprobación interna del pánico que se avecinaba. Nada.

Me encogí de hombros, aparentando despreocupación. No quería darle una pista de ser nueva en esto.

—Me apunto —anuncié con tono suave.

Mi corazón se aceleró por la adrenalina. No podía creer que estuviera haciendo esto. No era una persona tímida ni apocada, ni mucho menos. Y sabía lo que valía. Pero también sabía que tenía problemas que, por alguna razón, se negaban a aliviarse a lo largo de los años. Pero con este hombre, Hunter, esos problemas no parecían existir.

—Las damas primero entonces. —Señaló la bandeja de piñas. Cogí un tenedor y me lo llevé a la boca. Me encantaba la piña, así que no fue una dificultad en absoluto. Era un poco

tonto, y tuve que preguntarme quién de los dos estaba más loco.

Los dos estábamos de pie con una bandeja llena de piñas en la barra frente a nosotros, como si estuviéramos iniciando una especie de competición de piñas.

—Tu turno —le dije—. Coge tu propio tenedor. Odio compartir los cubiertos.

Sus labios se curvaron hacia arriba.

—Tomo nota de eso —comentó y me secundó, cogiendo su propio tenedor. Mi corazón se agitó ante sus palabras, pero me negué a darle demasiado valor al significado de las mismas.

En su lugar, lo observé llevarse el tenedor a la boca. Nunca pensé que ver a un hombre masticar fuera tan sexy. Sin embargo, al ver cómo se movía su nuez de Adán mientras tragaba, la humedad se acumuló entre mis muslos. El cuello de este hombre era más que atractivo. Incluso sin la tinta. Si le añadimos todos esos tatuajes, era irresistible. Luché contra el deseo de probarlo, pero este flotaba pesado y espeso en el aire.

Su mirada era firme e inquebrantable. Solo tenía que ahogarme en sus ojos oscuros y todo se desvanecía, excepto él. Lo deseaba. Para mí. Puede que fuera egoísta por mi parte, pero en ese momento no me importaba. Él me ofrecía un atisbo de normalidad, y le daría mi alma para probarla. La pasión, su toque, sus labios calientes.

Tal vez no debería coquetear con él, teniendo en cuenta lo que había sucedido antes con Chad. Piñas e insinuaciones aparte, nunca había sentido nada de esto con Chad. Además, Chad tenía su diversión, y estaba segura que tenía muchas mujeres para consolarlo.

El único que parecía funcionar para mí era este tipo. Así que me lo jugué todo. Me llevé un nuevo bocado a la boca.

Con cada latido, me excitaba más y él ni siquiera me estaba tocando. *Tal vez las piñas eran buenas para las hormonas femeninas*, me burlé en mi cabeza.

—¿Cuánto tiempo crees que se necesita? —le pregunté con valentía. Sí, era virgen, pero eso no significaba que fuera inocente.

—¿Debo buscarlo en Google? —sugirió, sus labios curvados en esa atractiva sonrisa.

Sacudí la cabeza.

—Las agencias rastrean las búsquedas de pistas —le dije, burlándome de él—. ¿Te imaginas lo embarazoso que sería que se supiera?

Su sonrisa se extendió por su rostro, sus dientes blancos brillaron brevemente. Después de sentirme paralizada ante las insinuaciones y coqueteo durante años, de repente se sentía liberador, emocionante y estimulante coquetear con Hunter. Me sentí empoderada.

Mis ojos recorrieron la sala buscando a mi prima, pero aún no aparecía por ningún lado. Sintiéndome extrañamente audaz, volví a mirar a Hunter.

—¿Estás aquí solo?

Asintió, mientras mi corazón se aceleraba ante mi atrevimiento.

A diferencia de otros hombres, Hunter parecía dejarme dictar los siguientes pasos. No es que tuviera demasiada experiencia, pero estaba segura, por todo lo que había visto, que los hombres tendían a empujar a las mujeres a sus camas. Y no

confundí a Hunter con un debilucho. Todo en él gritaba poder, despiadado y líder. La forma en que se sentaba, hablaba, se elevaba por encima de la mayoría de los hombres en la sala.

—Sí.

Esperemos que no lo haya interpretado mal. Estaba lista para ir a su habitación o a la mía. No me importaba, siempre y cuando me tocara.

—¿Quieres más piñas? —pregunté. *Vamos, ¡haz esto solo un poco más fácil para mí!*

—He terminado con las piñas. Estoy listo para el postre. —Su voz era grave y profunda, la insinuación del *postre* haciéndome arder en llamas. Dios, me gustaba su voz. Era grave, ruda y tan sexy, inundándome como las olas del mar.

—Yo también —dije, bajando mis ojos a sus manos. Eran grandes y fuertes, la tinta de la rosa me recordaba irónicamente a mi trabajo paralelo con The Rose Rescue. Apenas lo conocía, pero ya ansiaba esas manos. Se sentían seguras.

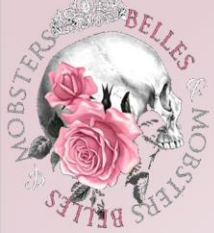
John, mi mano derecha, me ayudó durante la adquisición de la organización de papá, eliminando la antigua empresa y volviendo a poner en marcha una nueva. Básicamente, la misma organización con el nuevo nombre. Dijo que el antiguo nombre era demasiado conocido. Cuando me pidió que se me ocurriera el nombre... The Rose Rescue surgió sin esfuerzo.

La rosa en la mano que seguía acercándose a mí en mis sueños.

—Áine —dijo Hunter, y levanté los ojos hacia él—. Piñas... podemos dejarlo en compartir piñas.

¿Pensó que estaba nerviosa? ¿Que me arrepentía?

—¿Tu habitación o la mía? —pregunté, sin dudarlo. Los ojos de Hunter no se movieron de mi rostro, como si me



estuviera estudiando, aprendiendo cada cosa sobre mí solo por mis expresiones. Podría ser desconcertante... excepto que no lo era. Y las razones detrás de ello me intrigaban. Sentía que eran importantes, enterradas en algún lugar profundo de mi cerebro y, sin embargo, tan lejos de mi alcance.

Me miró fijamente durante cinco intensos segundos o minutos, no lo sé. Se sintió como el periodo de tiempo más largo.

Contuve la respiración esperando su respuesta. Sería una mentirosa si dijera que no quería esto. Esta conexión con él era auténtica, salvaje, y quería aprovecharla. Explorarla. Llegar hasta el final. Para mí, esto podría ser una oportunidad única en la vida, y ciertamente no tenía intención de desperdiciarla.

Asintió con la cabeza, como si estuviera satisfecho con lo que leyó en mi rostro.

—Mía.

Gracias Dios, suspiré mentalmente.

Su mano rodeó mi cintura, percatándome que permanecimos de pie todo el tiempo, comiendo piñas. Normalmente era consciente de mi entorno, de la necesidad de mis actividades extra salariales. Pero cerca de Hunter, tendía a ahogarme en su presencia, de la mejor manera posible.

—Vamos —dijo en voz baja, sus ojos ardiendo con algo salvaje. Pero no estaba asustada. Ni mucho menos.

Seguí su ejemplo, salimos del bar y cruzamos el pasillo. Mi paso vaciló al ver el ascensor, pero antes que pudiera abrir la boca, me llevó hasta las escaleras de salida de emergencia y el alivio me invadió.

—Gracias —murmuré.

—Un poco de ejercicio no nos hará daño —justificó con aquella sonrisa, y exhalé un suspiro aliviada. Acababa de ganarse otro punto con su consideración.

—Espera —me detuve—. Déjame quitarme los zapatos. —Sujetó mi codo y me sostuvo mientras me quitaba los tacones—. Bien, estoy lista.

Subimos de dos en dos las escaleras, como si ambos no pudiéramos esperar llegar a su habitación. Sabía que no podía. Maldito miedo a los ascensores. Podríamos haber llegado ya. Hunter estaba en muy buena forma, al menos lo parecía. Su respiración no cambió ni siquiera en los cinco pisos. La mía tampoco lo hizo, pero no pude evitar impresionarme.

No pude resistirme a añadirle algo de humor.

—¿No agotará toda nuestra energía? —me burlé—. Ummm, ¿para lo demás?

Una risa profunda resonó en el pasillo.

—Podría estar en mi lecho de muerte y mi energía para *lo demás* no se agotaría. —Tomó mi mano entre las suyas y tiró de mí hacia la derecha—. Esta es nuestra planta.

El pasillo de nuestra planta estaba vacío y la puerta se cerró tras nosotros con un ruido sordo. La adrenalina corría por mis venas; mi piel estaba tensa por la anticipación. Mis pechos se sentían tensos y pesados, la excitación zumbaba por mis venas. Los pasos hasta la habitación del hotel parecían eternos.

—Áine, ¿estás bien? —La voz de Hunter me sacó de mi bruma por la anticipación.

Mi cabeza se desvió hacia un lado, observándolo. Será mejor que no se eche atrás.

—Sí, ¿por qué? —Exhalé, mientras el más delicioso latido cobraba vida entre mis muslos.

Sus ojos bajaron y seguí su mirada. Estaba apretando su mano con tanta fuerza que mis uñas estaban clavadas en su piel.

Al instante relajé mi agarre.

—Lo siento —murmuré, frotando las marcas de las uñas con la otra mano. *Genial, ahora me siento como una idiota.*

Sus dedos tomaron mi barbilla, su agarre firme pero gentil, forzándome a encontrar sus ojos oscuros.

—No tenemos que hacer esto. Podemos simplemente ver una película.

Me burlé con una sonrisa temblorosa. *Que se joda la película*, quise decir, pero me tragué las palabras.

—Quiero —dije rápidamente, y luego aclaré de inmediato—. Hacer esto. No la película. Sí al sexo. —Su mirada me dijo que no se apresuraba a creerme. Cualquier otro hombre me habría desvirgado en las escaleras, nada más llegar al primer rellano. Sin embargo, este... Hunter debía ser mejor que la mayoría porque parecía dispuesto a considerar lo que era mejor para mí. Tenía que hacerle entender—. Es solo que... —Me aclaré la garganta incómodamente—. No es algo que haga —añadí en voz baja—. La primera y última vez fue contigo hace dos años. No hago contactos.

Cielos, espero no haber sonado como una completa idiota. Todo lo que Margaret hacía era ligar y los hombres no lo veían con malos ojos. Pero por alguna razón, era importante para mí que Hunter entendiera que no era algo que yo hiciera.

Asintió con una expresión seria en su rostro y, extrañamente, sentí que realmente lo entendía. Me entendía.

Nos detuvimos al final del pasillo, la puerta doble de su habitación de hotel se abrió revelando a dos guardias de pie. Mis cejas se arquearon con sorpresa. Normalmente Jack tenía guardias, pero era el jefe de la mafia irlandesa.

¿Quién era este tipo?

—Gracias, Nelson, Fabrizio. —Debió ser su despedida porque los dos asintieron y cuando entramos, ambos se fueron, las puertas se cerraron firmemente tras nosotros y con ello, mis pensamientos sobre la identidad de Hunter.

Nos miramos el uno al otro, y algo denso y pesado fluyó entre nosotros. El hombre aún no había dado un paso hacia mí, y mi respiración ya estaba agitada. La expectación tamborileaba al ritmo de los latidos de mi corazón. Llevaba mucho tiempo sin hacerlo y los años de inexperiencia se precipitaron junto con el afán de ponerse al día. Ser como otras mujeres de mi edad. Y Hunter podía darme todo eso. Y más. Oh, mucho más. Lo sabía tan bien como sabía mi nombre.

Su mirada cayó a mis labios, regresé a sus ojos y algo pecaminoso brilló en esas oscuras profundidades. Los latidos de mi corazón se aceleraron en modo turbo.

—Pensé en ti. —Sus palabras, una admisión áspera, llenaron el aire entre nosotros, y juré que mi corazón estalló en llamas. Jesús, ¿era esto de lo que trataban las canciones de amor y las historias de amor? Veía el amor que compartían mamá y Jack, pero no lograba comprenderlo. Hasta ahora. Palabras tan sencillas, pero que encendían sentimientos agitados. El comienzo de algo frágil, pero poderoso. ¿Era realmente tan simple como eso?

—Yo también pensé en ti —admití en voz baja, acercándome un paso más—. Mucho.

Una, dos, tres respiraciones y me tomó las muñecas, levantándolas para colocarlas alrededor de su cuello. Su rostro estaba cerca del mío, sus labios a un solo aliento cálido de distancia. Lo respiré, su esencia masculina, lo que recordaba de hace dos años. Su aroma era relajante y excitante, invadiendo mis pulmones y arraigándose para siempre en mi alma como *él*.

Mi pecho subía y bajaba, rozando su traje. La fricción se sintió bien y ese dolor, el hambre de caricias de un amante, se multiplicó por diez. Hace dos años, cuando me dio mi primera experiencia, me dejó hambrienta. De mucho más.

Lo anhelaba más con cada día que pasaba. Aprendí a reprimirlo, pero ahora que estaba aquí, era una necesidad desesperada que exigía ser saciada.

Bajando los párpados, observé su boca con una necesidad dolorosa palpitando entre mis muslos. Sus labios estaban a un suspiro. Tan cerca, pero no lo suficiente. Su calor y su olor me hacían temblar de necesidad.

Curación.

El pensamiento fue repentino e irrelevante, pero de alguna manera importante. Él era la clave de mi curación, de las partes rotas de mí que no podía entender ni recordar.

Se presionó contra mí, mucho más grande y fuerte que yo. Irradiaba poder, con su rostro de líneas duras y sus manos entintadas que fácilmente podrían partirme por la mitad. Sin embargo, nunca me había sentido más segura.

Me empujé contra él, siguiendo mi instinto. Quería que estuviera segura, así que se lo demostraría. Bajó la cabeza, su nariz rozó mi cuello e incliné la cabeza para permitirle un acceso completo. Mi cuerpo nunca se había rendido a nadie con tanta facilidad.

Cerrando los ojos, me deshice de todo y me limité a sentir. Su cuerpo tan cerca del mío. Su fuerza. Su calor. Su aroma.

Sus caderas presionadas contra mi vientre, su dura polla evidenciaba su deseo. *Él también me desea*, pensé victoriosa. Sus labios rozaron mi cuello mientras me respiraba, inhalando mi piel como si fuera su oxígeno y cada parte de mí se estremeció con su intensidad.

La mano de Hunter serpenteó alrededor de mi espalda baja y descendió más, su gran palma se extendió por mi culo, agarrándolo más fuerte antes de levantarme. Nuestros cuerpos estaban encendidos.

Sus labios estaban a un suspiro, rozando los míos.

—¿Quieres esto?

El fuego ardía en sus ojos. Podía leer mi cuerpo incluso mejor que yo. Lo entendía y lo tocaba como un violinista. Y confiaba en él, tanto que debería asustarme.

No lo hizo.

—Sí —respiré.

Una palabra. Fue todo lo que hizo falta para que el control de Hunter se desatara. Chocó su boca contra la mía, hundiendo su lengua entre mis labios. Nuestras bocas luchaban por el dominio, nuestra respiración agitada. Presioné mi espalda contra la pared, mi mano enredándose en su cabello, tirando de los mechones mientras me presionaba más contra él, frotándome en él.

Necesitaba más de él.

Con este hombre, yo era normal. Mi cuerpo nunca se congeló ni luchó contra su toque. No importaba lo qué pasara. Nuestros gemidos se mezclaron, ambos jadeamos a medida que

él empujaba contra mí, sintiendo su dura erección presionando contra mi estómago.

Sus labios se deslizaron por mi mandíbula y trazaron un camino de besos hasta mi garganta. Lamió el hueco entre mi cuello y la mandíbula inferior. Cada centímetro de mi piel ardía por su toque. Mis jadeos se convirtieron en gemidos y arqueé la espalda, desesperada por estar más cerca de él. Esta necesidad de él me arañaba, ansiosa por ser satisfecha. El modo en que me besó, duro y posesivo, me dijo que sentía la misma clase de urgencia.

Su mano bajó por mi cuerpo, sobre mi pecho, con un toque ligero como una pluma. Demorándose sobre mis pechos, me arqueé ante su toque, animándolo. Pellizcó mis pezones a través de mi vestido ridículamente revelador y un fuerte gemido resonó en la habitación. Animado, bajó la cabeza y se llevó el pezón a la boca. Gemí ante la sensación, apoyé la cabeza contra la pared, apretando mis párpados mientras disfrutaba del momento. Mis dedos agarraron fuertemente su cabello oscuro, temiendo que se detuviera. O peor aún, que mi cuerpo se apagara y el pánico se apoderara de mí.

En el momento en que sus dientes mordieron suavemente mi pezón a través del material, un gemido lujurioso salió de mis labios. Esto tiene que ser solo lujuria, una lujuria en ebullición explotando después de años de ausencia. Entonces, ¿por qué se sentía como algo mucho más? Mucho más fuerte que puro deseo.

Sus manos rozaron mi cuerpo, sus palmas calientes contra mi piel.

—Áine... —Su voz era áspera, ronca, y la mujer que creí rota en mí se alegró que él estuviera tan afectado como yo—. Eres tan hermosa.

Abriendo mis pesados párpados, encontré su oscura mirada casi reverente sobre mí. Su boca se aferró a mis labios y mis piernas se enroscaron en su cintura mientras me llevaba a otra habitación. Un dormitorio, comprobé.

En el momento en que me depositó sobre el colchón, se despojó de su ropa. Mi propio vestido se levantó y se enroscó en mi cintura. Fui a quitármelo cuando sus palabras me detuvieron.

—No, lo quitaré yo —carraspeó, con los ojos encendidos—. Quiero tener el privilegio de desnudarte. Desnudar cada centímetro de tu piel para mí. —Mi piel se enfrió y luego se calentó. Ninguna queja—. ¿Sí?

Me gustó que preguntara, en lugar de suponer. Tiró de algunos hilos invisibles dentro de mí, yo misma no podía entenderlo. Pero cada segundo a su lado me hacía caer más y más en su red de seguridad.

Asentí y levanté las manos, lo que le permitió quitarme rápidamente el material de encima y aterrizar sin ruido en el suelo.

Mis ojos recorrieron su cuerpo fuerte y desnudo, la tinta marcando la parte superior del pecho, el cuello, los antebrazos y las manos.

Era hermoso. Todo un hombre, duro y fuerte. Un magnífico pecho tonificado, abdominales de seis, muslos musculosos y su polla... Dios mío. No había visto muchas, pero estaba bastante segura que Hunter estaba muy bien dotado. Un dolor dulce y palpitante pulsaba entre mis muslos.

Acercándome a él, recorrí su cuerpo con mis manos. Casi esperaba que mi cuerpo se congelara en cualquier momento, pero nunca llegó. Esta confianza física incondicional era una

novedad. Tenía la intención de aprovecharla. Después de todo, estaba muy retrasada.

Sus abdominales eran como el mármol bajo las yemas de mis dedos. Mi mano bajó más y más hasta que encontré su polla dura en mi mano. En el momento en que mis dedos envolvieron su suave polla, esta se agitó en mi mano como si pidiera más de mi toque. Mi corazón se aceleró, bombeando sangre por mis venas y mis oídos pitaron por la adrenalina.

Me lamí los labios, clavando los ojos en él mientras acariciaba tímidamente su erección, desde la base hasta la punta con movimientos lentos. Deseaba tener más experiencia para poder asegurar su placer, aunque parecía gustarle lo que estaba haciendo.

Observaba cada uno de mis movimientos con los ojos entrecerrados. Me deslicé fuera de la cama poniéndome de rodillas. ¿Realmente estoy haciendo esto? Nunca pensé que me arrodillaría voluntariamente delante de nadie, y aquí estaba ansiosa frente a este hombre. Prácticamente un desconocido.

Apoyé mi mano en cada una de sus duras nalgas y separé mis labios, llevándolo a mi boca. En el momento en que la cabeza de su polla se deslizó entre mis labios, empujando más profundamente, lo sentí estremecerse.

—Joder —gimió, sus ojos oscureciéndose hasta convertirse en charcos negros. Su reacción hizo que una oleada de energía corriera por mis venas, dejándome llevar por el instinto. Sus manos se dirigieron a mi cuero cabelludo al tiempo que retiraba la goma del cabello, dejándolo caer en cascada por mi espalda. Entonces sus dedos se deslizaron hacia mi cabello y agarraron un puñado. El movimiento fue posesivo y caliente. Sosteniendo mi melena en su agarre, la empujó hasta apartarla de mi rostro de manera que pudiera verme.

La idea empapó mis bragas y un pequeño gemido vibró en mi garganta. El dolor palpitante entre mis muslos era el dolor más dulce. A este ritmo, llegaría al orgasmo mientras le hacía una mamada.

Se empujó más profundamente, golpeando el fondo de mi garganta y mis ojos se llenaron de lágrimas. Este hombre estaba tan en sintonía conmigo que se detuvo al instante, con preocupación en su rostro. Clavé mis dedos en su carne, instándolo a seguir. No estaba dispuesta a renunciar a este viaje de poder. Esta sensación.

Se quedó quieto, dándome un momento para acostumbrarme a su tamaño. Una vez que me adapté, empecé a lamer y chupar lentamente, y luego fui aumentando el ritmo, moviendo la cabeza hacia arriba y hacia abajo.

—Eso es —gruñó—. ¡Mierda!

Gemí, con la boca llena de su polla y el dolor palpitante entre mis muslos intensificándose con cada segundo. Empezó a mover las caderas, introduciéndose en mi boca cada vez con más fuerza. Sus respiraciones entrecortadas y mis ruidos eran los únicos sonidos que llenaban la habitación, mientras lo veía perder el control. Y no habría una mejor visión en este planeta.

Se corrió intensamente, derramándose en mi boca y tragué su semen. Tenía un sabor salado, almizclado y... ¿picante? Teniendo en cuenta que nunca lo había hecho, no tenía idea de si las piñas funcionaban. Pero me encantó su sabor, y me atreví a decir que no tenía nada que ver con las piñas.

Su polla se desprendió de mis labios con un suave pop. Su olor me envolvía, en mis fosas nasales, en mis pulmones, incluso en mi sangre. ¿Quién diablos necesitaba drogas cuando podía drogarme tanto con este hombre?

—Creo que las piñas fueron una gran idea —murmuré, levantando los ojos mientras seguía sentada de rodillas. Era una posición casi de adoración, pero la mirada de sus ojos, era de veneración.

Alzándome por los hombros, me depositó en la cama, con la espalda golpeando las suaves almohadas.

—Mi turno —gruñó y un escalofrío recorrió mi columna.

Estaba tan excitada que mis bragas estaban empapadas. Enganchó sus dedos en ellas y las bajó lentamente por mis piernas, luego las desechó. Su cabeza estaba tan cerca de ese dolor palpitante que tuve la tentación de levantar las caderas para acortar la distancia. Inhaló profundamente y sus ojos se cerraron por un momento.

—Estás excitada —murmuró la afirmación.

—Sí.

—¿Te gustó que te follara la boca?

Otro escalofrío, un dolor entre mis muslos.

—Sí —exhalé, separando más las piernas—. Me encantó.

CAPÍTULO 14



Cassio

Me levanté sobre mis codos, cambié mi peso y me encontré con su mirada. Sus ojos se volvieron de un tono azul más oscuro, del color de los océanos más profundos, y juraría que brillaban como zafiros. Estaba magnífica, y sentí que mi polla empezaba a endurecerse de nuevo al verla desnuda, tumbada en la cama.

Para mí.

—Abre más tus piernas para mí.

Ella obedeció inmediatamente y se me hizo la boca agua al ver la evidencia de su deseo. Estaba empapada, totalmente empapada para mí. Separé sus labios con el pulgar y exhalé contra su clítoris.

Introduje más mi rostro entre sus muslos, presionando mi lengua en su entrada. Sostuve su mirada mientras rodeaba su clítoris con la punta de la lengua y su cuerpo se estremeció de necesidad, el atractivo rubor coloreaba su pálida piel. Pellizqué

suavemente el sensible capullo y sus caderas se elevaron de la cama. Un fuerte gemido vibró en la habitación. Era tan jodidamente sensible a mí, que resultaba adictivo. Y sabía tal y como la recordaba. Dulce y mía.

Lamí su clítoris y sus caderas se sacudieron hacia arriba. Sus dedos rozaron mi cuero cabelludo, manteniéndome como rehén entre sus muslos. Como si fuera a ir a cualquier parte. Durante los últimos dos años, esto era todo lo que anhelaba. Esto era todo por lo que trabajaba.

Mi boca se aferró a su clítoris y sus manos agarraron mi cabello con más fuerza. Disfrutaba con ello, levantaba las caderas de la cama y presionaba su coño contra mi cara.

Se agitó debajo de mí, su cuerpo se tensó mientras yo seguía pasando la lengua por su clítoris, aspirando su dulce aroma.

No tardó mucho en presionar contra mi boca, persiguiendo su propio orgasmo mientras me perdía en su delicioso sabor. No había forma de dejarla marchar, sin importar qué pasara. Ella era mía y yo era suyo. Hace dos años supe que un momento fugaz con ella nunca sería suficiente. La necesitaba para siempre, para tenerla siempre *conmigo*. Fue mi único acto egoísta, y me negué a dejarla ir.

Mi nombre se deslizó por sus labios en un gemido y nada había sonado mejor. Se corrió bruscamente, sacudiéndose contra mi cara, al tiempo que sujetaba su trasero contra mí para poder seguir lamiéndola. Su cuerpo se estremeció contra mi lengua mientras seguía restregándose contra ella.

Y de pronto, descubrí… Toda mi vida, todos los años de mierda, valieron la pena porque me llevaron a *ella*.

CAPÍTULO 15



Aline

La piel de gallina se extendió por mi columna y por cada centímetro de mi piel. Vi estrellas detrás de mis párpados mientras mi placer llegaba más y más alto. ¡Finalmente! Quería a este hombre. ¡*Siempre!* Esta sensación para siempre. Cuando mi orgasmo disminuyó, abrí lentamente los párpados, encontrándome con su mirada. Y santo infierno.

Nuestros ojos se encontraron, mis dedos todavía en su cabello negro, su rostro brillando con la evidencia de mi orgasmo. Era la visión más erótica que había tenido la fortuna de vislumbrar.

Mis orgasmos le pertenecían a él. Desde el primero hasta el último. Sin preguntas.

La intensidad de sus ojos ardía, igualando el infierno en mis venas. Se deslizó por mi cuerpo, se inclinó y acercó su boca a la mía, deteniéndose lo suficiente como para que sus labios apenas rozaran los míos. Se quedó quieto, esperando por mí. Esperando mi permiso. Cerré la distancia entre nosotros y,

mientras daba un dulce tirón a su labio inferior, me saboreé en él. El calor que aún latía en mis venas se encendió y se extendió como el fuego.

Pura y auténtica *necesidad*, que solo él podía saciar.

Acababa de darme el mejor orgasmo de mi vida, y estaba lista para otro. Nunca sería suficiente con él. Nuestro beso se volvió más profundo, fundiéndome en él mientras su lengua bailaba con la mía.

Mi pulso tamborileaba entre mis piernas mientras él exploraba perezosamente mi boca, chupaba mi lengua. Me saboreó como un manjar. Sus brazos se apoyaban en la cama a cada lado de mí, su peso sobre mí era delicioso. Mis caderas se arquearon hacia arriba, frotándose contra su duro cuerpo, sintiendo su dura erección presionando contra mi estómago. El aire palpitaba en sincronía con nuestros latidos; dos corazones latiendo como uno solo.

Recorrí su espalda con mis uñas, aferrándome a él, instándole a seguir. Mi respiración se volvió agitada mientras me retorcía debajo de él, jadeando y gimiendo su nombre contra sus labios. Gemí, moviendo mis caderas hacia arriba, mi cuerpo diciéndole lo que quería. Su mano se deslizó, acariciando mis pezones.

—Hunter, por favor —respiré contra sus labios—. No me hagas esperar. —He esperado tanto tiempo.

Abrí más las piernas, el mensaje alto y claro que lo necesitaba dentro de mí. Se colocó en mi resbaladiza entrada, su polla dura y caliente. La anticipación se enroscaba en mi interior como metal caliente y el dolor entre mis piernas exigía ser aliviado. Sentí su punta presionada contra mi sexo palpitante. Empujó la punta dentro de mí y, durante un breve segundo, mi cuerpo se tensó.

Inmediatamente se inmovilizó. *No, no, no*. ¡*No te detengas*! Quería gritar.

Mis ojos se alzaron hacia sus oscuros estanques, para encontrarlo observando mi rostro.

—¿Hunter? —Exhalé suavemente.

Se levantó ligeramente, observando mi cuerpo desnudo, y luego volvió a mi cara.

—Solo di la palabra —murmuró—. Y me detendré.

Era ridículo que necesitara su seguridad a mi edad. Sus palabras significaron más que el mundo entero. No quería que se detuviera, aunque sentí que debía darle una justa advertencia.

Tragué con fuerza, preocupada por la reacción que provocarían mis siguientes palabras.

—Esta será mi primera vez —murmuré, ligeramente avergonzada. Si empezaba a interrogarme, me preocupaba que el momento se esfumara.

Me observó durante dos latidos que parecieron una eternidad. Entonces la comprensión pasó a su expresión y su frente bajó contra la mía.

—Dolerá un poco —advirtió. Sería cómico si le ocurriera a cualquier otra persona que no fuera yo. Luché y maté, soñé con gritos sangrientos y escenas creadas por pesadillas. Y este maravilloso hombre me advertía que mi primera vez podría doler.

"*Merecerá la pena*", quise decir, pero en lugar de eso, tiré de él para acercarme, instándolo a seguir. Mis uñas se clavaron en su espalda mientras me penetraba lentamente, su tamaño me estiró. Había mucho dolor. Un ligero ardor.

—Relájate, Butterfly. —Su voz sonaba estrangulada mientras entraba más profundamente, con un poco más de fuerza. Solo quería que empujara hasta el fondo, en lugar de hacerlo lentamente, dejando que me adaptara. Observé cómo su frente se arrugaba y sus ojos se tornaban más oscuros que la medianoche. Me obligué a relajarme y a concentrarme en su rostro.

Se adentró aún más profundamente, disminuyendo el dolor y reemplazándolo por placer. Traspasó mi barrera alcanzando ese punto dulce, diferente a todo lo que había sentido antes

—Eso es, Vita Mia. —Me llamaba *su vida*. No hablaba italiano, pero entendí ese apelativo. Tantos sentimientos me golpearon en ese momento que casi me ahogaron. Ni siquiera era una persona emotiva. Sin embargo, en ese preciso momento, sentí tanto que casi fue abrumador.

Empezó a moverse más rápido, bombeando dentro y fuera de mí. Cada vez que se retiraba y volvía a introducirse, mi aliento se perdía en un gemido. Me estaba abrumando de la manera más deliciosa, los sentimientos en mi corazón crecían con cada latido.

Bajé la mirada y observé cómo nuestros cuerpos se movían como uno solo. No había lugar para la timidez, no había espacio para escapar, solo para entregarse a él. Este hombre que finalmente consiguió ofrecerme un toque amoroso, me hizo sentir hambrienta. Me dio el mundo y ni siquiera lo sabía.

La intensidad crecía con cada bombeo, los músculos de su estómago se tensaban con cada embiste y la energía reflejada en sus ojos me atravesaba. Ardí junto con él.

Mis uñas se clavaron en su carne mientras el placer surgía en mi interior. Estaba ahí, creciendo y creciendo. En cualquier

momento estallaría como un volcán. Otro embiste, el roce de su pelvis contra mí, y estallé en un millón de estrellas. Me estremecí violentamente y me dejé llevar, cediendo a la sensación y contando con que me atrapara. Su gruesa polla se movía a ritmo de pistón y, aunque nunca me habían follado antes, sabía que nadie me habría follado tan a fondo. *Tan completamente*.

Grité de placer y todo mi cuerpo se estremeció, escalofríos recorrieron mi cuerpo mientras mis entrañas se apretaban alrededor de su polla. Se movió más rápido y más duro, entrando aún más profundamente. Un segundo siguiente, se estrelló bruscamente y se mantuvo dentro de mí.

—Joder. Mi Áine. —Sí, *suya*. Sus ojos se cerraron de golpe con todos sus músculos tensos mientras se derramaba dentro de mí. Su cabeza se inclinó hacia atrás mientras mi nombre se deslizaba por sus labios en un gemido gutural, continuando deslizándose lentamente dentro y fuera, liberando su cuerpo de cada gota de semen. Dentro de mí.

Siguió una quietud, el silencio roto por nuestras respiraciones entrecortadas con mi cuerpo todavía estremeciéndose por las oleadas de placer. Esto era *increíble*. Mejor de lo que podría haber imaginado. Hunter seguía enterrado dentro de mí, su peso sobre mí era un extraño consuelo. No me di cuenta que tenía los ojos cerrados hasta que sentí sus labios en mi frente.

Nunca me había sentido tan cerca de alguien. Mis párpados se sintieron pesados cuando los abrí.

—¿Cómo te sientes? —preguntó, sus ojos clavados firmemente en mí, estudiando en busca de cualquier indicio de angustia, pero no había ninguno. Estaba en el paraíso del orgasmo.

Me encontré con su mirada y sonreí.

—Como si acabara de tener el sexo más increíble.

Bajó la cabeza y me besó suavemente los labios, la ternura atravesó mi alma y llegó directamente a mi corazón.

—Ah, Vita Mia —murmuró—. Esto es solo el principio.

Hunter estaba profundamente dormido, su rostro tenso incluso mientras dormía. La lámpara de la cabecera estaba encendida, proyectando el brillo sobre su piel bronceada. Escuché su respiración uniforme, hallando alivio en ella. Mi corazón acelerado se relajaba con cada una de sus respiraciones.

Otro sueño. Otra pesadilla. Hace tiempo que aprendí a dejar de gritar en mis sueños. Si tan solo pudiera controlar los latidos de mi corazón que palpitan frenéticamente con el miedo.

Centré mis ojos en el hombre que estaba a mi lado. Un completo desconocido, pero no se sentía como tal. Olía de maravilla, la mezcla perfecta de océano y bosque profundo. A libertad y seguridad. Me relajó a diferencia de cualquier otra cosa. Era mejor terapia que ver a mi terapeuta.

La sábana le llegaba hasta la parte inferior del torso, cubriendo la mitad inferior de su cuerpo. Mis ojos recorrieron su pecho bronceado lleno de tatuajes y cicatrices. Tuve que luchar contra el impulso de alargar la mano y tocar su piel, sentir las cicatrices bajo las yemas de mis dedos. Hunter era hermoso a pesar de las cicatrices que tenía en el pecho. De

alguna manera, estas lo hacían más duro y áspero, pero no en el mal sentido.

Debió tener una vida dura, y sin embargo ofrecía suavidad. Había algo que decir sobre un hombre así, e hizo que lo amara aún más. Mi corazón se saltó un latido. ¿Era posible enamorarse tan rápido de alguien? Tal vez solo fuera un poco parcial ya que ha sido el único hombre que pudo tocarme sin que mi cuerpo y mi mente entraran en pánico.

Me levanté de la cama, manteniendo mis movimientos suaves y silenciosos. No podría dormir esta noche. Una vez que la pesadilla aparecía, el sueño se hacía imposible. Encontré mis bragas y mi vestido colgando de la mesita. Echando una mirada por encima de mi hombro, encontré a Hunter todavía durmiendo profundamente. Rápidamente me puse las bragas y seguí con el vestido.

No tenía idea qué hora era, pero me preocupaba que Margaret se volviera loca si regresaba a la habitación y la encontraba vacía. Agarrando mis zapatos, salí de puntillas de la habitación y de la suite con los zapatos en las manos.

Era un paseo vergonzoso, pero no me sentí avergonzada en absoluto. Fue la mejor noche de mi vida. Sin duda alguna. La repetiría sin dudarlo.

Al abrir la puerta de la suite, me encontré con dos hombres de pie y al instante mis mejillas se pusieron coloradas. Vale, de acuerdo. Tal vez el paseo de la vergüenza era más porque la gente te viera en lugar de por caminar.

Aunque se lo concedería a estos dos hombres. Mantuvieron su expresión neutra, ni una sola emoción en ella.

Me aclaré la garganta y ofrecí una sonrisa.

—Ummm, buenas noches. —Quise pedirles que transmitieran un mensaje a Hunter, pero de repente, me sentí un poco incómoda. ¿Decir qué? El guardia esperó como si esperara que le diera un mensaje, lo que a su vez me hizo preguntarme cuántas veces tomaron un mensaje de una noche.

—Más bien buenos días, señorita —respondió cuando no dije nada más, y con una rápida inclinación de cabeza, me alejé.

CAPÍTULO 16



Aline

Entré en la habitación que compartía con Margaret y la encontré frenética al teléfono. En cuanto me vio, ladró al teléfono.

—Acaba de llegar. Estaremos allí en cuarenta minutos.

Levanté una ceja y me dirigí a mi teléfono, que dejé en nuestra habitación anoche. Para mi horror, encontré veinte llamadas perdidas de Margaret y John, así como demasiados mensajes de texto.

—¿Dónde demonios estabas? —gritó. Vale, esto era lo que les pasaba a los adolescentes, no a las mujeres de veinticinco años que acababan de perder la virginidad—. Me estaba volviendo loca. Preocupada hasta la médula.

Puse los ojos en blanco.

—¿Por qué? Tú lo haces todo el tiempo.

—Sí, pero tú nunca lo haces. Las chicas dijeron que te vieron alejarte con un tipo de aspecto aterrador.

Me burlé. Hunter era un tipo de aspecto magnífico. Aterrador, sí, pero también un tipo aterrador de aspecto magnífico. ¿Por qué dejaron escapar el adjetivo más importante?

—Salí con alguien —le dije, sin poder evitar que la sonrisa se extendiera por mi rostro. Hicimos mucho más que salir, pero me guardaría ese dato para mí.

—¿Tú qué? —La expresión de Margaret era cómica. Ella tenía razón, nunca hice esto, y no podía esperar a ver a Hunter de nuevo. Acababa de dejarlo por el bien de Pete y las mariposas revolotearon en mi estómago ante la expectativa de volver a verlo.

—De todos modos, dime qué está pasando —pregunté—. ¿Y dónde tenemos que estar en cuarenta minutos?

—En el aeropuerto —murmuró, con una expresión incrédula aún en su rostro—. John y el equipo nos recogerán de camino a la frontera mexicana. Hay un cargamento que viene a través de Arizona y nosotras estamos aquí.

La tensión subió por mi columna hasta los hombros. ¿Cesarían alguna vez los envíos de mujeres? Estaría bien que todo acabara y que el mundo se librara de hombres que creían poder aprovecharse del dolor ajeno. La parte oscura de mí me hizo desear reunir a todos esos hombres y repartir el dolor que infligían a los demás. Días, semanas, meses de tortura hasta que sucumbieran a no sentir nada más que el vacío y un oscuro agujero donde solo existía el dolor. A ver si les gustaba eso a los hijos de puta.

Cuarenta minutos después, tanto Margaret como yo subimos las escaleras del avión privado, duchadas y preparadas. Y lo que es más importante, con cafeína.

—¿Por qué no me lo dices? —se quejó cuando entramos a la cabina. El jet privado era propiedad de The Rose Rescue y no tenía marcas. Así lo prefería. Pasar desapercibida. Cuando mi padre dirigía la organización, tenía su logotipo estampado por todas partes. No repetiría el mismo error. En lo concerniente a cualquiera, éramos unas idiotas en busca de emociones que viajaban de incógnito—. Te lo cuento todo —refunfuñó.

—¿Dónde desapareciste anoche? —pregunté.

Un atractivo rubor se deslizó por su cuello hasta sus mejillas. Cuando se sonrojaba, parecía un tomate manchado. Margaret se veía simplemente bonita.

—Pregunté primero —objetó ella, evitando mis ojos.

¡Te pillé! pensé con suficiencia.

—Te lo diré cuando tú me lo digas —le dije mientras me sentaba en mi asiento.

Una pequeña protesta salió de sus labios y le siguió un giro de ojos.

—En cualquier otro momento lo haré —gruñó.

Me encogí de hombros. Nunca preguntaba con quién se enrollaba. Lo soltaba antes que se me ocurriera hacer la pregunta. Pero hoy, ella estaba muy callada. Fuera quien fuera, no quería que se supiera.

—Vale, vosotras dos —refunfuñó John—. ¿Vamos a hablar de noches salvajes y tonterías de novios o vamos a hablar de negocios?

Margaret y yo compartimos una mirada, poniendo los ojos en blanco.

—Negocios —respondimos al unísono.

CAPÍTULO 17



Cassio

—¿Alguna vez duermes, hermano? —refunfuñó Luca cuando lo desperté. Entré en su habitación hace un minuto y le di cinco minutos para prepararse. Me senté en el sofá, dándole tiempo para que se pusiera su equipo de entrenamiento.

—Dormimos lo suficiente —le dije, ligeramente agitado. Vale, quizá más que ligeramente. La frustración me quemaba bajo la piel. Nico se pondría a cien si me viera. O peor aún Luciano. Se partirían de risa. Hasta que los dejara sin sentido.

Áine se había escapado de mi habitación después de nuestra noche juntos y había desaparecido. ¡Jodidamente desapareció! Nadie la había visto en todo el día de ayer. Y la noche anterior fue agonizante sin ella. ¡Una noche! Fue todo lo que necesité para engancharme. No podía tener suficiente de ella. El espacio vacío en mi pecho se llenaría para siempre con ella.

Los recuerdos de hace once años pasaron por mi mente. La chica se había convertido en una mujer. Era mía, pero aún no lo

sabía. Percibí las cicatrices invisibles que llevaba. Ni siquiera estaba seguro que ella misma supiera lo profundas que eran.

¡Mierda!

Tenía un sueño ligero. Años de atentados contra mi vida me obligaron a dormir con un ojo abierto. ¿Cómo diablos se fue de mi habitación sin que me despertara? Me preocupaba por ella, por si estaba bien después de todo lo que hicimos. Sentí su tensión en ciertos momentos y me aseguré dándole la oportunidad de detenerme. ¿Y si me perdía alguna señal?

Sé un hombre digno de ser amado, las palabras de mi madre resonaban en mi cerebro.

¡No como Benito! Malditamente odiaba cualquier parecido con mi padre. Respiré profundamente, conteniendo mis emociones. Instintivamente, supe que Áine confiaba en mí. Se fundió en mi abrazo y, mientras nos besábamos, todo mi mundo se desvaneció. Toda la sangre en mis manos, los pecados pasados de mi padre... todo se fue, dejándome solo con la mujer que había nacido para estar conmigo.

—¿Qué tienes en el culo? —murmuró Luca.

Sacudí la cabeza, deteniendo mi tren de pensamientos.

—Hagamos unos kilómetros antes de coger el avión —gruñí mientras escudriñaba todos los informes de nuestros negocios y rutas europeas, esperándolo.

Preferiría dedicarme a otro tipo de ejercicio, pero esto tendría que valer, ya que mi mujer se esfumó.

Era importante que nos mantuviéramos en forma. Sí, teníamos hombres para luchar por nosotros, pero eso no significaba que me dejara debilitar. O que ellos pelearan todas nuestras batallas. A la hora de la verdad, Luca y yo podíamos defendernos y no depender de nadie más. No éramos como

Marco, que se escondía detrás de sus guardias, las veinticuatro por siete a la semana. Incluso vigilaban mientras él dormía o torturaba a mujeres inocentes. Me daba náuseas.

Diez minutos después, pulsé el botón de espera del ascensor. Cada vez que entraba en el ascensor ahora, me recordaba a la Áine de hace dos noches y sus ataques de pánico. Según la recepcionista, hoy se irían. Nosotros también. Con el almacén arrasado y las mujeres secuestradas en ninguna parte, teníamos que volver a Nueva York y a nuestros negocios. Tenía un equipo de hombres buscando cualquier rastro de esas mujeres, pero no encontraron nada. Como si se hubieran desvanecido sin dejar rastro, y me preocupaba que estuvieran dentro de ese edificio cuando explotó.

Más muerte en mis manos, pensé con ironía.

La puerta del ascensor se abrió y ambos entramos, comenzando a descender hacia el gimnasio privado. Me aseguré que cada uno de mis hoteles tuviera un gimnasio privado para nosotros. Solo mi hermano y yo teníamos acceso a ellos, junto con algunos invitados especiales. Había otro gimnasio para los huéspedes generales.

Caminamos en silencio y pasé mi huella dactilar por la almohadilla, la puerta se abrió inmediatamente. Fue entonces cuando la vi.

—Parece que tienes algo en común con esa chica —se burló Luca.

Mis ojos se fijaron en la mujer que estaba en la cinta de correr. Áine hacía footing sin más ropa que unos pantalones cortos ajustados, abrazando su trasero y un sujetador deportivo. Tenía de llevar un buen rato corriendo, ya que el sudor brillaba en su piel clara, con su cabello pelirrojo recogido en una coleta

alta. Llevaba auriculares inalámbricos y estaba viendo un programa en la pantalla.

Incluso desde aquí, vi su marca de nacimiento en forma de mariposa. Contra su piel pálida era imposible no verla. De alguna manera encajaba; había pasado por algunas batallas y había vencido.

¡Fuerte! La palabra que me venía a la mente cada vez que pensaba en ella.

Un suave zumbido la recorrió, toda su postura se relajó a pesar de su actividad física. Parecía incluso más joven que sus veinticinco años. La observé mantener la velocidad de carrera, su respiración uniforme, y me pregunté cuánto tiempo había estado en el gimnasio. Apenas eran las cinco de la mañana.

Mis ojos recorrieron su cuerpo. No era delgada, sino que tenía un cuerpo fuerte y estilizado con curvas exactamente donde uno las quiere en una mujer. Y ahora que sabía cómo se sentían esas curvas debajo de mí, estaba encadenado de por vida y nunca lo dejaría ir. Estar cerca de ella me hacía olvidar mis manos manchadas de sangre, mi alma negra y disfrutar de su presencia.

Áine fue capaz de remover en mi pecho cosas que ninguna otra mujer había conseguido. Ella era todo lo que necesitaba en mi vida: mi redención y mi salvación. Y en los últimos dos años, ella ha sido mi obsesión. Anhelaba trazar sus curvas, tocar cada centímetro de su cuerpo y tomarme mi tiempo para conocer sus gustos y desagrados.

Hace dos noches, nuestro toque fue hambriento y codicioso. La próxima vez... y por Dios, habría una próxima vez, aunque me matara... me tomaría mi tiempo con ella.

Unas palabras suaves detuvieron mi hilo de pensamiento dándome cuenta que estaba cantando lo que fuera que estuviera escuchando en sus auriculares mientras miraba el programa en la pantalla. La melodía me resultaba familiar, pero no podía ubicarla.

¿Es demasiado bueno para ser verdad?

Quiero tanto esto...

Estoy atrapado en el azul

La letra de la canción me golpeó y la escena de hace dos años pasó por mi mente. La misma canción, un lugar diferente. La noche en que me di cuenta de por qué nos cruzamos. Yo la salvé y ella me salvó a mí.

Hace dos años, finalmente supe lo que quería de Callahan. Debería sentirme culpable por lo que iba a hacer, pero no lo hice. Áine despertó algo en lo más profundo de mi ser que creí muerto desde hacía tiempo. Quería preservarlo, necesitaba preservarlo. De lo contrario, temía convertirme en alguien como mi padre.

Estaba tan ensimismado en mis pensamientos que no me di cuenta que detuvo la cinta de correr y bajó de ella.

—Mierda —exclamó, retrocediendo a trompicones al vernos a Luca y a mí—. ¿De dónde diablos has salido?

Sentí que mis labios se curvaban en una sonrisa ante sus no tan delicadas palabras.

—Por la puerta —le dije—. Buenos días.

Su mano seguía en su pecho, tratando de calmar su corazón.

—Me has dado un susto de muerte.

—Lo siento. —La verdad es que no esperaba verla tan pronto. Esto hizo evidente que solo conocía datos sobre Áine, pero no sus hábitos y gustos. *¡Pronto!*

—¿Tuviste un buen entrenamiento? —preguntó Luca—. Pensé que este tipo era el único lunático que se levantaba al amanecer para hacer ejercicio, pero al parecer había otra lunática por ahí.

Sonrió, a pesar de tener la mano en el pecho y de respirar con dificultad.

—Bueno, tú también estás levantado —replicó secamente—. Así que tú también debes ser un lunático.

Sus ojos parpadearon en mi dirección y, sinceramente, quise dejar a mi hermano inconsciente para poder acechar a mi mujer y reclamarla de nuevo. ¡Aquí y ahora! Demasiado para tomárselo con calma.

—Me despertó, así que no estoy en el mismo saco que ustedes dos, locos —murmuró Luca, chocando su hombro contra el mío. Pero estaba demasiado tenso, así que no consiguió el efecto deseado. Tropezó conmigo.

Los ojos de Áine brillaron cuando su mirada se dirigió a mí.

—Creo que deberías hacerle correr diez kilómetros más por llamarnos locos.

Sonreí.

—Tengo la intención de hacerlo.

—Me gustaría mucho verlo —se burló ella—. Pero tengo que ducharme y coger un avión.

La imagen de ella en la ducha era totalmente lo que no necesitaba. Sin embargo, aquí estaba imaginándola de todos modos. Maldita sea, tenía que hablar con ella primero.

Necesitaba otro beso que me hiciera pasar las próximas semanas.

—Supongo que te vas a perder mi sesión de tortura. —Se rio Luca.

Se dirigió hacia nosotros, poniéndose una sudadera por encima de la cabeza.

—Desgraciadamente. Pero disfrútalo.

Su paso vaciló junto a mí, y tomé su muñeca entre las mías.

—¿Tienes un segundo?

Ella inclinó la cabeza y asintió. Deseé que se derritiera un poco más. Normalmente, cuando no lo quería, lo hacía de forma exagerada. Ahora, cuando lo quería, mi mujer actuaba de forma razonable y fría.

—¿Puedo ir yo también? —intervino Luca y le lancé una mirada fulminante.

—Solo empieza con tus kilómetros —dije—. Me pondré al día.

—Claro que lo harás, viejo —me espetó, mirándome de soslayo.

Áine se rio.

—Déjame adivinar. ¿Hermanos?

Sonreí, tirando de ella a través de la puerta.

—Soy su mejor hermano.

—Estoy segura —se burló ella.

En cuanto nos alejamos de la vista y el oído de Luca, la giré y presioné contra la pared. Se le escapó un suave jadeo, pero al segundo siguiente sus manos envolvieron mi cuello, acercándome más.

—Desapareciste de mi lado —dije, buscando en sus ojos cualquier indicio de arrepentimiento, de preocupación por lo que habíamos hecho. No había ninguno.

—Lo siento, me esfumé —se disculpó, acercando su cara a la mía—. Iba a buscarte, pero me surgieron algunas cosas del trabajo. Volé durante el día y regresé bien pasada la medianoche.

Al apretar mi cuerpo contra el suyo, su respiración se agitó ligeramente y sus ojos se oscurecieron hasta convertirse en profundos océanos azules. Era adictivo ver cómo el deseo permanecía en sus ojos. La irritación ardiente del último día finalmente se disipó.

Presioné mis caderas contra su vientre, dándole una muestra de lo que me provocaba. Ella separó ligeramente las piernas y un suave gemido se deslizó por sus labios. Inhalé su aroma en lo más profundo de mis pulmones. Lo necesitaría hasta que fuera mía. Pasé mis labios por su suave cuello, arrastrando besos a lo largo de él.

—Estoy toda sudada por el entrenamiento —dijo, inclinando su cuello hacia un lado para permitirme un mejor acceso. Tan sensible.

Recorrí con mi lengua el punto sensible de su cuello y subí hasta su barbilla, deteniéndome cerca de su boca.

—Sabes y hueles delicioso.

Apretando mis labios contra los suyos, separó su boca. Sus labios eran tan suaves y cálidos que derretirían el hielo. Quería quedarme con ella. Al infierno con todos mis planes y esquemas.

—¿Hunter? —murmuró contra mis labios, con voz suave.

—Hmmm.

—¿Vives en Nueva York? —La observé durante unos intensos segundos antes de asentir. Se mordió el labio inferior, como si estuviera nerviosa.

—Di lo que piensas, Áine —dije.

—Yo también vivo en Nueva York —murmuró—. Si quieres que nos veamos o….

Una cosa era cierta. Áine Evans no era el tipo de chica que se sienta y espera. Me encantaba.

—Dame tu número teléfono. —Ella lo recitó, e inmediatamente lo puse en mi teléfono—. Te envío un mensaje para que tengas mi número.

Se inclinó hacia mí y me dio un beso en la mejilla.

—Tengo algo que hacer con mi madre y mi padrastro la semana que viene, pero aparte de eso, mi calendario está abierto. A menos que surja algo urgente en el trabajo. Te enviaré un mensaje en unos días —sugirió con esperanza.

—Será mejor que lo hagas. —Sus suaves labios encajaron perfectamente con los míos. Su lengua caliente y húmeda, sus pequeños suspiros alimentando mis pulmones.

Ella no lo sabía, pero la vería mucho antes de lo que pensaba.

CAPÍTULO 18

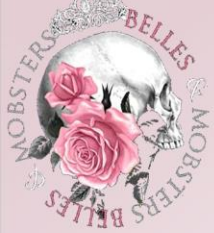


Cassio

CUATRO SEMANAS DESPUÉS

Luca y yo nos detuvimos frente a la gran mansión de Nico en Maryland, donde mi hermana y mis sobrinas vivían ahora permanentemente. Bianca hizo todo lo posible por convencer a Nico que debían vivir todos en su casa de Gibson Island, pero él se negó. Estuve completamente de acuerdo. Aquel lugar era una pesadilla en materia de seguridad y, después que ella fuera secuestrada a finales del año pasado, él fue aún más diligente en la seguridad. Reforzó la seguridad en todas las propiedades y alrededor de su familia.

—¿Cómo está mi hermana favorita? —Entré en la cocina. Normalmente era donde Bianca pasaba la mayor parte de su tiempo. Era increíble la facilidad con la que se perdía las visitas cuando estaba absorta en su cocina y horneando. Era bueno que Nico tuviera todo este lugar rodeado de guardias.



La miré. Parecía feliz, prácticamente resplandeciente. Ella y Nico llevaban apenas seis meses casados. Se sentía bien verlos felices juntos. Poco a poco, las familias que todos anhelábamos se iban haciendo realidad. Nico había conseguido a mi hermana a quien había deseado durante años. Luciano y Grace solucionaron sus años de problemas y ahora esperaban otro hijo.

Bianca se acercó a mí, se limpió las manos en un paño de cocina y me dio un beso en la mejilla.

—Hola Cassio —me saludó. Su gesto me recordó a mis tías sicilianas—. Y Luca. Mis dos hermanos favoritos.

Ella besó a Luca a continuación. Después de todo lo que pasó, Bianca nos dejó a Luca y a mí formar parte de su vida y de la de las gemelas. Significaba más de lo que jamás podría comprender. Nos sentimos más unidos y, de alguna manera, la vida resultó mejor. Esperaba que con Áine fuera incluso mejor.

—Sabes que somos tus únicos hermanos —replicó secamente Luca.

—¿Sabes que soy tu única hermana? —Ella negó con la cabeza, sonriendo.

—Touché —dije. A pesar de todo, era nuestra pariente favorita de la familia. Las gemelas y Bianca se convirtieron en algo importante para todos nosotros.

Dio un paso atrás, observándonos a los dos.

—¿Está todo bien?

—¿Por qué preguntas eso cada vez que nos ves? —Luca puso los ojos en blanco. Adquirió esa costumbre de nuestra

hermana. Se preocupada. Sabía que no podía evitarlo, no después de la tormenta de mierda por la que pasó desde que fue arrojada a nuestro mundo.

—No sé —murmuró—. Tal vez porque dondequiera que vayas, te siguen los problemas. ¿Qué está pasando?

Puede que Bianca no tenga ningún parentesco por parte de mi madre, pero se comportaba como mi familia materna hasta la médula. Siempre preocupándose por las personas que quería, siempre las alimentaba, siempre asegurándose que estuvieran atendidas en las celebraciones.

Durante su luna de miel en Italia, Nico y ella se detuvieron para visitar a mi familia en Sicilia. Luca y yo tuvimos el placer de cuidar a nuestras sobrinas, y fue una de las mejores semanas de nuestras vidas. Funcionó de la mejor manera. Nico y Bianca necesitaban tiempo a solas después de su secuestro; Luca y yo necesitábamos tiempo para que nuestras sobrinas se acostumbraran a nosotros. Nuestra familia en Sicilia quedó encantada con mi hermana, mientras que mi hermano y yo quedamos prendados con nuestras sobrinas. Bianca había sido adoptada y el hecho de haber matado al bastardo de nuestro padre le dio puntos extra. No es que no fuera por ello considerando por lo que pasó su madre.

—¿Dónde están las gemelas? —pregunté en su lugar.

No iba a decirle que le pedí a Nico recabar toda la información detallada sobre Áine. Comprobé la agenda de viajes de mi futura esposa en los últimos años y sus viajes de negocios eran frecuentes y no solo para HC Architecture. Pasaba mucho tiempo en destinos inverosímiles y quería saber por qué.

Desde Las Vegas había aprendido algunas cosas más sobre Áine. Era una adicta al trabajo, muy inteligente y no le tenía miedo a nada. Excepto a los ascensores, como le gustaba recordarme. Nos habíamos enviado mensajes de texto con frecuencia durante las últimas cuatro semanas. Algunos días más que otros. Y luego tendía a quedarse en silencio. La primera vez que lo hizo, estuve dispuesto a volar a Europa y destrozar Croacia, piedra a piedra. Pensé que le había pasado algo.

Estaba supervisando un proyecto en Croacia, y en su segundo día allí, apagó su teléfono y me hizo pasar un infierno. Tuvo que hacer un viaje rápido de un día. Al menos fue la excusa que me dio. Excepto que no tenía sentido. Yo era dueño de HC Architecture y no había ningún registro de viajes necesarios durante el proyecto en Croacia. Mi instinto me advertía que Áine estaba ocultando algo.

—En el colegio. —Miró el reloj, frotándose distraídamente el vientre. Sospeché lo que significaba, pero esperé a que ella y Nico lo anunciaran finalmente—. Nico fue a recogerlas, así que pronto estarán en casa.

Inclinó la cabeza hacia Luca y hacia mí.

—¿Por qué no os sentáis? Os traeré algo de comer.

No tengo nada que objetar, pensé con ironía. *Siempre intenta alimentarnos*. Pero eso significaba que se preocupaba por nosotros, así que aceptaría sus infinitas comidas. Mis labios se curvaron en una sonrisa. Bianca tenía una manera de hacernos sentir como en casa. Siempre.

—En ese caso, no hay objeción —murmuró Luca, dejándose caer—. Me encanta tu cocina.

Se rio y nos trajo a los dos una limonada y agua.

—¿Qué demonios es esto? —murmuró Luca, mirando la limonada como si fuera veneno. Tuve que morderme el interior de la mejilla. Nico me contó que Bianca se obsesionó con la receta de limonada de Nonno y que no paraba de intentar replicarla. No hace falta decir que todos estaban hartos de la limonada.

Nuestra hermana pasó por alto el tono horroroso de Luca y sonrió.

—Es limonada. Creo que me he acercado bastante a la receta de tu abuelo. Pruébala.

Luca gimió.

—¿No tiene alcohol?

—Ja, ja —replicó ella secamente—. Solo bébelo o te mataré de hambre.

Se giró para preparar nuestros platos. La verdad es que a mí no me apetecía mucho comer, pero sabía que Bianca se inquietaría hasta que comiera algo. Desde que se mudó a casa de Nico, siempre olía a galletas en este lado de la casa. Se encargaba de hacer galletas para todos los hombres de Nico.

Luca y yo nos sentamos en la mesita de la cocina. No tenía sentido tener a Bianca yendo y viniendo al comedor. Además, una vez que Nico estuviera aquí, lo necesitaba y si mi hermana estaba en la cocina, era menos probable que escuchara nuestra conversación.

Mientras ella se afanaba, me di cuenta que miró a Luca varias veces. Una pregunta se dirigió hacia él.

—Entonces, ¿cómo está todo en...? —se interrumpió, mordiéndose el labio inferior con nerviosismo—, mmm, ya sabes, ¿en la mafia?

Le preocupaban las repercusiones después de lo sucedido con Benito. Nico nos avisó a Luca y a mí que tenía miedo que fueran por Luca. Solo una persona lo intentó, pero pronto moriría.

—Nada de qué preocuparse —le dijo Luca con una amplia sonrisa—. Y ciertamente nada que tu impresionante cocina no pueda mejorar.

Eso no la apaciguó. Había llegado a conocer demasiado bien a Luca y cómo lo ocultaba todo con sus maneras fáciles.

—Pues no te creo —replicó ella, con una obstinada inclinación de la barbilla—. Te juro, Luca, que, si me entero que hay algún contraataque violento, lanzaré un post en Facebook diciendo que lo he hecho yo.

Tanto Luca como yo nos atragantamos con nuestras bebidas.

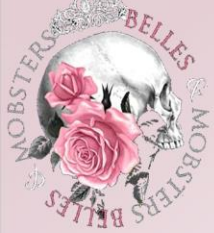
—Ni se te ocurra, hermana —le advertí, con la garganta aún en carne viva.

—Solo porque me llames hermana, Cassio —gruñó—, no significa que puedas decirme lo que tengo que hacer. Pienso con mi propia cabeza, ¡muchas gracias!

Sabía que lo hacía; era ferozmente independiente.

—Estás bromeando, ¿verdad? —le preguntó Luca con voz vacilante—. En realidad, no pondrías una confesión por escrito.

Puso los ojos en blanco.



—Vale, quizá Facebook no sea el mejor sitio. Pero encontraré un blog de la mafia o alguna mierda así. —Entornó los ojos hacia Luca—. Me lo dirás. ¿Verdad, Luca? Aprecio lo que estás haciendo, pero si eso significa hacerlo a riesgo de tu vida, no está bien. Podemos pensar en otra cosa.

Ladeé una ceja.

—¿Cómo qué?

Se encogió de hombros.

—Bueno, podríamos matar a todos los malos.

Mi hermana estaba en racha hoy.

—No te preocupes, *Sorella* —le dijo Luca con su encantadora sonrisa. Le encantaba llamarla hermana en italiano—. Si se da el caso, podemos formar un equipo y matar a todos los malos juntos.

—Sé que me estás esquivando —murmuró en voz baja mientras seguía preparando un plato de comida—. Un ciego puede verlo.

Era demasiado perspicaz. Tal vez era el gen que compartíamos. La percepción, el temperamento, su cabello y ojos oscuros, algo que heredamos de nuestro padre. Aunque el temperamento podría ser solo el italiano en nosotros. El odio hacia él, en cambio, lo crecimos y alimentamos por nuestra cuenta. Bianca era la más amable y la mejor de los tres y hasta ella lo odiaba. Había algo que decir al respecto.

Bianca dejó platos llenos de galletas y mini sándwiches frente a nosotros. Levanté una ceja. Se había esmerado. Tenían

forma de pajarita. Luca se metió inmediatamente una en la boca.

—Esto está bueno, Bianca —comentó—. ¿Qué pasa con las pajaritas?

Se encogió de hombros y se sentó en la silla vacía.

—Solo estoy experimentando con cosas diferentes. Para la fiesta del bebé de Grace.

—Pensé que iba a tener una niña. —soltó Luca.

Bianca puso los ojos en blanco. Inclinándose hacia atrás y con las manos en el estómago, sus ojos se dirigieron a mí. Tenía una forma muy aguda de captar las emociones.

Siempre me alegraba visitar a mi hermana, pero hoy, realmente necesitaba a Nico. Necesitaba respuestas y Nico era el único con los recursos suficientes para poder conseguir esas respuestas para mí.

—¿Está todo bien, Cassio? —preguntó ella.

Por un segundo, consideré la posibilidad de mentirle. Sabía que me acribillaría cuando le dijera que estaba a punto de casarme.

—Me casaré pronto —terminé diciendo.

Levantó las cejas sorprendida, pero antes que pudiera decir nada más, Luca intervino.

—Suponiendo que no escape.

Fruncí el ceño. Luca podía tener a veces una boca tan grande. Aunque ahora mismo no se me escapaba que lo hacía a propósito.

Los ojos de Bianca se volvieron unos tonos más oscuros.

—¿Debo suponer que la estás forzando?

—No exactamente —murmuré.

—Sí —respondió Luca cuando no era exactamente necesario.

Se inclinó hacia atrás y la decepción apareció en su rostro.

—¿Qué les pasa a ustedes con lo de obligar a las mujeres a casarse con ustedes?

—No tengo ni puta idea —respondió Luca con una sonrisa—. Pero puedes apostar tu culo a que no lo haré. ¿No me convierte eso en tu hermano favorito?

Bianca se rio suavemente.

—Ya veremos. —Volvió los ojos hacia mí e inclinó la cabeza—. ¿No se os ha ocurrido a ninguno de ustedes que tal vez podríais invitar a cenar a la mujer con la que queréis casaros? Llevarla a citas románticas, arrodillarse y proponerle matrimonio. Ya sabes, darle una opción.

Nico me salvó de contestar.

—Eso lleva demasiado tiempo, Cara Mia. —Su cabeza se giró y su sonrisa se volvió suave, al ver a su marido y sus gemelas entrar por la puerta.

—Tío Cassio, tío Luca. —Nuestras sobrinas gritaron al unísono y corrieron hacia nosotros.

Las levanté a ambas en mis brazos.

—¿Qué habéis estado comiendo? —Bromeé—. Habéis crecido unos cuantos centímetros más. Seréis más altas que Luca y yo.

Las dos se rieron y me dejaron por Luca. Sabían que siempre venía equipado con juguetes. El maldito guardaba juguetes en el coche desde que se enteró que teníamos sobrinas. *Por si acaso*, decía.

Nico levantó el pequeño cuerpo de su mujer, se sentó y colocó a Bianca en su regazo, rodeándola con sus brazos y sus manos en sus muslos. ¡Ese tipo no podía dejar de tocar a mi hermana!

—Hola, esposa.

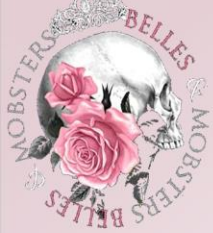
Ella lo acarició, y la parte fraternal de mí quiso golpear a Nico y exigirle que mantuviera las manos quietas. Pero sabía que no funcionaría. Además, Bianca estaba loca por Nico y tampoco podía guardarse las manos.

—Chicas, ¿qué tal si me dan algunos de sus besos? —se quejó Bianca con una sonrisa en la cara—. Después de todo, *soy* su madre. —Las dos chicas corrieron hacia ella, le dieron un beso en la mejilla y se apresuraron a volver con Luca.

—¿Tienes algo para nosotras, tío? —preguntó Hannah. Era difícil distinguirlas, aunque cada vez se me daba mejor.

—¿Qué? —Luca se hizo el dolido—. ¿No soy un regalo lo suficientemente bueno? —Pero no pudo mantener la cara seria con todas sus risas—. Bien, tengo algo para vosotras. Está en el coche.

Antes que Luca pudiera levantarse, se fueron.



—Lo tenemos, tío Luca.

Y nos dejaron como polvo en el viento.

—Tienes que dejar de traer regalos cada vez que las ves —le reprendió—. Lo esperarán, y no está bien.

Luca se encogió de hombros.

—Pueden esperarlo, y lo tendrán.

Bianca puso los ojos en blanco.

—Espera a ver lo caro que sale eso.

Mi labio se crispó. Nico era uno de los hombres más ricos de Estados Unidos y ella se preocupaba por el dinero.

Los ojos de Bianca volvieron a dirigirse hacia mí.

—Intenta invitarla a salir, Cassio —intentó de nuevo, volviendo a nuestro tema original—. En lugar de forzar el matrimonio como otras personas que conozco.

Le dirigió a su marido una mirada mordaz.

—Una vez casados, Cassio podrá salir con ella el resto de su vida —replicó Nico. Su mano se acercó al vientre de mi hermana y confirmó mi sospecha—. Y encandilarla durante el resto de su vida. Ese era *mi* plan.

Se le escapó una risita.

—Son incorregibles —regañó—. Quiero decir, mirad lo mal que le fue a Luciano. Odio decírtelo, Nico, pero a ti tampoco te fue tan bien. —Las manos de Bianca serpentearon dentro de la americana de su marido—. Aunque ahora soy feliz, me causó

mucha angustia y dudas innecesarias. —Los ojos de Bianca se dirigieron a mí—. ¿Tiene sentido?

—No se casaría conmigo si pudiera elegir —admití de mala gana—. La idea de ser la Sra. King la enfermará.

Bianca me observó con curiosidad.

—¿Por qué?

—Odia a todos los King —murmuré—. Gracias a nuestro querido padre. Y para colmo, fue secuestrada y torturada cuando tenía catorce años. Fue orquestado por Benito. Le han borrado la memoria, pero estoy seguro que regresará.

Bianca jadeó y la comprensión pasó por su expresión.

—Sí, tal vez no sea el mejor escenario —admitió a disgusto—. Sigo sin estar de acuerdo con obligarla a casarse contigo. —Sacudió la cabeza—. De todos modos, ¿quién es?

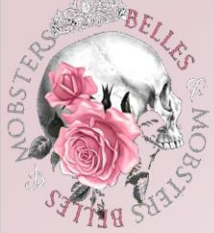
—Áine Callahan.

Me miró con extrañeza.

—¿Te refieres a Áine Evans? —Su pregunta me sorprendió—. Ese nombre es muy inusual y solo lo he escuchado una vez.

—¿La conoces? —Si lo hacía, tal vez podría hablar bien de mí. Gemí en silencio. Con buenas palabras o sin ellas, Áine sería mi esposa.

—Hizo prácticas en una empresa inmobiliaria durante unos meses. Fue durante nuestros años de universidad. —Volvió los ojos hacia Nico—. La tuya, en realidad. —Nico asintió; ambos lo sabíamos. Aunque su conexión con mi hermana era una



novedad para ambos—. De todos modos, ella también hizo unas semanas para la empresa de construcción de John. Así nos conocimos. Salimos mientras estuvo en la ciudad, pero luego regresó a Nueva York. Nos mantuvimos en contacto, pero las cosas se complicaron. Para ambas.

—Bueno, bueno, bueno. —Sonrió Luca—. El mundo es un pañuelo.

—¿Salió con alguien mientras estuvieron juntas? —De todas las preguntas, ni idea de por qué salió esa.

Bianca negó con la cabeza.

—No, nada serio. —Por un momento vaciló, como si luchara—. Cassio, por favor, piensa en lo que estás haciendo. Es una persona muy buena.

—¿Así que no debería casarme con ella? —la desafié, ligeramente agitado.

Ella suspiró.

—No estoy diciendo eso. Áine pasó la noche una vez en nuestra residencia, en mi último año de universidad, y la pesadilla que tuvo fue... —Buscó las palabras, con los ojos llenos de emoción. Era lo que hacía a Bianca mucho mejor que nosotros. Se preocupaba por los demás más que por sí misma—. No lo sé. Por lo alterada que estaba, fue muy malo. Ahora que dijiste que Benito la secuestró, eso lo explica. No empeores las cosas para ella.

Podía sentir los ojos de Luca sobre mí. Hasta hace poco, nosotros dos éramos los únicos que sabíamos lo que le había pasado. Sin incluir a los padres de Áine. Al parecer, ni siquiera la propia Áine lo recordaba. Bueno, excepto en sus pesadillas.

—Cassio hará lo correcto, Cara Mia —la consoló Nico—. ¿Qué tal si les damos la buena noticia?

Un rubor carmesí subió por el cuello y las mejillas de Bianca.

—No creas que no sé que intentas distraerme —Bianca entrecerró los ojos hacia él, pero luego una suave sonrisa curvó sus labios—. Pero lo permitiré esta vez porque ya sé que no vamos a coincidir en este asunto del método matrimonial.

—Es la razón por la que eres mejor que nosotros —murmuró Luca con afecto. Mi hermano tenía, por supuesto, razón. La madre de Bianca, a pesar de todo lo sucedido, hizo lo correcto con su hija.

—Está bien —Bianca respiró profundamente—. Luca, tendrás que comprar un coche más grande si vas a seguir con los regalos cada vez que vengas de visita. —La ceja de Luca se levantó en forma de pregunta—. Estamos esperando.

Mi labio se torció.

—¿Qué esperamos? —preguntó Luca, con una expresión realmente inquisitiva. Nuestro hermano se empeñaba en permanecer ignorante respecto al aspecto físico del matrimonio de Bianca. Probablemente era su mecanismo de supervivencia, para no matar a Nico por acostarse con nuestra hermana.

—Estamos embarazados —añadió Nico, sonriendo. Su mano pasó protectoramente por el bajo vientre de ella—. Estamos esperando gemelos.

La pequeña mano de Bianca cubrió la de Nico.

—Una cigüeña va a traer a esos bebés, ¿verdad? —Los ojos de Luca se arrugaron y las comisuras de sus labios se levantaron.

—¿Cómo lo supiste? —Bianca le siguió el juego, con la diversión brillando en sus ojos—. Los reservamos ayer.

Luca no podía soportar que alguien se follara a nuestra hermana. Yo tampoco podía ir allí. Hacía que mi dedo picara por coger mi arma.

—Me alegro por ambos —les dije—. No puedo esperar a conocerlos. ¿Lo saben las chicas?

Bianca sonrió soñadoramente.

—Vamos a decírselo esta noche. Sabes que no pueden guardar un secreto. Pero hemos estado hablando de las posibilidades de un hermano o una hermana y ambas están encantadas. Sobre todo, después de saber que Matteo tendrá una hermanita.

—Tienes que considerar la posibilidad que Áine Evans se enfrente a ti —comentó Luca mientras entrábamos en el despacho de Nico. Mientras Nico se sentaba detrás del escritorio, Luca y yo tomamos asiento frente a él—. No parece dispuesta a asentarse ni parece del tipo de personas a las que se les dice con quién deben casarse. Ha crecido de forma independiente. Quizá quieras reconsiderar tu plan, Cassio.

—Cierra. La. Jodida. Boca. —Mi hermano estaba irritándome. ¿Por qué diablos de repente quería ser el caballero? Bianca se le estaba pegando.

—Por supuesto no es de las que le dicen con quién casarse. —Nico se removió en su silla—. Tampoco lo era Bianca. O Grace. Así que haz que suceda y luego compénsala por el resto de su vida. Ese era mi plan.

No fue lo más acertado porque Luca miró a Nico.

—No me recuerdes cómo obligaste a mi hermana a casarse contigo. Debería llevarla a mi isla.

Nico lo fulminó con la mirada.

—Intenta llevarte a mi mujer y verás lo rápido que se desmorona tu imperio —amenazó a Luca. Podrías amenazar a Nico con cortarle la polla y no se inmutaría. Haz una insinuación de amenaza sobre tomar a Bianca y ya estaba cavando tu tumba.

Una mirada de mi hermano me dijo que estaba debatiendo si presionar a Nico un poco más, pero luego cambió de opinión. Desafortunadamente, decidió presionar mis botones.

—Deberías escuchar a Bianca —recomendó—. Tal vez esperar y salir con ella durante unos años. Mira a nuestra hermana. ¿Quieres hacerle a Áine lo que Nico le hizo a nuestra hermana?

Apreté los dientes. Ya he esperado unos cuantos años. Joder. Todos. Además. Áine era mía ahora. Su vida se entrelazó con la mía desde el momento en que la salvé. Nunca supe que se convertiría en *la* mujer para mí. Tal vez fue la razón por la que estaba destinado a salvarla.

Toda esta discusión no tenía sentido, así que la corté. De lo contrario, Luca perdería la cabeza y Nico le daría una paliza si mi hermano insinuaba siquiera que ella estaría mejor sin él. Lo único que me importaba era que Bianca fuera feliz y que mis sobrinas estuvieran a salvo. Ellas querían a Nico, él las quería a ellas.

—¿Has podido conseguir alguna información? —pregunté a Nico, desviando el tema de nuestra hermana.

Buscó una carpeta y me la entregó. Ojeé la carpeta con información.

—¿Puro? —ofreció Nico—. ¿Whisky?

—No, estoy bien. —Estaba más interesado en leer la información que había podido desenterrar sobre Áine. Ninguna cantidad de whisky me satisfaría ahora mismo.

—Tomaré uno de cada —aceptó Luca. Nico sirvió a ambos un vaso de whisky, y luego los dos se recostaron en sus sillas. Mientras ellos hablaban, desconecté de todo, leyendo información sobre mi futura esposa.

—¿Por qué viaja con tanta frecuencia a Oriente Medio, Asia y África? —pregunté a nadie en particular. La empresa para la que trabajaba, que casualmente era mía, no aceptaba contratos para esas zonas geográficas.

—A mí también me pareció extraño —intervino Nico, con los pies sobre la mesa—. ¿Sabías que su padre... bueno, el primer ministro tenía un trabajo paralelo secreto?

Levanté la cabeza y estudié la expresión de Nico. No era de los que bromean y esta era una gran información.

—Sigue —le insté—. ¿Qué tipo de trabajo paralelo?

—Se llamaba el Eve's Garden[7]. —Ladeé una ceja. El primer ministro no me parecía del tipo "salvar el planeta"—. Es una organización que rescata a víctimas de trata de personas. Debió de ser la razón por la que Benito apuntó al primer ministro y secuestró a Áine.

Nico tenía grandes recursos cuando se trataba de averiguar cosas sobre personas. Cuando Luca y yo volvimos después de rescatar a Áine, arrasamos con todo el lugar y no dejamos testigos.

Excepto el chico. Tomó la advertencia de Luca y desapareció. Lo encontramos de nuevo unos años después, pero no sabía quién era Áine y su familia.

—El secuestro ocurrió en el edificio de oficinas de su padre. Sus guardias la acompañaron hasta el ascensor y ella lo tomó sola, ya que su padre la esperaba en su planta. El ascensor fue detenido entre dos plantas y Áine fue secuestrada.

No es de extrañar que tuviera problemas con los ascensores. Y debido a su borrado de memoria, ni siquiera sabía por qué.

—¿La organización sigue en marcha? —Luca formuló la pregunta que rondaba en mi mente.

—Cuando el primer ministro murió, la organización aparentemente dejó de existir. —Había un *pero*. Lo sabía—. Pero creo que su hija la continuó, con otro nombre. —Un latido de silencio—. Hay una organización llamada The Rose Rescue—continuó—. Gia ha tenido un encontronazo con una mujer que

[7] El jardín de Eva.

The Rose Rescue salvó. Tienen su propia organización en marcha: salvan a mujeres, las colocan en refugios seguros, las ayudan a establecerse y, cuando las mujeres están listas para seguir adelante, también las ayudan con eso.

La revelación de Nico provocó una gran conmoción en mí. Parecía demasiado gentil para liderar una organización secreta que rescataba de mujeres. Por un lado, no podía verla haciendo algo tan peligroso. Pero, por otro lado, no me parecía tan descabellado como debería. Estaba en forma; evidentemente, se entrenaba vigorosamente, tenía demasiados viajes inexplicables. Hablábamos casi todos los días, excepto cuando *desaparecía*.

Como si me hubiera escuchado, mi teléfono vibró. Lo miré e inmediatamente sonreí como un maldito tonto, a pesar de la información que acababa de conocer.

Áine: ***¿Qué tal un poco de sexting? He oído que está de moda.**

Prácticamente pude imaginar el brillo travieso de sus ojos mientras escribía ese texto y pulsaba el botón de enviar.

Al levantar la vista, vi que Nico y Luca me miraban.

—Tengo que ocuparme de esto. Es urgente.

Luca se burló.

—Parece muy urgente.

Ignorándolo, me concentré en teclear mi mensaje de vuelta mientras mantenía mi rostro inexpresivo.

Yo: ***La próxima vez que te vea, te voy a lamer el coño hasta que me ruegues que pare.**

Ella quería sexting, yo lo cumpliría.

La respuesta llegó casi al instante.

Áine: ***Oh, ¿estamos haciendo esto ahora?**

Más burbujas mientras escribía.

***¿Qué pasa si no te pido que pares?**

Yo: ***Tendrás orgasmos explosivos y alucinantes. Una y otra vez, hasta que estés rendida en mis brazos.**

Áine: ***No te rogaré. Pero te devolveré el favor.**

Entonces el teléfono volvió a vibrar. Tres emojis.

* 🍆. 👅. 💦

Vale, quizá era demasiado mayor para los emojis, pero estaba bastante seguro de saber lo que significaba.

Yo: ***No te quedará energía después que te haga montar en mi cara.**

Las burbujas aparecieron. Luego se detuvieron. Luego reaparecieron.

Áine: ***Bien, esto me salió mal.** *Sonreí con suficiencia. ***Ahora estoy excitada. ¿Estás duro?**

Yo: ***Butterfly, todo lo que tengo que hacer es pensar en ti y se me pone dura.**

Era cierto. Mi polla se engrosó en mis pantalones después de su primer texto, y teniendo en cuenta que estaba con Nico y Luca, no era lo más conveniente. Si lo vieran, no me dejarían olvidarlo. ***¿Cuándo vuelves a NYC?**

Había estado de viaje durante las últimas cuatro semanas. Los dos días que estuvo en la ciudad, tuve que viajar. Uno pensaría que viviendo en la misma ciudad, incluso en el mismo edificio, nos encontraríamos. Nunca lo hicimos. Por supuesto, ella no sabía que era el dueño de su edificio.

Áine: ***La semana que viene a última hora. ¿Te veré?**

Yo: ***Nada me detendrá.**

Áine: ***Te obligaré. Vale, tengo que irme. El piloto me está echando una mirada asesina.**

Ahora que sabía que dirigía una organización, tenía sentido que estuviera siempre viajando. Volví a guardar el teléfono en el bolsillo y regresé mi atención a Luca y mi cuñado.

—Lo siento. —Ofrecí una disculpa.

—No, no lo sientes —murmuró Luca—. Si adivino quién era, ¿puedo darte una patada en el culo?

—¿Qué tal si te rompo el culo, tanto si lo adivinas como si no?

—Bien, ustedes dos, dejen de discutir como viejas. —Nico nos reprendió—. Volvamos a los negocios. Hay algo más —continuó Nico. Luca y yo esperamos—. Una vez que nos enviaste un aviso sobre la última subasta de grandes bellas de Marco, pirateé su sistema. Marco tiene un acuerdo con el fiscal del estado de Nueva York, una oferta exclusiva recibida por el Sr. Chad Stewart. Comprar a Áine Evans a precio reducido. Después que Marco la quiebre para él.

Una ira volátil se extendió en mi pecho y el rojo nadó en mi visión. Apreté los dientes con tanta fuerza que me dolía la

mandíbula. Mataría a Chad Stewart y a Marco. Cuando llegara el momento, disfrutaría especialmente torturando a esos dos. Rompería a esos hijos de puta para que no pudieran volver a romper a otra mujer.

—Jesucristo —murmuró Luca—. ¿Se acabará alguna vez esta mierda?

—No mientras Marco esté vivo. —Apreté los dientes.

—Cassio, no tengo ninguna duda que Áine está dirigiendo el negocio de The Rose Rescue. —Odiaba admitirlo, pero estaba seguro que Nico tenía razón. Mi instinto me lo confirmaba.

—¿Estás seguro? —cuestionó Luca—. No digo que sea una mujer frágil. Solo que no podría ver que alguien que ha pasado por lo que ella ha pasado se metiera voluntariamente en la batalla.

—Es una organización secreta, así que no hay rastros de papel, pero sus viajes fuera de su trabajo coinciden casualmente con un miembro de la organización que trabajó para su padre.

—Tal vez estén teniendo una aventura —se ofreció Luca. A veces tenía que luchar contra el impulso de golpearlo. La idea que Áine tuviera una aventura con cualquier hombre me hacía arder la sangre como en el Hades. La parte razonable de mí sabía que no tenía sentido. Era virgen, se derretía bajo mis caricias y no tenía reparos en decirme que me deseaba. Era refrescante y cautivador.

—Tal vez sea hombre muerto —repliqué secamente.

Luca puso los ojos en blanco, recordándome a nuestra hermana.

—Por cierto, Nico —cambié de tema. Me dio toda la información que necesitaba por el momento—. ¿Cómo se tomó Bianca la noticia del intercambio de anticonceptivos?

Nico gruñó.

—¿Cómo coño lo sabes?

—Bianca se lo dijo a Grace, Grace se lo dijo a Luciano y adivina qué... el cabrón me lo dijo a mí y casi se mea de risa. Tenía una apuesta entre todos sobre quién te mataría primero, si Bianca o Luca.

—Hijo de puta —murmuró Nico—. Bueno, perdió.

—Todavía estamos a tiempo —intervino Luca—. Puede que le haga una oferta tentadora y lo hagamos juntos.

Nico levantó el dedo corazón. A Luca le encantaba burlarse del hombre.

—Nuestra hermana se tomó bien la noticia de las píldoras anticonceptivas, ¿eh? —Volví al tema.

Nico se sirvió otra copa.

—No exactamente —dijo—. Me lanzó un poco de cristalería. Y me amenazó con cortarme las pelotas. Ah, y no olvidemos que también me dejó fuera de nuestro dormitorio. Me costó siete días de arrastrarme para que me dijera dos palabras. —Me reí. Pude ver cómo Bianca lo hacía todo. Tenía mucho carácter—. ¿Y quieres adivinar cuáles fueron? —preguntó en tono seco.

—¿Qué te jodan? —supuso Luca.

—Estás disfrutando demasiado, cabrón —se burló Nico—. Disfrutaré del espectáculo cuando te toque a ti.

Miré a Luca. Mi instinto me decía que podría ser más pronto que tarde.

CAPÍTULO 19



Aline

Me desperté de golpe, con el corazón retumbando con fuerza en mi pecho. Mis ojos recorrieron frenéticamente el espacio oscuro, sobre muebles desconocidos. El pesado silencio se extendía, haciendo que la oscuridad se sintiera ominosa. Tragué con fuerza, mirando al frente con la quietud que se prolongaba durante un latido o cientos de ellos, no lo sabía. Mi respiración acelerada y el pulso que latía en mis oídos eran los únicos sonidos que podía distinguir.

Sentía la piel húmeda y el latido del corazón me dolía en el pecho. La oscuridad retrocedió lentamente y la conciencia se impuso.

Hotel.

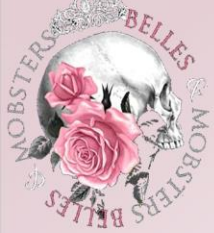
Estaba en un hotel en Rusia. Completamos una misión, pero el avión no podía sacarnos hasta mañana. Rescatamos a un grupo de jóvenes y los sacamos de un infierno. Antes que pudiéramos subirlos al avión que los llevaría a un lugar seguro,

los vientos arreciaron y los vuelos se suspendieron. Así que reservamos veinte habitaciones de hotel en medio de la nada. Pagamos a la recepcionista una cantidad considerable para que desapareciera durante veinte minutos y los metimos a todos. ¡Dios, esos chicos! La mayoría estaban delgados como un rayo, con edades comprendidas entre los ocho y los diecisiete años. Estaban todos en mal estado, golpeados hasta el cansancio. Al parecer, había inocentes de todas las formas, tamaños y géneros.

Mi corazón se desaceleró hasta alcanzar un ritmo razonable y volví a recostarme en el suave colchón. Normalmente, cuando rescatábamos a las víctimas, éramos Margaret o yo quienes nos quedábamos con ellas. Pero la mayoría de las veces eran mujeres a las que salvábamos. Esta vez, los chicos se sentían más cómodos con los hombres, así que John y otro de nuestros chicos se quedaron vigilándolos. Mañana los sacaríamos de aquí y los pondríamos en una casa segura en el Reino Unido.

Era abril, pero el tiempo en este país era más frío. O tal vez no lo era en las regiones normales de Rusia. Todo lo que sabía era que en Siberia hacía demasiado frío para ser abril. Y aquellos chicos apenas llevaban ropa, su piel estaba agrietada, casi en carne viva. William, uno de nuestros otros hombres de The Rose Rescue, y yo fuimos a comprar ropa, mientras John y Pilot, que también tenía formación médica, se quedaron para vigilar a los chicos y ayudarlos a asearse.

Me tapé más con las mantas, tratando de conservar el calor, mientras miraba el techo. Había un punto en él más oscuro que el resto del techo, pero estaba demasiado oscuro para distinguir lo que era. Y estaba demasiado agotada para levantarme y encender las luces.



Descansa un poco, susurró mi mente.

Intenté apagar mi mente, obligarme a despejarla de cualquier pensamiento e imagen. Últimamente he tenido demasiadas pesadillas y el agotamiento se ha instalado en lo más profundo de mis huesos. Si las cosas seguían así, no sería bueno para el equipo. Y de una manera inquietante, necesitaba esto. Esta venganza contra todos los hombres que marcaron a mujeres y hombres inocentes de por vida. Las pesadillas me tenían en el centro de todo y aunque no las entendía, me empujaban a seguir adelante. Para hacer las cosas bien.

Deseé que Margaret estuviera aquí. Normalmente tardaba una semana en adaptarse al cambio de huso horario. Estaría despierta ahora mismo y podría divagar con ella. Ella escucharía mis tonterías inconexas. Incluso podría burlarse y llamarme mártir o loca. Eso estaría bien, siempre y cuando pudiera hablar. Pero ella no se sentía bien, así que se quedó atrás. Al querer comprobar la hora, moví la cabeza hacia la derecha y el ruido de la tela de la almohada se escuchó fuerte en la habitación oscura. Demasiado fuerte. Demasiada oscuridad. Demasiada soledad.

Eran las 3:57 A.M.

Mis pulmones se estrecharon. Sería otra larga noche. Otro largo día. Dios, deseaba que los sueños se detuvieran. Que me dejaran descansar. Solo una noche.

Los gritos eran tan malditamente fuertes en los sueños que despertaban a los muertos. *Me pregunto si los escucharé cuando muera*, pensé sombríamente, porque a este paso no tardaría mucho. Cada vez que soñaba, el dolor se inflamaba en mi pecho y mi corazón se helaba de miedo. Tal vez este último fragmento

ya no exista cuando finalmente fuera a ese lugar de descanso final.

"*Di una palabra*". Las palabras eran siempre las mismas. "*Puedes salvarlos. Solo di una palabra*".

No pronuncié ni una sola palabra. Grité en mi cabeza, rogué en mi cabeza. Pero nunca lo dije. *¿Por qué me duele respirar?* Apreté la palma de la mano contra el pecho, frotando el dolor sordo. Esos eran unos sueños jodidos. Debería estar soñando con arco iris, ponis, diseñando el edificio más magnífico. No con esta mierda.

Me giré hacia mi lado, el edredón arrastrando mis pies emitiendo un crujido. Mis ojos volvieron a mirar el reloj.

Maldita sea. Solo eran las 4:30 de la mañana.

Podría trabajar en mis dibujos de construcción, pero forzaría demasiado la vista y acabaría con dolor de cabeza. No tenía una mesa adecuada ni iluminación y mis ojos ya ardían por el cansancio.

Alcancé mi teléfono, situado sobre la mesita de noche. Era por la tarde en Nueva York, tal vez Hunter envió un mensaje. Nos habíamos mandado muchos mensajes en las últimas semanas. Cada vez que recibía un mensaje suyo, mi estómago daba volteretas y mi corazón revoloteaba de emoción. Sí, era una estupidez sentirme agitada ante la idea de un mensaje de un hombre. Al deslizarlo para abrirlo, me esperaba un mensaje sin leer. Era de Hunter y mi corazón dio un vuelco.

Lo leí y mis labios se curvaron en una sonrisa.

***¿Qué está haciendo mi hermosa Butterfly?**

Ansiosa por distraerme de mis propios pensamientos, respondí rápidamente.

***Esperando tu mensaje.**

A la mierda, los mensajes de texto no eran suficientes hoy.

***¿Estás de humor para una llamada telefónica?**

Un latido y mi teléfono sonó. Una sonrisa se dibujó en mi rostro y contesté, sintiéndome de repente más ligera. Era lo que necesitaba.

—Áine, ¿estás bien?

Cada vez que pensaba en Hunter, sentía una ligereza en el pecho. No importaba lo que estuviera pasando, ni lo malas que fueran las pesadillas.

—Sí, estoy bien —le aseguré—. No podía dormir y estoy cansada como el infierno.

—¿Dormir? —Así es, él no sabía que estaba en otra zona horaria, en otro país. Hubo muchas veces en las últimas semanas en las que realmente quería decirle lo que hacía. Nunca sentí la necesidad de decírselo a Jack, ni a mi madre. Sin embargo, quería decírselo a Hunter, hacerle entender. Pero acababa de conocerlo, y no podía arriesgar The Rose Rescue por mi necesidad de decírselo.

—Sí, estoy en el extranjero —expliqué, manteniendo la vaguedad—. La diferencia horaria me está matando. ¿Qué estás haciendo?

—¿Además de hablar contigo? —Se rio—. Revisando un aburrido papeleo.

—¿Cosas del trabajo?

—Sí. —Nunca me dijo cuál era su profesión. De alguna manera, no me pareció un hombre de negocios de nueve a cinco.

—¿Qué es lo que haces? —pregunté.

—Dirigir un negocio. —Hmm, la respuesta parecía vaga al igual que mi respuesta sobre dónde estaba.

—¿Qué tipo de negocio?

—Tengo varios clubes nocturnos, casinos y hoteles. —Había un tono en su voz que me hizo pensar que también dirigía otras cosas, pero cuando lo dejó así, lo dejé pasar. No quería entrometerme demasiado. Al fin y al cabo, yo tenía mis propias cosas que no se podían discutir—. ¿Sueles tener problemas para dormir?

Su percepción me sorprendió. Pasamos poco tiempo juntos en Las Vegas, pero aparte de eso, no hemos tenido ocasión de volver a vernos. Nos enviamos muchos mensajes de texto a lo largo de las semanas, pero no creí que se diera cuenta de mis problemas de sueño por los mensajes de texto.

—A veces las pesadillas me atormentan —admití incómoda—. Lo sé, lo sé —añadí en tono exasperado, tratando de aligerarlo con una broma—. Soy demasiado mayor para eso.

—Nadie es demasiado viejo para tener pesadillas. ¿Has hablado con alguien al respecto?

—Sí, veo a alguien de vez en cuando. —No estaba dispuesta a admitirle que me sometía a un tratamiento de vez en cuando para aliviar las migrañas y pesadillas.

—¿Ayuda? —Sonaba sinceramente preocupado y de alguna manera me sentí bien al hablar de ello.

—Lo hizo, al principio. Ahora, simplemente no lo sé. —Me moví en la cama, tratando de ponerme cómoda—. Es difícil de explicar.

—Inténtalo —le instó—. Aunque no tenga sentido.

Exhalé profundamente. A decir verdad, nada de eso tenía sentido.

—Sigo teniendo sueños de algo que nunca sucedió —murmuré al teléfono—. Las imágenes son feas... perturbadoras. Y estoy en medio de ellas.

Dos latidos de silencio parecieron dos horas.

—¿De qué tratan las imágenes?

Imágenes enfermizas y retorcidas, quise decir.

—Mujeres siendo torturadas —respondí en cambio vagamente, con la voz ligeramente tensa—. Y aunque quiero decir algo, ayudar... nunca lo hago. —Y sus gritos perforan mi cerebro y hacen sangrar mis oídos. Pero no era necesario profundizar tanto.

—¿Crees que es un recuerdo? —preguntó suavemente. Dios, ¿este hombre era real? Esperaba un silencio incómodo y un cambio de temas.

Se me escapó una risa ahogada.

—Creo que lo recordaría estando despierta si lo fuera —le dije. Aunque en mis sueños se sentía como un recuerdo—. A veces…

Mi voz se interrumpió, insegura de mis próximas palabras.

—Dime —dijo, su voz como una suave demanda.

—A veces, las imágenes vienen a mí cuando estoy despierta —murmuré—. Se abren paso en mi cerebro de la nada. Ni idea qué las desencadena. —Dios, esto era estúpido, pero no podía parar—. Ummm, como tu mano.

—¿Mi mano?

—Tu tatuaje en la mano —murmuré. Me encantaba la tinta de su piel y su tatuaje de una rosa era mi favorito. Pero de alguna manera conectaba con mis imágenes—. Hay una imagen que nunca me abandona. Es una mano extendida. No puedo distinguir nada más de esa mano, excepto el tatuaje de la rosa.

Ba bum. Ba bum. Ba bum.

Se me escapó una risa estrangulada.

—Raro, ¿eh? Te juro que no estoy loca. —Intenté aligerar la conversación—. En fin, cuéntame cómo va tu semana hasta ahora.

—Primero, no estás loca. —Su voz era fuerte y segura, convincente—. Confía en mí en esta ocasión. —Cuando no hice ningún sonido, continuó—. Áine, ¿confías en mí?

La pregunta me sorprendió; mi respuesta me sorprendió aún más.

—Sí. —Ni idea de cómo lo sabía, pero en el fondo lo sabía.

—Entonces confía en mí cuando te digo que no estás loca. Todos tratamos nuestros problemas de forma diferente —comenzó a explicar—. Tu camino es a través de los sueños.

Dios, casi hizo que sonara como si hubiera vivido esas imágenes. Sin embargo, no recordaba que hubieran sucedido en mi vida.

—¿Tienes problemas? —pregunté, tratando de alejarme de él.

—Todos tenemos problemas, Butterfly —respondió, con sinceridad en su voz—. Así que sí, yo también tengo algunos. —Quise preguntarle cuáles eran, y ayudarlo a través de la conversación. De la misma manera que él me estaba ayudando a mí ahora. Pero antes que pudiera abrir la boca, continuó—: Mi padre, que no era gran cosa, no era un buen hombre. Destruyó muchas familias. —Un suave jadeo se deslizó por mis labios. Nunca se me ocurrió buscar a la familia de Hunter. Mierda, ni siquiera sabía su apellido. ¿Quién era su padre? —Incluso hizo daño a las familias de algunos de mis mejores amigos. Sé que no fui yo quien lo hizo. Sin embargo, no puedo deshacerme de la responsabilidad o la culpa asociada a ello.

Su admisión me sorprendió. Aunque, de alguna manera, el hecho que asumiera la responsabilidad de los pecados de su padre no me sorprendió. No tenía absolutamente nada en qué basarme, salvo que Hunter me parecía el tipo de persona que se tomaba en serio las responsabilidades de su familia. Algo así como Jack, mi padrastro. Si alguien de su familia extendida hacía algo estúpido o malo, Jack lo sentía como un reflejo directo de sí mismo y de su propio fracaso.

—No eres tu padre —lo consolé—. Lamento que haya herido a las familias de tus amigos. No se puede elegir a la familia, pero sí a los amigos. Los amigos son más a menudo un reflejo de nosotros que nuestras familias. Nosotros *los* elegimos,

mientras que los lazos de sangre de la familia nos fueron impuestos. Espero que eso tenga sentido.

—Lo tiene —respondió, con su voz profunda y fuerte. Puede que este sea un tema demasiado pesado. Hasta ahora, nuestros mensajes de texto habían sido más bien casuales. Sin embargo, se sentía tan bien hablar con él—. Ahora, dime cómo podemos hacer para que descanses un poco.

Me reí.

—Ya estoy bien despierta —repliqué—. No creo que pueda dormir más. ¿Tal vez sexo telefónico? —pregunté esperanzada.

Su estruendosa risa llegó a través de la línea y juré que mis entrañas se derritieron. Me encantaba oír su risa.

—¿Demasiado atrevido? —pregunté, sonriendo como una tonta.

—Nunca —me aseguró de inmediato—. Me encanta tu atrevimiento. —Oh, Dios mío. Algo en lo profundo de mi pecho resplandeció como la luz más brillante ante sus palabras—. Ahora dime qué llevas puesto, Vita Mia.

Me encantaban sus apelativos cariñosos para mí. *Butterfly* era bonito. *Vita Mia* me convertía en papilla.

—No mucho —respondí en un tono sensual, esperando que mi voz de seducción fuera algo decente—. Solo bragas.

Un suave gemido llegó a través de la línea.

—¿No hay top?

Me deshice rápidamente del teléfono entre las manos y me desprendí del top.

—Ya no —respondí, con la voz ligeramente entrecortada. No podía creer que estuviéramos haciendo esto, pero mi corazón tronaba de anticipación como si fuera una adolescente haciendo algo travieso por primera vez.

Como un beso francés, pensé sonriendo.

—Acaricia tus pechos —ordenó. Inmediatamente llevé mi mano a mis pechos, trazando mis dedos sobre el pezón—. ¿Te estás tocando?

—Sí —rasgueé.

—Pellizca tu pezón —ordenó. En el mismo momento en que lo acaté, un gemido se deslizó por mis labios y mi espalda se arqueó sobre el colchón.

—Hunter —Exhalé. Mi cuerpo ardía—. ¿Estás-te estás tocando?

—¿Quieres que lo haga? —¿Acaso lo quería?

—Sí —jadeé, con la mano serpenteando por mi estómago.

El ruido de la cremallera llegó a través del teléfono, seguido de un gruñido y el sonido estuvo a punto de llevarme al límite. Esto era lo que ocurría cuando uno seguía siendo virgen hasta los veinticinco años.

—Joder —gruñó—. Estoy apretando la polla imaginando que eres tú, pero no hay nada mejor que tu apretado coño. —Me quemaría en cualquier momento. Mis jadeos eran cada vez más fuertes, mi respiración pesada al igual que la de Hunter—. ¿Te estás tocando el coño?

Mi mano se deslizó dentro de mis bragas.

—Sí —gemí.

—Frota tu clítoris —me instó, con voz áspera. Seguí sus instrucciones, frotando la humedad sobre mi clítoris cada vez más rápido. Mi pulso se aceleró, mi corazón tamborileó contra mis costillas, el placer enroscado como una lava caliente en mi estómago.

—Oh, Hunter —jadeé—. Estoy tan húmeda. Me duele por ti.

—Eso es, Vita Mia —murmuró, el sonido de su propio bombeo llegando a través del teléfono. Estaba jodidamente caliente—. Dime cómo se siente.

—Oh, Dios —gemí, mi corazón tronando. Mi boca se abrió, mi respiración errática—. Tan bueno. Tu dura polla está en mi coño, estirándome. Se siente tan bien. —Lamí mis labios, recordando cómo se sentía su semen en ellos—. Quiero probar tu semen en mi lengua.

Un sonido gutural resonó en el teléfono, el sonido rítmico en sincronía con mis propios dedos entrando y saliendo de mi coño.

—Me sientes. —Respiró con fuerza—. Estoy metiendo mis dedos en tu húmedo coño. Estirándote.

—Ahhh, sí. —Estaba perdiendo la cabeza, mis dedos empujando dentro y fuera. Dentro y fuera—. Por favor. ¡Oh, mierda!

Sus gemidos solo me excitaban más. El calor se disparó directamente a mi núcleo, un placer abrasador se extendió por mi cuerpo.

—Hunter, por favor —supliqué—. Quiero tu polla dentro de mí.

—Joder, Vita Mia. Yo también quiero eso. —Mis gruñidos coincidieron con los suyos, mis gemidos cada vez más agudos. Me agité contra la sábana, cada centímetro de mi cuerpo hipersensible. Estaba al borde de un precipicio, lista para saltar y perderme en un placer candente.

—Hunter, me estoy viniendo —gemí, con mi núcleo palpitando. Dios, mis dedos nunca serían suficientes ahora que tenía su polla dentro de mí—. Hunter, por favor. Oh, Dios. Sí, sí. Sí.

—Joder, sí —su gruñido resonó en el teléfono, áspero y fuerte—. Vente para mí, Vita Mia.

Mi cuerpo estalló, un millón de estrellas se dispararon tras mis párpados mientras un lánguido calor se extendía hasta los dedos de mis pies y mi cabeza zumbaba con un intenso placer. Mi cuerpo se estremeció cuando un orgasmo me recorrió como las olas sobre el océano mientras coreaba el nombre de Hunter. Una y otra vez.

A través de la niebla impregnada de lujuria, escuché mi nombre en los labios de Hunter y eso hizo que el placer fuera aún mayor.

A medida que mi respiración se ralentizaba, la habitación volvía a estar enfocada junto con el hombre al otro lado de la línea.

—Joder, Butterfly —murmuró—. Ojalá pudiera haber visto tu rostro al terminar.

Mis mejillas se calentaron.

—Sexo por FaceTime la próxima vez —murmuré en voz baja, sintiéndome saciada.

Su suave risa me hizo derretirme.

—Definitivamente —aceptó—. No he hecho sexo por teléfono ni por FaceTime antes, pero podría acostumbrarme a esto.

Fue mi turno de reírme.

—Yo tampoco —admití—. Pero me gusta. Aunque no tanto como el real.

—Pronto —prometió.

CAPÍTULO 20



Cassio

Noche de póker.

Por lo general era entretenido, pero hoy, me pareció ligeramente agitador. Había pasado una semana entera desde que Nico me dio un volcado de información sobre Áine y The Rose Rescue. Después de hablar con ella hace tres noches, supe que era cierto. Debía estar en una de sus misiones, en algún lugar de la maldita Rusia. Sabía dónde estaba gracias a Nico.

La posibilidad que Áine llevara a cabo una misión de tipo búsqueda y rescate en todos los rincones del mundo no me gustaba. El miedo irracional a que le sucediera algo en cualquier momento me hacía sentir un gélido pánico en las venas.

Por supuesto, eso no me ayudó a ganar la partida de póquer.

Me senté a la mesa con Nico, Alessio, Luca, Luciano, Sasha y Alexei. Era nuestra noche de póquer mensual de chicos. Sasha fue una adición reciente a nuestra mesa de cartas, feroz y leal. Aunque imprudente como la mierda. Eran estos hombres alrededor de esta mesa a los que les confiaba mi vida. Luca era mi hermano de sangre y los otros lo eran por elección. Mi lealtad a mis amigos no era menor que a mi hermano. Sabía que lo mismo era válido para ellos.

La mayoría de nosotros nos remontábamos a años atrás. Luciano a mi infancia. Nico y Alessio a los años de universidad. Alexei justo después. Raphael justo en esa época. Todos conectamos. Tanto si compartíamos tragedias similares o la misma causa, nos apoyábamos unos a otros.

Hace menos de una década, Nico, Luciano, Luca y yo nos encontrábamos en Moscú. Para sacar a uno de los nuestros de ese maldito país: Alexei Nikolaev. Por supuesto, en ese entonces era solo Alexei. Las cicatrices que soportó ese hombre aún me destrozan. Si el hecho sucedió poco después que Luca y yo salváramos a la joven de ojos azules destrozados o si llegamos a un punto de inflexión, no lo sé. Pero aquella noche, mientras bebíamos licor barato, revelamos las cicatrices que todos llevábamos y soñábamos con una vida mejor, hicimos un pacto.

Acabaríamos con este maldito sufrimiento. Lucharíamos juntos. Siempre.

—Escuché que podrías estar saliendo... —se burló Alessio—. Citas por mensajes de texto o alguna mierda así. Nunca supe que eso era una cosa.

Luca era un maldito bocazas. Enviar mensajes de texto a Áine no era una cita, aunque mentiría si dijera que no disfrutaba de nuestras pequeñas conversaciones. Pero tenía ganas de tener mi anillo en su dedo.

—Mi vida sentimental no es de tu incumbencia. —Mi respuesta fue cortante, pero joder... ¿qué dices? He trabajado en mi trampa durante casi dos años, así que mejor no cagarla. Y mi futura esposa, espero, tiene tantos malditos secretos que no estaba seguro de si iba o venía. Aunque después de nuestra conversación telefónica, realmente esperaba que viniera.

Esa mujer se había colado en mi corazón, y cuando se trataba de ella, mi mente racional salía por la ventana.

Luca soltó una risita y lo miré fijamente.

Nico se rio, pero se quedó callado ya que conocía la mayor parte de la información sobre Áine. Joder, estaba seguro que, si quisiera, podría desenterrar de alguna manera todos mis mensajes con ella. Menos mal que estaba de mi lado y mi hermana lo mantenía ocupado.

—Presiento una historia —se burló Luciano. Desde que Grace y él volvieron a estar juntos, estaba demasiado jodidamente feliz.

—Oh, hay una. —Sonrió Luca.

—Cierra la jodida boca, hermano.

Ahora, los ojos de todos levantaron la vista de sus cartas y el interés ya no estaba en el juego.

—Ya, vamos. —Sonrió Sasha—. Me siento un poco excluido. Cuéntanos más sobre Áine Evans. ¿No nos pondrás al día, Cassio?

—No —gruñí en respuesta—. Ella no es objeto de debate.

Todo el mundo sabía lo que eso significaba.

—Pero ella es buena para ti, ¿no? —preguntó Luciano.

—Sí. —¡Dios, era buena! Eso era un eufemismo. Ella me hizo soñar, volar alto. Joder, solo pensar en Áine me ponía duro. Por lo general, las mujeres vuelan alto cuando conocen a alguien. En mi caso, era yo. He estado volando alto desde esa primera noche en Temptation.

La imagen de Áine sobre su espalda, retorciéndose debajo de mí mientras gemía de placer pasó por mi mente. Incluso el sexo telefónico. Sí, no es algo bueno en lo que pensar ahora.

Sonó mi móvil y lo miré.

Al instante, me tensé y cogí la línea.

—Amir.

Amir era el chico que protegía a mi futura esposa. El chico que nos condujo hasta su celda y nos ayudó a salir de ese agujero cuando rescatamos a Áine. ¿Quién mejor para protegerla que el chico que se mimetizaba con las sombras? Había formado parte de Luca y de mi equipo desde hacía años.

Por supuesto, Áine no sabía que ya tenía a alguien asignado a ella. Excepto que la mujer era buena para deslizarse dentro y fuera de las sombras ella misma. Amir nunca perdió el rastro de nadie. Excepto a Áine.

—Está dejando el país.

—¿Qué? ¿Otra vez? —gruñí—. ¡Acaba de volver! —Todas y cada una de las miradas de mis amigos y hermano, estaban en mí. Solo había una *ella*. Y no era como si Amir pudiera controlar su itinerario de viaje.

Hice una pausa durante un segundo y le ladré a Nico.

—¿Puedes rastrear el teléfono de Áine?

Ya estaba en ello. Nico estaba empezando a aprender que lo único que me sacaba de quicio últimamente era la seguridad de Áine.

—Se va a Turquía —anunció Nico. Un mal presentimiento me golpeó en el pecho. Hace once años, la encontré en Turquía golpeada y magullada.

—¿Puedes llegar a ella antes que suba al avión? —pregunté a Amir. La imagen de ella en medio del peligro, en una zona de guerra, o peor aún, entre hombres como Marco seguía jugando en mi mente.

—Solo si la secuestro —escupió secamente—. Está en La Guardia, zona privada.

—Atrápala y llévala a Callahan o a su apartamento —repliqué secamente. Los dos sabíamos que no sería fácil, pero joder si dejaría que se pusiera en peligro. ¡Jodida Turquía! La operación de tráfico de Marco, siempre parecían volver a Turquía—. Enciérrala si es necesario. No la dejes salir hasta que yo regrese.

La única ceja de Alessio se alzó mientras Nico se esforzaba por no sonreír. Más vale que no lo haga, de lo contrario, no

sería responsable de lo que seguiría. Como un puñetazo en la cara.

—¿Y qué quieres que haga con los hombres?

—¿Qué malditos hombres? —Los celos al rojo vivo se dispararon a través de mí.

—Hay cinco hombres en el grupo con el que viaja. No estoy seguro que pueda derribarlos a todos yo solo. —Mierda, tenía un grupo de hombres. Aquella mujer me ponía tan nervioso que actuaba como un gilipollas sin cerebro.

—¡No me importa cómo lo hagas! No dejes que suba al avión —ladré, con la preocupación arañándome el pecho.

Colgué y marqué a Áine. Cada llamada me costaba años de mi vida. Acababa de llegar a EE.UU. ¿Cuándo tenía tiempo la mujer de trabajar en sus dibujos y llevar a cabo misiones de rescate? *Probablemente por la falta de sueño*, pensé con ironía.

Sin respuesta. Volví a marcar.

—Cassio cálmate de una jodida vez. —Luca intentó razonar conmigo, pero la preocupación irracional ya estaba encendida y ardiendo como un infierno.

—¿Por qué no responde, maldita sea? —bramé. Revisé mis mensajes y en el momento en que vi el email de mi puto hermanastro Marco, supe las coordenadas exactas de dónde se dirigía. Marco no sabía que habíamos hackeado sus correos electrónicos y obtenido copias ciegas de toda su mierda. Cortesía de mi cuñado, Nico Morrelli.

Me levanté y la silla cayó hacia atrás, al suelo con un fuerte golpe.

—Frontera de Armenia. —Apreté los dientes. No era el mismo lugar exacto donde la encontré golpeada hace once años, pero estaba a cincuenta millas al norte—. Allí es donde va.

Luciano se limitó a sonreír.

—Ahora ya sabes por lo que he pasado.

Volví a marcar, mientras compartía una mirada con Luca y Nico.

Tras mi brusco asentimiento, Luca comenzó a explicar en tono tranquilo.

—Al parecer, mi futura cuñada, que no es consciente de su inminente compromiso, tiene un equipo propio y ha estado interceptando los cargamentos de tráfico que Marco y sus socios dirigen.

La boca de Sasha estaba casi en el suelo y Alexei silbó impresionado.

—Bueno, tengo que decirlo, Cassio. —Se rio entre dientes Luciano—. Eso supera el blanqueo de dinero de mi mujer.

—Creía que Áine Evans era arquitecta —cuestionó Alessio. Por supuesto, mi hermano probablemente les dio su maldita historia.

—Entre otras cosas —contestó Luca, riéndose, aunque no me hizo ninguna gracia.

—¿Por qué no responde, joder? —rechiné—. Sí, es arquitecta. Al parecer, tiene un trabajo paralelo.

Desearía que confiara lo suficiente en mí y me dijera qué demonios estaba haciendo antes que la mataran.

—Ese es un gran trabajo. —Alessio recuperó la compostura y bebió su whisky.

Luciano, en cambio, no parecía muy preocupado. No hace mucho tiempo, bramaba como un loco tras su mujer. Había experimentado de primera mano los dolores de cabeza con una esposa de fuerte temperamento, así que supongo que lo entendió y tardó un poco más en erizar sus vellos.

—Es como si se propusiera hacerse matar. —Y no tenía intención de enviudar incluso antes de casarme. Mi teléfono vibró.

Mensaje de Amir.

*No **pude conseguirla.**

¡Maldita sea! Llamé a mi piloto y le pedí que preparara el avión para despegar en los próximos sesenta minutos.

—Yo también voy. —Sabía que nada detendría a Luca. Era tan terco como yo.

—Yo también voy —intervino Alessio.

—Mierda —murmuró Luciano—. Supongo que yo también voy.

—Apúntame de una jodida vez —añadió Nico.

—No, ustedes permanezcan aquí, cubriendo el territorio. —Me volví hacia Luciano—. Tu mujer te necesita. —Mis ojos viajaron a Nico, y él ya estaba abriendo la boca para objetar, sabiendo a dónde iba. Quería acompañarme—. Nico, mi querida hermana me mataría. Así que sería un no rotundo. Me daría una patada en el culo y me mandaría al infierno. Luego

me arrastraría de vuelta, solo para poder patear mi trasero de nuevo.

—Solo por ver a Bianca hacer eso, me apetece aún más ir —replicó Nico secamente.

—Además, Callahan puede cubrir el territorio —replicó Luciano secamente. Nadie le decía a Luciano lo que tenía que hacer—. O The Russian Sinners[8] —ofreció.

—Los prefiero a ustedes —le dije—. Estamos cerca de acabar con el tráfico de personas en la Costa Este. Necesito que os quedéis y cubráis nuestros asuntos aquí. Yo me encargaré de Áine Evans.

[8] Los Pecadores Rusos.

CAPÍTULO 21



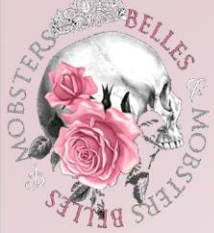
Aline

Las lágrimas corrían por mi cara de forma incontrolada. Estaba tan jodidamente asustada. ¿Cómo había llegado hasta aquí? Era una adolescente mimada, asustada, mocosa, con los ojos enrojecidos, que se encontraba en una pesadilla, y temiendo que fuera mi fin.

Observé con los ojos muy abiertos cómo torturaban a la pobre mujer, con todo mi cuerpo temblando de frío y miedo. Me castañeteaban los dientes, el fuerte ruido se mezclaba con los dolorosos gritos de la joven. Su cara estaba muy hinchada y su piel tenía un tinte azulado.

—Esto es el submarino —explicó el tipo que la agarraba del cabello. No era viejo ni estaba sucio como algunos de los otros hombres. Pero sus ojos... eran mucho peor. Lo más aterrador que había visto nunca. Una expresión amenazante y maníaca permanecía en ellos mientras me observaba.

Envolví mis brazos a mi alrededor, mis dientes emitiendo un sonido antinatural cuando chocaron entre sí. Una combinación de frío



y terror. La mezcla del castañeteo de mis dientes y los gemidos de la mujer crearon un sonido espeluznante que resonó en la habitación desnuda. Podía escuchar más gritos en la distancia, pero parecían tan lejanos. Como si estuviéramos en una pesadilla distinta, en una zona crepuscular diferente.

No había ventanas en esta habitación. Solo paredes sucias, tres hombres y tres mujeres. Tres chicas en realidad. Yo tenía catorce años y las otras chicas no podían tener más de dieciocho. Pero era difícil saberlo por las expresiones de terror, la sangre en sus cuerpos y sus rostros golpeados.

La que estaba torturando ahora... Su ojo derecho estaba hinchado, su labio partido, y yo... me quedé callada por miedo a que me hiciera lo mismo.

Merecía morir; ese pensamiento se repetía en mi mente. Yo no era mejor, porque no pronuncié ni una sola palabra para salvarla. Era una adolescente mocosa que solo se preocupaba por su propia supervivencia. Lo único que podía hacer era llorar y llorar, temblar de un miedo que nunca había sentido.

Moriríamos aquí. Estaba segura.

– ¿Todavía ni una sola palabra? – Su voz burlona me sobresaltó, y aparté mi mirada de la pobre chica – . Una palabra y pararemos esto. Cualquier palabra. O podría ser un simple 'stop'.

Excepto que, si lo decía, dijo que me tocaría. Me haría gritar, dijo. Que me gustaría, pero estaba segura que no lo haría.

El duro y áspero suelo de tierra y las escarpadas paredes rocosas de nuestra prisión eran todo lo que había visto. Me moví incómoda cuando una piedra del suelo de tierra se me clavó en la rodilla.

Ni siquiera estaba segura de cuánto tiempo había estado aquí... días, semanas. Meses tal vez. Definitivamente no lo suficiente como

para ser un año, pero de nuevo, supongo que no podía estar segura. El tiempo se confundía aquí. El olor a humedad de las puertas de madera de la celda se mezclaba con los abrumadores olores y otros fluidos corporales. Todavía llevaba el uniforme escolar que tenía cuando me llevaron. Cuando me secuestraron.

Mis ojos encontraron los de la aterrorizada chica que estaba a mi lado. Su rostro también estaba ensangrentado, su cuerpo decolorado por los cardenales, cortes y otras heridas. Mis ojos volvieron a ver a la otra mujer, que escupía y vomitaba agua por la boca. Merecía morir... *Había visto cómo torturaban a las dos mujeres y, sin embargo, no pronuncié ni una sola palabra para salvarlas... para ayudarlas. Lo único que pude hacer fue llorar y temblar con un miedo que nunca antes había sentido.*

No tenía ninguna posibilidad contra nadie, y menos contra este hombre cruel y retorcido. Estaba disfrutando de esto. Incluso sin el bulto en sus pantalones, podía verlo en todo su rostro. La bilis subió a mi garganta, y con cada segundo, amenazaba con vaciar el contenido de mi estómago.

Mis ojos volvieron a la pobre chica. Sus ojos eran azules, aunque ahora mismo era difícil distinguirlos.

—¿Sabes quién soy? —gritó, y mis ojos se volvieron hacia él. ¿Por qué estaba haciendo esto?

Mi cerebro estaba en una neblina. Hizo la pregunta como si yo ***debiera*** *saber quién era. Pero no lo sabía, estaba segura que nunca lo había visto. Sacudí la cabeza, apretando los dientes, desesperada por acabar con el castañeteo de mis dientes. Me puse en pie, esperando que apareciera algún resquicio de mi fuerza.*

—Lo harás —gruñó—. Nunca lo olvidarás. —Empujó a la otra chica al sucio suelo y se acercó a mí. Con cada paso que daba para acercarse a mí, la bilis en mi garganta ascendía cada vez más.

Era un ácido amargo en mi lengua, y ardía al tragarlo. No podía dejar que subiera por mi garganta. Tenía que mostrar al menos algo de fuerza. Observé a cámara lenta cómo cerraba la mano en un puño y giraba en el aire, golpeando mi mandíbula. Mi cabeza voló hacia atrás y tropecé. Mi cráneo golpeó la pared con tanta fuerza que en mi visión bailaron manchas de diferentes tonos de negro, rojo y blanco.

Apenas parpadeé antes que su otra mano se envolviera alrededor de mi garganta y me levantara en el aire. Mis manos se enredaron en la suya y mis uñas se clavaron en sus muñecas.

—Di la palabra —se burló. Pero me negué. Si lo decía, me violaría. Lo dijo, y que Dios me ayude, todavía esperaba un rescate. Mi padre era el primer ministro. Alguien iba a venir por mí. Por nosotras. ¿No es así?

Desesperada por aire, le di una patada, jadeando. Solo un pequeño aliento.

—Soy Marco King, perra —escupió—. Nunca olvidarás mi nombre.

Me lanzó por los aires, y volé aún más hacia el oscuro abismo, sin que nada pudiera detener mi caída...

—¡Áine despierta de una jodida vez! —La voz llegó desde la distancia, interrumpiendo mi caída. Otra sacudida de mi cuerpo y abrí los ojos. Estaba agotada y las náuseas persistían en mi organismo. ¡Maldita sea! Debería haber visto al Dr. Taylor antes de salir para esta misión. Mis sueños estaban empeorando.

—Deja de sacudirme, John —murmuré con voz ronca. No necesitaba vomitar ahora, ya estaba en algún lugar del oscuro pozo de la maldita pesadilla que no entendía. No había

conocido a Marco King, pero conocía su rostro. Conocía su voz. Incluso conocía su olor.

Benito King mató a mi padre. Mataría su legado. Su descendencia. La única razón por la que podía conjeturar que sabía tanto sobre Marco King era que lo había investigado a fondo. Sabía de Cassio y Luca King, pero encontrar algo sobre ellos era casi imposible. Solo conocía sus nombres. Pero de Marco... sabía mucho más, y si era sincera conmigo mismo, disfrutaría matando a ese hombre. La parte psicótica de mí incluso lo anticipaba con deleite. Disfrutaría torturándolo.

—¿Estás bien? —Los ojos de John se clavaron en mí, estudiándome. Tenía más de cuarenta años, trabajaba con mi padre y confiaba en él. Cuando papá murió, le agradecí que se quedara para encauzarme. No lo habría logrado sin él. Aunque se preocupaba demasiado por mí.

—Simplemente genial —murmuré, frotándome las sienes. Mis dolores de cabeza empeoraban cada día. Odiaba ver al Dr. Taylor. Cada vez que tenía mi sesión, salía de ella sintiéndome físicamente mejor, pero mentalmente, sentía como si el agujero negro de mi cerebro se hiciera más grande. Hablando de un estado mental jodido.

Me pregunto si Hunter huirá cuando se dé cuenta de todo mi equipaje, pensé con ironía. Esperaba que no sucediera, pero no podría culparlo si lo hiciera.

—Aterrizaje en cinco minutos. —La voz del capitán resonó en la cabina. Maldita sea, me sentía agotada. El último mes ha sido un no parar de cazar, junto con algunos grandes proyectos en mi trabajo diario. Me emocioné cuando me asignaron la nueva tarea de construir un refugio para víctimas del tráfico de

personas. Aunque si soy honesta, estaba haciendo malabares con demasiadas cosas.

—Sabes, podrías quedarte fuera en este caso —sugirió John, abrochando su cinturón de seguridad para aterrizar. Puede que se trate de un avión privado, pero John era de lo más recto. Tenía que ser su educación militar.

—No, gracias —le dije, cogiendo mi teléfono. Volví a encenderlo para comprobar si había algún mensaje. Margaret estaba enferma, con vómitos de por medio, así que no pudo acompañarnos. De nuevo, me dejó sola con los hombres: John, Edward, William, Harry y Pilot. Se negó a dar su nombre, así que todos lo llamábamos Pilot.

Me gustaba más cuando Margaret estaba conmigo. Hacía que los hombres se repartieran el jaleo. Cuando estaba yo sola, actuaban como mis escudos humanos. Es decir, lo apreciaba y todo, pero se excedían.

Ningún mensaje de Margaret. *Extraño,* pensé en silencio. Debe de estar muy afectada. Le envié un mensaje rápido diciéndole que la extrañamos y le deseábamos una rápida recuperación, y luego me desplacé hacia abajo. Mis labios se curvaron en una sonrisa.

¡Hunter!

***Después de tu viaje de negocios a Turquía, te llevaré a mi restaurante favorito. Vamos a establecer algunas reglas básicas.**

Hacía semanas que no lo veía. Lo he echado de menos, su toque, su sonrisa, su olor. *Todo*. Era la sensación más loca, y me

encantaba porque me hacía sentir algo normal. Por primera vez en mi vida adulta, sentí que tenía algún tipo de relación.

***Cuento con ello.**

Le contesté y pulsé el botón de enviar.

Justo cuando apagué el teléfono y lo metí en el bolso, caí en la cuenta.

Nunca le dije que me iba a Turquía.

CAPÍTULO 22



Cassio

En posición agachada, con Luca a mi lado, vi a la mujer con la que me iba a casar en menos de una semana correr hacia la joven mientras las balas inundaban toda el área. Los hombres de su equipo, gritándole que regresara, pero ella no les prestaba atención. Toda su concentración estaba en la chica que cayó al suelo cuando los hombres fueron tras ella y otros disparaban a su equipo.

Me levanté, dispuesto a correr y matar a todos los hombres que disparaban en dirección de Áine. Luca casi me derriba y la rabia en mis venas ardió.

—Vamos a volar nuestra cobertura —siseó advirtiéndome. Ahora mismo no me importaba nuestra cobertura. No salvé a Áine hace once años para verla morir hoy. Lo aparté de un empujón y mis ojos buscaron inmediatamente la familiar figura. Si empezábamos a correr hacia ella ahora, la convertiríamos en un objetivo aún mayor.

Cuando mis muchachos de la zona perdieron a Áine, me puse furioso. Pero sabía que Marco estaba pasando otro cargamento de mujeres a través de Turquía, y sospechaba que podría encontrarla aquí. Casi esperaba que no fuera así.

Por supuesto, Marco era demasiado bueno para dejar su red de seguridad y encargarse él mismo del trabajo sucio. En su lugar, se escondía y manejaba los negocios a través de transacciones de video, examinando virtualmente a las mujeres como si fueran ganado.

—Apunta y dispara a cada uno de los sicarios —ordené a Luca—. No falles—siseé. Luca tenía buena puntería, sin embargo, la balanza cambiaba cuando se trataba de la seguridad de *mi* mujer—. Una vez que estén a una distancia segura, volaremos el lugar.

Luca y yo estábamos aquí por la misma razón que Áine. Parecía que teníamos una causa común, y sabía que nuestro matrimonio sería bueno. Ella sería mi fuerza y yo la suya. Era una digna luchadora y mi pecho se inflamó de orgullo.

—Dos a su derecha —murmuré a mi hermano. Disparé a los de la izquierda que se atrevieron a levantar su arma contra mi mujer. Nadie podía tocar o herir a los que yo amaba. Y esta mujer... era mía, estaba bajo mi protección. Lo había estado desde el momento en que la salvé de aquel infierno once años atrás.

Áine salió corriendo del complejo utilizado como punto de transferencia para llevar a las mujeres a su destino final. Mantenía a una niña a su lado, cogiéndola de la mano y asegurándose que no se quedara atrás. Ambas llevaban

chalecos antibalas, pero eso no las salvaría si dispararan a la cabeza.

Afiancé mi brazo, apunté y disparé. *Otro hombre caído.* Luca hizo lo mismo.

El miedo me golpeó al ver que los hombres se acercaban cada vez más a Áine. Levantó la mano, apuntó su arma y disparó. Maldita sea, era buena disparando, manejaba el arma mejor que la mayoría de los hombres que había visto. Ambas se detuvieron de repente. Las manos de Áine envolvieron a la chica, quien parecía aterrorizada, enterrando su cabeza en el pecho de Áine. Esta última mantuvo la calma. Algo bueno. En momentos como este, perder la calma podía costarle la vida.

Seguí disparando a los hombres que rodeaban las paredes del recinto. Luca y yo estábamos en un terreno más alto. Si estuviéramos abajo, entre Áine y sus hombres, seríamos blancos fáciles. Aquí arriba, teníamos un blanco limpio, y ninguno de los hombres lo vio venir.

Los derribamos, uno por uno. Una bala directa a su pecho. Desgraciadamente para ellos, no llevaban chalecos antibalas.

—Tenemos que irnos —gritó uno de los hombres. Era parte del equipo de Áine—. Coge a la chica y vámonos.

Vi horror cruzando la expresión de Áine, sus ojos fijos en el costado izquierdo del recinto. Seguí su mirada, y el mismo segundo de terror helado se filtró en mi corazón.

—Ametralladora. Diez en punto —escupí. Pero era demasiado tarde. Las balas comenzaron a volar por toda la arena, impactando alrededor de Áine y la pequeña. Ella protegió a la niña con su cuerpo, las balas se acercaban cada vez

más a ellas. El cabello de Áine reflejaba todos los matices de un sol abrasador contra los rayos del sol en lo alto del cielo. No había forma que se mezclara con el paisaje curtido y desértico.

A pesar de lo aterrorizado que sentía en mi corazón, la calma me invadió cuando me centré en la amenaza. Afiancé mi mano, apunté y apreté el gatillo. Contuve la respiración mientras volaba por el aire y daba en el blanco. Cayó de rodillas, con la puntería descontrolada.

Un grito aterrorizado y vi con horror cómo Áine caía de rodillas. Mis pulmones ya no funcionaban, mi respiración se atascó en mi garganta.

—Áine —los gritos resonaron en el desierto, pero no eran míos. Los míos gritaban en mi cabeza mientras veía a sus hombres correr hacia ella. Me puse en pie de golpe, pero los brazos de mi hermano me retuvieron por detrás.

—No podemos arruinar nuestra tapadera —siseó. Ya no me importaba una mierda la tapadera. La mujer que amaba... que ***amaba***, joder, yacía en los brazos de otra persona. La niña a la que Áine salvó la sostenía, con lágrimas cayendo por su rostro, pero todo ello fue ahogado por mi propio corazón atronador, tristeza y rabia.

Lo empujé.

—Espera, Cassio —gruñó Luca, luchando por retenerme—. Nuestra posición es la mejor aquí arriba. Vienen más hombres. Sigue disparando o estarán todos muertos.

Sabía que tenía razón, pero el tirón me estaba desgarrando por dentro.

El hombre al que antes llamó John sacó el cuchillo y mi corazón dejó de latir. Le hizo un corte. Bramé de rabia, dispuesto a matar. Matarlos a todos. Había unos pocos miembros de su equipo que vigilaban a su alrededor. Me oyeron, sus ojos moviéndose de un lado a otro, pero no pudieron vernos.

—Los mataré a todos —me enfurecí.

—Hunter, mira. —La voz de mi hermano apenas se escuchó. Usó mi segundo nombre, cosa que rara vez hacía—. Mira.

Me quedé mirando, pero lo único que vi fue el rostro pálido de Áine, con los ojos cerrados. Y entonces sus ojos se abrieron de golpe, con la respiración agitada y las manos clavadas en el pecho.

—Está bien. —La voz de Luca llegó a mi cerebro—. Mira. La bala le dio en el chaleco. Ella está bien.

La vi deshacerse de su chaleco y respirar con dificultad. Y con cada bocanada de aire que tomaba, la vida volvía a mis pulmones. El alivio que me inundó fue más fuerte que un huracán sobre los océanos. El estruendo en mis oídos se fue alejando poco a poco. El enemigo seguía siendo una amenaza, uno de ellos apuntaba con un arma al pequeño grupo.

Apuntando mi rifle de francotirador, le disparé. Una bala silenciosa. Había otro en lo alto del edificio. Apunta. Dispara. Muerto.

—¿Qué coño, Evans? —La voz enfadada del hombre flotaba sobre la brisa mientras gritaba a mi mujer. El hecho que

pudiéramos escucharlos desde nuestra distancia me decía que le estaba gritando—. Podrías haberte matado.

Será mejor que ese maldito imbécil deje de gritar a mi mujer. Desde aquí, pude ver cómo tomaba aire, frotándose el pecho. Sabía de primera mano que dolía como una mierda recibir un disparo, incluso a través del chaleco. La cabeza de Áine se volvió hacia él. Incluso desde aquí, pude ver su mirada y su ira.

—Nunca intentes marcharte dejando a alguien atrás, imbécil —le gritó ella. Él le ofreció la mano, pero ella la apartó de un manotazo y se levantó sola—. La próxima vez que intentes irte demasiado pronto, Harry, te mataré yo misma.

—¿Quién diablos es esta mujer? —murmuró Luca en voz baja. Parece que la inteligencia de Nico daba en el clavo. Esta era nuestra confirmación respecto a que Áine dirigía las misiones, salvando a mujeres víctimas del tráfico. Aunque en mi interior supe que la información de Nico era correcta en el momento en que pronunció esas palabras.

Mis ojos escudriñaron su cuerpo, asegurándose que no tenía ninguna herida. Le tendió la mano a la niña y sonrió. Su boca le dijo algo suavemente a la pequeña, su dulce sonrisa nunca abandonó sus labios. La niña no se movió, con la cara manchada de lágrimas y miedo. Mi corazón se apretó ante el recuerdo de diez años atrás, una escena similar con una chica pelirroja.

Fue el siguiente movimiento lo que me hizo preguntarme si, inconscientemente Áine quizás no recordaba lo que le sucedió hace tantos años.

Metió la mano en su bolsillo trasero y sacó una piruleta, entregándosela a la joven. Fue lo que ofrecí a Áine hace tantos años. Áine la ayudó a desenvolver la piruleta y sonrió animada.

—¿No pueden simplemente desaparecer esos hijos de puta? —murmuró Luca y seguí su mirada.

Más hombres de Marco.

—Empieza a eliminarlos por la derecha —le dije a Luca. Se oyeron gritos en ruso del grupo que se acercaba.

—Son rusos —gruñó Luca a mi lado.

Al parecer Marco se había asociado con Ivan Petrov. ¡Hijo de puta! Luca disparó la primera bala hacia ellos, desviando su atención del grupo de abajo y dirigiéndola hacia nosotros. Inmediatamente, empezaron a dispararnos. Ambos nos agachamos y nos pusimos boca abajo.

Los disparos resonaron por todas partes, pero a diferencia de cuando creí que Áine había muerto, mi ritmo cardíaco ni siquiera se aceleró. Uno por uno, eliminamos a los rusos. A pesar de ser numerosos, eran como una bandada de pollos. Desorganizados y apenas una amenaza. A no ser que estuvieran al aire libre como Áine y su grupo. Esto les daría la oportunidad de salir de allí.

El sonido del helicóptero era fuerte mientras despegaba, llevar a mi mujer a un lugar seguro era el mejor consuelo que me podían dar en ese momento. En cuanto estuvieron fuera del alcance de todos, Luca y yo nos pusimos a trabajar de lleno.

Volando el maldito lugar hasta convertirlo en polvo.

CAPÍTULO 23



Aline

Volví a leer el mensaje de Hunter.

***Después de tu viaje de negocios a Turquía, te llevaré a mi restaurante favorito. Estableceremos algunas reglas básicas.**

Hace dos días que he vuelto y no he recibido ningún mensaje. Le envié una nota nada más aterrizar. Nunca dije que fuera una persona paciente. Pero Hunter todavía no había respondido. Era un poco atípico en él. Después de semanas de mensajes de texto de ida y vuelta, llegué a captar algunas cosas.

Hunter era increíblemente paciente. A diferencia de mí. Tenía una forma extrañamente innata de captar mis estados de ánimo. Incluso a través de mensajes de texto. Cuando le pregunté cómo lo supo, me dijo que mis mensajes eran los que me delataban. Habitualmente, cuanto más corto era el texto, peor era mi estado de ánimo.

Entonces, hacia entregar flores. O una cesta de bombones. O mi favorito, pastel de manzana irlandés. Hunter encontró la manera de enviarme entregas, sin importar dónde estuviera. Croacia, Reino Unido, España o Nueva York.

Cuando le hablé sobre mi postre favorito, se rio. Su favorito era el cannoli. Le echó la culpa a su abuelo italiano. Le eché la culpa a mi padrastro irlandés.

Durante todas las semanas que hablamos, nunca, ***jamás***, no respondió. Y ahora... Parecía poco característico de él no responder. Tenía un mal presentimiento. Además, ¿qué demonios quería decir con establecer unas reglas básicas? ¿Y cómo supo que iba a Turquía? Primero pensé que era algo pervertido, pero eso no explicaba su comentario sobre mi ubicación. De cualquier manera, estaba perdida.

—Hola, señorita Áine. —El guardia de Jack, Connor, me saludó cuando entré.

—Hola, Connor —le devolví el saludo—. Deshazte de eso de señorita. Acordamos que solo me llamarías por mi nombre de pila.

—Ah, no. —Sacudió la cabeza—. Tú estuviste de acuerdo. Yo, simplemente me quedé callado.

Puse los ojos en blanco, aunque no pude evitar que la sonrisa se extendiera por mi rostro. Ahí me pilló.

—¿Mamá y Jack están en casa? —pregunté, en lugar de admitir la derrota.

Era una cosa que Hunter y yo teníamos en común. Ninguno de los dos admitía la derrota. No estoy segura de si era una buena cualidad, o no, para compartir.

Está por ver, pensé irónicamente.

Connor asintió y continué por el amplio vestíbulo. Normalmente, Jack estaba en el estudio a esta hora del día. No estaba de humor para quedarme aquí esta noche, pero vine a ofrecerle mi apoyo a Margaret. Ella habría hecho lo mismo por mí. Era la noche en que se anunciaría el compromiso. Pero solo a la familia y amigos. Obviamente, tenía curiosidad por conocer a su misterioso futuro marido. Y ella también. No todos los días te comprometías con alguien a quien no conocías ni sabías su nombre.

Odiaba admitirlo, pero estaba jodidamente feliz de no estar en su lugar. Escupiría fuego si me acorralaran para casarme con alguien. Incluso podría emplear algunas de las técnicas de tortura que aprendí pero que rara vez pude ejercitar: privación del sueño, manipulación de la dieta, privación sensorial, falsa amistad.

Los sollozos de Margaret detuvieron mis pensamientos en seco. Los sonidos atravesaron la puerta del despacho de mi padrastro y mis pasos vacilaron. Callahan podía ser intimidante, pero nunca haría enojar a una mujer. Me quedé quieta, las alarmas se dispararon por todo mi cuerpo. En todos los años que conocía a Margaret, nunca lloró. Ni siquiera una lágrima.

Entonces, ¿por qué estaba llorando ahora?

Este acuerdo no era de su elección, pero parecía resignada a aceptarlo. Dijo que no era raro que sucediera en familias como la suya. Sabía de su compromiso desde hacía tres meses, aunque no sabía con quién exactamente. Lo único que sabía era que se trataba de un socio comercial y que permitiría una fuerte alianza.

Había pasado más de un mes desde la fiesta en Las Vegas. Mientras yo me había volcado en el trabajo y en el nuevo proyecto que había comenzado, entre otras cosas, ella empezó a disgusto los preparativos de la boda. Todo este asunto me resultaba extraño, pero todo el asunto de los Callahan no era exactamente a lo que estaba acostumbrada. Jack Callahan hacía feliz a mi madre y la hacía sentir segura. Eso era lo único que me importaba.

Otro sollozo y tuve suficiente. Fuera quien fuera, no dejaría que la molestara. Abrí la puerta de la oficina de Jack.

—¿Jack? —Llamé a mi padrastro y asimilé la situación. Jack se paseaba de un lado a otro mientras Margaret estaba sentada en la silla, con los ojos rojos por las lágrimas—. Margaret, ¿estás bien?

Ella asintió con la cabeza, pero no estaba bien.

Mis ojos se dirigieron a los invitados. La conmoción y el reconocimiento no tardaron en llegar. El corazón se me aceleró en mi pecho, aunque a continuación me invadió el desconcierto.

—¿Hunter? —espeté confundida. *¿Qué está pasando aquí?*

Hunter inclinó la cabeza, pero no había ninguna emoción en su rostro. Era como ver una máscara estoica. Tan diferente al hombre que conocí en Las Vegas y en el club hace dos años. A diferencia del hombre con el que he estado enviando mensajes de texto durante las últimas seis semanas. Se me arrugó la frente mientras los asimilaba. Ambos llevaban un traje formal de tres piezas.

¿Es él...? No, no puede ser.

—Áine, no me di cuenta que estabas aquí. —Jack se acercó a mí y tomó mis manos entre las suyas.

—Mamá dijo que me querían ver antes. —Mis ojos se dirigieron a la repisa de la chimenea donde sabía que guardaba un reloj y luego, como si Hunter fuera mi imán, mis ojos volvieron a dirigirse hacia él—. ¿He llegado demasiado pronto?

Eran casi las seis de la tarde.

—No, no. —Intentó forzar una sonrisa en su rostro. Intentaba no alarmarme, pero sin duda algo iba mal.

—No digas nada más —bromeé, aunque se sentía forzado a mis propios oídos—, o sabré con seguridad que todo está mal. —Mis ojos se desviaron más allá de su hombro hacia Margaret—. ¿Qué está pasando?

Volviendo la mirada a Hunter, tenía un mal presentimiento. Una sensación muy, muy mala. Se me formó un nudo en el estómago, pero mi mente siguió ignorándolo.

—Áine, ve a buscar a tu madre —respondió Jack con una falsa despreocupación. Se esforzaba por mantener el control—. Son solo negocios aquí.

—Entonces, ¿por qué está llorando Margaret? —dije, clavando mis ojos en los suyos. *Esto es malo*, algo me susurró al oído. *Muy, muy malo.*

—Por favor, niña. —El miedo se me agolpó en el estómago. Definitivamente, algo iba mal. Jack solo me llamaba niña cuando estaba preocupado por mí.

—Está bien —dije y vi que el alivio inundaba su rostro—. Sin embargo, Margaret puede venir conmigo. Está claro que la

estáis molestando. —Y tenía que averiguar qué demonios estaba pasando aquí. ¿Y por qué Hunter estaba aquí hablando con Jack?

Jack cerró los ojos, pero no por mucho tiempo. Solo el tiempo suficiente para que inhalara y exhalara profundamente. No pude evitar comparar que él utilizaba las técnicas de respiración para refrenar el control de la misma manera que yo lo hacía para refrenar mi miedo. Jack tenía mal carácter. Yo también. Afortunadamente, mi madre era la razón en esta familia.

—Es solo un asunto de negocios que estoy manejando —gruñó Jack—. Ahora vete.

Ladeé una ceja. Debía estar loco si pensaba que saldría corriendo ahora.

—Bueno, tus asuntos de negocios la están molestando. Ella puede venir conmigo y ustedes pueden resolver sus asuntos de negocios. O puedes decirme qué diablos está pasando.

Podía sentir los ojos de Hunter sobre mí, persistentes, quemándome. Como si me ordenara que mis ojos estuvieran sobre él. Habían pasado más de seis semanas desde la última vez que lo vi. A través de nuestros mensajes de texto y conversaciones telefónicas, pensé que había llegado a conocerlo, pero ahora no estaba tan segura. No estaba segura de nada en este momento.

Una atracción magnética y algo inexplicable hicieron que mis ojos volvieran a buscar a Hunter. Su pesada mirada se encontró con la mía. Mis ojos se dirigieron a sus labios, aunque en ese momento mi sexto sentido me advertía que no tenía derecho a sus labios, sus manos, su cuerpo.

—Umm, Áine. —La voz de Maggie volvió a atraer mi atención hacia mi prima—. Este es el hombre —ladeó la cabeza hacia Hunter—, con el que se supone debo casarme.

Volví mi mirada hacia Hunter, sintiendo ligeras náuseas. Mis manos estaban húmedas, mis uñas clavadas en las palmas, dándome cuenta que las tenía cerradas en un puño. Luché ante la revelación por la que mi posibilidad de tener una relación normal se esfumó antes de tener siquiera una oportunidad. Incluso la peor constatación fue que estaba *celosa.*

La frustración por el sentimiento inútil serpenteó bajo mi piel, extendiendo el feo monstruo verde por cada centímetro de mi cuerpo, hasta que sentí que los celos me comerían viva.

No, no, no. ¡Es mío! La voz dentro de mi cabeza era vehemente. La intensidad de mis sentimientos debería asustarme. No lo hizo. La alternativa me asustaba más, la posibilidad de volver a no sentir nunca el toque de un hombre. El toque de Hunter.

Mis ojos volvieron a dirigirse a los ojos castaños oscuros de Hunter y a sus gruesas y oscuras pestañas que le daban una expresión intensa y melancólica. Mi corazón dio un salto y luego reanudó su ritmo, pero se sintió diferente. Como si volviera a empezar a latir solo por él.

¿Jesús. Qué. Diablos?

Era el prometido de Margaret. Fue la peor clase de *traición*. Por parte mía. Por parte de Hunter. Tragué con fuerza. Eso sería una píldora difícil de tragar. Y el hecho que me hubiera acostado con él... Sí, eso sería una píldora aún más difícil de tragar. Para Margaret.

¡Que Dios me ayude! Parece que me han engañado. Por el amor de Dios, ¡ni siquiera sabía su apellido! No tenía jodida idea quién era Hunter. ¿Él lo sabía? Cómo no iba a saberlo; ciertamente no parecía el tipo de persona que permitía que alguien más hiciera arreglos por él.

¡Oh, dulce Jesús! Sentí un horrible dolor de cabeza.

—Áine, Margaret ha hecho algo que pone en peligro el acuerdo comercial que tenía. —La voz de Jack contenía tensión y el más leve crujido de sus dientes. Con la espalda erguida, me obligué a apartar los ojos de Hunter.

Las palabras de Jack encajaron y fruncí el ceño. No tenía sentido. Mi padrastro se empeñaba en no involucrar a las mujeres en su negocio. Entonces, ¿cómo podría haber puesto en peligro el negocio?

—¿Quieres explicarte un poco más? Porque o me voy con ella o no me voy.

Podía ser tan terca como Jack. Cuando mamá se casó con él, le preocupaba que tuviéramos problemas. Sorprendentemente, nos llevábamos muy bien. Aunque no faltaban los desacuerdos.

Inspiró profundamente y volvió a exhalar.

—Muchacha, no es asunto normal de negocio. Ahora no es el momento de explicar mis acuerdos comerciales.

Rebuscó las palabras y no pude evitar compararlo con mi padre biológico. Mi padre nunca se quedaba sin palabras y el engaño salía de sus labios con la misma facilidad que la verdad. Era difícil saber cuándo mentía y cuándo no. Supongo que era un rasgo necesario de un político.

Siendo un jefe de la mafia irlandesa, vi rasgos similares en Jack. Excepto que él era incapaz de mentirme.

—¿No es exactamente normal? —pregunté, levantando la ceja—. Jack, conozco exactamente el tipo de negocio que diriges. —Fui breve. No sabía si los invitados conocían el tipo de negocio al que se dedicaba, y no iba a ponerlo en una situación peculiar. Solo había un negocio que no toleraba. El tráfico de carne.

Los ojos de Jack se agrandaron por la revelación, y por un momento su boca se quedó abierta. A pesar de la tensa situación, me reí suavemente.

Volví a mirar por encima de su hombro y vi tres pares de ojos observándonos.

—Tengo algo de dinero ahorrado si necesitas…

—No, no necesito dinero —me cortó rápidamente.

—Hagamos que la señorita Evans se una a nuestra discusión, Callahan. —La voz de Hunter atrajo mi atención hacia él. Durante el último mes, él había estado en mis sueños... mucho. Pero siempre era lo mismo. Todo el sueño estaba distorsionado, y solo podía ver atisbos de él a través de la neblina. Nunca pude ver su rostro, pero definitivamente lo escuché. Había llantos, gritos, sangre, y luego su mano extendida.

Estamos aquí para ayudarte, murmuró suavemente a través de la niebla, pero cada vez que extendía la mano, desaparecía y me despertaba cubierta de sudor, con un dolor de cabeza punzante. A estas alturas, el dolor de cabeza punzante era tan

normal como respirar. Lo más extraño era que mi confesión de hace una semana... o eran ya dos... no parecía sorprenderlo.

Hunter y yo hablamos de muchas cosas en las últimas seis semanas, incluyendo mis sueños y pesadillas. Ahora, rezaba para que mi instinto no estuviera equivocado al confiar en él.

—No, eso no será necesario —objetó Jack.

—Considerando el estado de Margaret —respondió Hunter con calma, toda su actitud imponente—, creo que es necesario.

—¿Qué estado? —solté, con los ojos puestos en Margaret.

—Estoy embarazada —murmuró en voz baja, con la vergüenza escrita en ella.

—Oh. —No era lo que esperaba. Aunque para ser honesta, no sabía qué esperar. Lo único que sabía con certeza era que no me gustaba cómo se me hacía un nudo en el estómago. Me repugnaba la idea que Margaret se hubiera acostado con Hunter y ahora estuviera embarazada de él.

—No es para tanto —murmuré, aunque los celos se deslizaban por mis venas como veneno—. De todos modos, te casarás pronto. —Me sentí turbada. ***Yo***, Áine Evans, que mataba criminales sin pensarlo dos veces.

Mis ojos parpadearon hacia Hunter. Dios, era el único hombre que hacía arder mi cuerpo. ¿No podía casarse con otro?

La boca de Margaret se afinó, y por un momento me preocupó haber dicho mis pensamientos en voz alta.

—No es suyo —gruñó.

—¿Suyo? —pregunté confundida.

Inclinó la cabeza hacia Hunter y balbuceó:

—No es de él.

Fue una estupidez, pero el primer pensamiento que resonó en mi mente fue... Gracias a Dios. Ella no se casaría con Hunter. Y una punzada de arrepentimiento me golpeó al instante por ser tan egoísta.

Me acerqué a la silla más cercana y me dejé caer.

—Ha sido un día largo. —Y Hunter ha estado invadiendo mis sueños, junto con algunas pesadillas inquietantes—. ¿Puede alguien resumirlo para mí?

Jack se sentó también y se pasó la mano por el cabello.

—Tu madre no estará contenta con esto.

—Estoy segura que te perdonará —repliqué secamente. Ella le perdonaba casi todo. Mi madre estaba loca por Jack y viceversa. Me enteré que eran novios de la infancia, pero luego mi madre se casó con mi padre. Nunca me explicó por qué, y no se lo pregunté. Supuse que me lo diría si quería que lo supiera. Aunque sospeché que tenía algo que ver con los *negocios* de Jack. Pero Jack la hacía feliz, y aunque vi un profundo afecto entre mis propios padres, nunca vi amor. Con mi madre y Jack, veía amor en cada mirada y toque que compartían, por pequeño que fuera.

—El matrimonio de Margaret con Cassio King uniría a nuestras dos familias y haría fuerte la alianza —explicó Jack con exasperación. Estaba claro que no quería arrastrarme.

Espera, ¿qué? ¿No se iba a casar con Hunter? Entonces el nombre atravesó mi cerebro. *Cassio King*. Me levanté de golpe y

me incliné sobre el escritorio detrás del cual estaba sentado Jack, olvidando a todos los demás.

—¿King? —gruñí—. Por favor, dime que no has arreglado que Margaret se case con un puto King —siseé, cabreada.

—Áine —comenzó Margaret, pero la furia ardía en mi torrente sanguíneo. Ni siquiera me molesté en mirar detrás de mí y mantuve la mirada en Jack.

—También podrías enviarla al matadero —dije, mirando fijamente a mi padrastro—. ¿Cómo has podido? ¡De todos los malditos hombres de este mundo! ¡Malditos King!

—Muchacha, Cassio…

Mis manos se retorcieron en bolas.

—No bromees conmigo —advertí—. Dile a los King que no pueden tenerla y cancela la fiesta de compromiso de hoy. O te juro, Jack, que haré que te arrepientas de haber llegado a ese acuerdo.

Los ojos de Jack brillaron sorprendidos. Esta faceta mía rara vez la mostraba a alguien. Querían pensar en mí como una flor frágil. Eso estaba bien para mí. Lo usaba a mi favor, pero que me condenen si me siento y acepto que Margaret se entregue a cualquiera de los miembros de la familia King.

—Te prometo, Áine, que esto es diferente. —Jack trató de explicarse, pero mi ira hacia él ardía. La decepción por ser tan descuidado tenía un sabor amargo.

Giré la cabeza hacia Hunter, estrechando los ojos hacia él.

—¿Cuál es tu conexión con los King? ¿Su mensajero?

Sí, cuando mi temperamento se encendía, la razón salía por la ventana.

El silencio se prolongó durante varios latidos antes que Margaret se aclarara la garganta, moviendo incómodamente sus piernas entrecruzadas.

—Este es Cassio King. Y su hermano Luca.

¿Qué demonios? Debe estar confundida. El nombre de este tipo era Hunter.

—Son los hijos ilegítimos de Benito King —añadió Jack de forma servicial. O no.

Parpadeé, confundida.

—¿Qué?

Susurros en mi mente. Hielo en mis venas. Odio en mi corazón. *No eres tu padre*, mis palabras reconfortantes para él sonaron en mis oídos, y de alguna manera se sintió como una bofetada en mi cara. O tal vez en la suya, no lo sabía.

—Áine, te presento a Cassio y Luca King —repitió Jack. Seguramente pensó que era una tonta, a mi razón le costaba ponerse al día. Mi cabeza giró hacia Jack y luego volvió a los dos.

Cassio y Luca King. ¡En la casa de Jack!

Jack odiaba a los King tanto como yo. Entonces, ¿por qué estaba haciendo esto?

La traición y otro sentimiento se introdujeron en mi corazón. Los celos fueron reemplazados por repugnancia. De mi misma. Me acosté con *Cassio King*. Mi enemigo. El único

hombre que no hacía que mi cuerpo repeliera y protestara ante su contacto; el único hombre que podía provocarme orgasmos fulminantes era mi enemigo.

¿Cómo puede un solo nombre cambiarlo todo? Pasé de la esperanza a la desesperación con un solo nombre. El resentimiento envolvió mi garganta, ahogando la maldita vida. ¡Un único y maldito nombre!

"Recordarás mi nombre". Me dolía la parte posterior del cráneo y, aunque la caída ya se había producido, sentía que me golpeaba una y otra vez. Un líquido cálido resbalaba por la parte posterior de mi cabeza, pero tenía miedo de moverme, mirando fijamente a los ojos crueles del hombre que estaba empujando a una mujer que lloraba, partiéndola por la mitad. "Maldito Marco King".

La bilis me sabía a ácido en mi garganta, ardiendo. Mi garganta estaba en carne viva en este punto, pero me negué a decir una sola palabra. En su lugar, me mordí el labio partido con la suficiente fuerza como para extraer sangre, el sabor metálico en mi lengua.

Parpadeé, obligando a mi mente a volver a la realidad. Una neblina nadaba frente a mis ojos y un dolor de cabeza palpitaba detrás de mis sienes. Maldita sea, necesitaba ver al Dr. Taylor.

Ignorando mi dolor de cabeza, dirigí mi cabeza hacia Cassio. *El maldito Cassio King*. Él y su hermano estaban apenas a unos metros de mí. Todo lo que tenía que hacer era dar unos pasos, apuntar, disparar, y estarían muertos. Excepto que no tenía mi arma a mano. Debería empezar a usar mi funda de muslo todo el maldito tiempo. Esta era una oportunidad perfecta para eliminarlos, pero no podía tener un combate cuerpo a cuerpo. No con esos dos. Cassio y Luca parecían demasiado fuertes para luchar contra ellos físicamente.

Entrecerré mis ojos hacia ambos en señal de advertencia y noté la mirada sorprendida de Cassio. Al instante, la mirada de Cassio se endureció en un parpadeo, mostrándome su desagrado. Bueno, una jodida lástima. Mentiroso hijo de puta. Tuvo que saber quiénes éramos Margaret y yo en cuanto nos vio en el pasillo de Las Vegas. O incluso en Temptation, el club nocturno. ¡Y me sedujo! *¡A mí!*

—Nos odias —afirmó Luca, y luego rio suavemente—. Bueno, esto es perfecto.

—¿Quién no odia a los King? —repliqué con sequedad, con la voz descendiendo por mi ira—. Imagino que necesitarías una hoja de papel muy pequeña para enumerar esos nombres.

Jack se rio. Me sorprendió que no los atacara con toda su fuerza, en lugar de tenerlos aquí sentados como si fueran los dueños del mundo. ¿En qué demonios estaba pensando mi padrastro cuando permitió este acuerdo?

—Está bien, muchacha. Regularmente estaría de acuerdo contigo, pero Luca y Cassio King no han trabajado con Benito ni con Marco.

Mis pensamientos y mi odio tropezaron.

—¿Y tú les crees? —Los miré con desconfianza. No me fiaba de ellos. En ninguno de ellos—. Tal vez solo quieren el poder para sí mismos.

No he oído nada bueno sobre la familia King desde que tengo memoria.

—Que es la razón por la que estamos vinculando la línea Callahan con la de los King.

Sacudí la cabeza.

—Ese es el plan más tonto que existe.

—Estoy de acuerdo —murmuró Margaret y compartimos una mirada.

—Ahora que Benito está muerto, los estragos de Marco King están uniendo a los peores tipos de criminales. Esto nos fortalecerá y protegerá a nuestra gente.

Puse los ojos en blanco.

—De nuevo, un plan estúpido —argumenté—. Si está causando tantos estragos, ¿por qué no matas a Marco? Es una pequeña comadreja de todos modos.

Las risas retumbaron en la oficina y mi cabeza se movió en su dirección. Era de Hunter. Sacudí la cabeza. No de Hunter, el maldito mentiroso. De Cassio.

—No es tan sencillo —añadió Jack, e interiormente fruncí el ceño—. De lo contrario, habría muerto hace mucho tiempo.

—Debería estar muerto hace mucho tiempo —murmuré—. Tanto Benito como Marco. —Incliné la cabeza hacia Luca y Cassio King—. Todos ellos. Le habrían ahorrado muchos problemas a este mundo.

Algo pasó por el rostro de Cassio y, por alguna razón, el arrepentimiento me golpeó ante mis duras palabras.

—Y habría provocado una guerra total en el inframundo —añadió Cassio. Tenía la sensación que se escondía tras una fría máscara.

—Me parece que ustedes dos no están a la altura —lo reté.

Cassio mantuvo la calma, pero el enfado cruzó la expresión de Luca. Me importaba una mierda. No me fiaba de ellos. Puede que Hunter, no, Cassio, haya conseguido que mi cuerpo se doblegue a su voluntad, pero ahora que sabía la verdad, ya no me doblegaría por él.

¡Maldita sea! Estaba deseando tener una cita con él y ahora... bueno, no hace falta decir que se fue por la maldita ventana.

—A pesar que las fuerzas de Marco están disminuyendo, todavía tiene apoyo y las alianzas que fueron fieles a mi padre. Hasta que no destruyamos los negocios que le quedan, nos arriesgamos a que muchos inocentes salgan heridos si atacamos abiertamente.

Lo miré fijamente. Sin duda tenía una respuesta para todo.

—Bueno, ponte a trabajar. —*Imbécil*. Sin embargo, mis padres me enseñaron bien, así que me tragué el insulto.

—Bueno, esto es incómodo —murmuró Margaret—. Áine quiere matar a ambos.

—Como he dicho —dije con tono inexpresivo—. Hay una larga lista de gente que quiere a los miembros de la familia King muertos. Si os matáramos a ustedes dos ahora, la gente no se inmutaría.

—¡Áine! —La voz de Jack me advirtió, pero lo ignoré. No necesitaba su cuidado. Podía mantenerme por mi cuenta.

—Puedes intentarlo —comentó ligeramente Luca, sus ojos brillando divertidos—. Créeme, no somos tan fáciles de matar. —Un gilipolla engreído—. Y si fuera tan fácil matar a Marco, lo habríamos hecho hace mucho tiempo.

Aunque estaba totalmente de acuerdo con matar a Marco, la forma en que dijo esas palabras me produjo escalofríos. No tenían escrúpulos para matar a su familia. Parecía que estos dos hombres solo tenían lealtad a sí mismos. Marco King no tuvo escrúpulos con nada. Mataba a mujeres, niños, a cualquiera que se interpusiera en su camino. Si estos dos crecieron de la misma manera, entonces no tenía dudas que poseían valores similares.

¿Estaba siendo un poco hipócrita después de las palabras que le dije por teléfono? Sin duda.

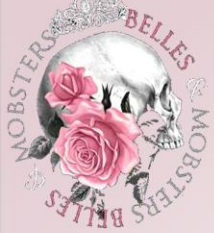
—Muchacha, Cassio King es nuestro billete para deshacernos de Marco y expulsarlo de nuestro territorio. —Las palabras de Jack hicieron girarme hacia mi padrastro—. Te mantuve al margen de todo esto, y sé que no sabes mucho de lo que está haciendo, pero créeme cuando te digo que hay que eliminarlo.

Jack no tenía idea.

Entorné los ojos hacia él.

—¿Y qué? ¿Usar a Margaret como peón en algún acuerdo para arreglar las cosas que la gente de vuestros dos mundos ha jodido? —Inspiré profundamente y luego exhalé lentamente. Nunca he sermoneado a Jack ni a nadie sobre su forma de vida. Si traficaban con mujeres, simplemente los mataba. Otras cosas... bueno, era cosa de ellos—. Por favor, no me digas que confías en él. Mintió sobre su propio nombre, por el amor de Dios.

Jack Callahan era un hombre inteligente. No podía simplemente confiar ciegamente en él. ¿Podría hacerlo? En el momento en que vi una expresión tormentosa cruzar los ojos de Jack, supe que había dicho algo equivocado.



—¿Qué quieres decir? —gruñó Jack—. ¿Os conocéis?

Mierda, he dicho demasiado. De ninguna manera le contaría a Jack sobre mi pequeña cita con Hunter hace dos años o hace seis semanas. Eso probablemente no iría bien. Además, lo que pasa en Las Vegas y las discotecas, se queda en Las Vegas y las discotecas.

Margaret respondió antes que tuviera la oportunidad de dar una respuesta neutral.

—Nos quedamos atrapadas en el ascensor en Las Vegas con estos dos —murmuró—. Eso es todo.

Jack estudió mi rostro, pero guardé silencio. Era mejor no decir demasiado. Me mordí el labio para evitar que cualquier palabra o excusa se deslizara por mis labios. Era una costumbre empezar a cotorrear cuando estaba nerviosa.

—Es mi segundo nombre —intervino Cassio, rompiendo el tenso silencio—. Cassio Hunter King.

Mi cabeza giró en su dirección. De acuerdo, omitió un poco de su nombre. Una omisión seguía siendo una mentira. ¿No es así?

Me gustaría poder leer mejor a este desconocido. Pensaba que había llegado a conocerlo durante las últimas seis semanas. Ahora, no estaba tan segura. Su expresión no traicionaba ninguno de sus pensamientos, y estaba desesperada por saber qué estaba pensando. Jack parecía confiar en él, y tenían el objetivo común de acabar con Marco King. Pero y si era una trampa; no podíamos permitirnos confiar en ningún King.

Mis ojos estudiaron su rostro. Era hermoso, pómulos altos, nariz angulosa, labios carnosos y cabello negro azabache.

Mentiría si dijera que no me impactó. Mis ojos bajaron a sus labios carnosos y mi vientre se apretó. Recordaba tan bien cómo se sentían esos labios sobre mí. La única vez que disfruté del toque de un hombre fue con él. Solo él. Y él hacía mucho más. ¿Por qué no podía sentir eso con nadie más? O mejor aún, por qué no podía ser cualquiera, follar con *cualquiera*, pero no con un King.

Dejando a un lado todo mi tembloroso deseo por este hombre, me centré en el tema que estaba tratando.

—De cualquier manera, Jack. Casar a Margaret con Cassio King o cualquier miembro de la familia King es una locura. ¡Y está mal en muchos niveles! Esos bastardos son...

—¡Áine, suficiente! —La voz de Jack contenía una advertencia y sus ojos azules se oscurecieron. Su ira nunca se había dirigido a mí. Fui a abrir la boca para decir algo, pero la cerré inmediatamente. Solo podía presionar a mi padrastro hasta cierto punto. Pero estaba loco si pensaba que Margaret sería un cordero de sacrificio. No dejaría que sucediera.

Mis ojos volvieron a mirar a Hunter... No, Hunter no. Cassio. ¡Maldita sea! ¿Por qué odiaba tanto la idea que fuera un enemigo?

CAPÍTULO 24



Aline

Cassio Hunter King

Oí hablar de su crueldad, y ni siquiera era parte activa del mundo de la mafia. Las historias de los hombres que mató y su brutalidad se susurraban por todo el mundo. Benito King era un lunático enloquecido y sediento de sangre. Pero Cassio King, se rumoreaba que era un asesino frío. Desapasionado. Duro. Intenso.

Excepto que sus ojos eran algo cálidos. Mentalmente, sacudí la cabeza. Fue un engaño. Todo en él era engañoso. Sin embargo, en contra de todo lo que acababa de aprender sobre él, algo en mi interior se rebeló al saber que era un hombre al que debía odiar.

Lo observé, tratando de conciliar ese conocimiento con el hombre que me consoló en el ascensor durante mi ataque de pánico. El hombre que garantizaba mi placer, ante todo. Con el hombre que me hablaba por teléfono. Sí, había una dureza en él, pero por alguna razón, la protección y la justicia gritaban

debajo de todo eso. Tal vez mis instintos me estaban fallando. No se me daba muy bien leer a la gente, pero normalmente mi instinto me advertía de las malas personas. Lo llamaba mi radar de supervivencia. Pero mi instinto no me gritaba que me alejara de él. Por el contrario, incluso ahora, mientras nos observábamos intensamente, algo de él me atormentaba en la memoria y la necesidad de recordarlo era como el oxígeno.

Quizá fuera mi imaginación. Después de todo, nuestros mundos eran muy diferentes.

Bueno, lo eran hasta que mi madre se casó con Jack. Entonces también por qué algo se agitaba en lo profundo de mis recuerdos cada vez que lo miraba.

A decir verdad, todo este mundo al que pertenecía Jack era un mundo tan diferente en el que crecí. Sabía que Jack y sus hombres estaban implicados en negocios turbios y tratos ilegales. También sabía que algunas familias arreglaban los matrimonios de sus hijas para ganar poder o dinero. Era alucinante y erróneo a muchos niveles. Casi como el tráfico de personas, pero con la aprobación de los padres. Me daban ganas de matarlos a todos por haberlo contemplado.

En cualquier caso, parece que Cassio King era el hombre con el que Margaret debía casarse y estaba embarazada. Bueno, bien por ella y tenía toda la intención de apoyarla y defenderla contra este ridículo arreglo que hizo Jack.

Aunque no podía negar el mordisco de celos que me produjo la idea de Margaret con Hunter. Peor aún era saber que el bastardo se acostaba conmigo, sabiendo que estaba comprometido con mi prima. *Bastardo.* ¡Maldito bastardo!

—Margaret llevando el hijo de otro hombre crea un problema en este plan —Jack finalmente concluyó—. Di mi palabra.

—Bueno, no deberías haber hecho planes sin consultarlo primero con Margaret —espeté. A decir verdad, estaba tan enfadada conmigo misma como con él—. Sabes, se necesitan dos para que el matrimonio funcione. —Giré la cabeza hacia Cassio y Luca—. Esta idea de mierda de los matrimonios concertados debería ser incendiada y prohibida.

—Sin objeción por mi parte —dijo Margaret arrastrando las palabras—. O tal vez podamos obligarlos a casarse con alguien que no quieran. A ver si les gusta.

Mi labio se torció.

—Me gusta esa idea. Empecemos con tu hermano. O quizás con estos dos de aquí.

—Dejadlo ya, las dos —nos advirtió Jack con un gemido.

Nos encogimos de hombros, compartiendo una mirada. Jack podía ser duro, pero nunca nos haría daño.

—Todavía puedes seguir adelante con el matrimonio y criar al bebé como si fuera tuyo —sugirió Jack a Cassio. Tuve que tragarme un bocado de las protestas que se formaban en mi lengua.

¿Por qué me venía a la mente la frase "*Me ofrezco como tributo*"? Malditos *Juegos del Hambre*. Solo quería ser voluntaria para poder acercarme a Marco y matar al bastardo que me torturaba en mis pesadillas. Finalmente, también mataría a Cassio. *Tal vez. No lo sé.*

—Eso es simplemente cruel —protesté—. Dejar que un bebé ande cerca de cualquier miembro King. No es culpa del bebé que hayas hecho un estúpido acuerdo con ***él***. —Incliné la cabeza en dirección a Cassio.

—No quiero hacerlo. —La voz de Margaret era la de un animal herido.

Mi cabeza se dirigió a Margaret. Había un rastro de emoción en sus ojos, que nunca había visto antes. *Está asustada*, me di cuenta. Parece que las dos retenemos nuestros miedos.

—Supongo que eso es todo —anuncié—. No puedes obligarla a hacerlo.

—En realidad, podría —afirmó Cassio con calma. No parecía molesto por el hecho que Margaret estuviera embarazada. Pero había una bestia acechando en ese costoso traje, listo para atacar. Prácticamente podía saborearlo. Cassio King tenía una agenda, solo tenía que averiguar cuál era—. Romper un acuerdo como este provoca guerras. En nombre del honor, puedo exigir su muerte como retribución. O la de Callahan.

—¿Qué? —Me quedé con la boca abierta. La protección y la imparcialidad que atribuía a Cassio se fueron por la ventana—. ¿Harías eso?

Mis ojos se dirigieron a Jack y vi la verdad en sus ojos. ¿Lo dejaría hacer eso? ¿Qué clase de estúpido honor era ese?

Implacable. Los rumores sobre Cassio King eran ciertos.

Llevaba un traje oscuro con un reloj plateado y gemelos de diamantes, vistiéndose de gala para el anuncio del compromiso. El traje acentuaba sus anchos hombros y su cuerpo fuerte, le quedaba como un guante. Si no fuera por esos tatuajes en las manos que sabía le cubrían todo el brazo, y esa dureza en los ojos, podría pasar por otro tipo bien parecido. Un hombre totalmente sexy con un cuerpo fuerte que podría hacerte pedazos... pero oye, ¿a quién le preocupaba eso? No cuando podía repartir orgasmos para mantenerte durante años.

—Es un gran obstáculo en el plan para conectar la línea de Callahan y King. —La voz de Cassio me producía escalofríos—.

Se están perdiendo vidas a causa de mi hermanastro y su contundente control sobre Nueva York.

—Bueno, ¿por qué no te encargas de tu hermano? —exploté—. Después de todo, es *tu* hermano. ¿Por qué debería pagar Margaret el precio de tus jodidas relaciones familiares?

Dios, ojalá este hombre fuera más fácil de leer. No podía saber si lo había hecho enojar o si simplemente le importaba una mierda lo que estaba diciendo.

—Es tu problema tanto como el mío —dijo Cassio—. Ya que Marco tiene sus ojos puestos en el territorio de Callahan y sus mujeres.

Miré a Jack en busca de confirmación. Nadie ha dicho nada que Marco King venga por el territorio Callahan. No es que Margaret o yo lo supiéramos. Jack solo hablaba de sus negocios con sus hombres y con mi madre.

¡Espera! Ha dicho *sus mujeres*.

Su significado de aquello, perduró en el silencio mientras todos nos sentábamos a observarnos. Jack se levantó y se sirvió un whisky. Escocés por lo que parece.

—¿Alguien quiere beber? —ofreció, pero todos negaron con la cabeza, excepto Margaret.

—Tomaré uno —dijo Margaret.

Mi cabeza se dirigió a ella.

—No puedes tomar alcohol —la reprendí.

—Mierda —murmuró—. Me olvidé.

Había angustia en sus ojos. La reconocería en cualquier parte. Estaba asustada, no sabía si era por su embarazo o por lo que iba a pasar. Quería asegurarle que estaría de su lado y que no dejaría que pasara nada. Con arreglo o sin él. Pero con

Cassio y Luca King en la habitación, además de Jack, no podía decir nada. Solo esperaba que ella pudiera leerlo en mis ojos.

El tintineo de los cubitos de hielo hizo que volviera a prestar atención a mi padrastro. La mano de Jack se apretó alrededor de su vaso, sus nudillos se volvieron blancos. Esto era malo, realmente malo.

—Áine, no quería hacer esto —murmuró Callahan en voz baja—. No quería involucrarte en esto, y prometí a tu madre que te mantendría al margen a toda costa.

Fruncí el ceño ante sus palabras. Parecía que hoy iba a hacer anuncios crípticos. Desde el momento en que Jack y mamá se unieron, me había protegido, pero su comentario sobre mantenerme al margen de todo aquello no tenía sentido.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

Ignorándome, cogió el teléfono.

—Dile a mi esposa que la necesito en mi despacho —gruñó por el auricular. La mirada en sus ojos una vez que colgó era una que nunca había visto antes. Ansiedad. En todos estos años, era la primera vez que lo veía nervioso.

Volvió su mirada endurecida hacia Margaret.

—Nos dejarás ahora. Quédate en la casa. Espero que te quedes aquí para la cena... por Áine.

Me golpeó el resentimiento por hablarle así.

—No le hables así —advertí con voz suave—. La mierda pasa. No es culpa de ella.

—Puede ser —habló en voz baja—. Pero ella sabía lo del compromiso. Quedar embarazada no era la forma de respetar el acuerdo. Y ahora tendrá que pagar por ello.

Fruncí el ceño y la confusión me invadió. Compartiendo una mirada con Margaret, vi que ella tampoco lo entendía, pero sus palabras la alteraron. Las lágrimas brillaron en sus ojos. Y ella *nunca* lloraba.

—Está bien —le dije en voz baja. Jack no sabía una mierda. Debería culparse a sí mismo o a Cassio King por ello. Mis ojos se dirigieron de nuevo a los dos miembros King, pero sus rostros eran máscaras, sus expresiones eran ilegibles.

Después de todos estos años, nunca soñé que sería así como conocería la identidad de Cassio y Luca King. ¿Cómo se mantuvieron en la sombra? Ni una sola foto o información sobre ellos en la red.

—Yo también debería irme —murmuré y me incorporé a medias de mi silla. Necesitaba salir de aquí y ordenar mi cabeza.

—No. Quédate. —Cassio dio la orden y me quedé helada ante su tono frío. Me encontré con los ojos de Jack y él asintió. Mi sexto sentido enviaba llamaradas de advertencia por todo mi cuerpo. El mundo se iba a ir al infierno en un cesto de basura si aceptaba órdenes de Cassio King.

Vi a Margaret salir de la habitación, lanzándome una mirada preocupada de reojo.

Le sonreí, aunque estaba segura que era una sonrisa temblorosa en el mejor de los casos, y de nuevo gesticulé con la boca *que estaba bien*. Necesité bastante para conseguirlo. Vale, quizá fingí ser más valiente de lo que realmente era, pero no servía de nada estresarla a ella también.

Levantando la ceja derecha y fingiendo la bravuconería, dirigí mi atención a los tres hombres. Con sus ojos puestos en

mí, los estudié. La expresión de Cassio era ilegible, Luca tenía diversión en la suya, y mi padrastro, parecía agitado y nervioso.

—Bien, ¿alguien puede empezar a hablar? Esto me está crispando de los nervios y todavía tengo que trabajar en un dibujo para el nuevo edificio. No tengo toda la noche para lo que sea que esté sucediendo.

Mentalmente, choqué los cinco conmigo misma. Con suerte, fui lo suficientemente convincente. Aunque probablemente no, teniendo en cuenta que estos dos hombres me vieron derrumbarme hace un mes en un ascensor averiado.

Los labios de Cassio se estiraron en una media sonrisa y confirmaron mi sospecha. No se creía en absoluto mis bravuconadas. Pero me dio una idea del hombre que conocí en el club hace dos años y luego en Las Vegas.

—¿Debo decírselo yo, o lo harás tú, Callahan? —Los ojos de Cassio y Jack se cruzaron. Había un desafío en los de él, mientras que la mirada de Jack contenía resignación y arrepentimiento.

—Esperaremos hasta que venga su madre, Cassio —respondió Jack con tono firme. ¿Por qué me costaba pensar en él como Cassio? Él sería para siempre Hunter en mi mente.

—Sabes, Jack —murmuré—, ya he pasado la edad en la que necesito el permiso de mamá para hacer cualquier cosa o escuchar cualquier noticia con ella de la mano.

—Lo sé, niña. —Su voz era afectuosa, y tuve la sensación que lo que fuera que estaba a punto de escuchar cambiaría mi mundo para siempre. La habitación estaba tan silenciosa que podía oír el tictac de los segundos en el reloj de la chimenea.

El silencio se rompió cuando mi madre entró por la puerta y sus ojos recorrieron la habitación. Asintió hacia Cassio y Luca,

con un destello de reconocimiento en sus ojos. *Los conoce*. No sabía cómo lo sabía, pero estaba segura que los había conocido antes. Tal vez cuando Jack organizó todo este chanchullo y circo de arreglos matrimoniales.

Jack fue inmediatamente hacia ella y envolvió sus brazos alrededor de mamá.

—Gracias por venir, amor.

El amor que veía en los ojos de Jack cada vez que miraba a mi madre lo convertía en un buen hombre a mi juicio. Le perdonaría infinitamente, solo por el hecho de cuidar siempre de mi madre. Sí, era el jefe de una organización criminal irlandesa, pero amaba a su familia y la protegía. A cualquier precio.

Era feliz porque esos dos se reencontrasen nuevamente. Son los finales felices los que hacen que todo valga la pena. Ambos sacrificaron años sin el otro y finalmente encontraron el camino para volver a estar juntos.

—Por supuesto. ¿Qué pasa? —Compartieron una mirada y me pregunté si eso le decía todo a mamá. A veces esos dos parecían estar en el mismo enlace de onda o frecuencia—. Áine, ¿cuándo has llegado? —preguntó sorprendida.

—Acabo de llegar —murmuré. Mi madre se acercó y me dio un abrazo. Siempre lo hacía. No importaba cuándo me viera, si hacía dos horas o dos meses, siempre me daba un abrazo como si no me hubiera visto en meses. Le devolví el abrazo y presioné un beso en su mejilla—. Estás muy guapa, mamá.

Ya estaba vestida para el evento de esta noche con un elegante vestido rojo que le llegaba a los tobillos. Llevaba el cabello recogido en un moño y la única joya, era un collar de

diamantes que Jack le regaló para su boda. Y su anillo de bodas. A decir verdad, el maldito objeto valía una fortuna, así que no necesitaba nada más para hacer una declaración. Puede que tuviera más de cincuenta años, pero mi madre seguía estando estupenda.

—¿Trabajando hasta tarde una vez más? —me preguntó con una sonrisa. Eché un vistazo a mi atuendo. Llevaba un vestido ejecutivo de color hueso y una americana a juego. Nada elegante, pero ocultaba el feo hematoma de la bala que atravesó el chaleco de kevlar. Gracias a Dios por los chalecos antibalas. El hematoma valió la pena.

Me encogí de hombros.

—No me avisaste con mucha antelación, así que no tuve tiempo de pasar por mi casa para cambiarme.

Sus dedos rozaron mi mejilla y luego volvió a mirar a Jack.

—¿Qué sucede? —preguntó de nuevo.

Jack inspiró profundamente y luego exhaló lentamente.

—El compromiso de Margaret se ha roto —comenzó Jack, sin perder tiempo. Nunca fue de los que se andan con rodeos. Los ojos de mamá se dirigieron a Cassio y eso confirmó mi sospecha que mamá sabía quién era el pretendiente de Margaret—. Está embarazada. Se negó a decir quién es el padre.

—Oh. —*Esa fue exactamente mi respuesta*, pensé con ironía. Entonces algo brilló en sus ojos y se dirigieron a los de Jack—. No, Jack. No, no, no. —Seguía moviendo la cabeza con pánico y me pregunté a qué estaba diciendo que *no*. Observé cómo se desarrollaba la escena, intentando captar alguna pista de su expresión y fracasando—. Por favor, no me digas que estás considerando lo que pienso.

La culpa estaba escrita en el rostro de Jack. Parecía que mi padrastro estaba considerando cualquier cosa que mi madre objetara.

—Jack, no puedes —suplicó—. No es justo.

—Lo siento, amor. —No estaba muy segura de por qué se disculpaba—. Nunca esperé que Margaret hiciera esto.

—El compromiso tiene que ser anunciado esta noche —afirmó Cassio—. Los invitados ya están llegando, y esto no se puede retrasar.

Debo ser la única despistada, ya que mi mirada saltaba de un lado a otro.

Mi madre soltó un gemido y mis ojos se volvieron hacia ella, observándola.

—Emily, querida... él lo sabe. —La voz de Jack estaba empapada de arrepentimiento. *¿Quién sabe qué?* Mis ojos no dejaban de pasar entre todos ellos, esperando que alguien empezara a dar explicaciones. A este paso, mis globos oculares sufrirían un latigazo.

Los ojos de mamá buscaron a Cassio.

—Por favor, no puedes —se atragantó—. E-ella... no puede. Por favor.

Fruncí el ceño. Mi madre nunca rogaba, así que tenía que ser algo importante. Observando a los cuatro, empezaba a sentir que era algo crítico lo que me faltaba aquí. Me mordí el labio inferior, esperando que alguien comenzara a explicar antes que explotara de la tensión. Mi cabeza giraba una y otra vez entre Jack y mi madre, luego hacia Cassio y Luca, a la espera que alguien comenzara a hablar. Si no me detenía, me provocaría un serio caso de latigazo cervical o mareo. Mis ojos se dirigieron a Cassio y Luca, pero parecían saber exactamente

lo que estaba pasando. No había curiosidad ni sorpresa en sus rostros. Aunque tal vez fueran buenos actores.

—¿Puede alguien darme una pista? —dije finalmente. No podía soportar más la tensión.

—Vamos, chicos —me atraganté medio en broma—. Estoy comenzando a asustarme.

Jack finalmente se apiadó de mí.

—Niña, la única forma de no romper este acuerdo con la familia King es que te cases en lugar de Margaret.

CAPÍTULO 25



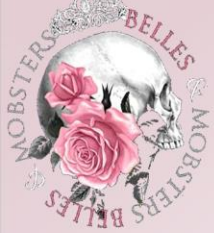
Áine

Mis labios se separaron mientras observaba a mi padrastro, esperando que comenzara a reírse de su broma pesada, pero su expresión seguía siendo sombría. Se me escapó una carcajada estrangulada, mi estómago se hundió y casi me atraganté con mi siguiente respiración.

—Cierto —me burlé—. Casi me pillas. Dijiste que la línea de Callahan y King tenía que unirse. Pareces olvidar que no soy una Callahan.

La habitación estaba inquietantemente silenciosa y mamá compartió una mirada fugaz con Jack. Algo grande estaba a punto de suceder. No sabía cómo lo sabía, pero lo sentía en mis entrañas. Podía escuchar los latidos de mi corazón palpitando en mis oídos... o era el de otra persona. O tal vez solo retumbaba en mis oídos mientras observaba a mi padrastro y a mi madre, esperando... no sé qué.

—Áine, cariño. —Fue mi madre la que finalmente rompió el silencio—. Jack es tu padre.



¡Boom!

—Padrastro —corregí, mi tono ronco.

—No, cariño. —Pude ver a mi madre tambaleándose en el borde, con las manos apretadas en puños; el material de su vestido atrapado entre sus dedos—. Jack es tu padre biológico.

Tic. Toc. Tic. Toc.

—¿Qué diablos? —Exploté, con la sangre corriendo por mis oídos—. Esto ni siquiera es gracioso.

—¡Áine! Ese lenguaje, por favor. —Mi madre estaba preocupada por el lenguaje después de haber soltado esta bomba.

—¿Me estás tomando el pelo ahora? —siseé furiosa—. ¿Vamos a preocuparnos por mi lengua después de lanzarme una bomba como esa? Ambos os estáis agarrando a un clavo ardiendo ahora mismo... esto no es más que una forma temporal de retrasar la búsqueda de otra prima para casarse con este tipo. —Señalé con la cabeza hacia Cassio, con su buen aspecto completamente borrado de mi mente. Él ya no contaba para nada en mi agenda. *Creo*—. ¡Cuando, de hecho, no deberías haber hecho el arreglo en primer lugar!

Me enfadó que mamá me lanzara una bomba, así, sin más. Delante de extraños, además.

—No, es la verdad. Jack es tu padre. Cariño, se suponía que nunca deberías saberlo. —La tensión en la voz de mi madre era clara, pero ¡qué diablos! —. Es una historia complicada.

—¡No me digas! —La ira surgió de la boca del estómago—. No se te ocurrió compartir esa información conmigo durante los últimos veinticinco años. —Me levanté de la silla y miré fijamente a Cassio y Luca. No me cabía duda que lo sabían, la

cuestión era cómo—. ¡Lo sabían! Entonces, ¿por qué diablos no lo sabía yo?

—Niña, no fue culpa de tu madre. —Jack salió en defensa de mi madre. Siempre la defendía, y hasta hoy, me encantaba eso de él. Pero ahora mismo, me molestaba.

—Oh, estoy bastante segura que lo es —argumenté en un tono de voz ligeramente elevada, sin importarme quién nos escuchara, clavando mis ojos en mamá y Jack—. Porque todos sabemos cómo se hacen los bebés. —La mano de Jack se levantó para tirarse del cabello mientras que los nudillos de mi madre estaban muy blancos ahora de tanto apretar—. ¿Lo sabía papá?

Sabía que mi voz sonaba acusatoria, pero maldita sea. Todo lo que había conocido, se convirtió en humo. No, no humo. Malditas llamas. Los labios de mi madre se adelgazaron y sus hombros se desplomaron.

—Bueno, ¿lo hizo? —pregunté de nuevo, con mi propia voz sonando aguda a mis oídos.

—Cariño, deberíamos tener esta conversación en privado.

Mi reacción instintiva era empezar a gritar, a tirar cosas, pero en lugar de eso, respiré con calma. Y otra más. Inspira. Exhala. Otra vez.

Era la primera vez que utilizaba mi ejercicio de respiración para la ira y no para el miedo claustrofóbico y el pánico.

—¿Por qué molestarse? —pronuncié, irritada—. Parece que ya lo saben. Soy la única despistada aquí.

—No seas descarada, Áine —escupió mamá con rabia—. Sigo siendo tu madre.

Su enfado solo alimentó más mi rabia.

—¿Lo. Sabía. Papá? —Apreté los dientes.

Mi madre y yo nos miramos, la batalla de voluntades que nunca tuvimos por fin se produjo.

Luego inspiró profundamente y exhaló con resignación.

—Sí. —Sorprendida, me quedé mirándola conmocionada. No era lo que esperaba—. Thomas sabía que no eras biológicamente suya. Tuvimos problemas para quedar embarazada y años de tratamientos de fertilidad y abortos nos pasaron factura. Años de intentarlo nos desgastaron. Tu abuela Gladys falleció y volví a casa sola para el funeral. Me encontré con Jack. Una cosa llevó a la otra y nosotros...

Hice un gesto con la mano en señal de desestimación para evitar que detallara su encuentro sexual. Porque ewww.

—Bien, no necesito los detalles espeluznantes. —Me levanté de mi sitio y empecé a pasear de un lado a otro. Todos estos años, no tenía idea. No es de extrañar que Jack me recibiera en su familia con los brazos abiertos—. Jesús, esto es tan jodido.

—Cariño, por favor, trata de entender.

Dejé de pasearme y la miré fijamente.

—¿Entender qué? —le respondí con rabia—. Que decidiste tener el hijo de otra persona. —Mis ojos se dirigieron a Jack—. ¿Y te pareció bien? ¿Que otra persona criara a tu hija? Sinceramente, no recuerdo haberte visto nunca hasta que empezaste a salir con mamá.

Jack permaneció insensible, negándose a responder.

—Él no lo supo —susurró mi madre—. Hasta que tuviste unos catorce años.

Fruncí el ceño. Catorce años. Ese año fue un borrón. Apenas podía recordar nada. El dolor en mi sien aumentó y me

pellizqué la parte superior de la nariz para aliviarlo. No era el momento de tener un dolor de cabeza.

Me acerqué a la ventana del despacho de Jack que daba a la entrada de la casa. Pude ver una fila de vehículos con gente llegando. Los asociados seleccionados por Jack. Para la fiesta de compromiso. Se suponía que era el anuncio de Margaret y Cassio. Me pregunté si le importaba con quién se casaba. ¿Y cómo diablos sabía él que yo era la hija biológica de Jack? ¿Lo sabía todo el mundo menos yo? Deseaba que Margaret me hubiera hablado de su embarazo, tal vez hubiéramos podido hacer algo. Habría estado más preparada.

—El infierno se congelará antes que me case con cualquier miembro de la familia King —dije finalmente, dándome la vuelta para mirar a mi público—. Y este maldito triángulo amoroso con papá... —Mierda, ¿qué papá? —. Jack y papá —me corregí—, ...es más que un lío. —Miré fijamente a Jack y a mi madre, luego volví a negar con la cabeza—. Tan jodidamente desordenado.

—Cariño, no fue como si planeáramos un embarazo.

—Sinceramente, mamá, no creo que pueda soportar esto ahora mismo. No he almorzado y esta revelación me ha amargado el ánimo.

Fui a marcharme cuando la voz de Jack me detuvo.

—Si no aceptas ocupar el lugar de Margaret —dijo Jack con voz tensa—, nos veremos obligados a romper el acuerdo y a faltar a mi palabra. Será la primera vez que lo haga en mi vida, pero lo haré por ti.

Sus palabras me hicieron detenerme y mi mano vaciló antes de alcanzar el pomo de la puerta.

Levanté los ojos hacia el techo. *Qué manera de hacerme sentir mal.*

Sabía lo suficiente para entender que romper tu palabra en el mundo de Jack podía significar la muerte. Jesús, él era mi padre. Incluso antes de saber eso, nunca lo querría muerto y haría cualquier cosa para salvarlo. Por supuesto, no querría que tuviera problemas por mí. Aunque teóricamente se las arregló para causar este desastre.

Hoy no era un buen día.

Me giré lentamente y me encontré con cuatro pares de ojos. Pude ver angustia en los de mamá y preocupación en los de Jack. Solo deseaba poder leer mejor a Cassio. Extrañamente, Luca parecía divertido, pero Cassio... no pude percibir ni una sola emoción de sus ojos oscuros.

Cuidado con lo que deseas, ¿verdad? Justo segundos antes de saber que este hombre era Cassio King, casi me ofrecí para ocupar el lugar de Margaret. Y ahora... bueno, ahora todo se fue a la mierda.

—¿Y ahora qué? —dije, enfrentándome a mis padres y a los King. Los King, me burlé para mis adentros. *¿Qué tan apropiado?* Estaban sentados allí y, aunque estaban en la casa de Jack, representaban poder y dominio.

Sopesé mis opciones, pero no había muchas. Si decía que no, Jack estaría en problemas. Mamá también. El matrimonio nunca se me pasó por la cabeza. Todavía era demasiado joven y ya había tenido problemas en el departamento físico. La idea de casarme y de cualquier proximidad física que viniera con ella me aterrorizaba.

Pero con este hombre, mi cuerpo simplemente respondió. De la mejor manera posible y las mariposas hacían horas extras.

Así que está bien... desde ese aspecto, estaba de acuerdo con las actividades maritales. No había duda que esperaba que me acostara con él. Los hombres así no aceptaban un no por respuesta. No es que una fibra de mi cuerpo quisiera decirle que no. Incluso ahora, una sensación de hormigueo recorría toda mi piel.

Miré a Cassio por debajo de mis pestañas. Seguía siendo mi enemigo. El negocio secreto que había heredado de mi padre... Mierda, supongo que no era mi padre biológico. No podía pensar en eso ahora mismo. Pero podía conseguir información útil si estaba relacionada con los King. Era una forma de hacerlos caer. Durante los últimos cinco años, todo lo que conseguimos fue interceptar algunos de sus envíos y casi matarnos en el proceso.

Tal vez me limitaría a seguir el juego hasta acabar con todos ellos. Y qué mejor manera que hacerlo desde dentro. De ninguna manera me quedaría sin hacer nada mientras los King se lucraban con el tráfico de mujeres obligándolas a ser esclavas sexuales. Además, tenían que pagar por matar a mi padre.

Y al mismo tiempo echar un polvo, gritó mi coño. Sacudí la cabeza con incredulidad. Algo estaba muy mal en mis prioridades.

Pero entonces las palabras de Hunter de nuestra llamada telefónica atravesaron mi cerebro.

"Mi padre, que no era gran cosa, no era un buen hombre. Destruyó muchas familias". ¿No fue eso lo que dijo? Tal vez estaba trabajando contra Benito y Marco King en todo momento. Todo esto era demasiada información arrojada en mi camino.

—Cariño, si tú... —comenzó a hablar mi madre, pero la detuve rápidamente.

—De acuerdo, lo haré —solté rápidamente, temiendo cambiar de opinión. Como mínimo, este acuerdo me haría ganar algo de tiempo. Disponía de algo más de tiempo antes que lo selláramos y me dirigiera al altar.

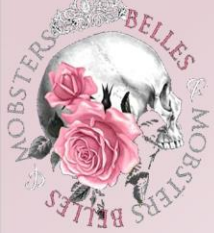
Dirigí mi mirada a Cassio. Algo brilló en sus ojos, pero lo enmascaró tan rápidamente que no pude precisarlo. ¿Por qué tuve la sensación que este hombre tenía su propio plan y peligrosos secretos? Y, sin duda, sentí que todos estábamos participando en su plan.

—Áine, ¿estás segura? —me preguntó Jack. Me sorprendió que incluso me diera la oportunidad de retractarme. Esperaba su alivio y su aceptación inmediata. En lugar de eso, había una preocupación grabada en su rostro. Mi madre no estaba mucho mejor. Siempre fue una persona preocupada, así que no era de extrañar que este último acontecimiento la pusiera nerviosa.

—Si prefieres que no lo haga —murmuré—, también me parece bien.

Nos observamos mutuamente y ahora que mamá decía que Jack era mi padre biológico, tenía algo de sentido. Debí estar ciega para no notarlo antes. Desde el momento en que lo conocí, consiguió transmitirme tranquilidad. Incluso cuando se reveló la verdad sobre los negocios en los que estaba metido, seguí sintiéndome segura bajo su protección. Lo atribuí al encanto de Jack.

El color de sus ojos es el tono exacto de los míos, la idea se me quedó grabada. De hecho, Margaret y sus hermanos... todos compartíamos el mismo color de ojos. Ninguno de mis padres tenía los ojos azules. Cuando pregunté a mi madre, dijo que el color venía del lado de la familia de mi padre. Supongo que no mintió.



Cuando mientas, Áine, cíñete a la verdad en la medida de lo posible. Esas fueron las palabras de mi padre, bueno parece que no el verdadero padre, el primer ministro. Debió darle el mismo consejo a mi madre.

—¿Puedo tener un momento con Áine? —La pregunta de Cassio me hizo dirigir la mirada hacia él. ¿De qué podría querer hablar a solas?

Quizá quiera darme otro orgasmo, pensé irónicamente. Puse los ojos en blanco y me abofeteé en mi interior. Los orgasmos no eran la prioridad aquí.

Los ojos de Jack se dirigieron a mí, preguntándome en silencio si me parecía bien. Asentí.

—Está bien, entonces —asintió Jack, concluyendo la conversación—. Les daremos un poco de privacidad. Tenemos que ir a recibir a nuestros invitados. Salid cuando estéis preparados.

Dios, no estaba preparada para esto. Asentí sin decir nada y noté que Cassio hacía lo mismo. Luca y Jack se dirigieron a la salida del despacho, mientras mi madre se demoraba vacilante.

—Está bien, mamá —le aseguré.

Se acercó a mí y me envolvió en un abrazo.

—Lo siento, cariño. Nunca quise que te enteraras... de esta manera.

Tuve la sensación que quería decir que nunca quiso que me enterara, pero me guardé las palabras. Le devolví el abrazo. Era una buena madre y me quería, siempre estaba ahí para mí. ¿Quién era yo para juzgarla? Aunque decirme la verdad habría estado bien.

Dio un paso atrás y asentí. Luego inclinó la cabeza en dirección a Cassio y salió del despacho, dejándonos a los dos solos.

Me senté de nuevo en la silla. Cassio se sentó tranquilo, frente a mí, apenas a unos metros de distancia mientras yo acababa de recibir varias descargas de por vida. Hicieron falta menos de treinta minutos para que todo mi mundo se volviera del revés.

Nos miramos y el calor recorrió mi cuerpo, yendo peligrosamente hacia el sur. Jesús, esto no era saludable. Me ahogué en esos ojos castaños, un destello de algo familiar en ellos que me atrajo más y más profundamente.

La sien me palpitó y una imagen destelló en mi mente. *Un túnel oscuro, el sonido de balas en la distancia, un hombre corriendo conmigo en sus brazos. Su fresco aroma con algo oscuro y amaderado. Aroma a cedro.*

Parpadeé y miré fijamente a Cassio. ¡Ese aroma! Me resultaba familiar; podía olerlo ahora. No era la colonia de Jack. Un dolor agudo y punzante atravesó mi cráneo, haciendo que los ojos me lagrimearan por su intensidad. Me pellizqué la nariz y seguí frotándome la sien.

Cada vez que miraba a Cassio a los ojos, sentía un puñetazo en los pulmones y mi memoria se rebelaba. Exigía saber por qué hacía que mi mente se tambaleara.

Fruncí el ceño. ¡Qué apropiado! Hizo que mi mente y mi cuerpo se tambalearan mientras él parecía completamente indiferente. A Cassio no lo veía afectado, pero pensé que al hombre que llegué a conocer como Hunter sí lo habría estado. ¿Quizás? Tan malditamente confusa.

Se sentó despreocupadamente, con la chaqueta del traje desabrochada, revelando una funda de arma debajo de ella. No es que me sorprendiera, ya que era parte de la mafia. La mayoría de los hombres que trabajaban para Jack, incluido él, las llevaban a diario. Empezaría a llevar una, alrededor de mi muslo a partir de mañana. Al infierno, si me atrapan desprevenida y vulnerable.

Cielos, mi padre probablemente se estaba revolcando en su tumba al ver que había aceptado casarme con alguien de la mafia. ¡No sólo con alguien! Un miembro de la familia que lo mató.

Estudié el rostro de Cassio. Era extremadamente atractivo, con ese cabello negro azabache y esa piel dorada. Pero sus ojos eran lo que más me gustaba. Incluso conociendo quién era y que no debería gustarme nada de él, me encantaban sus ojos.

Apuesto a que, con esa cara y ese cuerpo, tenía a las mujeres lanzándose sobre él a la vuelta de cada esquina. Benito King no era un tipo mal parecido, aunque en mi opinión tenía mucho mejor aspecto muerto. Parece que a Cassio, al igual que a su padre, le gustaba el poder y construir un imperio. ¿O ya lo había construido y esta era su última pretensión al trono? Yo no formaba parte del mundo ni de los tratos de Jack, pero sabía lo suficiente como para que al conectar el nombre de Callahan con el de King, Cassio King hiciera honor a su apellido.

De alguna manera, descubrir que conectar su imperio con el de Callahan era el principal objetivo de Cassio me irritó. Y que fuera a casarse con Margaret me dejaba un sabor ligeramente amargo, sobre todo después de la noche que compartimos en Las Vegas y de las cosas que compartimos durante las últimas seis semanas a través de mensajes.

Sentí envidia. Y lo odié. Nunca he sido del tipo envidiosa, y ciertamente no debería importarme ningún miembro de la familia King. El único objetivo era destruirlos a todos. Sin embargo, ahora dudé.

—Me alegro de volver a verte, Áine —ronroneó con su voz profunda, sintiéndola como una suave caricia del viento. Un temblor recorrió mi cuerpo al pensar en él tocándome. *¡Mierda!*

Ahora que todo el mundo había salido del despacho, su rostro no era una máscara fría e inmóvil. Parecía más accesible, relajado. Descubrí que me gustaba relajado, a pesar de todo, lo cual era una locura.

Me estudió con tanta curiosidad como yo a él. Y ahí estaba esa sonrisa pecaminosamente arrogante. Como si supiera algo que yo no sabía. Toda mi valentía se desvaneció mientras nos mirábamos fijamente, esta química entre nosotros lo quemaba todo. La verdad era que quería explorar más esta atracción. Enemigo o no. Era lo que me había mantenido en pie durante las últimas seis semanas, y pensé que él también quería explorarlo. La cuestión era quién sería el vencedor al final.

—Entonces… —comencé, con la voz más ronca de lo que me gustaría.

—Así que —repitió con un pequeño movimiento de los labios. Tuve la sensación que este hombre rara vez sonreía.

—¿Cómo debo llamarte? —pregunté. Mejor empezar con preguntas fáciles—. ¿Hunter o Cassio? ¿O King? —añadí la última parte con sarcasmo.

—Solo mi madre me llamaba Hunter —respondió—. Puedes llamarme como quieras.

Oh, podría pensar en unas cuantas palabras creativas.

Me reí a mi pesar.

—Eso es dejar la puerta abierta a la interpretación. Lo sabes, ¿verdad? —No parecía preocupado—. Podría empezar por... gilipollas —añadí. Tuve que contenerme para no decir bombón. Buen Dios, tenía que ejercer algo de autocontrol.

Pero entonces sus palabras me golpearon. Dijo que solo su madre lo llamaba Hunter. Aunque la información sobre Cassio King era escasa, o inexistente, había un artículo que destacaba. Era sobre su madre, la hermosa Penelope DiMauro.

Entonces me di cuenta. Su madre, seguro que iba en contra de su hermano Marco por culpa de su madre. Recordé la foto de una hermosa mujer que acompañaba al artículo. Tenía una sonrisa triste en su rostro, un bebé en su brazo y sosteniendo la mano de un niño pequeño. No podía tener más de seis años, más o menos. Tenía que ser Cassio. El artículo decía que se suicidó, llevada a la locura.

—¿Cuántos años tienes? —pregunté cuando, en realidad, había preguntas más importantes que quería hacer.

—Cuarenta.

Mis labios se separaron en shock. Me sorprendió. No parecía tener cuarenta años. ¡Ni mucho menos!

—Hmmm —murmuré—. Es una diferencia de edad importante.

Aunque tampoco esperaba casarse conmigo, ¿verdad? *No soy su primera opción.* Ahí estaba de nuevo, el pequeño monstruo verde en mi corazón. Tal vez el problema fue que me dio una muestra de él y de lo delicioso que sería pecar con mi perfecto desconocido. Y desde ese día, me moría por volver a probarlo.

Si hubiera sabido quién era, ¿habría dejado que me tocara? ¿Tal vez prefería a las mujeres como mi prima y ahora estaba atrapado conmigo?

Margaret tenía veintiocho años. Incluso eso era una gran diferencia de edad. Pero entre él y yo, quince años... sí, era bastante significativo.

Sin embargo, a mi cuerpo le gustaba el toque de Cassio. El incidente en el ascensor de Las Vegas pasó por mi mente. Estaba en tal estado de pánico que su contacto me calmó, lo cual era extraño. Generalmente, cuando el pánico me golpea, es difícil hacerme retroceder. Mi madre nunca había sido capaz de hacerlo. Pero este hombre lo hizo casi sin esfuerzo.

—Tu padre mató a mi padre —solté.

—Lo siento. —Parecía sincero. Nuestra conversación telefónica pasó por mi mente, cuando habló que su padre había herido a las familias de sus mejores amigos—. Thomas Evans era un buen hombre. —Asentí. Fue un buen hombre. Se sacrificó mucho para luchar contra el crimen en el tráfico de carne—. Interceptó bastantes envíos de Benito. Así que Benito tomó represalias, en más de una forma.

¿De cuántas maneras? Quería saberlo todo. Sabía que Benito había perseguido a papá durante años hasta que finalmente lo atrapó. Una bala en el cráneo y mi padre pereció para siempre. Supe que Benito también recibió una bala, y no pude evitar pensar en la ironía. Tuvo lo que se merecía, y lo único que lamenté fue no haber sido yo quien le metiera una bala en el cráneo.

—¿Cuándo se supone que se celebre la boda? —pregunté con rudeza.

—Este fin de semana.

—¿No es eso un poco precipitado? —repliqué secamente—. Ambos se iban a comprometer hoy mismo.

—Esto está planeado hace tiempo.

Puse los ojos en blanco.

—Por supuesto. —Bueno, esto iba viento en popa—. ¿Y si tengo planes para el fin de semana? —*¡Y todos los demás por el resto de mi vida!*

—Supongo que ahora han cambiado —replicó con oscura diversión en su tono.

Es fácil para él decirlo. Llevaba una vida secreta y nadie, aparte de Margaret, lo sabía. Era la razón principal por la que insistía en tener mi propio apartamento. Me permitía entrar y salir cuando lo necesitaba sin explicaciones adicionales.

—Considerando que esto se me echó encima a última hora, la fecha debería cambiarse.

—No.

Simplemente no. Ninguna explicación. Nada. Solo haz lo que te digo. Sí, estaba loco si creía que así sería.

Me levanté de la silla, alisando las palmas de las manos sobre el vestido, y luego me dirigí a la puerta con la espalda rígida, pero antes de salir, lancé una mirada a Cassio por encima del hombro.

—Puedes haber ganado la batalla, Cassio King—le advertí—. Pero yo ganaré la guerra.

CAPÍTULO 26



Cassio

Apoyado en la pared, observé a Áine atender a los invitados durante nuestra cena de compromiso. Se negó a cambiarse. Como sea. Por mí, estaba bien. Elegiría sabiamente mis batallas con ella.

Con las manos en los bolsillos, observé su sonrisa y cómo prestaba la misma atención a cada invitado. La diplomacia estaba arraigada en ella desde una edad temprana. Creció en el centro de atención, gracias a la creciente carrera política de Thomas Evans hasta su prematura muerte.

Sería una esposa perfecta. Por la expresión de su rostro, nadie habría adivinado que este acuerdo se produjo con un cambio de última hora de novia.

Una novia falsa por una novia real, pensé con suficiencia.

Nadie lo sabía, excepto Luca, Nico y yo. Y Luciano, por supuesto. Me hubiera gustado que Nico y Bianca hubieran podido venir. Ella no se sentía bien, e imaginé que pensar en

estar rodeada de mafiosos no le sentaba bien a mi hermana ni a mi cuñado.

Mi hermana.

Jamás habría soñado con tener una. Sin embargo, aquí estaba y no podía ser más feliz. Ella era de la familia y con su educación fuera del inframundo, podría ayudarme con Áine. Tanto mi hermana como mis sobrinas pequeñas. Nadie podía resistirse a ellas. Incluso Alexei esbozaba una sonrisa con Hannah y Arianna cerca.

Áine mantuvo una sonrisa diplomática en su rostro, agradeciendo amablemente a todos los que se acercaron a felicitarla. Jack había anunciado antes a la audiencia de amigos y familiares cercanos, formada principalmente por irlandeses, que Áine era su hija biológica, y que no podía estar más orgulloso de ella. A pesar de todo, ella se tomó bien la noticia.

Aunque no me engañó su fácil aceptación. Mi instinto me decía que se opondría a mí en todo momento. Además, sus palabras de despedida al salir de la oficina de Jack no dejaban lugar a interpretaciones. Ciertamente tenía mi atención.

—¿Por qué estás tan sombrío? —Luciano estaba de pie a mi lado, dando un sorbo a su veneno favorito. Coñac. Jack se aseguró de tener uno especial solo para Luciano.

—No estoy triste. —Vi a Áine estrechar la mano de otro hombre, con Jack a su lado. Me quemaba, joder, ver a cualquier hombre tocándola. Era platónico, pero me importaba una mierda. Me daban ganas de cortar las manos de todos los hombres que se atrevieran a tocar esa suave piel.

Tal vez empezaría con Chad Stewart. Sí, eso me levantaría el ánimo seguro. Me desagradaba ese capullo. Un ardor irradiaba en mi pecho al pensar en él con mi mujer. Le

destrozaría su bonita cara y le rompería todos los huesos del cuerpo si mirara hacia ella.

Maldita sea, hijo de puta.

Era mejor que no pensara en él ahora mismo. De lo contrario, podría asustar a mi futura novia.

—¿Cómo está Grace? —pregunté a Luciano para cambiar de tema.

Instantáneamente pude sentir la facilidad de la postura de Luciano, de no me jodas.

—Está bien. Unos meses más y el bebé estará aquí. —Decir que Luciano y Grace tuvieron un comienzo difícil era un eufemismo. No esperaba que él la trajera a ella ni a su hijo. Si pudiera, los mantendría encerrados. Igual que mi cuñado. Afortunadamente, ni mi hermana ni Grace aceptaron ninguna mierda de sus maridos—. Probablemente debería avisarte.

Arqueé una ceja, esperando que continuara.

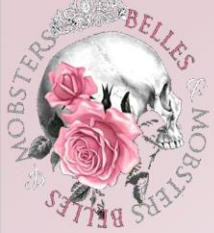
—Grace quiere que seas el padrino del bebé. Sabes que yo también, pero iba a dejarla elegir y te mencionó a ti.

Eso fue inesperado, sobre todo sabiendo lo que Benito le hizo pasar. Una fuerte emoción se arremolinó en mi pecho. La mujer de mi mejor amigo me confiaba su hijo no nacido. Joder, ¿me estaba convirtiendo en un blandengue?

Me aclaré la garganta para asegurarme que mi voz no reflejara ninguna de las emociones que en ese momento invadían mi corazón.

—Sería un honor. ¿Pero está segura? —pregunté.

—Debería elegirme a mí —comentó Luca, engullendo su bebida—. Soy mejor con los niños. Solo hay que preguntar a mis sobrinas. Y pronto tendré más para mimar también.



—Luca —gemí—. Joder, hermano, querían decírselo a todo el mundo, ellos mismos.

—Grace ya lo sabe —intervino Luciano—. Esas dos están investigando sobre guarderías y colores de pintura seguras para bebés.

—Será un festival de bebés durante los próximos años —murmuró Luca—. Me iré a la quiebra.

Los tres nos reímos. Con la última aventura de Luca en el negocio del petróleo, tardaría cien vidas de extravagancias para arruinarse.

Sentí la mirada de Áine sobre mí. Me atravesó, atrayendo mis ojos en su dirección.

—Cassio —nos saludó con una ligera inclinación en la mirada, como una reina saludando a sus súbditos. Su voz era suave, empapándome la piel hasta la ingle. Jesús, no podía esperar a llevármela a la cama de nuevo y tenerla como mía. Pero también había algo más.

Un destello de miedo en lo más profundo de mi pecho.

Todos sabíamos que no era bueno querer algo demasiado en nuestro mundo. Y el miedo a perder algo que tanto querías me fue inculcado desde muy joven. Después de todo, tenía un atormentador perfecto.

Mi padre.

Le gustaba llevárselo todo, comenzando por mi madre. Ahora se había ido, pero ciertas cosas no eran racionales. Cuando se trataba de Áine, la necesidad visceral de protegerla, de mantenerla conmigo a toda costa, me abrumaba. Un hambre de atarla a mí para siempre rugía en mi pecho y sangraba en mis venas. He esperado esto durante los últimos dos años y ahora que se acercaba el momento, la necesidad de hacerla mía

alimentaba mi obsesión. Por no hablar que su actuación paralela me estaba volviendo más paranoico.

—Luciano —saludó Jack a mi mejor amigo—. Áine, dejaré que tu esposo te presente.

La cabeza de Áine se abrió paso y las palabras salieron volando.

—No es mi esposo —gruñó molesta.

No pude evitar pensar en el día de la boda de Bianca, cuando mi hermana le escupió esas mismas palabras a Nico.

Callahan le acarició la mano cariñosamente.

—Lo sé. Pórtate bien, niña.

—Bueno, ya me conoces —trató Luca de suavizar la situación—. No tienes que sonreír para mí. Sé que quieres sacarme los ojos.

—Bueno, eso es un alivio —respondió en tono seco—. Al menos no tengo que fingir entonces.

Sus ojos se dirigieron a Luciano y el reconocimiento parpadeó en ellos. Lo recordaba del club nocturno de hace dos años. No es que Luciano fuera un tipo fácil de olvidar.

—Áine, este es Luciano Vitale. Un amigo cercano.

Ella extendió su mano.

—Sr. Vitale, me alegra verle de nuevo. —Su tono decía lo contrario.

Se rio.

—Por favor, llámame Luciano. El señor Vitale es mi padre.

Áine lo reconoció con una leve inclinación de cabeza, pero mantuvo su postura reservada.

—Espera. ¿Lo conoces de antes? —preguntó Jack.

Áine se encogió de hombros.

—No, no lo conocí. Lo vi hace unos años por casualidad.

La mirada que nos dirigió nos dijo a todos que mantuviéramos la boca cerrada. Encantadora, otra mujer que nos manda a todos. Aunque, esta la mantendría a mi lado hasta que la muerte nos separe.

Luciano debió captar el mensaje, porque respondió:

—Sí, no recuerdo exactamente dónde. En un club tal vez.

Jack puso los ojos en blanco.

—No me sorprende. A Margaret y Áine les gustaba la fiesta. —Su hija le lanzó una expresión molesta, pero no dijo nada—. ¿Cómo está tu esposa, Luciano? —preguntó Jack—. ¿He oído que está esperando otro hijo?

Vi a Chad Stewart en el momento en que entró en la sala. Apreté los dientes y toda la sala se desvaneció excepto *él*. El imbécil se atrevió a aparecer aquí y la sangre de mis venas ardió más. Tenía ganas de sacar mi arma y dispararle, aquí y ahora. Especialmente, considerando la información que me dio Nico.

—Ella está bien. Me acusa de alimentarla demasiado. —Observé distraídamente que Luciano respondía a Jack.

—Hablando de comer, me muero de hambre —murmuró Áine en voz baja.

—Vamos a comer entonces —anunció Luca—. Después de todo, eres una invitada de honor.

Áine lo fulminó con la mirada y abrió la boca para decir algo cuando se congeló. No tuve que preguntarme quién era el causante. Jack, Luciano y mi hermano siguieron su mirada.

—Oh, el fiscal del estado está aquí —anunció Luca lo evidente—. Me pregunto si le dispararán esta noche —murmuró en voz baja.

Chad divisó a Áine y caminó hacia nosotros. Sus ojos no se apartaban de mi prometida, con el cabello rubio cargado de gomina y una sonrisa falsa en su rostro. Si creía que le permitiría acercarse a mi mujer, era más idiota de lo que pensaba.

—Sr. Callahan —lo saludó Chad—. Debo admitir que me sorprendió que no me invitaran. El amigo de un amigo mencionó que había una fiesta de compromiso y no pude resistirme a venir. Espero que no le importe.

Sí, jodidamente me importaba.

—¿Y por qué estás aquí? —pregunté. Hice una señal a mis hombres que estaban fuera del salón de baile—. Creo que te dije una vez que te alejaras de ella.

Alcanzó la mano de Áine, pero antes que pudiera cogerla, lo agarré por la muñeca y se la retorcí para que no pudiera moverse—. No toques a mi esposa —gruñí.

Me di cuenta demasiado tarde que la había llamado esposa. Todavía no lo era. Esperé que llegara la corrección, sin apartar los ojos de la comadreja. Para mi sorpresa, Áine no dijo nada.

En cambio, el aire se aquietó y los ojos de todos se posaron en nosotros, observando la escena.

—Puedo saludar a una vieja amiga —intentó decir el canalla, pero su voz era demasiado chillona.

—No, no puedes —respondí con sorna—. No, a menos que estés dispuesto a que te corten la lengua.

La sangre en mis venas me quemaba al pensar en lo que este cabrón había tramado con Marco. Debería dispararle ahora y acabar con él para siempre.

—Demasiada gente —murmuró Luca. Debe haber leído mis pensamientos sanguinarios.

Así que tuve que conformarme con echarlo. Mis hombres se acercaron, y cuando intentó alcanzar la mano de Áine, lo aparté de un empujón.

—Sacadlo —ordené a mis hombres. Los ojos de Chad se desviaron hacia Áine, como si esperara que lo salvara—. También puedo sacarte los ojos —añadí con voz amenazante—. Me alegraría el puto día.

—Áine —intentó Chad, pero no llegó a terminar.

Mis hombres lo acompañaron a la salida de una manera no tan gentil. Tendría que ponerle seguridad a Áine. No confiaba en que Chad no pusiera sus sucias garras sobre ella. Al menos Marco no fingía ser un buen tipo. Este iba por ahí fingiendo que era mejor cuando en realidad era aún peor.

Una vez que se fue, me volví hacia mi futura esposa y encontré su rostro pálido como la muerte. Ella tragó con fuerza, y luego se encontró con mi mirada.

—¿Estás loco? —dijo en voz baja.

—Tal vez —admití—. Pero no tolero a los hombres que usan la fuerza con las mujeres y los niños.

—¿Qué quieres decir con eso, Cassio? —inquirió Jack. Al fin y al cabo, él prefería a Chad Steward para su hija, pero era solo porque no sabía que esa comadreja era tan buena como yo.

Su mirada se dirigió a su padre y luego a mí.

—Es el fiscal del estado. Ayuda a las víctimas —Áine lo defendió y los feos celos se deslizaron por mis venas—. La familia King utiliza la fuerza con las mujeres y los niños.

—No todos —gruñó Luca, dando un paso hacia ella, pero lo retuve.

Hubo algunas palabras que quise decir yo mismo, pero apreté los labios con fuerza. No era el momento ni el lugar.

—¿Cassio? —Jack volvió a preguntar.

—Te enviaré información —le dije secamente—. Asignaré un guardia para Áine. —Era una cuestión discutible ya que ella ya tenía uno. No necesitaba saberlo—. Sé que tienes el tuyo propio. No quiero que Chad Stewart se acerque a ella.

Jack asintió con la cabeza y eso fue todo. A Áine se le escapó una risa estrangulada y sus ojos se movieron entre su padre, Luciano, Luca y yo.

—¿Qué? ¿No puedo opinar? —desafió ella—. ¿Quieres decidir cuándo son mis descansos para ir al baño?

—Puedes decidir sobre tus propios descansos en el baño —declaré—. Pero en el asunto de Chad Stewart, no. No tienes nada que decir. —Su seguridad no era negociable para mí.

Se mordió el labio y entrecerró los ojos hacia mí.

—Lo que sea que envíes en términos de información, Cassio King, yo también lo quiero.

Se alejó de mí sin mirar atrás, con la espalda erguida.

—Hombre, este matrimonio va a ser increíble —Luciano rompió el silencio—. ¿No te dije que las pelirrojas son problemáticas, Cassio?

Levanté mi dedo corazón. Callahan permaneció en su sitio, con el ceño fruncido.

—¿Qué es esa información, Cassio? —inquirió Jack—. No quiero que Áine se vea mezclada en algo peligroso.

Callahan ni siquiera se dio cuenta que ya lo estaba. Entre la subasta de Bellas y la dirección de The Rose Rescue, estaba en peligro todo el tiempo. Tendría que hablar de The Rose Rescue con ella, y si necesitaba ayuda, la ayudaría. Pero no pondría su vida en riesgo de esa manera.

—Nuestro prestigioso fiscal del Estado está trabajando con Marco —le dije. No hubo necesidad de profundizar. Su expresión se ensombreció—. Callahan, es mío —gruñí como advertencia.

—Hazlo jodidamente rápido, Cassio —gruñó Jack—. Si no, acabaré con él.

Se alejó de nosotros y se dirigió directamente a su esposa. Se decía que lo compartía todo con ella. Me lo creí, aunque era ligeramente irónico que una mujer que una vez apoyó a un primer ministro ahora apoyara al jefe de la mafia irlandesa.

No podía culparlo. Esas imágenes de la chica golpeada estaban grabadas a fuego en mi mente. No podía ni imaginar el impacto que tuvo en ella.

Diez minutos más tarde, finalmente nos sentamos para una cena formal tardía, siendo casi las nueve de la noche.

Un pequeño gemido salió de sus labios mientras sus ojos buscaban al camarero, dándose cuenta que no estaba a la vista. Se sentó erguida, con el labio inferior entre los dientes. Era como si se debatiera sobre cómo conseguir su comida más rápido.

Estaba preciosa, a pesar de seguir llevando su vestido de ejecutiva. El vestido crema era elegante, pero resaltaba perfectamente su figura. Fuerte y delgada. Y su cabello. Jesús,

incluso recogido en una coleta reflejaba las luces, y era como ver brasas de fuego bailando en su cabello. Sus brazos y hombros delgados se mostraban en todo su esplendor después que se deshiciera de la chaqueta que hacía juego con el vestido. No era exactamente un vestido para una cena de compromiso, pero ¿cómo iba a saber que se iba a comprometer?

No me habría importado menos que llevara vaqueros. Solo ***la*** quería.

El anillo en su dedo encajaba perfectamente. Cuando tomé sus fríos dedos entre los míos y deslicé el anillo de compromiso en él, dijo con sarcasmo que era bueno que ella y Margaret llevaran la misma talla de anillo. No era así, pero ella no necesitaba saberlo.

Le hice señas a un camarero desde el otro lado de la habitación.

—Mi prometida tiene hambre —le dije. Áine se puso rígida ante el título—. Asegúrate que tenga su cena primero. —Sus ojos azules como el océano se dirigieron a mí y un rubor coloreó sus mejillas. Antes que tuviera la oportunidad de decir algo más, le pregunté—. ¿Qué te apetece?

Por un instante, pensé que discutiría conmigo, pero debía de tener más hambre que ganas de discutir.

—Comida —murmuró—. Cualquier cosa. Pero no hígado. Puaj, hígado no. Pero, por favor, no tardes mucho. Estoy dispuesta a masticar mi brazo.

Luca se rio al escuchar sus palabras.

—¿Tienes mucha hambre? —Solo estábamos los tres sentados en nuestra mesa redonda. Luciano volvió a casa. Echando de menos a su mujer, sin duda. Se suponía que Margaret debía estar sentada en nuestra mesa también, pero

desapareció, lo cual me pareció bien; aunque me sorprendió que no se quedara por su prima. Esas dos eran muy amigas.

Observé a mi futura esposa mientras hacía su petición. ¿Podríamos esta mujer y yo tener un matrimonio decente y feliz? Mi hermana y Nico se encontraban definitivamente en un estado felicidad a pesar del duro comienzo. Al menos eso era lo que parecía. Bianca dejó claro que agradecía a Luca y a mí la oferta de eliminar a su marido si le daba disgustos, pero se quedaba con él. Ella lo amaba, y me alegraba por ambos. Luciano y Grace encontraron su punto medio y solucionaron sus problemas.

Joder, yo quería lo mismo. Y las palabras de Bianca de obligar a mi novia a pasar por el altar resonaban en mis oídos. La verdad era que no quería obligar a Áine a pasar por el altar, pero tampoco quería esperar años.

—No almorcé mucho —admitió Áine con reticencia, una vez que el camarero abandonó nuestra mesa.

—Nunca debes saltarte una comida —le dijo Luca—. Nunca se sabe cuándo viene la siguiente.

La irritación apareció en su rostro, pero la ocultó rápidamente.

—Hmmm-mm.

—¿Entonces, ¿eres arquitecto? —inquirió Luca, tratando de hacerla hablar—. Tu padre mencionó que estás trabajando en un gran proyecto.

Se encogió de hombros.

—Él cree que todos los proyectos en los que trabajo, son un gran proyecto. —Luego, al darse cuenta que se refería a Jack Callahan como su padre, continuó—. Y es Jack. Solo Jack.

—Está orgulloso —le dije. Era cierto. El orgullo en los ojos de Jack era difícil de ignorar cuando observaba a su hija.

El día en que la llevé al avión desde la misión de rescate parecía haber pasado hace siglos, habían sucedido tantas cosas desde entonces. Tuve la sospecha que Jack era el padre de Áine desde el momento en que me di cuenta que no la estaba utilizando para obtener un favor del primer ministro. Pero fueron sus acciones las que lo confirmaron. La forma en que miraba a Áine lo delataba. Había orgullo, amor incondicional y devoción en sus ojos cada vez que hablaba con Áine. Ella y su madre eran lo más valioso de este mundo y él lo daría todo por ellas. Me sorprendió que nadie más pudiera ver la conexión entre padre e hija. Era tan obvio, pero todo el mundo pareció ignorarlo durante años.

Eso estuvo bien para mí. Su ceguera, mi ganancia. Guardé esa información junto con la deuda que tenía conmigo para el momento oportuno. La noche en que Áine se cruzó conmigo en mi club nocturno hace dos años, supe cómo quería el pago de Jack. En la forma de su hija.

—¿Cómo va el proyecto de diseño? —pregunté, aunque ya lo sabía. Era el dueño de la empresa y ella consiguió ese proyecto por diseño. Confié en ella para hacer el trabajo, y sabía que le encantaba ese proyecto por lo poco que hablábamos por mensajes de texto.

Ella estaba trabajando en el Skyrise[9], un proyecto que se convertiría en un refugio seguro para mujeres que fueron víctimas del tráfico sexual. Era apropiado que trabajara en una resolución que causaron mi padre y mi hermano Marco. La mayor parte del tráfico de personas de los últimos treinta años

[9] Rascacielos.

fue iniciada por la familia King. Obviamente, ella lo sabía, considerando el odio que les profesaba a ellos... a nosotros.

—Va bien —respondió sin dar más detalles. Al parecer, Áine no sería el tipo de mujer que lo revelara todo o que incluso ofreciera información. Al menos no hasta que llegáramos a un punto intermedio. Ella podría guardar rencor durante un tiempo por omitir toda la verdad—. ¿A qué se dedican ambos? ¿Exportación e importación? ¿Además de clubes nocturnos, hoteles y casinos? Eso debe ser extenuante.

Ah, así que recordaba todas nuestras conversaciones. Sus últimas palabras tenían un matiz sarcástico, sin que la sonrisa de su rostro revelaba nada de ello. Pero la burla estaba inequívocamente ahí. Era obvio que Callahan no la informaba de sus propios asuntos, así que seguramente no instruiría a su hija sobre mis negocios. Aunque Áine era inteligente. Si averiguó los asuntos de su padre, también sabría cosas de los nuestros. Además, era obvio que había aversión ahí. Su disgusto y su ira fueron inconfundibles una vez que supo quién era yo.

—Algo así —le respondí, en un tono de burla similar.

La comida llegó y ella no se molestó en esperarnos. Colocando una servilleta en su regazo, se puso a comer.

El primer bocado, hizo que cerrara sus ojos, con una expresión era de pura felicidad. El gemido que salió de los labios de Áine fue directo a mi ingle. Sus ruiditos reflejaban los sueños húmedos de un adolescente. Había esperado demasiado tiempo para esto, para hacerla mía. No había razón para esperar. Quería a Áine como mi esposa. ¡Hoy!

—Lo siento —murmuró, en el momento en que masticó su comida y tragó. Igual que se tragó mi semen cuando me la chupó en Las Vegas. Sí, tenía que controlarme. Aparté

firmemente de mi mente los pensamientos inapropiados sobre mi prometida. Aunque mi mente lo consiguió, mi polla no cooperó del todo—. Esto es tan malditamente bueno. Y estoy tan hambrienta.

Mi hermano se rio. Era extraño oírlo reír dos veces en cuestión de minutos. Normalmente no se reía con extraños, aunque ella técnicamente no era una extraña.

—No te disculpes. Es agradable ver a una mujer disfrutar de su comida.

Se limitó a asentir con la cabeza y siguió comiendo. Fue bueno que mantuviera un chef personal en mi plantilla. Él se encargaría de alimentarla con sus platos favoritos. A pesar de su complexión delgada, le gustaba comer. Y con la misma rapidez con la que empezó, terminó.

—Si doy un bocado más —sonrió—, explotaré. Ya he terminado.

—No, no lo hiciste —le dije—. ¿No te enseñó tu madre a terminar la cena?

Puso los ojos en blanco.

—Primero, no vas a dictar ningún área de mi vida. Así que será mejor que dejes que te detengas antes que vaya demasiado lejos. Y en segundo lugar, sí, madre intentó *sin éxito*, obligarme a terminar la cena en numerosas ocasiones. Y pasé muchas cenas sentada durante horas, aburrida como una ostra, porque no era capaz de meterme otro bocado en la boca. —Exhaló, con un suspiro de satisfacción—. Cuando he terminado, he terminado. Prácticamente se aplica a todos los aspectos de mi vida. Toma nota, Cassio King. Así que sí, no hay más comida para mí esta noche.

Su pequeña, o gran, indirecta no se me escapó. Era otra cosa que teníamos en común. Madrugar para entrenar y dar a la gente solo una oportunidad en la vida. Solo espero no haber desperdiciado mi oportunidad con ella.

Sonó el timbre de un teléfono y los tres miramos nuestros móviles. Áine frunció las cejas. Silenció su teléfono, pero apenas pasó un segundo y comenzó a sonar de nuevo.

—No te preocupes por nosotros. Si es urgente, contesta —le ofrecí.

Con un movimiento de cabeza, se levantó rápidamente y se alejó de nosotros para salir al pasillo.

—Es obstinada —murmuró Luca cuando desapareció de nuestra vista—. Y probablemente acostumbrada a salirse con la suya.

Sí, probablemente.

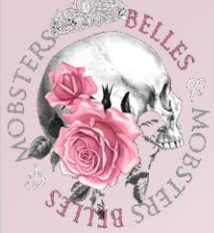
—Y tú también —continuó con sarcasmo—. Esto debería terminar bien.

Cogí mi vaso de whisky y me lo bebí. Luca y su boca serían mi muerte.

—Es decir, mira a Nico con nuestra hermana —continuó. Áine volvió en ese momento y su cabeza se dirigió a Luca. Interiormente, gemí. A veces deseaba que Luca mantuviera la boca cerrada.

—¿Tienes una hermana? —cuestionó, con su delicada ceja fruncida y la mirada recorriendo entre Luca y yo.

No me sorprendió escuchar que nos buscó. Gracias a Dios que no tenía a alguien con las habilidades de Nico en su equipo. De lo contrario, sería letal.



—Lo hemos descubierto hace poco. —dije—. Su madre la mantuvo protegida. Te agradecería que no lo menciones todavía. No quiero que nadie se haga una idea. Está casada y su marido no verá con buenos ojos que alguien amenace a ella y sus hijas. Y nosotros tampoco. Me importa mucho mi familia.

Sorprendentemente, Áine asintió sin dudar.

—No diré nada —prometió mientras me observaba pensativa, como si estuviera catalogando cada cosa que aprendía de mí.

—Gracias —le dije. Miré mi reloj y anoté la hora—. Tengo que irme. Mañana pasaré por tu trabajo y almorzaremos.

Ella levantó una ceja.

—¿Eso es una orden?

Mi labio se curvó.

—No.

—Bien. Lo pensaré. —Sus ojos recorrieron la habitación y vio a Margaret—. Bueno, que tengan una buena noche los dos.

Se levantó y se alejó de nosotros sin mirar atrás. Aparentemente todo lo que necesitó fue saber mi apellido para ser rechazado por Áine. ¡Muy apropiado!

—Bueno, parecéis unos perfectos tortolitos —murmuró Luca en voz baja—. Apuesto a que ya no puede vivir sin ti.

Me levanté y tiré de las mangas de mi chaqueta de traje.

—¿Luca?

—¿Si?

—Cállate.

CAPÍTULO 27



Aline

La tensión fue disminuyendo a medida que avanzaba la noche. Mi mente comenzó a reconciliar lentamente a Hunter y a Cassio. El hombre con el que había estado hablando durante las últimas seis semanas aparecía de vez en cuando. En su atención a mi hambre. En su petición de mantener la información sobre su hermana en privado.

Santa mierda. Benito King tenía una hija. Estaba empezando a ver capas y capas de Cassio y Luca King. Y odiaba admitirlo, pero me hizo cuestionar si esos hermanos se parecían en algo a su padre y a su hermano Marco. Tenía que andar con cuidado.

Mientras avanzaba por el gran salón de baile, algunas señoras me paraban y me pedían ver mi anillo de compromiso. Les sonreía, mis mejillas dolían de tanto sonreír, al tiempo que ofrecía mi mano con el anillo.

Sabía que Cassio seguía por aquí, podía sentir sus ojos sobre mí mientras me movía por el salón, quemándome la

espalda. Casi sentía como si me estuviera protegiendo. Parecía ferozmente protector con lo que era suyo, y no me cabía duda que ahora *me* consideraba suya. Lo más inquietante era que a mi cuerpo no le importaba, aunque mi mente seguía debatiéndose. El incidente anterior con Chad pasó por mi mente cuando prácticamente saboreé la furia de Cassio en el aire.

Vi a Margaret junto a la puerta que daba a la terraza y me acerqué sigilosamente a ella.

—¿Me estás evitando? —susurré.

Se giró. Nuestras miradas se cruzaron y la expresión de su rostro confirmó mi sospecha. No había podido hablar con ella en toda la noche porque me había estado evitando activamente.

—Lo siento —habló en voz baja para que nadie pudiera oírnos.

—No lo sientas —susurré—. Me voy a casa. ¿Quieres que me quede a dormir?

—¿Todavía quieres quedarte a dormir conmigo, incluso después de lo que he hecho? —Sus ojos, tan parecidos a los míos, brillaron de arrepentimiento.

—Por supuesto —le dije, tomando su mano—. Eres mi mejor amiga. Ningún miembro de la familia King se interpondrá entre nosotras.

Una lágrima se deslizó por su rostro y la atraje hacia mis brazos.

—Estúpidas hormonas —murmuró, sorbiendo.

—Creo que es increíble que pueda ser tía —admití en voz baja.

—¡Y somos parientes de sangre! —Se apartó, con incredulidad en sus ojos—. Todavía no puedo creerlo; aunque no debería sorprenderme.

Me encogí de hombros. La noche había transcurrido de forma imprevista y necesitaba tiempo para procesarlo todo. Y saber que Jack Callahan era mi padre... Bueno, necesitaría un tiempo para procesar esa revelación.

Los ojos de Margaret viajaron detrás de mí, y no necesité girarme para saber quién estaba allí. La parte posterior de mi cuello se estremeció y una sensación abrasadora recorrió mi columna. La reacción de mi cuerpo ante Cassio era lo más peculiar que había experimentado nunca. Normalmente sentía repulsión y necesidad de poner distancia con hombres que no fueran de la familia. Pero con él, no existía nada de eso. Desde el momento en que me encontré con él por primera vez en el club Temptation y luego en Las Vegas, me sentí cómoda a su lado. De hecho, en el fondo, confiaba en él, lo que contradecía directamente a mi cerebro.

No estaba muy segura de si eso era normal. ¡O bueno!

Lentamente me di la vuelta y mi estómago se apretó. Estaba demasiado cerca. Había medio metro entre nosotros y casi podía sentir su calor y la forma en que recordaba su duro cuerpo presionando contra el mío. Los latidos de mi corazón se agitaron y casi puse mi mano sobre el corazón ante una reacción tan fuerte.

—Cassio. —Forcé una sonrisa en mis labios—. Creía que te ibas para ocuparte de tus asuntos.

Me miró con complicidad y un lado de su boca se levantó en una media sonrisa.

—Me voy, pero no sin una despedida adecuada.

Tomó mi mano entre las suyas y mi corazón se agitó. Me quedé mirando fascinada mientras veía en cámara lenta cómo su mano tatuada llevaba la mía a sus labios. No debería permitir que me tocara, sabiendo que era el hijo de Benito King. Sin embargo, no hice nada para impedirlo. De hecho, ansiaba su toque.

Miré fijamente su boca y un calor invadió mi estómago. Su expresión fría y oscura se clavó en mí, esperando que dijera algo, pero todo lo que pude hacer fue mirar fijamente con anticipación. ¿Por qué mi cuerpo no enloquecía con él? Ahora que sabía que era parte de la familia King, debería sentir repulsión. Sin embargo, no lo estaba.

Sus labios carnosos estaban apenas a un centímetro de mis nudillos y un mínimo parpadeo pasó por su mirada. ¿Era un desafío? ¿O un deseo? Sus labios tocaron mi piel y el calor se extendió por mis venas como un infierno.

Era incluso mejor de lo que recordaba, y apenas fue un roce. Suave, cálido y adormecedor. Cada centímetro de mi piel ardía y el impulso de retirar mi mano con repulsión nunca llegó. Incluso sabiendo su nombre. Ansiaba volver a sentir sus labios, refrescar mi memoria de su toque. Lo deseaba.

Se siente seguro, me di cuenta.

Me soltó la mano y casi sentí que perdía un ancla. Su mirada provocó una sensación de ardor en mi torrente sanguíneo, y me pregunté si podía ver el fuerte impacto que tenía en mí.

Tenía tantas preguntas, y sin embargo, si exigía llevarme a una habitación ahora mismo, me temía que iría. Más que gustosamente.

—Te veré mañana, Áine —dijo Cassio, diciéndome sin palabras que no se dejaría disuadir fácilmente de la cita para almorzar que había fijado. No era difícil adivinar que Cassio King conseguía lo que se proponía y su mente estaba puesta en almorzar conmigo.

—Buenas noches —murmuré.

Solo lucha las batallas que vale la pena ganar, la voz de Jack resonó en mi cerebro. Supongo que era bueno que mi padrastro... no, mi padre fuera un mafioso y aprendiera bastantes cosas de él desde que mi madre se casó con él. Puede que no me involucrara en ninguno de sus negocios, pero aprendí un par de cosas.

Cada movimiento que hiciera y las palabras que pronunciara serían utilizadas sabiamente. Con el propósito que el imperio King se desmoronara hasta las cenizas. Si Cassio y Luca eran parte de ese imperio, se desmoronarían.

Si no lo eran... Bueno, entonces estaría casada con Cassio King hasta que la muerte nos separe. Y de alguna manera ese pensamiento no me repugnaba en absoluto.

Observé su espalda mientras se alejaba de mí y tuve que admitir que era igualmente atractiva como su frente. *Espalda sexy* gritó mi cerebro, junto con las notas de la canción del mismo nombre, y mentalmente me golpeé la frente. A este paso, necesitaría al Dr. Taylor para algo más que mis pesadillas.

Volviendo mi atención a mi prima, la encontré mirándome.

—¿Qué? —pregunté un poco molesta.

Sus labios se curvaron en una sonrisa.

—Nada. Estoy preparada para irme a dormir

Treinta minutos después, Margaret y yo entramos en el vestíbulo de mi edificio de cristal en el corazón de Nueva York. Todo el edificio estaba construido con ventanas. Hace dos años, cuando pasé por primera vez por este edificio, me impresionó.

En cuanto entré en el vestíbulo, me quedé asombrada, pero una vez que entré en el apartamento, decidí que quería quedarme aquí para siempre. Me encantaba mi apartamento y, aunque no tenía idea quién era el dueño del edificio, solamente vivían unos pocos inquilinos. Todos nos conocíamos y, aunque todo el mundo era amable, éramos muy reservados.

Había discutido con mamá y Jack desde mi último año de universidad sobre la posibilidad de mudarme y vivir sola. Ninguna ciudad, ningún barrio, ningún edificio era demasiado seguro.

Bueno, este lo era. Fue como si alguien lo hubiera diseñado solo para mí. La seguridad del edificio era estricta, cada ventana del edificio era a prueba de balas y los visitantes eran controlados. Y cuando digo examinados, me refiero a comprobación de antecedentes, pasar por un detector de metales y a todas esas locuras. Pero funcionaba. Jack y mamá finalmente, aunque a desgana, aceptaron que me mudase de su mansión.

—Hola Sr. Maurizio —saludé al portero una vez en el vestíbulo. Desde que vivía aquí, no hubo un día que no trabajara. Era mayor, de unos cincuenta años, y muy agradable. Sus cálidos ojos marrones y su sonrisa siempre dispuesta lo hacían parecer muy amable, aunque estaba segura que también podría ser mortal. Siempre llevaba un traje y una funda con su

arma. Al principio, me pareció extraño y ligeramente desagradable, pero me acostumbré. Teniendo en cuenta todos los delitos que se cometen en la ciudad, tenía sentido que fuera armado.

—Señorita Evans. —Inclinó la cabeza—. ¿Cómo está esta noche?

Me encantaba oír su acento italiano. Era suave y agradable al oído. Recordé la primera vez que Jack y mamá vinieron a visitarme. De entrada, a Jack no le entusiasmaba la idea que me mudara, y cuando escuchó el acento del señor Maurizio, se opuso rotundamente. Fue necesario que mi madre lo calmara.

—Bien, gracias.

El propietario del edificio era privado, y nunca lo vimos, pero ocupaba toda la última planta de este edificio. Mi apartamento estaba justo debajo de él. Ignorando el ascensor, me dirigí a la escalera.

—Escaleras de nuevo, por lo que veo —murmuró Margaret detrás de mí.

—Siempre —respondimos el Sr. Maurizio y yo al mismo tiempo, y luego compartimos una mirada.

Subiendo las escaleras, de dos en dos, llegamos a mi piso.

—Sabes —respiró pesadamente Margaret detrás de mí—. No podré subir las escaleras cuando esté redonda como una calabaza.

Me reí. Tenía razón, por supuesto. Tendría que pensar en algo. O ella tomaría el ascensor con el bebé mientras yo subía las escaleras. Lo que sea que funcione. Una vez en mi piso, introduje el código y entré en mi pedacito de cielo. Siempre era lo mismo. Su belleza era fascinante. Se sentía como un hogar, acogedor y *mío*. Simplemente mío. Era mi santuario.

Atravesé los suelos de madera hacia la cocina. En el lado opuesto del salón se extendía una pared de cristal con las vistas de la ciudad. Las vistas me dejaban atónita cada vez que las contemplaba, y no pude evitar dirigir una mirada hacia ella. El ajetreo de la ciudad era evidente, sabiendo que sería ruidoso, pero aquí no se escuchaba nada del bullicio de la ciudad.

Me dirigí a la cocina con sus encimeras de granito y sus electrodomésticos de calidad profesional. A decir verdad, con mi horario de trabajo y mi pequeño negocio paralelo para eliminar el tráfico, apenas tenía tiempo para la vida doméstica. Aunque disfrutaba mucho cocinando.

El suelo de madera noble recorría todo el apartamento, incluidos los tres dormitorios de invitados y los baños. El salón tenía una chimenea de ladrillos, dando una sensación acogedora. Los muebles eran en su mayoría blancos, a excepción de mi dormitorio, que tenía madera de caoba, haciendo juego con la madera noble, aunque toda la ropa de cama era blanca.

—¿Quieres un poco de zumo? —pregunté a Margaret mientras me servía un vaso de vino blanco.

Ella gimió.

—Esta es la primera ofrenda de zumo en lugar de vino.

—Pero es por una buena razón —ofrecí con una sonrisa. Cogió el vaso de su zumo mientras me sentaba a su lado en el sofá—. Vaya noche, ¿eh?

Todavía no estaba segura de cómo me sentía respecto al secreto familiar. Era un secreto que nunca deberían haberme ocultado. ¿Y por qué mi padre... hmmm, Thomas, estuvo de acuerdo con la crianza del hijo de otra persona? Este último descubrimiento era inquietante y no sabía cómo procesarlo.

Tomé un sorbo de vino y por fin sentí que empezaba a relajarme. Este lugar era mi zen, uno de los únicos sitios en los que podía relajarme y sentirme segura. Aunque ni siquiera mi apartamento mantenía las pesadillas a raya.

Margaret dio un sorbo a su zumo, con la mirada distante. La noticia de su embarazo fue una sorpresa. Siempre dijo que los niños no eran lo suyo. Sin embargo, aquí estábamos.

—Todo es culpa mía —murmuró Margaret sin venir a cuento—. Me quedé embarazada y ahora tienes que pagar el precio.

Acomodé las piernas por debajo, saqué dos mantas del reposabrazos y le ofrecí una. Era mediados de abril y las noches seguían siendo frías. Estaba deseando que llegara el calor, aunque la humedad de esta ciudad no era nada deseable.

—Lo siento mucho —añadió Margaret en voz baja.

—No te disculpes. —No era correcto que ninguna de las dos se viera obligada a hacer esto. Jack estaba loco si pensaba que algo de esto era lo correcto. Además, tenía una historia con Hunter... ummm, Cassio. ¡Maldita sea, no estoy segura de cómo debería llamarlo!

—Fui estúpida e imprudente. Me quedé embarazada y ahora tú...

—En realidad, la culpa es de ellos —repliqué secamente—. Tu tío es... —Hice una mueca de disgusto ante el título, porque me llevaría algún tiempo acostumbrarme a la idea que Callahan era mi padre—. De Callahan y Cassio King. Por hacer planes que no tenían derecho a hacer.

Casarse con Cassio debería sentirse como un error. Un grave error. Las personas deberían casarse por amor, no por formar alianzas. Y sería una tonta si no admitiera sentirme

molesta que Cassio tuviera un acuerdo para casarse con Margaret. Sin embargo, me llevó a la cama. Me molestaba ***mucho***. Aunque, en algún lugar profundo, a una parte de mí no le importaba casarse con él.

¿Tenía sentido? Joder, no. ¿Tenía sentido que fuera virgen hasta hace poco? De nuevo, jodidamente, no. Pero ahí estaba y nos enfrentaríamos a ello. Podíamos superarlo todo y cualquier cosa, excepto una. *Marco King*.

Mi teléfono emitió un pitido sobresaltándome y rápidamente lo alcancé. Mi corazón dio un salto al ver que era de Hunter y luego subió a mi garganta. Todos los años de terror y repulsión se borraron con un solo texto. Daba miedo la facilidad con la que ese tipo me impactaba.

Abrí el mensaje y lo leí.

***Quiero hablar contigo.**

Mi corazón bailó en mi pecho. Maravilloso, esto sería adorable si todavía fuera una adolescente. ¡Pero un culo crecido! Ya, no tanto.

Le contesté.

***Acerca de...**

A mi pesar, la comisura de mi labio se levantó. Él sabría que esta era mi respuesta malhumorada. Al fin y al cabo, llevamos mucho tiempo enviando mensajes de texto y él había captado mis pequeños rasgos. Cuanto más corto era el mensaje, peor era mi estado de ánimo.

***Dos años atrás, Las Vegas, matrimonio, nosotros. Elige.**

Está bien, él tenía razón. Deberíamos hablar. Ir a este *acuerdo* con la mente clara. Después de todo, faltaban apenas tres días para la boda. No podía entender la prisa. El anuncio del compromiso y la boda, ambos en la misma semana.

A pesar de la forma loca en que mi cuerpo reaccionaba ante él, sabía que necesitaba recuperar la razón y el sentido común. Simplemente me casaría con el hijo del hombre que mató a mi padre. Sí, Benito estaba muerto, pero el negocio del tráfico no terminó con su muerte. Independientemente de lo atractivo que fuera Cassio o de lo bien que me hiciera sentir. Pero... sí, siempre había un pero. La conversación telefónica seguía saltando a mi mente. Si sus palabras eran un indicio, no le importaba su padre y cargaba con la culpa por el daño que había causado.

Y no podíamos descartar que el sexo con Hunter era increíble. No, no tenía ninguna otra experiencia con la que compararlo, y aún dejando eso de lado, la forma en que aseguraba mi placer, la forma en que leía mi cuerpo incluso antes que yo supiera lo que este decía. Hunter era perfecto para mí en ese sentido.

Hunter. Cassio. Cassio. Hunter. King.

De alguna manera, el nombre le encajaba.

—¿Todo bien? —La voz de Margaret me sobresaltó. Me perdí tanto en mis pensamientos que olvidé que estaba aquí. Eso era lo mucho que me sacudía ese hombre.

—Sí, todo va bien —le dije rápidamente y escribí un mensaje de vuelta.

***Mañana. Exigiste el almuerzo. Saca lo mejor de ello.**

Seguiría con la farsa del matrimonio, hundiría el comercio de tráfico de los King y tendría una tonelada de sexo de mierda. No tendría problemas en ese aspecto con Cassio King.

Genial, todo arreglado.

Dos por uno. *Mírame haciendo varias cosas a la vez*, pensé con ironía. Solo necesitaba animadoras detrás de mí. Dame un sobresaliente... el cántico rimado sonaba en mi mente.

Con mi decisión tomada, volví a prestar atención a mi prima.

—No puedes ayudar más en la agencia —le dije—. Tienes que cuidar de ti y del bebé.

Sus hombros se cuadraron y se sentó bruscamente, con la agitación escrita en su rostro.

—No soy una inválida.

—Lo sé. Pero ambas sabemos que no puedes luchar en tu estado. No es seguro para ti ni para el bebé. —Sonreí para aligerar el golpe—. Estoy deseando mimar a mi sobrina o sobrino.

Se frotó la mano sobre su vientre plano y luego sus ojos se dirigieron a los míos. Margaret sabía que no era posible. Simplemente no le gustaba que le dijeran que hacer. Su mirada se acercó a la mía.

—¿No me vas a preguntar? —Nuestras miradas se encontraron. Sabía lo que estaba pidiendo. Esperaba que le preguntara quién era el padre del bebé. No quería que se sintiera obligada a decírmelo. Ciertas cosas eran personales y el padre del bebé era ciertamente personal. Si no, me lo habría dicho.

—No —respondí.

—¿No quieres saberlo?

Levanté la ceja.

—¿Quieres contarlo?

Un fuerte suspiro salió de sus labios.

—Quiero decírtelo porque me siento culpable.

Me encogí de hombros.

—No me digas quién es el padre. Probablemente sea mejor que lo mantengas en secreto por ahora, para que Jack no mate al pobre. —Sabía que el mismo pensamiento cruzó su mente. No solo estaba protegiendo a su bebé, sino también al padre del mismo. Además, tal vez estaba aliviando mi propia conciencia también. Me acosté con el prometido de Margaret. Aunque sin saberlo. No hizo nada para aliviar la culpa.

—Áine, la verdad es que —comenzó en voz baja—, no sé quién es el padre.

Arrugué las cejas.

—¿Qué quieres decir?

Pasó ambas manos por su espesa melena oscura.

—Fui a una fiesta de máscaras de la que escuché hablar mientras estábamos en Las Vegas. Me enrollé con un tipo allí. Llevaba una máscara todo el tiempo. —Me quedé con la boca desencajada. No era lo que esperaba. Pensé que estaba protegiendo al padre—. No tengo idea quién es el padre.

—Oh.

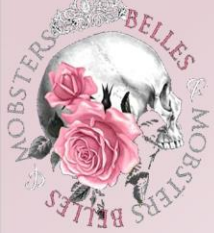
Bueno, ¡joder! Aunque no la juzgaría. El bebé sería querido por todos. Los hermanos de Margaret, yo misma, mis padres. Todos mimaríamos al bebé.

Se cubrió la cara de vergüenza e inmediatamente me incliné hacia delante.

—Oye —murmuré, despegándolos.

—Estoy muy avergonzada —refunfuñó.

—No te atrevas —le dije—. No hay nada de qué avergonzarse. ¿Hiciste daño a alguien? No, no lo has hecho. —



La abracé—. Serás una madre maravillosa. Y mimaremos a ese bebé de la mejor manera posible. Con o sin padre. Tú y ese bebé *seréis* felices. Tenéis todo el derecho a ser felices.

—¿Y tú no? —me desafió, sorbiendo—. Tú también deberías casarte por amor y ser feliz.

Pensé en Cassio King. Hace dos años, me fascinó el hecho que el toque de un hombre no me hiciera entrar en una espiral de pánico. En el momento en que nuestras miradas se conectaron, él me atrajo. Pero cuando conectamos en Las Vegas y durante las últimas seis semanas, me sentí realmente feliz. Esperanzada. Conectada con él. Mientras la parte racional de mí me decía que apenas era una relación, la irracional, que normalmente no hacía acto de presencia, me decía que me metiera de lleno.

El solo recuerdo de sus labios contra mi piel hizo que mi corazón se acelerara. El pánico al que me había acostumbrado no existía cuando estaba cerca de este hombre. Anhelaba su contacto como el aire que respiraba. Con solo un inocente roce de sus cálidos labios contra mis nudillos, perdía el sentido del lugar y del tiempo. De alguna manera, era fundamental que mantuviera esa sensación. Mantener a Hunter cerca de mí para tener esa sensación de normalidad.

El largo y célibe letargo en el que mi cuerpo había estado sumido durante mucho tiempo finalmente había terminado. Gracias a Cassio Hunter King. Así que le debía al menos escucharlo.

—Estaba pensando —dije, cambiando de tema—, si me caso con Cassio, podría acabar con su imperio desde dentro. —Sus ojos se ampliaron y, antes que dijera algo más, continué—. ¿Qué mejor manera de obtener información y detener todo el tráfico por parte de ellos?

—Pero estarás encadenada a él —susurró en voz baja—. Tendrás que acostarte con él.

Mis dedos se retorcieron alrededor de mi muñeca, un dolor sordo palpitaba en ella. Un recuerdo de mi muñeca rota con una mano tatuada envolviéndola pasó por mi mente, pero desapareció tan rápido como llegó. Estas imágenes revueltas aumentaron durante el último mes y me estaban matando.

Nunca me rompí la muñeca, recordé. Nunca me rompí ningún hueso. Ninguno de los flashbacks de imágenes que seguían apareciendo tenía sentido.

—¿Áine? —llamó Margaret y nuestros ojos se encontraron—. ¿Estarás bien durmiendo con él?

Más que bien, pensé irónicamente.

Jesús, prácticamente tuve que contenerme para no gritar *Yeeha, apúntame*. La culpa me golpeó casi inmediatamente. Se estaba preocupando por mí. Sabía que no practicaba sexo casual. Lo que no sabía era que no tuve absolutamente nada de sexo. Hasta hace seis semanas en Las Vegas. Con nuestro Cassio Hunter King.

—Maggie, yo también tengo que confesarte algo —murmuré en voz baja. No podía seguir mintiendo mientras ella se preocupaba por mí. Además, ella había hecho su confesión. Me convertía en una cobarde seguir mintiéndole.

Nuestras miradas se conectaron.

—¿Recuerdas Las Vegas?

Puso los ojos en blanco.

—¡Siempre lo hago! ¿No has escuchado mi confesión?

Sonreí.

—Esa noche desapareciste de mi lado —comencé titubeando, insegura de cómo se tomaría la noticia—. Me encontré con Hunter. —Ella esperó, con los ojos muy abiertos. Sospechaba lo que se avecinaba—. Yo... yo... ummm...

—¡Solo escúpelo, Áine!

—Me acosté con él —admití con culpabilidad—. No sabía que era tuyo. No lo habría hecho.

Me callé porque, por primera vez en mi vida, no estaba segura que esas palabras fueran ciertas. Desde el momento en que nos conocimos, la atracción por ese hombre se encendió, como una llamarada brillante y fuerte. Se sentía bien, como si pudiera ser mío. Dejando de lado su apellido, su familia... me sentía conectada a él. Me sentía como una adolescente indecisa con su primer amor.

—Áine, nunca fue mío —la declaración de Maggie salió firme y fuerte—. Y la forma en que te miró en el ascensor. Me sorprendió escuchar que había arreglado su matrimonio conmigo. No me sorprendería que tú fueras su objetivo final desde el principio.

Fruncí el ceño. Su objetivo final. Solo esperaba que fuera en el buen sentido, y que no nos matáramos en el proceso.

—¿Te gustó acostarte con él? —preguntó con picardía y al instante la tensión se esfumó—. ¿Es bueno en la cama? ¿Y tiene tatuajes por todas partes?

Me mordí el interior de la mejilla para evitar que la sonrisa se extendiera y, en su lugar, puse los ojos en blanco, como si estuviera molesta. Pero ella me conocía demasiado bien. Juguetonamente, me empujó suavemente contra mi hombro y ambas estallamos en un ataque de risa.

—Bien, de acuerdo, dejando de lado la seriedad —dijo Maggie, enderezándose—. ¿Y si él y su hermano están trabajando con Marco? ¿O intentan hacerte daño?

Me encogí de hombros. Mi instinto me decía que Cassio no era de los que lastiman mujeres. O de forzar a una. Mi experiencia en Las Vegas era prueba de ello, aunque había muchas preguntas sin respuesta. Además, podía protegerme perfectamente, gracias al entrenamiento de combate que había recibido desde que me hice cargo de The Rose Rescue.

—Si conseguimos acabar con todo el tráfico de los King, merecerá la pena.

Y estaba preparada para el reto.

CAPÍTULO 28



Cassio

La sede de HC Architecture era un edificio sencillo, de acero, y era precisamente eso lo que lo hacía destacar entre los demás edificios del centro de Nueva York. Es de mi propiedad desde hace dos años. Gracias a la magia de Nico, no mucha gente, aparte de mis amigos más cercanos y mi hermano, sabía que era mío. Mi intención era mantenerlo así.

Algunos considerarían que mi obsesión por Áine era exagerada, pero a mí me importaba una mierda. Mantuve una estrecha vigilancia sobre Áine desde que nuestros caminos se cruzaron hace dos años. Compré la empresa en la que trabajaba, y cuando buscó un apartamento en la ciudad, me aseguré que se enterara de la disponibilidad en mi edificio. Era la que más protección ofrecía.

—Señor DiMauro. —Me saludó la recepcionista. Me ofreció una gran sonrisa, sonriendo seductoramente. Era el nombre que utilizaba cuando tramitaba cualquier reunión aquí—. Escuché

que estaría por aquí. Espero que se quede un tiempo. —Sus ojos marrones brillaban con una invitación tácita mientras se pasaba la lengua por el labio inferior.

Mis labios se curvaron, aunque no era una sonrisa.

—La oficina de la Srta. Evan —le dije.

La pared de cristal con el logotipo de HC Architecture se extendía por la pared del fondo con agua cayendo en cascada por ambos lados. El agua caía en forma de olas mientras atravesaba por encima del logotipo, causando un bello efecto.

—Puedo acompañarlo... —se ofreció, pero la detuve de inmediato.

—¿Qué planta? —Ignoré sus intentos.

Dio la vuelta al mostrador de recepción, acercándose demasiado.

—Puedo acompañarlo a su despacho.

Sonrió ampliamente, inclinándose más cerca. Estuve medio tentado de ladrarle una orden para que volviera a su posición, pero realmente no merecía la pena irritarme. Estaba aquí para hablar con Áine. No pretendía jugármela con la que sería mi futura esposa y pasáramos el uno por el otro de puntillas.

En cuanto a la recepcionista, haría que alguien se deshiciera de ella. Era de mala educación tener a nuestra recepcionista coqueteando con los huéspedes.

—No, gracias —le dije—. Pero me gustaría recuperar mi espacio personal.

Sus cejas se arrugaron confusa. No podía ser la primera vez que la rechazaban. Con suerte, dio un paso atrás.

—¿Cassio? —Una voz suave y familiar llegó detrás de mí.

Me giré en su dirección y Áine estaba delante, mirándome sorprendida. Le dije que almorzaríamos, supongo que no esperaba que continuara. Llevaba una blusa blanca sin mangas con el escote rosa claro, una falda azul marino que le llegaba a las rodillas y unos zapatos nude. Tenía un aspecto sexy y profesional. Llevaba en las manos una americana azul marino y una gran carpeta, así como un portátil.

—Hola, Áine. —Me incliné hacia ella y presioné un beso en su mejilla.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó ella, mirando a su alrededor. ¿A quién más esperaba?

—Quedamos para almorzar —le dije—. ¿O es que mi prometida ya se ha olvidado?

Noté su mano libre del anillo de compromiso y algo en ella me irritó. Quería marcarla para que todo el mundo supiera que era mía. Después de todo, ya había esperado suficiente.

Puso su carpeta que parecía contener dibujos y su portátil sobre el mostrador de la recepcionista. Esta última observó nuestra interacción con interés, probablemente ávida de cotilleos.

—Claro que no. —Áine pegó una sonrisa falsa al tiempo que tomaba su americana, ayudando a ponérsela, permitiéndome ponerle las manos encima y acercarme a ella—. Por eso estoy aquí —añadió.

Sabía sin duda que no era así. Una vez puesta su chaqueta, recogió sus cosas y me miró.

—¿Así que a dónde, mi querido prometido? —preguntó ella, con un tono lleno de sarcasmo.

Deslicé mi mano hacia la parte baja de su espalda y la empujé hacia delante. Su espalda se puso ligeramente rígida durante una fracción de segundo, pero no se apartó. Salimos del edificio y el aire fresco nos golpeó.

Inclinándome, le susurré al oído:

—¿Dónde está tu anillo de compromiso?

Sus ojos bajaron a su dedo y luego volvieron a mirarme.

—Mierda —murmuró—. No me acuesto con joyas y simplemente... Bueno, olvidé el anillo.

Mis labios se estiraron en una sonrisa. Le creí. Si le pones un anillo de un cuarto de millón de dólares a otra mujer, te arrancará los ojos si intentas cogerlo.

—Tal vez deberíamos tatuar el anillo de bodas en tu dedo cuando nos casemos.

Puso los ojos en blanco.

—Los tatuajes son muy permanentes —respondió, y luego miró mi mano libre, estudiándola. Su paso se detuvo y nos quedamos en medio de la acera. Con las cejas fruncidas, siguió mirando mi tatuaje—. Juraría que es exactamente el mismo tatuaje —murmuró en voz baja. Sabía que se refería a su sueño. Un recuerdo que la atormentaba en sus sueños—. Lo vi hace mucho tiempo —susurró, con la mirada fija en ellos—. Juro que está ahí mismo y...

Pero lo que iba a decir se quedó sin decir. Sacudió la cabeza, un rápido y pequeño movimiento como si recordara algo que no entendía. ¿Estaba recuperando la memoria?

—De todos modos, no hay tatuajes para mí —dijo finalmente, sus profundos estanques oceánicos se encontraron con mis ojos.

—Entonces un anillo es imprescindible —le dije—. No quiero que los demás malinterpreten que estás disponible.

—No te fías de mí, ¿eh? —me desafió.

En lugar de responderle, se la devolví.

—¿Confías en mí?

Decidió no responder, pero me sostuvo la mirada. No tenía que preocuparme que Áine se acobardara ante mí o se doblegara a mi voluntad. Era fuerte para mantenerse firme.

—Este es mi coche —le dije finalmente, empujándola hacia mi McLaren.

—¿Dónde vamos a comer?

—Mi lugar favorito —le dije, abriéndole la puerta.

—Bueno, eso me dice todo. —Poniendo los ojos en blanco, se deslizó en el asiento.

Tardamos cinco minutos en llegar. Pasamos el trayecto en silencio y, una vez allí, estacioné el vehículo en la zona cerrada y nos dirigimos a la calle. El sonido de la circulación tocando sus bocinas en la distancia llenó el aire.

—Espero que te guste la comida italiana. —La miré y sus labios se curvaron en una suave sonrisa.

—Sí.

Entramos en un pequeño restaurante de la esquina, y observé a Áine mirando a su alrededor con sorpresa. Este lugar no era un restaurante de lujo. Las paredes estaban decoradas con el viejo y descolorido papel con imágenes de la antigua Italia. Solo había diez mesas y estaban muy juntas.

—¿No te gusta? —pregunté.

Ella negó con la cabeza.

—No, no es eso. Solo esperaba... —Se cortó.

—¿Algo elegante?

Se rio suavemente.

—Sí, supongo.

—¿Quieres que vayamos a un lugar más elegante? —pregunté. No me importaba, pero este lugar era uno de los pocos sitios de Nueva York a los que tenía recuerdos ligados. Recuerdos felices.

—No —respondió rápidamente—. Esto está perfectamente bien.

Sonreí.

—Este lugar tiene la mejor pizza de horno de ladrillo de la ciudad. Una verdadera pizza italiana.

—Bien, porque me muero de hambre —admitió.

—Sígueme entonces.

La conduje hasta la pared más alejada, donde había una mesa para dos. Le acerqué una silla y me dio las gracias. Me senté y nuestras miradas se cruzaron. Cada vez que sus profundos ojos azules se encontraban con los míos, tenía esa familiar sensación de opresión en el pecho. Empecé a asociarlo solo con ella.

—¿Vienes aquí a menudo? —preguntó con curiosidad.

—Ha pasado mucho tiempo —le dije—. Cuando mi hermano y yo éramos pequeños, y mientras mi madre aún vivía, nos traía siempre aquí. Era su santuario lejos de mi padre. En los últimos diez años, más o menos, de vez en cuando, Luca y yo nos pasábamos por aquí.

Áine inclinó la cabeza pensativa, escuchando con atención.

—¿La echas de menos?

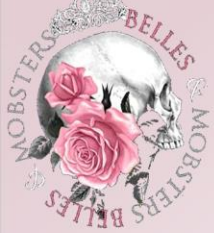
—Sí. —Se sentía bien sentarse con ella aquí. Reconfortante—. Ciertas cosas son más difíciles de superar que otras.

Ella asintió en señal de comprensión. Sabía que lo entendía, aunque su memoria estaba fracturada. En el fondo sabía lo que quería decir.

—Papá se fue hace tiempo y todavía hay ciertas cosas que echo de menos de él. Su risa visceral o sus comentarios sarcásticos.

Asentí con la cabeza. Sí, lo entendía bien.

—Lo siento por tu madre —murmuró, con compasión en sus ojos azul marino.



—Fue hace mucho tiempo. —Se suponía que este almuerzo no iba a ser de recuerdos sombríos, sino para que los dos nos conociéramos. Y confesar ciertas cosas.

—Seguro que todavía duele —habló en voz baja. La mirada en sus ojos era cautelosa, tentativa—. Como dijiste, ciertas cosas son difíciles de superar.

Habló de sus propias experiencias. Con la ayuda de Nico, pude conocer el historial médico de Áine. Se sometió a una terapia de hipnoterapia tras su secuestro. Según los informes, le ayudó a suprimir los malos recuerdos asociados a lo sucedido. Solo amortiguó sus recuerdos, haciendo que tuviera que someterse a sesiones regulares para evitar que volvieran. Era la razón de sus frecuentes visitas al Dr. Taylor.

Podría matar a Callahan y a su madre por someter a Áine a eso. Su madre debería haber sabido que suprimir sus recuerdos era arriesgado. La hacía más vulnerable.

—Sí, lo son.

—Cassio, ¿eres realmente tú? —Una voz detuvo nuestra conversación poniéndome de pie. Maria, la amiga más antigua de mi madre, se acercó a nosotros desde la zona de la cocina—. Me alegro mucho de verte.

—Hola, María —la saludé y tiré de la mujer mayor para abrazarla. Tenía una gran sonrisa en su rostro, como siempre que nos veía a mi hermano y a mí. Se apartó y sus ojos se dirigieron a Áine.

—Maria, esta es mi prometida —presenté a las dos—. Áine Callahan.

Se llevó la mano a la boca y sus ojos se abrieron como platos.

—¿Te vas a casar? —exclamó.

—Sí.

María parecía haber recibido la noticia del siglo. Sonreía, sus ojos brillaban de emoción.

—Entonces, encantada de conocerte. —Áine se levantó y le tendió la mano a Maria y ésta la estrechó en un fuerte abrazo.

—¡Y tú! Eres tan hermosa —exclamó Maria—. Serás buena para nuestro Cassio.

Áine palmeó torpemente la espalda de Maria, sus ojos se dirigieron a mí como si me rogara que la ayudara con la torpeza. Era casi cómico. A Maria solo le gustaba abrazar.

—Umm, gracias —murmuró.

Los ojos de Maria se calentaron y soltó a la pobre Áine, luego me abrazó de nuevo con lágrimas en los ojos.

—Oh, Cassio. Tu madre estaría tan feliz y orgullosa. Y tu Nonno.

Una pequeña punzada me golpeó en el pecho al mencionar a mi madre, pero rápidamente la empujé a algún lugar profundo. Al parecer, solo mi madre y Áine eran capaces de golpearme en lo más profundo del pecho.

—Espero que vengas —le dije a Maria, y en el momento en que las palabras salieron de mis labios, sus manos se fueron al pecho.

—¿Quieres que vaya?

—Por supuesto —dije—. Tú y Angelo. Haré que uno de mis hombres os recoja si aceptáis venir.

—Sì, sì. —Dio una palmada—. ¿Está bien, Áine? Conocemos a Cassio desde que nació.

—Claro que sí —respondió Áine, y la verdad es que parecía sincera. Tal vez se haya puesto de acuerdo con este matrimonio después de haber dormido un poco.

Después de intercambiar algunas palabras más, Maria desapareció en la cocina y yo volví a sentarme.

—Es muy simpática —comentó Áine una vez que se fue.

Me recosté en mi silla, extendiendo las piernas.

—Era la mejor amiga de mi madre. —Mis ojos se dirigieron a la cocina, donde Maria desapareció—. Mi abuelo en Sicilia quería que mi madre se educara en Estados Unidos. Así que la envió a Nueva York. Ella echaba de menos su casa y, por suerte, Maria también era de Sicilia, así que las dos conectaron. El resto es historia.

—De alguna manera tengo la sensación que hay mucho más en esa historia. —Los ojos claros de Áine me observaron. Tenía razón, había algo más en esa historia. Mi madre conoció a mi padre, se enamoró y tuvo dos hijos fuera del matrimonio. Para consternación de Nonno.

Nuestro padre fue cruel con nuestra madre y finalmente ella se quebró. En lugar de acudir a mi abuelo, en busca de ayuda, buscó su salida suicidándose, dejándonos a Luca y a mí en las garras de Benito.

Nuestro padre utilizó el salvajismo como preparación para gobernar su reino. Para torturarnos y moldearnos hasta convertirnos en sus asesinos hasta que ya no nos necesitara o nos quisiera. Al menos esa era la maldita excusa que usaba. La verdad era que tenía miedo de nuestros lazos de sangre con la familia DiMauro en Sicilia. Jodió con nuestra mente, tratando de hacernos más débiles. No quería que fuéramos más grandes y mejores que él, y estaba dispuesto a sacrificar a sus propios hijos si eso significaba más poder.

Sin embargo, nunca contó con una hija. Nunca la vio venir, juzgó mal su odio. Juzgó mal todo nuestro odio. Su madre se suicidó, pero él le dio la cuerda. Mi madre se suicidó, pero fue Benito quien la empujó a ello.

El resultado fue que ese hijo de puta dejó una mancha en todas nuestras almas. La de Bianca, la de Luca, la mía. Incluso la de Marco, aunque ese cabrón ya no tenía salvación. Había perdido la cabeza hace mucho tiempo.

Un momento antes, una gran pizza fue servida a nuestra mesa. El tema de mi padre no fue bien recibido.

—Espero que esto sea suficiente. —Cambié el tema a la comida en cuestión.

Los ojos de Áine se agrandaron.

—Jesús, ¿todo esto?

—Dijiste que tenías hambre.

—Sí, pero para dos rebanadas como máximo. Espero que hayas traído tu apetito —bromeó, mirando hacia mí.

—Lo tengo. Luca se come una de estas solo.

Se rio.

—¿Por qué no me sorprende?

Tenía que admitir que esta cita para comer estaba yendo incluso mejor de lo que esperaba. Era fácil hablar con Áine, y aprendí de Nonno que era la clave para que un matrimonio funcionara. Solo gracias a él Luca y yo no nos convertimos en sociópatas desapegados, como Marco.

Mi teléfono sonó y comprobé el mensaje. Era de Nico. Él y Bianca venían mañana. Quería presentar a todos a Áine antes de la boda. Después de todo, eran de la familia.

—¿Todo bien? —preguntó y dejé el teléfono a un lado.

—Sí, mi hermana y su familia vienen a Nueva York mañana —le dije. Durante una fracción de segundo, debatí si debía decirle quién era mi hermana, pero decidí no hacerlo. No quería que Áine pensara que Bianca era diferente de cuando la conocía de antes—. Quiero que los conozcas durante la cena. Tus padres también, por supuesto. A sus chicas les gustarás.

—¿Sus chicas?

—Sus hijas gemelas. Son algo especial.

—Hmmm.

—Hannah intentará sacarte las joyas —le advertí—. Mejor mantén tu anillo de compromiso pegado al dedo. Y Arianna la cubrirá mientras su hermana te roba.

La cálida risa de Áine sonó en el pequeño restaurante y su sonido me calentó el pecho.

—Pequeñas ladronas, ¿eh?

Sonreí ante su acertada descripción.

—Les gustan las cosas brillantes y desgraciadamente, tienen un gusto muy caro. Luca no ayuda al asunto, ya que no deja de consentirlas.

—Bueno, yo también estoy deseando conocerlas.

Nuestro almuerzo resultó muy agradable. Áine tenía una personalidad fácil y tranquila y, en el fondo, era cálida y con un gran sentido del humor. Mantenía la guardia alta, pero no la culpaba. Probablemente era su instinto advirtiéndola, asignando los atributos de mi padre sobre mí.

Excepto que yo no era nada como mi padre. Ella no recordaba que Luca y yo habíamos ido a salvarla de ese infierno en el que mi padre y mi hermano la tenían enjaulada. Pero a pesar que su cerebro la advertía, confiaba en mí. Y no se podía negar la atracción que brotaba entre nosotros.

La observé con otros hombres o personas en general. No le gustaba la cercanía física y algo la hacía rehuir ante las caricias de los hombres. Pero no de las mías. Por mucho que lo negara, confiaba en mí.

Y nunca rompería esa confianza.

Lo que me llevó al tema que teníamos que discutir.

—Quiero ser sincero contigo —comencé, sus ojos me estudiaron con curiosidad—. Nunca tuve intención de casarme con tu prima.

Su suave jadeo me dijo que creía que la había llevado a mi cama sabiendo que me casaría con su prima. No es el mejor tipo de confianza.

—Entonces, ¿por qué el fingimiento? —preguntó. Se cuidó de confiar en mi palabra.

—Primero, Callahan nunca habría aceptado un matrimonio contigo —le dije honestamente—. No, a no ser que tu mano fuera forzada. Créeme en eso.

Ladeó una ceja.

—Bueno, tal vez ninguno de los dos debería organizar matrimonios sin discutirlo primero con el objetivo previsto.

Bien, no estaba gritando. No es que esperara que lo hiciera. Áine era una mujer razonable y tenía una buena cabeza sobre los hombros.

—Punto anotado —admití, aunque no era tan sencillo en el inframundo—. Con Benito vivo y todos los estragos que estaba causando, no podía permitirme ir contra Jack y empezar una guerra con él mientras luchaba contra Benito y Marco.

—¿Hace dos años?

Tomé su mano entre las mías y, a pesar de nuestras evidentes disparidades, encajamos. Bajó los ojos y observó la tinta de mi mano. Parecía fascinada con el tatuaje de la rosa, el pliegue de su entrecejo se hacía más profundo cada vez que lo miraba. La rosa era la flor favorita de mi madre. Le recordaba su hogar y a Nonno, pero estaba demasiado avergonzada para volver a él, para pedirle protección, y eso le costó todo.

—Sí, hace dos años —dije en voz baja—. Quise quedarme contigo hace dos años. La Mujer Maravilla que irrumpió en mi vida, y no he podido dejar de pensar en ella.

Su boca se abrió y un ligero rubor coloreó sus mejillas.

—Bueno, eso es...

Buscó una palabra y no se le ocurrió ninguna. Tenía razón, era un poco exagerado. Quería a Áine como esposa y no había sustituta que valiera. Era ella o nadie más.

¿Hice un plan para conseguirla? Sí. ¿Me arrepentí? Joder, no.

—¿Planeaste lo de Las Vegas? —Su pregunta no me sorprendió.

—No —le dije—. Pensaba encontrarme contigo, para ver si aún te acordabas de mí. Eso fue todo.

Bueno, había otra cosa, pero no era el momento de admitirla. Probablemente no se tomaría bien que le tendiera una trampa a su prima para que la sedujera otro hombre.

—Eso es un poco intenso, Hunter —murmuró. Noté que volvía a usar el nombre que le di en Las Vegas. De alguna manera se sentía bien en sus labios, usar el nombre que rara vez era usado por alguien más—. Tu familia se dedica al tráfico de personas.

—Luca y yo no somos mi padre —le dije con firmeza, recordándole sus propias palabras—. Tampoco lo es nuestra hermana. Luchamos contra el tráfico de personas, junto a amigos y nuestra propia familia, que no incluye a Marco. Tampoco incluía a Benito cuando aún vivía.

Inclinó la cabeza como si decidiera creerme o no. Ya era hora que admitiera que conocía sus actividades adicionales. Muy pronto.

—¿Y debo creer simplemente en tu palabra?

—Sí, porque nunca te mentiré —le dije—. Puede que no te lo cuente todo, pero no te mentiré.

El silencio nos invadió a ambos, llenando el espacio entre nosotros junto con mi promesa. Lo dije en serio cuando dije que no le mentiría. Ella sería mi igual en este matrimonio. No la involucraría en la parte ilegal de mi negocio, pero sería mi socia en todo lo demás.

—¿Me tienes vigilada? ¿Así es como supiste que estaba en Turquía? —La afirmación que soltó salió de la nada.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque tu seguridad es mi máxima prioridad.

—Dijiste que Benito tomó represalias en más de un sentido. ¿Qué significa eso exactamente? —Me pregunté cuánto le habrían contado, teniendo en cuenta sus recuerdos.

—¿Por qué ves al Dr. Taylor? —Parecería que tendríamos esta conversación más temprano que tarde.

La sorpresa brilló en sus ojos, combinada con una sospecha.

—¿Cómo sabes eso?

—Te busqué —le dije—. Necesitaba saber por qué no te acordabas de mí.

Cuando Luca y yo volvimos a ese infierno después de salvar a Áine, tuvimos especial cuidado en conocer a todos los hombres que se atrevieron a ponerle un dedo encima durante su cautiverio. Luca y yo teníamos una larga lista de pecados por los que pagar. Unos cuantos más no suponían ninguna

diferencia. Y esos hombres no se merecían nada mejor, por lo que le hicieron a Áine y al resto de las mujeres de allí.

Áine mantenía esos recuerdos encerrados en una caja y se negaba a liberarlos, pero sentía que su mente se rebelaba. Tarde o temprano tendría que enfrentarse a esos recuerdos y lo haríamos juntos. Ella era fuerte. Nadie ni nada la detendría.

Y mucho menos mi hermano Marco. Era el último hombre que aún respiraba y que se atrevió a torturar a Áine. Pero su hora también está llegando.

CAPÍTULO 29



Aline

—Te busqué —me dijo—. Necesitaba saber por qué no podías recordarme.

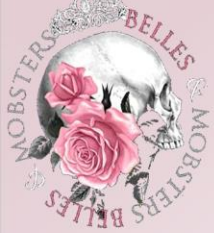
¡Ahí estaba! La admisión que lo había conocido antes.

Mis ojos se dirigieron inmediatamente a su mano que aún cubría la mía. Las imágenes de la mano que atravesando la neblina pasaron por mi mente. Con el mismo tatuaje.

El pulso en mi sien aumentó, pero lo ignoré. Tenía que recordarlo. Era importante, sabía que lo era. Cuanto más lo intentaba, peor era el dolor de cabeza. Se me empañaron los ojos por el intenso dolor, pero no estaba dispuesta a soltarlos hasta que unos dedos firmes me cogieron la barbilla, obligándome a mirarlo.

—No lo fuerces —instruyó en voz baja.

Parpadeé, ahogándome en su oscura mirada y a través de la niebla surgió un claro recuerdo.



—*Estamos aquí para ayudarte.* —La voz era de Hunter—. *Soy Cassio. Este es mi hermano Luca.* —Había paredes sucias por todas partes, gritos en la distancia. Todo lo que sentí fue miedo en la boca del estómago. Y esperanza, mirando los ojos oscuros de este hombre llenos de compasión—. *Nos envía Callahan.*

Volví a parpadear y tragué con fuerza, mientras mi corazón tronaba bajo mi caja torácica.

—Mierda —murmuré—. Tú y Luca. Os he conocido a los dos. Jack os envió a buscarme. —Sacudí la cabeza, con recuerdos incoherentes—. ¿Dónde estaba yo?

—Turquía. —Abrí la boca para hacer la siguiente pregunta, cuando me detuvo—. Tienes que recordar por tu cuenta. Yo te ayudaré.

Esto era irreal. Hace menos de veinticuatro horas lo consideraba mi enemigo, y ahora estaba deshaciendo las imágenes que acechaban en mi mente. Algo se instaló en lo más profundo de mi pecho y permanecería. Lo sabía tan bien como los latidos de mi propio corazón.

—Gracias —le dije en voz baja.

Él nunca sabría lo mucho que significaba para mí ese retazo de memoria. Tenía preguntas, ahora más que nunca, pero también sentí que un pedacito de mí volvía a estar donde siempre había estado.

—No más Dr. Taylor —dijo, con su voz innegociable.

—Pero me ayuda con mis dolores de cabeza —repliqué. Esas migrañas podían ser muy fuertes, y ya tenía pendiente una visita.

—Tienes que recordar —afirmó con firmeza—. Una vez que lo recuerdes, todo tendrá sentido.

Tenía la sensación que había mucho que recordar. Y la verdad es que una parte de mí tenía miedo.

CAPÍTULO 30



Cassio

Un destello de miedo pasó por su expresión y la vena azul pálido de su cuello latió rápidamente. Pero luego se armó de valor y asintió. Ya se encargaría de ello. Mi pequeña Butterfly era fuerte.

Fue su fuerza la que me golpeó en el pecho cuando la encontramos hace once años. Una pequeña chica magullada con fantasmas embrujados acechando en sus ojos, manteniendo todavía fuerza en su alma. Puede que ella no lo viera, pero yo sí. Y como una mariposa, emergió de la niña a la mujer más hermosa que jamás había visto. Una mujer que tenía mi corazón y mi alma.

Nuestro encuentro de hace dos años selló el trato. Ansiaba conocer cada centímetro de ella, cada peca de su piel cremosa. Ansiaba pasar mi dedo por cada curva de su cuerpo y moldearla para mí. La forma en que se ajustaba a mí, su dulce aroma. Todo se había tatuado en mi carne y en mi cerebro.

Esta mujer era mía. Cualquiera que la amenazara, me amenazaba a mí. Cualquiera que la tocara, me tocaba a mí. Y no me gustaba que la gente tocara lo que era mío.

—Bien, no más Dr. Taylor —respondió ella—. Aunque mamá y Jack no estarán contentos.

—Me ocuparé de ellos.

Sus labios se curvaron en una sonrisa.

—Apuesto a que te gustaría eso.

Sonreí. En realidad, me gustaban su madre y Jack. Hacían lo que consideraban mejor para Áine, pero ella sería mi esposa en unos días. Ahora era mi responsabilidad. Y esta mujer era fuerte. Era el momento que recordara lo que había sucedido, para que no la sorprendieran.

La hora con Áine pasó demasiado rápido.

Miró su reloj y chilló en voz baja, levantándose de un salto.

—Mierda —exclamó—. Mira la hora. Tengo que entregar mis dibujos al otro lado de la ciudad. Si no, voy a perder mi trabajo.

No había ninguna posibilidad que perdiera su trabajo. Ella dirigiría esa compañía finalmente. A menos que quisiera criar a nuestros hijos. Maldita sea, algo sobre la idea de tener hijos con esta mujer me había sacudido de la mejor manera posible.

Me levanté, ayudándola a ponerse la chaqueta.

—Solo dame la dirección y te llevaré.

—Eso no es necesario.

—Lo es —insistí—. Te llevaré.

Sus hombros se tensaron y me miró fijamente.

—He dicho que no es necesario, Cassio. Voy a hacer esto sola.

La molestia ardió en mí. No había mucha gente que me enfrentara, pero de alguna manera no me sorprendía que Áine fuera una de ellas. Además, ahora que estaba a mi alcance, no quería que pasara nada que pusiera en peligro nuestra boda.

Mis hombres seguían buscando a Chad Steward, la maldita comadreja desapareció. Como la rata que era, se escondió.

—¿De qué lado de la ciudad?

Nuestras miradas se cruzaron y nos miramos fijamente en una batalla de voluntades. Sus labios se apretaron en una delgada línea y supe que había cedido.

—Brooklyn —dijo con fuerza—. Voy a tomar un taxi. Sola.

Mujer obstinada.

—Me aseguraré que subas a un taxi de forma segura.

Puso los ojos en blanco, pero no se opuso. Si supiera que tenía hombres siguiéndola, se enfadaría aún más. No había ninguna posibilidad que arriesgara su seguridad.

Salimos juntos del restaurante, nos dirigimos a mi coche para coger su carpeta de dibujos y luego pedí un taxi.

En el momento en que se detuvo, dio un paso para entrar, pero envolví mi mano alrededor de su brazo.

—Espera —advertí.

Me miró como si estuviera loco, pero hizo lo que le ordené. *Bien, estamos empezando con buen pie,* pensé con ironía.

Abrí la puerta del taxi, pero antes que Áine entrara, leí las credenciales del taxista y le hice una foto.

—¿Qué hace? —protestó.

—La señorita necesita que la lleven a Brooklyn —le dije—. Si le pasa algo, te encontraré. No hay rincón en esta tierra donde puedas esconderte de mí. ¿Entendido?

Palideció unos tonos, pero asintió.

—Bien.

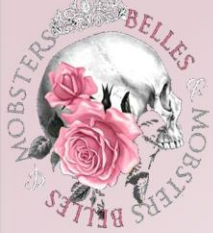
Debió escuchar lo que dije al conductor, porque me miró fijamente y negó con la cabeza. Estoy seguro que murmuró "*psicópata*" en voz baja.

Tomé su muñeca y la acerqué a mí. Al instante, su cuerpo se fundió con el mío y la satisfacción me invadió. Nuestras bocas se entrelazaron, el sabor de ella era cálido y atrayente. Nunca me cansaría de ella. Nuestras lenguas se movieron al ritmo de un gemido bajo que salió de ella. Sabía que no era ni el momento ni el lugar y separarme fue lo más difícil que tuve que hacer en mucho tiempo.

Sus pestañas se abrieron para revelar sus ojos lujuriosos. Se inclinó como si fuera atraída por una fuerza magnética. Bien, tal vez ella sentía esto entre nosotros tan intensamente como yo.

Apretando otro beso en su suave mejilla, me aparté y le indiqué con la mano a Áine que entrara.

Frustrada, sus mejillas ardían.



—Quiero más.

Me encantaba su forma de ser sin reservas cuando se trataba de sexo.

Le di un beso en la punta de la nariz.

—Nos vemos.

En lugar de responderme, me cerró la puerta del taxi en la cara.

CAPÍTULO 31



Aline

Ha pasado un día entero desde que almorcé con Cassio. Sorprendentemente, fue agradable y excitante. Ese beso antes que me despidiera casi me derritió por dentro. Luego, cuando me senté en el taxi, recordé que se puso en plan mafioso con el pobre taxista. El tipo tenía miedo incluso de mirarme después de la amenaza de Cassio. *¡Maldito psicópata!*

Pero uno increíblemente hermoso.

Parecía gustarme todo de él. Sus ojos conmovedores, su comportamiento, su honestidad, su protección, sus besos. Vaya, parece que me desmayé por completo. Y estaba deseando volver a verlo. Para oler su aroma. Sentir su calor.

Mi mente se negaba a tranquilizarse anoche. Reproduje la conversación con Cassio una y otra vez en mi mente. El shock de su revelación. Las pesadillas. Las imágenes aterradoras. Todo eran recuerdos. El significado de los flashbacks me

aterraba, pero no podía fingir ignorancia. Cassio tenía razón, tenía que recordarlo por mi cuenta.

—Hola, Connor —saludé al hombre de Jack al entrar en la casa. Hacía tiempo que no venía a cenar dos veces en la misma semana.

Jack y Cassio pensaron que era una gran idea tener una cena familiar esta noche, para que todos pudiéramos conocernos. Por supuesto, Luca estaría allí. La hermana de Cassio y su familia también vendrían. No pude evitar pensar que sería una cena interesante e incómoda.

Deseé haberle preguntado a Cassio si podríamos cenar los dos solos. Tenía tantas preguntas. Ahora estaba segura que la mano extendida que aparecía en mis sueños, era la suya.

—Señorita —Connor me devolvió el saludo—. Se ve bien.

Sonreí ante su cumplido. Me puse un vestido azul claro con lunares blancos y manga corta. Cassio dijo que sería una cena informal, así que combiné el vestido con unas zapatillas blancas. Opté por dejarme el cabello suelto.

—Gracias, pero... —He tratado de evitar que me llame señorita durante años.

—Lo sé, lo sé. Sin títulos. —Sonrió, con diversión en sus ojos—. Todos están en el comedor.

Sacudiendo la cabeza, me apresuré a atravesar el pasillo. Llegaba tarde, pues ya eran las cuatro y debería haber llegado a las tres y media, al doblar una esquina me topé con Margaret.

—¡Gracias a Dios! Por fin estás aquí —susurró, rodeándome con sus brazos.

—¿Ha pasado algo? —le pregunté, con los ojos clavados en ella. Parecía tranquilo, nadie discutía.

—No, pero es muy incómodo —murmuró—. La tensión. Tío Jack no deja de mirarme. Tu madre intenta ser una anfitriona perfecta, mirando a Morrelli como si fuera a matarnos en cualquier momento.

Me burlé.

—Nadie está matando a nadie.

Miró a su alrededor antes de continuar en voz baja.

—Nico Morrelli es cruel. Hace unos años, cazó a los hombres que se rumoreaba estuvieron relacionados con un ataque a su hermana. —Escuché atentamente. No había oído nada sobre eso. No es que lo hubiera hecho, ya que no me mantenía al tanto de las actividades del inframundo. Jack hizo un buen trabajo manteniéndome al margen de todo ello—. Los torturó y luego los cortó y esparció sus pedazos para asegurarse que sus familias no pudieran enterrarlos.

Incliné la cabeza.

—Bueno, si hicieron daño a su hermana, se lo merecían.

La boca de Margaret se abrió con sorpresa.

—¿Lo apruebas?

Me encogí de hombros.

—Si habían herido a su hermana, ciertamente estoy de acuerdo con sus métodos. —Miré a mi alrededor—. ¿No es eso lo que estamos haciendo también?

—Supongo que sí. —Se pasó la mano por el cabello—. Aunque parece brutal. Simplemente los matamos.

Me encogí de hombros. Tal vez una parte de mí era tan psicótica como Nico Morrelli, porque las pocas veces que tenía que torturar a hombres para obtener información, sentía una extraña satisfacción por darles a probar su propia medicina.

—Me siento la culpable de tu situación —interrumpió Margaret mis pensamientos—. Sé que tu madre me está culpando. Y ni siquiera puedo emborracharme para aliviar la tensión.

—No te preocupes por mi madre o por Jack —le dije—. Se les pasará, y ya soy mayorcita. Además, esto me permite acercarme a los negocios del tráfico de los King y echar un polvo, así que quizá deba agradecértelo.

Puso los ojos en blanco.

—Si te matan, te cazaré. Pero... deberías disfrutar del botín de guerra y aprovecharte de Cassio King. Dentro y fuera de la habitación... en todas partes. —Ladeé una ceja, pero no pude evitar que mis labios se curvaran en una sonrisa. Sobre todo, después del beso de ayer.

Sacudí la cabeza, pero sentí que mis mejillas se calentaban. Sí, no podía esperar a sentirlo dentro de mí y revivir aquella noche de Las Vegas. Pero me preocupaba que me enganchara a él. Que lo anhelara como el aire que respiraba. A mi imaginación no le faltaban escenarios después de probarlo con Cassio y lo bien que podía sentirse el toque de un hombre. No el toque de cualquier hombre... el suyo específicamente. Él era lo único en lo que podía pensar últimamente.

—No te preocupes, no se lo diré a nadie. —Guiñó un ojo—. Pero acepta mi sugerencia y coge ese buen pedazo de culo. ¡Por ejemplo esta noche!

—Ahora es una gran idea —murmuré.

Las dos nos reímos ligeramente. Era lo que más me gustaba de ella. No tenía miedo de ir por lo que quería y no se avergonzaba de disfrutar de los placeres carnales.

—¿Tienes la próxima ubicación de The Rose Rescue? —preguntó Margaret en voz baja, cambiando de tema.

Ahora que estaba embarazada, no quería que se viera envuelta en ninguna de nuestras actividades. Su bebé era una prioridad. Por lo tanto, había dado instrucciones al equipo para eliminar a Margaret de toda la correspondencia. Sabía que no le gustaba, pero era por su propia seguridad.

Fue la razón por la que llegué tarde. Leyendo un informe sobre otro cargamento de mujeres que Marco King estaba transportando a través de Turquía. John estaba persiguiendo pistas en este momento. Y, por si no fuera suficiente, leí el correo electrónico que Cassio envió a Jack sobre Chad Stewart. El hijo de puta trabajaba con Marco King. Le retorcería el cuello la próxima vez que lo viera, aunque sospechaba que Cassio podría atraparlo antes que yo.

Tal vez si el hermanastro de Cassio apareciera en esta cena íntima y familiar podría matarlo hoy, pensé irónicamente. Cena y espectáculo de asesinatos, solo descubre el misterio.

Aunque sabía que Jack nunca permitiría que Marco King pusiera un pie en el complejo. Lo mataría primero. Y parecía que Cassio y Luca compartían ese odio con nosotros.

—¿Así que estoy fuera? —preguntó Margaret con voz quejumbrosa.

Le dirigí una mirada mordaz. Sabía que no podía involucrarla en esas cosas, poniéndola en peligro a ella y a nuestro equipo.

—Es demasiado peligroso —le dije.

—Jesús, apenas estoy embarazada —se quejó.

—No existe el embarazo *apenas* —la consolé—. Tienes que pensar en tu seguridad y en la del bebé.

Ella gimió en voz alta.

—Lo sé, lo sé.

Entramos en el comedor, donde todos me esperaban ya, y nuestra conversación cesó inmediatamente.

—Lo siento, llego tarde —me disculpé con una sonrisa mientras me dirigía a todos. Me acerqué a mi madre y la abracé ligeramente, apretando un beso en la mejilla que me ofrecía. Luego abracé a Jack. La tensión seguía siendo alta entre los tres desde la revelación de la paternidad. Había estado evitando sus llamadas. La evasión nunca hacía bien a nadie, pero necesitaba tiempo para asimilarlo todo.

—No importa —dijo Jack—. Ahora estás aquí y eso es todo lo que importa.

Con un rápido movimiento de cabeza, mis ojos recorrieron la multitud. Cassio estaba de pie, con su familia y una mujer. Tenía que ser la hermana que había mencionado. Cuando se dio la vuelta, fruncí el ceño y la reconocí inmediatamente.

—¿Bianca? —dije, con una clara confusión en mi voz.

—Hola. —Dejó a sus hermanos y al hombre que supuse era su marido y se acercó a mí—. ¡Sorpresa!

Mierda, esto era una sorpresa inesperada.

—No me… —Empecé, mirando a mi alrededor—. Ustedes dos son parientes —terminé la frase.

Nos abrazamos. Parecía que hacía siglos que habíamos pasado esos pocos meses juntas en Maryland.

—Estás genial —le dije.

Su mano revoloteó hacia su estómago y supe al instante que estaba embarazada.

—Gracias. Tú también estás muy bien. —Me miró por encima de los hombros, sonriendo, y luego me cogió de la mano y tiró de mí hacia su grupo—. Te presento a mi marido. Nico Morrelli.

Ah, los Morrelli. Sonreí y extendí mi mano.

—Encantada de conocerte.

—Igualmente —contestó, con voz grave—. Bianca me ha dicho que hicisteis prácticas en el Cassidy Enterprise. Siento no haberte visto. —Ladeé la cabeza preguntándome por su extraño comentario. ¿Qué tenía que ver Cassidy Enterprise con él? Luego, al ver mi confusión, añadió—. Mi familia es la propietaria.

—Oh. —En efecto, el mundo es pequeño. Asentí con la cabeza—. Fue hace mucho tiempo —le dije, observándolo. Bianca se consiguió un bombón, y por lo que parece, no estaba

tatuado como mi futuro marido. Pero de alguna manera prefería a Cassio—. Además, hacíamos lo posible por dejar el trabajo y salir de fiesta, la mayoría de las veces.

Bianca se rio.

—No les cuentes todo lo que hicimos —dijo guiñando un ojo. Dios, parecía feliz. Exageradamente feliz—. Conoces a Cassio, por supuesto. Y a Luca. —Giró la cabeza hacia mí—. Mierda, vamos a ser cuñadas. Quién diablos lo pensó, ¿eh?

—Loco —murmuré. No es que me importara ser su cuñada. ¿Cómo es que no sabía que ella formaba parte del inframundo?

—Y estas son nuestras chicas, Hannah y Arianna —continuó Bianca ajena a mis evaluaciones internas. Dos chicas rubias idénticas se volvieron hacia nosotras y una de ellas puso los ojos en blanco. ¡Realmente puso los ojos en blanco! —. ¡Hannah, sé amable! —la regañó Bianca.

—Mentiste, mami —se quejó Hannah—. Dijiste que iríamos a ver a Matteo.

La hermana gemela añadió.

—Sabes que quiere casarse con ella. Si no la ve durante mucho tiempo, podría olvidarla.

Sorprendida por su descaro, no pude evitar una sonrisa.

—Dios me ayude —gimió Bianca en voz baja y todos se rieron, incluidos mi madre y Jack.

—Vas a tener las manos llenas con tus hijas —añadió mi madre en voz baja.

—Uf, lo sé —dijo Bianca, y luego volvió los ojos hacia las chicas—. No mentí, pero si no se comportan, no visitaremos a Matteo cuando salgamos de aquí.

La miraron con desconfianza.

—¿Quién es Matteo? —pregunté con curiosidad.

—Me voy a casar con él —anunció Hannah.

Oh, una niña decidida. Ya tenía la vista puesta en su futuro marido. Envidiaba su confianza.

—Mami y yo no nos hemos puesto de acuerdo —le dijo Nico, sonriendo.

—Tampoco lo hemos hecho el tío Cassio y yo —intervino Luca—, ya es bastante malo que nuestra hermana esté casada. No vamos a soportar que nuestras sobrinas se casen.

Cassio se acercó a mí, su paso poderoso y sus ojos recorriendo mi cuerpo. Su mirada sobre mí se sintió como una brisa, pero mi cuerpo se calentó al instante unos cuantos grados. Era incomprensible que mi cuerpo nunca reaccionara así. Jamás. Sin embargo, este hombre consiguió excitarme sin esfuerzo con una simple e inocente mirada.

Bueno, no tan inocente. Sentí que me estaba desnudando con sus ojos.

—Así es, chicas. Vosotras dos seréis monjas —anunció Cassio, y luego se inclinó presionando sus labios sobre mi mejilla—. Hola, Vita Mia —carraspeó suavemente contra mi mejilla, para que solo yo pudiera escucharlo. Su voz haciéndome cosas, derritiéndome por dentro y reparando los

pedazos rotos de mi interior. Me encantaba su cariño y su intimidad.

Ahora que vislumbraba el recuerdo de hace mucho tiempo, tal vez tenía sentido sentirme tan segura cerca de él. Solo deseaba recordarlo todo.

—Cassio —lo saludé, con un tono ligeramente jadeante. Mi corazón se agitó en mi pecho, su aroma, mezcla de océano y colonia amaderada, invadió mis sentidos. Ese aroma sería suyo para siempre.

—Pffft. —Arianna rompió el momento y ambos nos giramos para mirarla. Puso los ojos en blanco y agitó la mano desestimando la afirmación de sus tíos—. Lo que sea, tío.

La sala estalló en carcajadas y, de alguna manera, el ambiente de la noche se había creado.

Jack, Cassio y los hombres acabaron hablando entre ellos, mientras yo me quedaba con mamá, Margaret y Bianca. Las gemelas estaban en su propio mundo.

—La cena está lista —anunció mamá.

—Deberías sentarte con nosotras —le dijo Margaret a Bianca—. Así podremos interrogarte. —Bianca la miró con extrañeza y gemí interiormente. Margaret debió de ver mi expresión y añadió rápidamente—: ¿Qué? Dime que no tienes ninguna pregunta, Áine. Como por ejemplo, ¿por qué no sabíamos que eras pariente de Cassio?

Miré a Bianca disculpándome.

—No tienes que responder a eso.

—Está bien —me aseguró Bianca y luego suspiró profundamente—. Aprendí cuando mi padre... —hizo una mueca—... ummm, cuando el hombre que me crio murió. —Vaya, esto parecía un déjà vu—. Fue un shock. Y todo el asunto del arreglo de las Bellas. —Mi cabeza se dirigió a ella y puso los ojos en blanco—. Sí, fue mucho para asimilar. Nico me salvó de todo eso, si no Benito me iba a vender.

La misma terminología estaba en el correo electrónico de Cassio a Jack. Estaba tan concentrada sobre el hecho que Marco y Chad trabajaban juntos que el acuerdo de las Bellas no parecía realmente importante.

—¿Hay alguna posibilidad que te explayes sobre todo ese acuerdo? —pregunté—. ¿Es como un sitio de citas?

Los ojos de Bianca brillaron con ira.

—No, es una subasta —siseó—. Consiguen mujeres de familias importantes, ricas o influyentes, y las venden como ganado al mejor postor. Grace Vitale, la madre de Matteo, apenas escapó. Es horrible pensar que la gente pueda hacer eso. —Asentí sin saber qué decir. No había nada que se me ocurriera decir—. Mi abuelo fue uno de los que firmó ese acuerdo con los King, y las mujeres de nuestra familia se vieron arrastradas a ese embrollo.

Mis ojos parpadearon hacia los hombres para asegurarme que no pudieran oírnos.

—¿Y tus hermanos estaban de acuerdo con eso?

—¡Por supuesto que no! —Bianca casi sonó insultada en su nombre—. Llevaban mucho tiempo luchando contra él.

Hubo otra confirmación.

—Perdón, solo me preguntaba...

—Cassio y Luca sufrieron mucho bajo su padre... nuestro padre —respondió ella—. No conozco toda la historia, pero no están de acuerdo con lo que hace su hermano, ni cuando su padre era responsable de ello. Por supuesto, Benito ya está muerto.

Una sombra cruzó su rostro y recordé los rumores.

—¿Quién lo mató? —No pude resistirme a preguntarle.

La culpa pasó por su expresión y permaneció en sus ojos.

—Luca asumió la culpa.

Fruncí el ceño ante la extraña respuesta. Margaret y yo compartimos una rápida mirada. Antes que pudiera hacer otra pregunta, el marido de Bianca se acercó a ella y la abrazó.

—¿Lista para comer, Cara Mia? —Levanté la ceja—. Recuerda que vas a comer por tres.

Se rio y la miré con incredulidad.

—¿Estás embarazada de gemelos otra vez? —Quiero decir, ¡qué probabilidades había! Y, sinceramente, ver a su despiadado marido, que torturaba y mataba a hombres, actuando como un gran oso de peluche... sí, de alguna manera me tocó la fibra sensible. En el buen sentido. ¿Cassio también era así?

—Sí —dijo con una sonrisa. Era evidente que estaba feliz.

—Guau. —Jesús, ella tendría cuatro hijos y yo apenas había salido de mi virginidad. Qué. El. Infierno.

—Yo también estoy embarazada —comentó Margaret—. Menos mal que no son gemelos. No estoy segura de lo que haré con un solo niño.

La sala se quedó en un silencio incómodo. Margaret recordó involuntariamente a todos que los Callahan engañaron a Cassio y violaron el acuerdo. Aunque después de nuestra conversación de ayer, sabía que Cassio nunca tuvo intención de casarse con ella. Así que les tendió una trampa.

—Me muero de hambre —rompí el silencio—. ¿Qué hay para cenar, mamá?

—Tu favorito —dijo.

Me volví hacia Bianca.

—Por cierto, ¿cómo está John?

Su marido refunfuñó y mis ojos se dirigieron a él. Bianca le cogió la mano, riéndose ligeramente. *Está celoso*, me di cuenta. El gran y malvado mafioso estaba celoso del bueno de John.

—Está bien —contestó Bianca, acariciando la mano de su marido—. Nico lo ayudó a poner en marcha su empresa de nuevo.

Levanté la ceja.

—¿Eh? Pensaba que su empresa iba muy bien.

Bianca puso los ojos en blanco.

—Umm, Nico compró a sus vendedores.

—Oh. —Siguió un silencio incómodo—. ¿Cómo está Angie? ¿Esos dos están saliendo de nuevo?

Bianca negó con la cabeza.

—Um, no. Se enrolló con un tipo que trabaja para Nico. Acaban de romper, así que se está recuperando.

—Oh. —Estaba segura que Angie y John habrían acabado juntos de alguna manera, aunque yo quería a alguien mejor para él. Era demasiado bueno para Angie, pero desgraciadamente el tipo no tenía ojos para nadie más.

—Áine, te sientas a mi lado y Bianca se sentará a tu lado. —Mi madre comenzó a dirigir nuestra disposición de los asientos en la mesa.

El aire entre mi madre y yo era tan tenso que se podía cortar con el cuchillo.

—¿Qué tal si Margaret se sienta a tu lado? —Sugerí. Sería una buena manera que las dos hablaran de sus problemas y acabaran con ellos.

—Al final tendrás que hablar conmigo, Áine —reprendió mamá. No podía creer que lo hiciera en este ambiente. Todavía no hemos hablado de todo el cambio de paternidad y las mentiras que aparentemente se cernían sobre nuestra familia. Era importante, pero me dolía mucho que no pudiera haberme facilitado de alguna manera cuando ambos se casaron. Después de todo, ya era mayor.

Evité mirar hacia ella.

—Por supuesto —murmuré—. Iba a sentarme junto a Cassio. Conocer a mi futuro marido y todo eso. Ya que la boda es este fin de semana. Esto es como una cita rápida hacia el altar.

Alguien soltó una carcajada, pero la sofocó rápidamente. Sí, estaba utilizando a Cassio como excusa. El arrastre de una silla sobre el suelo de madera del comedor resonó en el silencio y tomé asiento junto a Cassio con una sonrisa en el rostro. Sus ojos centellearon mientras la diversión jugaba en su rostro.

—Creo que tu madre está tratando de engatusarte —soltó Margaret mientras se sentaba—. Lo del papá equivocado. Pero no te preocupes, tu plato favorito lo arreglará. —Mi cabeza se dirigió a Margaret. Estaba inusualmente malhumorada. Se encogió de hombros—. Las hormonas.

Mis labios se levantaron. Tenía la sensación que ella usaría mucho esa excusa. Aunque algo le pasaba, no se mostraba normalmente irritable ni del tipo que ataca verbalmente.

—Si hubieras sido responsable, Margaret Callahan, no habría necesidad de engatusar. —¡Oh, mierda! Mi madre también estaba en modo ataque.

—Bueno, discúlpame por ser la razón por la que finalmente tuviste que divulgar la verdad —soltó Margaret.

—Encantador —murmuré, mirando a hurtadillas a nuestros invitados. No parecían incómodos, casi como si estuvieran acostumbrados a las discusiones familiares. Compartiendo una mirada con Bianca, murmuré—: Solo ignóralos.

Sonreí dulcemente a Luca y Cassio.

—Bienvenidos a la familia —anuncié.

Bianca se rio.

—Oh, tendremos que visitarnos mucho. ¿Vives aquí?

—No, en la ciudad. —Miré a mamá. Ella y Margaret estaban discutiendo sotto voce.

—Oh, es cierto —intervino Luca—. Cassio es el dueño de ese edificio.

Mi cabeza se dirigió a él, olvidando a todos los demás.

—¿Qué?

—Luca —gruñó Cassio.

—Oops. —Aunque estaba segura que Luca no se había equivocado. Quería que supiera que Cassio era el dueño del edificio.

—Así que Áine, ¿estás preparada para la boda? —preguntó Bianca, tratando de desviar la conversación de la bomba.

Sacudí la cabeza.

—No estoy segura —murmuré—. Creo que sí. —No había hecho nada para prepararme. Supuse que mamá lo tenía todo preparado. Clavé los ojos en Cassio—. ¿Así que eres el dueño de ese edificio?

Asintió en señal de confirmación.

—Supongo que ahora tiene sentido por qué es tan seguro. —Porque qué otra cosa podría decir—. ¿Tú también vives allí?

—Sí, a veces me quedo allí.

—¿Sabías que vivía allí?

—Sí. —Bueno, al menos no mintió.

—¿Algo más que deba saber? —pregunté.

—Soy dueño de HC[10].

—Hmmm. —Vaya, ha estado tan cerca todo este tiempo y nunca me lo he encontrado. Ni una sola vez—. Supongo que podríamos compartir vehículo la próxima vez.

No estaba segura de cómo sentirme al respecto. Se sentía un poco acosador. Un poco demasiado. Era totalmente acosador.

—No puedo creer que esté diciendo esto —murmuró Bianca—. Es la forma que tiene Cassio de protegerte. Créeme, Nico no era mejor.

—¿Qué? —gruñó Nico, fingiendo descontento en su rostro, aunque su media sonrisa lo arruinó.

Ella puso los ojos en blanco.

—Control de la natalidad —lo regañó—. ¿Es necesario que diga más? Porque hay más.

Nico le ofreció la sonrisa más deslumbrante y habría hecho que me enamorara del hombre si no estuviera ya tan involucrada con Cassio.

—Pero eso es lo que te gusta de mí, Cara —dibujó.

Sacudí la cabeza con incredulidad. Bianca tenía a ese hombre envuelto en su dedo meñique.

Mis ojos se dirigieron a Margaret y a mamá. Seguían discutiendo en voz baja. Tal vez colocar a Margaret junto a mamá no fue una gran idea después de todo.

[10] Se refiere a la empresa donde trabaja Áine.

—Bueno, si no... —La voz de mi madre se elevó una octava más, atrayendo los ojos de todos de nuevo hacia ellas dos.

—¿Qué diablos está pasando? —espetó Jack. Sí, a todos nos gustaría saberlo. Supongo que mi madre se puso protectora conmigo y ahora culpaba a Margaret de la situación en la que me encontraba. Aunque, de alguna manera, todo salió bien y Margaret no tuvo la culpa. Cassio vivía en mi edificio. Tal vez pueda conseguir que me cuente otra cosa esta noche, durante la cena. Bueno, vamos a cenar ahora. ¿Con una copa?

Me giré para preguntar a Cassio cuando la voz de Margaret me detuvo.

—Dile a tu mujer que deje de molestarme —siseó Margaret a mi madre—. Sí, sabemos que la cagué. Y Áine no estaría en esta situación si yo no la hubiera cagado. Pero aquí estamos. ¿Qué quieres que haga al respecto?

Las gemelas dejaron de jugar y sus ojos recorrieron a cada uno de los adultos de la habitación.

—Margaret Callahan. —La voz de Jack contenía una nota de advertencia. Pero saber que Cassio nunca se habría casado con ella le quitaba toda la culpa a mi prima. Un pensamiento se coló en mi mente. Cassio dijo que nunca se habría casado con Margaret, pero no aclaró cómo se aseguraría que no lo hiciera. ¿Y si...?

¡No! Eso sería ir demasiado lejos.

—Áine, tú... —Mi madre trató de explicar, pero la corté.

—Mamá, sea lo que sea —hablé en voz baja—, este realmente no es el momento. Y deja en paz a Margaret —advertí—. No puedes culparla de tus malditas decisiones de

hace veinticinco años. —*Ni de la posible encerrona de mi futuro marido* —añadí en silencio.

Mi madre podía ser bastante protectora y dominante a veces, pero no dejaría que atacara a mi prima. Si necesitaba a alguien a quien culpar por este acuerdo que había salido mal, solo tenía que mirar a su marido.

—Fantástico que tu familia sea tan desordenada como la nuestra —anunció Luca con una amplia sonrisa.

Entorné los ojos hacia Luca.

—Yo no apostaría por ello, Luca —dije, llevándome la copa de vino a los labios—. Después de todo, mi familia no se dedica al tráfico de personas.

—Muchacha, ¿qué te pasa? —gruñó Jack, pero me encogí de hombros sin inmutarme.

—No mucho —respondí—. De hecho, me lo estoy pasando muy bien.

Sonreí dulcemente y él negó con la cabeza.

—Mujer testaruda. Debe ser lo irlandés que hay en ti, supongo.

Mis ojos se dirigieron a él. No era la primera vez que decía eso. Excepto que era la primera vez que contenía verdad. Antes lo tomaba como su adopción, pero ahora, significaba más. ¡Maldita sea! Me había estado dando señales todo el tiempo, y yo nunca las interpreté.

CAPÍTULO 32



Cassio

Vi cómo Bianca y Áine se abrazaban por tercera vez, prometiendo que se verían con más frecuencia. Cada vez que pensaba en Áine en Turquía, en aquella escena que se reproducía en mi mente, el golpe en mis entrañas era brusco. Me volvería loco si la perdiera ahora.

Otro abrazo y las dos mujeres que lo eran todo para mí se rieron.

—Actuamos como dos ancianas —comentó Bianca con humor en su voz.

Margaret desapareció después de la cena, excusándose con un dolor de cabeza. Luca no estaba muy lejos de ella. No tenía un buen presentimiento sobre esos dos. Margaret era una cosa salvaje. Luca no necesitaba ser salvaje; eso lo haría descarrilar.

Áine me dio la idea de compartir el coche, así que la convencí de llevarla a casa. Después de todo, éramos vecinos.

—Cassio, tengo que advertirte —refunfuñó Jack, murmurando algunas maldiciones en voz baja. Lo disimulaba bien, pero no le gustaba ver a su hija casada conmigo. No podía culparlo, salvo que ella era mía. Aunque estaba hablando con Nico y Jack, mis ojos estaban puestos en Áine todo el tiempo—. Si veo a mi hija llorar una vez, estarás muerto antes que se dé cuenta. Si la veo angustiada, te torturaré antes de matarte.

Nico sonrió.

—Oh, la venganza es una perra —retumbó—. Añade unas cuantas amenazas más, Callahan —lo animó Nico. ¡Cabrón!

No podría hacerle un gesto de dedo medio delante de mi futuro suegro.

—Lo tengo —le dije a Callahan con voz fría—. Si me amenazara por otra cosa, estaría muerto. Como era por el bienestar de su hija, le daría un pase—. Cuidado, sin embargo —le advertí—. Áine no volverá a ver al Dr. Taylor.

Jack se puso rígido y sus ojos parpadearon hacia las mujeres.

¿Aine te lo ha contado?

—Ambos estuvimos de acuerdo en que era lo mejor —le dije, siendo breve—. Por favor, asegúrate que tu mujer también lo entienda.

Jack se pasó la mano por el cabello plateado.

—Se veía venir —murmuró—. Fue una de las razones por las que insistió en mudarse. —Ladeé una ceja en señal de sorpresa. Cuando no dije nada, Jack continuó—: Áine recuerda los acontecimientos a través de pesadillas e imágenes

inconexas. Le provocan dolores de cabeza, fuertes migrañas. Emily se dio cuenta y la llevó al Dr. Taylor antes que los dolores de cabeza fueran demasiado fuertes. A Áine le gustaba forzar su línea de tiempo. Prolongar cada vez más la distancia entre visitas, aferrándose a esos desdichados recuerdos. Para entenderlos. Las dos se pelearon y Áine insistió en mudarse. Emily se preocupa por ella, y nuestra hija odia no entender de qué se derivó todo eso…

Todos sabíamos de qué se derivaba. La madre de Áine se culpaba a sí misma. No tenía ningún sentido, pero ahí estaba. Igual que yo me culpaba de la muerte de mi madre y de las fechorías de Benito contra mis amigos.

Asentí en señal de comprensión. Jack puso una mano en mi hombro, el movimiento paternal.

—Asegúrate de cuidar de ella. Y mantenla alejada de ese despreciable medio hermano tuyo.

Se alejó sin decir nada más, uniéndose a las mujeres.

—¿Ya tienes una hora y un lugar para la subasta final de Bellas? —pregunté a Nico una vez que Jack estuvo fuera del alcance del oído.

Sacudió la cabeza.

—Estoy trabajando en ello. Tengo una lista de mujeres que pretenden utilizar para esta subasta. He avisado a Luciano y Vasili. Isabella y Grace también están en la lista de la subasta.

—¿Lo sabe Bianca? —pregunté.

Los ojos de Nico buscaron a Bianca. Él también estaba preocupado. A pesar de toda su seguridad y sus guardias, no

podía evitar preocuparse. Por fin había encontrado algo bueno y, al igual que el resto de nosotros, tenía miedo de perderlo. La ira que sintió después de la muerte de su hermana se duplicaría si algo le pasara a Bianca o a sus hijas.

—No —respondió finalmente—. Le dije que estaban sucediendo cosas malas y que teníamos que estar en alerta máxima. Ella mantuvo a las gemelas en casa esta semana, lo que me pareció bien. —Excepto que sabía que mantenerlas en el recinto indefinidamente no funcionaría.

—¿Todo bien con el embarazo? —pregunté.

La cara de Nico se suavizó.

—Sí, todo bien. Latidos fuertes. Tengo fotos de la ecografía. Bianca no quería compartirlas contigo y eclipsar el compromiso.

—Tonterías. —Justo cuando dije eso, Áine y Bianca se unieron a nosotros.

—¿Qué es una tontería? —preguntó Bianca.

—Quiero ver las fotos de la ecografía —le dije—. Después de todo, soy *el* tío favorito. El otro desapareció ante nosotros.

Se rio.

—Espera a que Luca lo escuche. —Miró detrás de ella—. Chicas, dejad a la Sra. Callahan en paz. Tenemos que irnos.

La esposa de Jack les dio golosinas para el camino. Estarían hiperactivas y no era que necesitaran más energía.

Áine puso los ojos en blanco.

—Para que sepas, *nunca* me dejó comer dulces a esa edad.

Bianca se rio.

—Espera a tener tus hijos. Te hará estar aún más resentida.

Las mejillas de Áine enrojecieron.

—Vamos a ver esas fotos de la ecografía —cambió de tema—. Espero que tengas niños y que se parezcan a tu marido.

Veinte minutos después, tenía a Áine en mi coche, conduciendo a casa.

—Bonito coche —comentó mientras salía del complejo de Jack. Hizo girar el anillo de compromiso alrededor de su dedo. Me alegré de verla con él puesto.

—Es solo un coche —respondí—. ¿Aine?

—Hmmm.

—¿Te gusta el anillo?

Bajó la mirada hacia ella, como si no fuera consciente que estaba jugueteando con él.

—Sí —respondió ella—. Aunque para ser sincera, no me gustan mucho los anillos.

No me sorprendió escucharlo. Sobre todo porque ella hacía trabajo de campo. Las joyas dificultaban el combate. El diamante de cinco quilates estaba engastado en una montura antigua que perteneció a mi Nonna.

—Tendrás que llevar la alianza —le dije—. La oferta del tatuaje sigue en pie.

Su suave risa llenó el coche.

—Lo haré. —El silencio llenó el coche y antes que ella abriera la boca, supe que tenía una pregunta—. ¿Hunter?

—Hmmm.

—¿Tendiste una trampa a Margaret para quedarse embarazada?

¡Joder!

—Le tendí una trampa para que la invitaran a una fiesta de disfraces a la que quería asistir. —le dije finalmente—. Por supuesto, no podía garantizar el embarazo. Pero iba a utilizar su comportamiento inapropiado para acorralar a Jack.

No le gustó.

—Eso es una mierda.

—Nunca dije que fuera un hombre honorable.

Sus delicadas cejas se arrugaron.

—Sin embargo, de alguna manera me salvaste.

Permanecí en silencio durante un rato, y me pregunté si este era su estado de ánimo cabreado.

—No lo vuelvas a hacer —rompió por fin el silencio. Asentí—. Y deberías disculparte con ella.

—¿Sabes que hizo cosas peores que eso?

—No me importa, Cassio —dijo ella, con los dientes ligeramente apretados. También noté que cambiaba de Hunter a Cassio. Estaba enfadada—. Su vida, sus elecciones. Es diferente cuando se le tiende una trampa. Y ella es de la familia.

CAPÍTULO 33



Aline

Entorné los ojos hacia él, esperando una respuesta. Sin embargo, parecía no inmutarse por su admisión. Me negaba a dejar que nadie, hombre o mujer, se aprovechara, hiriera o manipulara a las personas que me importaban. No importaba lo malditamente calientes que estuvieran.

—¿Cassio? —dije con los dientes apretados. Cada segundo que no respondía añadía una muesca más a mi ira. Sí, este gen lo heredé de Jack Callahan.

—Me gusta más cuando me llamas Hunter.

Parpadeé confundida. *Espera. ¿Qué?*

No me di cuenta que había cambiado de Hunter a Cassio, pero eso no parecía ser lo importante ahora. Tras un tenso tramo de tiempo, me dirigió una mirada fugaz.

—No lo volveré a hacer con tu familia y amigos —aceptó.

Con una pequeña exhalación, la opresión en mi pecho se alivió. No fue una gran discusión, pero me permitió vislumbrar cómo íbamos a funcionar. Teníamos química, pero el matrimonio era mucho más que química y esta conversación me dio esperanza. *Esperanza para nosotros.*

—¿Por qué quieres apresurar la boda? —pregunté de improviso.

Cambió rápidamente de carril antes de lanzarme otra mirada.

—Pensé que estaba claro. Dos años es mucho tiempo para esperar a alguien.

—Podríamos salir —le propuse. Aunque la espera tampoco me emocionaba mucho. Pero había algo en celebrar el día de tu boda, habiendo sido preparada pensando en otra persona no me gustó.

—¿No quieres casarte conmigo? —Su voz era relajada, su postura no cambió, excepto el agarre del volante. Apenas se notaba, pero se tensó, dejándome ver sus nudillos blancos.

—Nunca imaginé que fuera a ser así —le dije—. Un día que ha sido preparado para otra persona durante un tiempo y de repente es mi día.

—Butterfly, ¿quieres casarte conmigo? —La pregunta era sencilla. Sorprendentemente la respuesta también era sencilla. El hombre con el que he estado hablando durante las últimas seis semanas, al que besé hace dos años y de nuevo en Las Vegas. Y sin embargo, fue mucho más que un toque de amante. Me hizo sentir segura. A pesar de ser hijo de la misma persona

que mató a mi padre y hermano del hombre que aparecía en mis pesadillas.

Cassio Hunter King me hizo sentir segura.

—Sí. —Un pequeño suspiro resonó en el espacio cerrado, y no estaba segura de si era mío o suyo.

Su coche se detuvo y miré a mi alrededor, dándome cuenta que estábamos de vuelta en mi edificio. Su edificio. Estacionó y se giró para mirarme, con sus grandes palmas en mis dos mejillas.

—Dime qué quieres, Áine —exigió—. Quiero que tengas lo que siempre has soñado. Una gran boda, una pequeña boda. Lo que sea.

La mirada que me dirigió me atravesó el alma. El deseo enloquecedor en sus oscuras profundidades me hizo sentir deseada, protegida, apreciada. Era todo lo que necesitaba.

Nuestras miradas se sostuvieron y mi respiración se entrecortó, mientras mi corazón aleteaba ligeramente. Apretó sus labios contra los míos y aspiré. Sus besos eran tan increíblemente calientes que me hacían arder hasta los dedos de los pies. El término "dedos de los pies" por fin tenía sentido. Un gemido resonó en su pecho, su mano se clavó en mi cabello a la altura de la nuca, sujetándome con firmeza. Deslizó su lengua en mi boca, tirando de mi labio inferior entre sus dientes, y una nebulosa de lujuria se agolpó en mi bajo vientre.

—¿Hunter? —murmuré suavemente contra sus labios.

—Hmmm.

—¿Tu apartamento o el mío? —De repente estábamos de vuelta en Las Vegas, y sabía la respuesta antes que él abriera la boca.

—Joder —gruñó—. El mío.

Tardamos cinco minutos en llegar a su piso. Atravesamos la puerta de su apartamento enredados el uno en el otro, nuestras bocas colisionando y nuestras manos hambrientas. No tenía idea de cómo nos encontramos en el dormitorio, con Hunter sentado en el borde de la cama, y yo apretando mi núcleo caliente contra su muslo, mientras nuestras lenguas bailaban al son que solo nosotros dos podíamos oír.

Mis pezones se tensaron, hormigueando por la expectativa. El calor palpitaba entre mis muslos, deseando sentir su polla dentro de mí.

—Hunter, yo... —¿Qué digo? Lo necesitaba. Como el sol necesitaba a la luna para equilibrar la noche con el día. Su toque me encendía y me calmaba. Ahora que estaba tan cerca de él, respirando su aroma, sintiendo que sus ojos me consumían sin esfuerzo, el corazón se me atascó en la garganta. Lo deseaba tanto. Él encendería la cerilla de mi cuerpo y yo me desintegraría en polvo sin él. Le pasé una mano por el cuello y por su espeso cabello oscuro—. Realmente quiero casarme contigo —fue todo lo que terminé diciendo con voz entrecortada.

Yo sería su esposa en todo el sentido de la palabra. Al menos, lo intentaría.

Sus manos callosas se acercaron a mis muslos con un ligero toque y rozaron mi carne, por debajo del vestido, dejando un reguero de chispas a su paso. Sus dedos se volvieron firmes,

agarrando la carne y provocando un dolor insoportable entre mis piernas. Sus palmas se deslizaron bajo mis bragas, agarrando mi culo. Mis dedos se enroscaron en su cabello, la necesidad caliente y resbaladiza de él me hizo perder todos mis sentidos.

—Hunter —su nombre escapó de mis labios en un suspiro. Me tiró del vestido por encima de la cabeza, tirándolo al suelo. Mis ojos permanecieron fijos en él, deleitándome con la mirada de sus ojos susurrándome promesas insonoras que estaba segura cumpliría.

Mi sujetador siguió al vestido, mientras mi pecho subía y bajaba con anticipación. No lo había sentido desde Las Vegas. Me levanté sobre mis pies, situándome entre sus rodillas bien abiertas, con las piernas ligeramente temblorosas.

Bajó mis bragas, ansiando su contacto. Tanto mi mente como mi cuerpo me susurraron que lo había estado esperando. Él era mío y yo era suya.

Mis ojos se cerraron con la intensidad de lo bien que se sentía. Ser suya y reclamarlo como mío. Sus manos volvieron a introducirse entre mis muslos y, sin previo aviso, un solo dedo se introdujo en mi interior.

—Joder —espetó. Su voz me recorrió la espina dorsal. Este hombre lo era todo. Amor, lujuria y felicidad. El pensamiento sonó en el rincón más lejano de mi mente, pero se ahogó cuando su boca se aferró a mi pecho y arrastró sus dientes por mi pezón. Mientras tanto, su dedo me follaba lentamente, entrando y saliendo. Mi cabeza se echó hacia atrás y mis manos se acercaron a su cuello, aferrándose a él como si fuera mi propia roca. Siguió moviendo su dedo, la presión aumentó

entre mis piernas hasta que fue demasiado, y tuve miedo de desintegrarme en cenizas.

Me mecí dentro de él, sin importarme si me quemaba. No sería una forma tan mala de morir, con su boca sobre mí y su tacto marcando mi piel.

—Tan jodidamente húmeda —gruñó. Dos dedos se deslizaron profundamente dentro de mí, y mi cabeza cayó hacia atrás con un gemido.

—Hunter —jadeé. La presión aumentaba; estaba tan cerca mientras él introdujo sus dedos duro y rápido. Una y otra vez. Mi piel estaba tan caliente y el fuego ardía en mi bajo vientre, creando una hoguera que solo él podía alimentar.

Su boca adoraba mis pechos, su lengua y sus dientes alternaban entre pellizcos y besos. Sus dedos entraban y salían de mí, rozando mi clítoris, aumentando la presión. Hasta que estalló en llamas, disparando luces blancas detrás de mis párpados. Un escalofrío recorrió mi cuerpo, mientras un lánguido calor se extendía por cada centímetro de mi sangre.

Sus labios me mordisquearon el lóbulo de la oreja y su voz profunda y áspera retumbó en mí.

—Mía. Para siempre.

Su reclamo debería haberme devuelto a la tierra, pero en lugar de eso floté más alto en el espacio. Mi corazón latía con fuerza contra mi caja torácica. Abrí los ojos y me encontré con llamas ardientes en la profundidad de sus oscuros ojos.

—Quiero más —exhalé, acercándome a la cremallera de sus pantalones. Mis dedos tantearon la cremallera, ansiosos por ver más de esa altura que me había dejado entrever en Las Vegas.

Éramos dos polos opuestos: yo desnuda, él con su traje de tres piezas. Sin embargo, encajábamos perfectamente juntos. Como dos adolescentes, ambos nos esforzamos por desechar cada pieza de su ropa. Por fin, mis ojos lo absorbieron, su glorioso pecho a la vista, su piel bronceada y sus abdominales. Me encantaban sus tatuajes. Todos y cada uno de ellos, desde la mano hasta el antebrazo, el cuello y el pecho.

Te he esperado demasiado tiempo y ahora lo quiero todo.

—Levántate —demandó, con una dura exigencia en su voz. Me sacudió hacia arriba, me abrió las piernas y me acercó. Mi coño estaba junto a su cara. Me apoyé con una mano en su hombro, sus manos se clavaron en mi culo y su cara se enterró en mi coño. El fuego se encendió como un volcán, su boca chupó y lamió, mordiendo mi clítoris. La piel me ardía de necesidad. Mis uñas se clavaron en su hombro y giré mis caderas contra su boca. Me estaba matando, robándome el aliento y la cordura. Y no podía estar más contenta.

Antes que la liberación me atravesara, me agarró de las caderas, me deslizó sobre su regazo y me penetró de golpe.

Se me escapó un grito ahogado. Se calmó, sus ojos se oscurecieron y ardieron. Todavía estaba sensible y dolorida.

—Lo siento —murmuró suave. Sus manos se suavizaron sobre mí. Se inclinó hacia delante y tomó mis labios con reverencia, besándome. Capturando mi labio superior entre los suyos, mi cuerpo se relajó con cada suave beso y toque que me daba. Se inclinó y recorrió sus labios a lo largo de mi garganta, dejando un rastro de besos que me marcarían como suya para el resto de mi vida. No importaba lo corta que resultara ser.

—Te lo daré todo —carraspeó una promesa que sabía que cumpliría. Su vello rozó mi suave piel, sus dientes mordisquearon mi clavícula. Suspiré y mis manos recorrieron su cuerpo. Quería sentir cada músculo, conocer cada centímetro de él. Su toque en mí era hambriento, urgente, alimentando las llamas de mi interior. No quería que se extinguieran.

Hice rodar mis caderas, lenta y fácilmente al principio. El dolor estaba ahí, pero el fuego y la necesidad de él eran mayores. Envolví mis brazos en sus hombros y enterré mi rostro en su cuello, inhalando profundamente. Olía a una mezcla perfecta de océanos y fragancia amaderada. Como seguridad, deseo y amor.

Un escalofrío me recorrió, el calor chispeando mientras apretaba mi clítoris contra su pelvis. Sus manos recorrieron mi espalda, sus duras palmas rozando mi suave piel. Se detuvieron en mi culo y sus dedos se clavaron en él, atrayéndome con más fuerza contra él. Estaba muy dentro de mí y, con cada movimiento de mis caderas contra él, mis gemidos se hacían más fuertes. Subí un centímetro y luego volví a bajar, moviéndome arriba y abajo contra su eje.

Sus manos tomaron el control y empezaron a moverme arriba y abajo. Tomó mi boca en la suya y capturó mi siguiente gemido. Me folló, guiando mi cuerpo hacia arriba y hacia abajo sobre él y la presión caliente comenzó a aumentar. Mi respiración era agitada y mi pecho estaba a punto de estallar.

—Joder, Áine —gimió. Bajó la cabeza y se metió un pezón en la boca, y con cada empujón dentro de mí, sus dientes tiraban de los sensibles capullos.

—Oh, Dios —gemí—. Hunter, por favor.

Sus dedos se clavaron en mis caderas y volvió a empujar. Con fuerza. Y otra vez. Tomó mis labios en un duro beso, mordió mi labio inferior y mi cuerpo se estremeció, la presión estalló en un millón de estrellas. Su cuerpo se tensó, presionó su rostro contra mi garganta, dejó escapar un gemido, mordiéndome el cuello mientras encontraba su liberación.

Esto. De esto se trataba.

Amor. Pasión.

Era lo que hacía que la gente perdiera el sentido común: librar guerras, quemar ciudades, jurar lealtad, matar. Mataría a cualquiera que hiciera daño a este hombre. Así como sabía en el fondo, él mataría a cualquiera que me hiciera daño.

Permanecimos inmóviles, la respiración de ambos frenética, mi piel caliente contra la suya. Pecho contra pecho. Latido a latido.

Juntos.

Horas más tarde, ambos estábamos tumbados en la cama, con el sudor brillando en nuestra piel y el único sonido era nuestra pesada respiración. Acabábamos de terminar el tercer asalto. ¿O era el cuarto? No tenía idea; estaba en un coma inducido por el placer.

¡Mierda santa!

Mi corazón todavía se aceleraba por lo que habíamos hecho. Sentía una intensa conexión con él; era cruda y absorbente. Se durmió, pero yo estaba demasiado excitada para dormir. Además, inconscientemente me preocupaban los sueños que seguramente seguirían. Así que me deleité en esta increíble sensación durante todo el tiempo que pude, mientras

escuchaba su uniforme respiración. Su fuerte latido contra el mío.

Era excepcionalmente bueno en la cama. Me puse celosa de todas las mujeres que tuvieron la suerte de haber sentido sus manos y su boca antes que yo. Un sentimiento posesivo se inflamó en mi pecho al pensar que cualquier otra mujer lo tocara. O peor aún, que Hunter deseara a otra mujer.

Entonces un pensamiento me golpeó y me levanté de golpe.

—¿Hunter?

Sus ojos se abrieron de golpe y echó mano de su arma, mientras su mirada recorría la habitación.

—¿Qué sucede? —preguntó, con la voz ligeramente ronca.

Me reí. Vale, quizá debería haberle dado un ligero empujoncito.

—Guarda el arma —le dije—. Nadie está atacando.

—¡Joder! —Lo volvió a meter en su mesita de noche y se giró hacia mí—. ¿Qué pasa?

Me di cuenta demasiado tarde que podría no ser el mejor momento para discutir esto, pero ya era demasiado tarde. Estaba muy despierto. Seguí mordiéndome el labio inferior, tratando de encontrar una forma delicada de discutir los términos de nuestro matrimonio.

Tomó mi rostro entre sus manos, nuestros cuerpos desnudos se rozaron y así me volví a excitar.

—Butterfly, solo suéltalo —murmuró, rozando su nariz con la mía.

—Nuestro matrimonio será exclusivo, ¿verdad? —solté—. Porque eres mío y yo... —*Mataré a cualquiera que te toque.*

Está bien, parecía ligeramente posesiva.

Esta pasión que compartíamos era mía, y me negaba a compartirla. No sería la esposa dócil y buena que aguantaría las exigencias y los deseos de su marido, sino estaría ahí para él y él estaría ahí para mí. Nadie más. Y a decir verdad, si sería infiel, no creía que fuera capaz de mantener mi temperamento bajo control.

—Seré solo tuyo y tú serás solo mía. —Su voz era seria—. Serás la única mujer con la que follaré.

El alivio me invadió, como el agua fría contra la piel caliente. Esta incertidumbre me resultaba extraña y no me gustaba la sensación. Durante años escuché a Margaret y otras amigas hablar sobre inseguridades, sufrimiento por hombres que no llamaban o no se preocupaban, y nunca podía relacionarme. Y ahora, todo eso me golpeaba como un tren de carga.

—Cassio, creo que deberíamos hablar de... —busqué las palabras. Había tanto que no sabíamos el uno del otro. En realidad, no sabíamos nada el uno del otro—. Supongo que todo —murmuré finalmente.

No era solo la cuestión del matrimonio concertado. Había mucho más: imágenes que ahora sabía que estaban relacionadas con él, su familia que era una de las más temidas de este planeta, mi determinación de acabar con el tráfico de personas de los King y nuestro futuro juntos. Era lo suficientemente inteligente como para saber que el divorcio en el inframundo no

era una posibilidad y que vivir el resto de mi vida conformándome no me serviría.

Asintió con la cabeza y me abrazó, con el oído pegado a los latidos de su corazón.

—Vamos a hacer esto en medio de la noche, ¿eh? —se burló—. ¿Quieres ser la primera? —preguntó. Él no parecía agotado ni nervioso. A decir verdad, yo tenía un poco de ambas cosas. Por lo general, mantenía la calma, pero cerca de él, partes de mí que creía rotas cobraban vida y me confundían.

Me encogí de hombros.

—Si no te importa.

—No, en absoluto —dijo—. Vamos a escucharlo.

Inspiré con dificultad y solté el aire lentamente. De un modo extraño, su olor y su calor me reconfortaron.

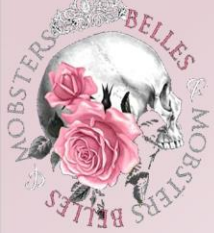
—Sé que has tenido a alguien siguiéndome, así que supongo que sabes de mi negocio paralelo de salvar a mujeres víctimas del tráfico —solté.

—Lo sé. —No esperaba esa respuesta, así que levanté la cabeza, buscando sus ojos.

La luna estaba llena, arrojando sombras sobre ambos a través de su gran ventana del suelo al techo con vistas a la ciudad.

—¿Cómo lo sabes?

—Hace unos días, estabas en Turquía —dijo con voz suave, acercándome—. Me diste un susto de muerte, rescatando a esas mujeres, poniéndote en peligro. —Nos miramos, sus cejas



fruncidas como si le doliera recordar todo el suceso—. No volverás a ser tan imprudente con tu vida.

—¿Estuviste allí? —pregunté con el ceño fruncido.

Asintió con la cabeza.

—Luca y yo. Estábamos disparando a los hombres que te disparaban a ti.

—¿En el recinto? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—No. —No hubo ni un segundo de vacilación antes que respondiera—. Luca y yo recibimos un chivatazo que Marco tenía un cargamento de mujeres entregado allí —respondió, sosteniendo mi mirada—. Íbamos a sacarlas y a arrasar con ese lugar. Pero te adelantaste. E hice que Nico desenterrara todo sobre ti. —Sonrió, sin disculparse—. Quiero cuidar de ti, mantenerte a salvo.

Incliné la cabeza en busca de algún engaño, pero mi sexto sentido me decía que era sincero.

—¿No estabas allí por las mujeres? —pregunté en tono tranquilo.

—No estoy de acuerdo con el tráfico de personas —dijo en tono duro—. No es negociable. —Tomó mi barbilla entre sus dedos—. ¿Cuánto tiempo tardarás en confiar en mí?

Me incliné más hacia él y presioné mi boca contra la suya. Me estaba enamorando de él, rápido y fuerte.

—Sí confío en ti, Hunter —murmuré contra sus labios—. No entiendo por qué mi cuerpo y mi mente confían en ti es lo que me está asustando.

Era verdad. Estaba operando con mi instinto, pero las cosas que permanecían en las sombras me asustaban.

—Solo necesitas tiempo —dijo en un tono ronco y apacible—. No lo fuerces, Butterfly.

—Dijiste que nos habíamos visto antes —dije, decidida a recibir una pista. Un empujón en la dirección correcta. Lo que sea—. Necesito una pista. —Cualquier cosa sería mejor que esas imágenes distorsionadas de su mano buscándome. Llevándome—. ¿Dónde te he visto? ¿Cuándo? —Sus labios se curvaron y supe en qué estaba pensando—. No estoy hablando de hace dos años —añadí rápidamente, mis mejillas se calentaron. Intentaba distraerme.

—Nos conocimos hace once años —dijo finalmente—. No puedo contarte los detalles. Tendrás que recordarlos a tu manera. —Fruncí el ceño. Todo se remontaba siempre a cuando tenía catorce años. Ese año era tan borroso que apenas podía recordarlo. Recordaba cada cosa que había sucedido cuando tenía diez, once, doce años. Cualquier año, pero ese. De alguna manera, ese año parecía importante. Una clave para algo que no podía distinguir. Me cogió la mano y la apretó—. Cuando te acuerdes, responderé a todas tus preguntas. Pero no sería justo que te diera mi versión de nuestro encuentro. Tú lo viviste y tienes que recordar cómo lo viste.

De forma distraída, tracé el tatuaje de la rosa en su mano con un ligero toque. Un rápido destello de una imagen. La mano de un hombre con un tatuaje de una rosa acercándose a

mí. La imagen era tan clara como el día. Mis ojos bajaron hasta el tatuaje de su mano. Ahora sabía que era el tatuaje de Cassio, pero necesitaba más. Me dijeron que la paciencia era una virtud. Pero para mí no lo era. Recordarlo todo era de vida o muerte para mí.

Entonces llegó un recuerdo. De la nada, claro como el día.

—¿La hija del primer ministro? — El piloto que nunca había visto gritó, mirando al hombre detrás de mí. El piloto parecía sorprendido, pero me concentré en las manos que me mantenían a salvo. Manos tatuadas manteniéndome asegurada.

—Butterfly, ¿puedo revisar tu hombro? —Una voz baja preguntó tentativamente. Me encontré con la familiar mirada oscura, esperando mi permiso. No entendía por qué quería revisarlo, pero confiaba en él. Él me salvó. Le di un pequeño asentimiento y su mano entintada desabrochó el botón superior de mi sucia blusa y comprobó la parte posterior de mi hombro. Solo tardó un segundo en volver a abrocharme la camisa.

—Gracias.

Mis ojos se fijaron en la única mano de Cassio que descansaba a mi alrededor. Mis cejas se fruncieron. Estas imágenes eran tan inconexas que resultaba difícil entenderlas. Casi parecía un recuerdo, pero no lo era.

—¿Por qué no puedo recordar? —le pregunté, levantando mis ojos hacia los suyos—. Es como una película fragmentada e inconexa, dividida en pedazos.

—Probablemente una combinación de un mecanismo de afrontamiento y otras cosas —respondió. No me dijo nada más, lo sabía.

—Hace dos años, ¿sabías quién era yo? —Estaba en todas partes, los puntos resultaban incoherentes, pero de alguna manera estaban conectados en mi mente.

—Sí. —Cuando arqueé la ceja, continuó—. No hay dos como tú, Butterfly. Te reconocí en cuanto te tropezaste conmigo.

Mi corazón se comportó de forma extraña a su alrededor. Todo mi cuerpo zumbaba de anticipación.

—El matrimonio concertado con Margaret… —Las palabras se interrumpieron. Ni siquiera estaba segura de lo que quería decir.

—Callahan no me permitió tenerte —dijo finalmente como si pudiera leer mis pensamientos—. Siempre has sido tú, Áine. —Mi corazón se aceleró, como nunca antes. Era el único hombre que conseguía provocar esta reacción—. No ha habido otra mujer para mí desde que nos cruzamos hace dos años.

Bum. Bum.

Bum. Bum.

Bum. Bum.

Si había una parte de mí que retenía, simplemente se convirtió en la de Hunter. Él era dueño de cada gramo de mí. Si me arrastraba al infierno, lo seguiría. Porque Cassio Hunter King era seguridad, deseo y amor, todo envuelto en uno.

—No quiero casarme contigo con una boda arreglada para Margaret —admití en voz baja. Era mezquino, pero quería algo solo suyo y solo mío. Él era *mío*. Al diablo con cualquier otro.

Se sentó, tirando de mí con él.

—¿Qué estás diciendo?

—¿No podemos ser solo tú y yo? —pregunté—. Podríamos hacer la gran boda en otro momento.

Me observó pensativo, pero era difícil saber qué pensamientos cruzaban su mente.

—Tus padres no estarán contentos.

—Bien, entonces les decimos que se reúnan con nosotros en el Ayuntamiento —sugerí—. Tu familia también.

Se rio suavemente, presionando su boca contra la mía.

—Me gusta esa idea. Hagamos una gran boda en Italia con Nonno. Él nos crio a Luca y a mí. —Asentí con entusiasmo, amando esta idea con cada segundo—. Mañana serás mi esposa.

CAPÍTULO 34



Cassio

El Ayuntamiento estaba vacío y olía a papel viejo, a años de votos matrimoniales y a promesas hechas ante oficiantes.

Por enésima vez en el día, mis ojos se dirigieron a Áine. Sus tacones sonaban contra el suelo de mármol, sus pasos me acompañaban y mis ojos volvieron a buscar sus azules océano. Su presencia me calmó, me tranquilizó de la mejor manera posible. Sus manos se aferraron al vestido, levantándolo del suelo. El vestido era sencillo y acentuaba su esbelta cintura. El escote resaltaba, pero no demasiado y su cabello enmarcaba su rostro, el color era muy marcado contra el blanco perla del vestido sedoso. Y esos labios.

Se comportaba como una reina. Mi reina.

Los últimos días fueron inesperados. Después de nuestra charla de almohada a medianoche, envié un mensaje a Luca, Bianca y Nico pidiéndoles que se reunieran con nosotros en el Ayuntamiento. Áine hizo lo mismo con sus padres y Margaret.

Este nuevo plan me convenía. Prefería que fuera mía cuanto antes. Y casarla en la iglesia con Nonno presente se sentía bien.

Su mano presionó la mía y mi mirada volvió a recorrerla. Era imposible apartar los ojos de ella. Era la mujer más hermosa que había visto nunca. También la más feroz.

Cuando nos levantamos esta mañana, nos duchamos juntos. Le lavé el cabello, pasando el champú por sus mechones rojos llameantes y aclarándolo. Luego insistió en lavarme, con sus finos dedos recorriendo mi cuerpo. No pude resistirme; la presioné contra la pared, rodeando mi cintura con sus piernas mientras me deslizaba dentro de ella. Estaba preparada para mí, húmeda y caliente, y mientras entraba y salía de ella, nada se sentía tan bien. Encajábamos bien, como dos piezas de un mismo puzzle.

Después de ducharnos juntos, la llevé por la escalera privada que va de mi apartamento al suyo y a la que nadie en el edificio tenía acceso salvo nosotros. Entró en su apartamento y, antes de adentrarse, le pedí que se dejara el cabello suelto. Quería sorprenderme con su elección de vestuario y ciertamente lo hizo.

Ahora, mientras observaba su gloriosa y larga melena reflejando llamas rojas bajo los rayos del sol y las luces, no pude dejar de maravillarme. Se dejó el cabello suelto para mí. *Por mí.*

Una simple petición y me la concedió sin pescar más cumplidos ni preguntar los motivos. Luca estrechó sus ojos sobre mí, estudiándome. No estaba de acuerdo con apresurar esto. Pensó que estaba demasiado ansioso.

Maldita sea, lo estaba.

Nos casaríamos por la iglesia y tranquilizaríamos a nuestras familias, pero ya sería mía. Que se jodan los retrasos y que se joda cualquiera que intente robarme a mi mujer. No había razón para esperar y tentar al destino.

Además, su ***sí*** para esto significaba más que cualquier otra cosa. Le pedí que se casara conmigo y ella aceptó. No la estaba obligando ir al altar para casarse conmigo. Ella pidió esto, y yo estaba más que feliz de complacerla. Sin presiones de su padre ni la posibilidad que se rompiera el acuerdo. Áine dijo que sí; se arriesgó conmigo.

Su mirada se dirigió a la mía y una suave sonrisa se dibujó en su boca.

—Como ha sido una decisión de última hora —dijo, sin que yo pudiera apartar los ojos de ella—, no he tenido tiempo de comprarte un anillo.

—Está bien. —Me importaba una mierda un anillo. Solo quería que fuera mía. La Sra. Áine King, mi esposa.

Me miró de arriba abajo, casi con aprecio.

—Pero me importa. Así que espero que no te importe llevar el de mi abuelo. Es una de mis herencias familiares. Solo tuvo a mamá, así que pasó a mí, en vez de a un heredero varón.

Me detuve y me enfrenté a ella.

—Si prefieres guardarlo.

Negó con la cabeza, con una amplia sonrisa, sus ojos brillando de felicidad.

—Quiero que lo tengas.

Joder, me hizo muy feliz.

—Gracias.

No podía imaginar lo mucho que su gesto significaba para mí. Su fe en mí. No tenía precio.

Otra mirada compartida y entramos en la sala con el oficiante esperándonos.

Nuestra familia ya estaba aquí: Jack y su esposa, Margaret, Luca, Bianca y Nico con sus niñas.

La madre de Áine se precipitó hacia nosotros.

—¿Por qué cambiamos de planes? —preguntó, con los ojos entrecerrados sobre mí.

—Le pregunté a H... umm, Cassio, si podíamos hacer esto —explicó Áine, con su mano apretando la mía. Ya estaba cogiendo la costumbre de llamarme Hunter, pero lo reservaba para cuando estábamos solos. Me gustaba—. Prefiero esto a un circo. Además, el Nonno de Cassio debería estar presente en la gran boda, así que lo haremos allí.

Ya estaba en marcha. Anoche envié una nota informando a Nonno que nos casaríamos en su iglesia. Decir que estaba extasiado era un eufemismo. Los preparativos ya estaban en marcha.

—¿Pero por qué apresurarse? —preguntó Callahan.

—¿Por qué esperar? —repliqué.

Luca sonrió con una mirada de gato -co-me-ca-na-rios.

—Yo diría que hay que acabar con esto —añadió, guiñando un ojo a mi futura novia—. Quizá esté embarazada.

—No lo estoy —objetó Aine, mirando a Luca—. Pero acabarás noqueado si no tienes cuidado.

Luca se limitó a sonreír, despreocupado. Debería estarlo, porque ayudaría a mi mujer y él nunca podría dominarnos a los dos.

Nico y Bianca se acercaron, las dos mujeres se abrazaron.

—Oh, Dios mío, vamos a ser hermanas. —Sonrió Bianca—. Y espera a conocer a Nonno. Te va a encantar. Este es, sin duda, un plan de boda mucho mejor. Gracias a vuestra boda en Sicilia, Nico y yo tendremos una segunda luna de miel.

Nico se rio.

—Apenas regresamos de la primera.

Pero eso no disuadiría a mi hermana.

El oficiante se aclaró la garganta y todos se apresuraron a volver a sus asientos.

Los dos, cogidos de la mano, dimos un paso adelante. Tardamos unos minutos en escuchar sus palabras, luego repetimos los votos y deslicé en su dedo el anillo que había conseguido para ella. Luego le tocó a ella hacer lo mismo y deslizó en mi dedo un pesado anillo de oro amarillo con un diamante negro cuadrado en el centro.

—Os declaro marido y mujer —anunció el oficiante y se me quitó un gran peso de encima.

Ella era mi esposa. Mi vida.

Después del Ayuntamiento, fuimos todos a la pizzería de Maria. Fue idea de Áine y la quise aún más por ello. María y su marido cerraron el local y nos lo dedicaron todo. Luciano, Grace, su hijo, y el Sr. Vitale también se unieron a nosotros. En definitiva, la tarde acabó llena de risas, música y recuerdos. Tal y como debe ser el día de una boda. Fue sencilla, pero Áine parecía feliz y eso era lo único que me importaba.

Tenía una tranquila confianza y esa sonrisa reservada que vi en ella durante nuestra cena de compromiso desapareció alrededor de la gente que importaba.

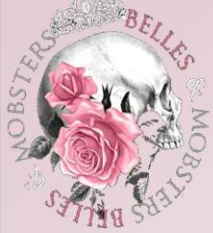
—Bienvenida a la familia, Áine. —El Sr. Vitale abrazó a mi mujer, su frágil complexión casi coincidía con la de mi esposa. Ya estaba entrado en años, pero hacía tiempo que no lo veía tan emocionado. Finalmente había recuperado a su nuera y a un nieto. Estaba radiante.

Ella sonrió ampliamente, pareciendo tan feliz como el Sr. Vitale.

—Gracias. —Sus ojos se dirigieron a su familia por un momento, y luego volvieron a él—. Gracias por venir con tan poca antelación.

Grace se unió a Bianca, sonriendo ampliamente y frotándose la barriga al mismo tiempo.

—No nos lo habríamos perdido por nada del mundo —anunció Grace en voz baja—. Hay que dar a Cassio el mérito de ser el primer hombre del grupo que no arrastra a la mujer por el pasillo. Era un verdadero motivo de celebración.



La risa de Áine resonó en el pequeño restaurante, sus ojos brillaban de emoción. Luciano y Nico lanzaron una mirada de advertencia a sus esposas, pero ambos parecían demasiado felices para ser eficientes.

Mi mujer encajaba.

Callahan se equivocó cuando dijo que Áine no pertenecía a esta vida. Ella era todo lo que el inframundo necesitaba. Su fuerza, su inteligencia y su lealtad tenían el potencial de derribar a los hombres del inframundo que pretendían causar daño. Y ella no necesitaría a ningún hombre para ello. Áine, Grace y Bianca eran exactamente el tipo de reinas que necesitábamos.

Un rey poderoso necesita una reina fuerte a su lado. Áine King era todo eso, y mucho más.

La vi excusarse con una sonrisa y acercarse a sus padres. Sabía que se abrazaría con ellos. De camino al Ayuntamiento, mencionó que no le gustaba guardar rencores y que, aunque le molestaba que mantuvieran en secreto su parentesco con Jack, solo quería pasar página.

Horas de risas e historias, y tuve que admitir que nuestra pequeña recepción fue mejor que cualquier otra cosa que pudiera haber imaginado. Luca se acercó a una transeúnte en la calle y le pidió que nos hiciera una foto. Con la pared temática de Sicilia pintada detrás de nosotros y el aroma de los ingredientes italianos en el aire, el momento quedó capturado para siempre en la tarde de finales de abril.

Al salir del restaurante, le dije a Maria que nuestra boda sería en Italia. Me dijo que no se la perdería por nada del mundo, así que la volveríamos a ver. Pronto.

Aparqué en mi lugar designado, en la sección privada del garaje de nuestro edificio en la ciudad.

—Estamos en casa, Butterfly.

Me giré para mirarla. Sus ojos me dejaban sin aliento cada maldita vez. Las profundidades azules de los océanos que podrían arrastrarte más y más profundo. Sus labios se curvaron en una suave sonrisa, mientras jugueteaba con su alianza. Ella no lo sabía, pero tenía un rastreador incrustado en él. Su ubicación siempre sería enviada a mi teléfono. No me arriesgaría con su vida.

Mis ojos se fijaron en su dedo, marcado con mi anillo de boda.

Mía.

Le diría al mundo que ella era mía. Pero lo más importante, ella me dijo que era mía. Con su suave voz se comprometió conmigo. Hasta que la muerte nos separe. Voluntariamente. No tenía precio.

Durante la pequeña cena, llegamos a nuestro primer compromiso matrimonial. Ella pidió llevar su alianza, pero no el anillo de compromiso. Le molestaba cuando dibujaba y no estaba acostumbrada a llevar joyas. Aunque se la pondría en ocasiones especiales, y nunca se quitaría la alianza.

—Creo que me llamaste Butterfly cuando nos conocimos —dijo pensativa.

Asentí. Era la única palabra que importaba cuando se trataba de ella. *Vita Mia* porque era mi vida. *Butterfly* porque tenía la fuerza para sobrevivir.

Anoche vi de primera mano de lo que hablaba Jack. El terror en su rostro me destrozó. La pesadilla que la atormentaba, pero lo más aterrador era que no gritó ni gimió. Se agitaba, con los labios apretados fuertemente, negándose a emitir un sonido.

Y no pude hacer nada para ayudarla. Para ahuyentarlos a todos. Para matar a los fantasmas como maté a esos hombres.

—Lo hice —admití, rozando con mi dedo sus suaves labios—. Callahan dijo que tenías una marca de nacimiento, una mariposa, y de alguna manera se te quedó grabado.

—Es la razón por la que evito llevar vestidos con la espalda abierta —admitió con una sonrisa.

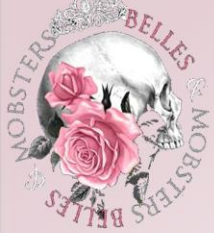
—No lo escondas —le dije—. Me encanta. Cada centímetro de ti. —La marca de nacimiento era la más peculiar que había visto.

Abrí la puerta de mi coche y di la vuelta para abrir la suya. Tomé mi mano para ayudarla a salir y me dirigí a las escaleras. Mientras subíamos las escaleras, nos tomamos de la mano, ninguno de los dos dispuesto a soltarse.

—¿Hunter? —Apreté su mano en señal de consuelo, sintiendo un ligero temblor.

—¿Si?

—Me acordé de algo anoche. —La miré mientras subíamos las escaleras hacia nuestro piso—. ¿Estuvimos alguna vez juntos en un helicóptero? —Se acomodó un largo mechón de su cabello rojo detrás de la oreja con la mano libre, y sus ojos buscaron mi rostro.



No detuve mi paso.

—Sí, cuando te traje, partimos en helicóptero.

—¿Y me pediste ver mi marca de nacimiento?

Su memoria estaba volviendo lenta pero seguramente.

—Sí.

—¿Por qué?

Seguimos subiendo las escaleras. No me preocupaba encontrarme con nadie, ya que nadie más que nosotros dos tenía acceso a esta escalera.

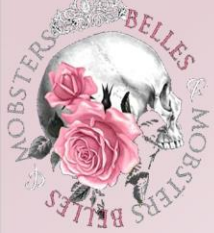
—Callahan me habló de ello, para asegurarse que lo comprobara —le dije—. No estaba seguro en qué estado estarías. Cuando te encontré, estaba... —Hice una pausa, sin saber cuánto decir sin revelar demasiado—. Me distraje. Me enfureció verte tan herida que me olvidé de comprobar la marca de nacimiento. —Fue la única vez que me pasó.

—¿Dónde estaba? —Sabía que estaba ansiosa por poner todo en orden y comenzar su proceso de curación.

—No lo fuerces, Vita Mia —le dije—. Confía en mí en esto. —Ahora estábamos en mi planta y nos dirigí hasta la puerta—. Voy a programar tus huellas dactilares en la puerta para que puedas entrar y salir cuando quieras.

Programé rápidamente sus huellas dactilares y la puerta se abrió con un clic.

—Te mostraré el lugar. —Anoche y esta mañana, vimos más o menos el dormitorio, el baño y el pasillo. Le di un recorrido por el lugar, sus ojos absorbiéndolo todo.



—Creía que me encantaba mi apartamento, pero esto es aún mejor —exhaló—. Como una casa entera en un edificio.

—Si quieres cambiar algo, no dudes en hacerlo. —Ella asintió, pero no dijo nada. Estaba inusualmente callada—. Sin remordimientos, espero.

Su cabeza se dirigió hacia mí.

—No, ninguno.

—¿Qué sucede? —Algo la preocupaba y quería saber qué. Quería que fuera algo natural para los dos, que confiáramos el uno en el otro.

Exhaló profundamente y sus manos rodearon mi cintura. Era mucho más baja que mi casi metro noventa, pero se ajustaba perfectamente a mí.

—Prométeme que no te vas a reír —murmuró.

—Lo prometo.

—Estos recuerdos, me preocupa que me rompan. —Su voz era baja y suave, su cara enterrada en mi pecho, y maldita sea, me dolía el corazón. Porque a ella le dolía—. Tal vez se supone que no debo recordar. —Se aclaró la garganta incómodamente.

Tomé su barbilla entre mis dedos y la obligué a mirarme. Sospeché que ella no hacía contacto físico debido al trauma que sufrió. Excepto que ella no podía recordarlo.

—Dime —exigí con voz suave.

—Antes de cruzarme contigo, no podía soportar el contacto de un hombre. Me sentía rota. Simplemente rota, ahora, yo... —Quiso apartar la mirada, pero no la dejé. No hay que

esconderse el uno del otro—. Finalmente me siento normal, y me preocupa que si esos recuerdos vuelven, mi mente se vaya al infierno en un cesto.

Bajé la cabeza y presioné mis labios sobre su frente. Deseé poder quitarle todo y hacer que se viera a sí misma como yo lo hacía. Fuerte, hermosa y amable.

—*No* estás rota —le dije con convicción—. Eres fuerte. Eras fuerte cuando te conocí hace once años y lo sigues siendo. —Su aliento salió de golpe, como si lo estuviera reteniendo—. Cuando Callahan vino a mí, yo estaba perdido. Luchaba contra mi padre, lo odiaba, pero me odiaba aún más. Porque me consideraba inútil. —Parpadeó confundida y me obligué a explicarle—. Las últimas palabras de mi madre quedaron en un papel manchado en sangre. Me dijo que fuera un hombre digno. Digno del amor de una mujer. Pero con cada año, veía más y más de mi padre en mí. Lo odiaba por ello, pero me odiaba aún a mí.

Su palma se acercó a mi mejilla. ¿Lo haría una vez que recordara todo?

—Eres un buen hombre, Hunter —murmuró suavemente.

—Soy un asesino, Butterfly. Lo he sido durante mucho tiempo. Deja una marca en el alma. Luché contra mi padre antes de la misión que acepté para Callahan, pero fuiste tú quien me dio un propósito. —Sus ojos reflejaron confusión—. Cuando te encontré, algo en mí cambió. Encontré un propósito... mi propósito... detener a todos los hombres que utilizaban a mujeres vulnerables, niñas, niños, cualquiera. Y fuiste tú quien lo puso en marcha.

Ella era mía y yo era suyo. Hace once años, puede que yo la salvara, pero ella también me salvó. Ella marcó el rumbo que mis amigos y yo hemos seguido durante la última década, rescatando mujeres del vicioso negocio del tráfico.

Nunca pensé que nos volveríamos a ver, que ella sería mi catalizador para una nueva vida que deseaba desesperadamente. Hace dos años, ella hizo que algo dentro de mí se reiniciara. Un baile y un beso tentativo hicieron que todo mi mundo se desvaneciera y la dejara a ella en el centro de mi universo.

Era mi mujer. Tendría una familia con ella. Hijos. Una vida feliz. Todo. Simplemente lo quería todo con ella.

—¿Sabes lo que me preguntaste hace once años, antes que Luca y yo nos fuéramos?

Nuestras miradas se cruzaron y ella negó con la cabeza.

—Me pediste que los matara a todos. Y malditamente lo hice. —Su boca se abrió—. A todos menos a uno —añadí.

La comprensión apareció en su rostro.

—Excepto Marco —susurró en voz baja.

CAPÍTULO 35



Cassio

No era exactamente el tema para nuestra noche de bodas. Pero aquí estábamos, y parecía ayudar a calmar su preocupación. No estaba rota, ni mucho menos. Era fuerte y resistente.

—Voy a tomar una ducha rápida. ¿Te parece bien?

Asentí con la cabeza.

—Voy a trabajar un poco. Estaré en mi despacho.

Una hora más tarde, la escuché traquetear por la cocina, pero me quedé en mi escritorio. Ella sabía dónde estaba y quería que se acostumbrara al entorno de aquí. Subió algunas de sus cosas, pero muchas seguían abajo. No había necesidad de apresurarla. Lo único que importaba era que estuviera aquí, conmigo.

Llamaron a la puerta y levanté la vista para encontrar su cabeza asomando por la puerta abierta.

Tenía el cabello húmedo, el olor único que asociaba solo con ella flotaba en el aire. Llevaba una bata de baño, una de las mías, que prácticamente se tragó su pequeño cuerpo. Sin embargo, me sentía bien viéndola con ella puesta.

Se aclaró la garganta y sus mejillas se tiñeron de rojo.

—¿Tienes hambre para cenar?

Sonreí.

—Estás bromeando, ¿verdad?

Se rio.

—Sí. Esa pizza era demasiado. Ummm, he preparado una fuente de frutas. —Se sonrojó profundamente, extendiéndose por el cuello, el pecho y desapareciendo dentro de la bata. La miré, con curiosidad por saber por qué se sonrojaba—. ¿Quieres ver una película y comer fruta?

—Seguro. —Me levanté y la alcancé en tres grandes zancadas.

En cuanto entramos en el salón, me di cuenta por qué se sonrojaba. La bandeja de frutas estaba llena de piñas, fresas, moras y más piñas.

Piñas. Nuestro encuentro en Las Vegas.

Ambos nos sentamos en el sofá, alcancé la piña fresca con mi tenedor y la levanté hacia su suave boca.

—Abre —ordené. Sus ojos azul océano se encontraron con los míos y, sin dudarlo, obedeció. Sus labios se cerraron sobre el tenedor y mi polla se endureció. Jesús, incluso un simple acto inocente como este me hacía perder la cabeza con esta mujer.

Masticó la fruta y tragó.

—Recuerdo que no te gusta compartir cubiertos —dije—. Este puede ser tu tenedor.

Se rio.

—¿Te acuerdas de todo?

—Solo cuando se trata de ti.

—¿Más piña? —pregunté, con hambre en los ojos.

Asintió y le ofrecí otro bocado. Cuando terminó de masticar, me miró de reojo, y supe que lo siguiente que saldría de su boca sería un comentario inteligente incluso antes que llegara.

—No has comido piña —murmuró burlonamente.

El deseo destelló en sus ojos y tragó suavemente.

No me perdí nada. Levanté un tenedor con piña y lo mordí. La verdad es que no me gustaba la piña, pero si ella quería que me la comiera a montones, lo haría.

Alcanzó otro bocado de piña, pero la detuve. En su lugar, se la di y ella la tomó obedientemente. Fue sexy como la mierda. Era independiente y fuerte, pero me obedecía sin cuestionar.

Duramos tres minutos antes de precipitarnos al dormitorio. Mi mano se aferró a su cabello y mi boca se estrelló contra sus labios suaves y rubicundos. Su sabor era tan dulce como siempre. Mientras la devoraba, supe que esta mujer acabaría con mi autocontrol.

Pero nada de eso importaba porque ella valdría un millón de dolores. Sus curvas se ajustaban a mis palmas, como si Dios la hubiera creado solo para mí. Dos años observándola, anhelándola y todo se había reducido a esto.

Todo valió la pena. Por ella, esperaría toda la vida.

Los brazos de Áine se envolvieron alrededor de mi cuello, sus suaves curvas flexibles contra mí. La empujé contra la pared y presioné mi agarre en su cabello, inclinando su cabeza para poder penetrar su boca más profundamente. Necesitaba todo de ella, saborear cada centímetro de su dulce boca.

Nuestro beso no fue dulce. Fue duro, exigente, posesivo y desesperado. Años de necesidad reprimida nos alcanzaron a los dos. Mi cerebro me advirtió que fuera despacio, pero estaba demasiado lejos. Sus pequeños gemidos vibraron a través de mí y fueron directos a mi polla.

Le pellizqué el pezón a través de la bata y su espalda se arqueó hacia mí.

—Eso es, nena —demandé con mi boca—. Muéstrame lo que quieres.

—Más. —Una palabra. Una exigencia que definitivamente satisfaría.

Enganché sus piernas alrededor de mi cintura y la llevé a nuestra cama.

Nuestra cama. Sonaba tan malditamente bien.

Colocándola sobre ella, con su cabello rojo esparcido por mi almohada, no quería otra cosa que enterrarme dentro de ella

tan profundamente. Su rostro estaba sonrojado por la excitación y su mirada oceánica estaba hambrienta de mí.

—Quítate el albornoz —ordené, dando un pequeño paso atrás. No confiaba en no abalanzarme sobre ella.

Se sentó de nuevo, se arrodilló en la cama y, con una lentitud agónica, se deshizo del albornoz. Observé su cuerpo con avidez y necesité todo mi autocontrol para no alargar la mano y tocarla. Sentir su suave piel bajo mis ásperas palmas.

Jesús jodido Cristo. Era Afrodita en carne y hueso. Mi abuelo insistía en llevarme a la iglesia cada vez que me quedaba con él. Me obligaba, pero no podía encontrar la religión. Sin embargo, ahora, mirándola a ella, la encontré.

—Bragas.

Sin preguntar, se deshizo de las bragas y volvió a ponerse de rodillas. Cogí una silla y me senté en ella. Todas las ocasiones en que antes la toqué, fue apresurado, las luces se atenuaron. Nuestros cuerpos estaban hambrientos el uno del otro. Esta vez, tenía la intención de saborearlo. Bien y largo.

—Sé una buena chica y abre tus muslos para mí —ordené—. Déjame ver lo que es mío.

Jadeó, pero pude oler su excitación. Tan jodidamente dulce. Tan jodidamente mía.

Su boca se abrió, nuestras miradas conectaron y sus ojos brillaron de deseo mientras obedecía. Áine era ferozmente independiente, pero cuando la vi seguir mis órdenes, me puso de rodillas. Ella era mi corazón. Mi todo.

—Estás empapada —gemí. Mis ojos se deleitaron con su cuerpo desnudo como si estuviera hambriento. Nunca tendría suficiente de ella.

Un pequeño escalofrío recorrió su cuerpo.

—S-sí —jadeó.

Mis ojos recorrieron sus esbeltas piernas, su estrecha cintura, y acariciaron cada centímetro de ella con mis ojos. Mi mirada se arrastró desde sus pechos llenos hasta su rostro. Un profundo rubor floreció en su rostro y en su cuerpo.

Joder, apreté los dientes, *estoy empalmado*.

—Tócate —exigí con rudeza—. Como hiciste cuando hablamos por teléfono.

Un suave gemido se escapó de sus labios, pero no dudó. Áine acariciaba sus pechos con una mano, apretando y pellizcando su pezón, mientras su otra mano se deslizaba entre sus piernas. Sus ojos permanecían fijos en mí mientras se frotaba el clítoris.

No podía apartar mi mirada de ella, devorando cada movimiento, cada gemido que hacía mientras introducía sus dedos en el coño. Quería saber exactamente lo que le gustaba, hacer que me deseara como yo la deseaba a ella. Su respiración se volvió superficial, su boca se abrió y sus ojos se empañaron de lujuria.

Mía.

La palabra se grabó en mi cerebro, en mi corazón y en mi alma. Mis puños se cerraron ante la idea que alguien la viera o la tocara.

—¿En quién estás pensando? —pregunté con un tono suave.

—En ti. ¡Jodidamente bueno!

Su excitación perfumaba el aire y estaba drogándome con ella. El resbaladizo sonido de sus dedos entrando y saliendo de su coño resonaba en la habitación. Estaba cerca. Me di cuenta de ello por su profundo sonrojo, su mirada confusa y su boca ligeramente abierta.

—¿Estás pensando en mi dura polla dentro de tu apretado coño? ¿O estás pensando en que te folle con la lengua ese coñito tan sabroso hasta que te corras por toda mi cara?

Todavía de rodillas, sus muslos temblaron, un suave gemido salió de sus labios y sus dedos trabajaron más rápido con mis sucias preguntas. Sus ojos se agitaron, con una expresión de felicidad en su rostro.

No podía seguir manteniéndome al margen. Me acerqué a la cama y agarré su barbilla con la mano, obligándola a mirarme.

—Respóndeme.

—Ambos —jadeó—. Quiero tu boca en mí y luego quiero que me llenes con tu polla.

Joder.

La agarré de la muñeca y la obligué a dejar de meterse los dedos.

—Hunter —protestó con un suave quejido—. Por favor.

—¿Has pensado en mí desde Las Vegas? —gruñí, con los ojos empañados de lujuria. Ella gimió en señal de protesta—. Dime —exigí.

—Sí —jadeó—. Todo el tiempo.

La empujé sobre la cama, me quité la corbata de un tirón, le inmovilicé las muñecas por encima de la cabeza y las até.

—¿Qué estás haciendo? —Un destello de temor entró en sus ojos y algo se apretó dentro de mi pecho.

Bajé la cabeza y me detuve a un centímetro de su boca. Mis labios rozaron los suyos mientras decía:

—Quiero darte placer hasta que me ruegues que pare. —Presionando un suave beso en sus labios—. ¿Quieres que te desate?

Una mezcla de inquietud y expectación llenó su rostro. Sacudió la cabeza como respuesta y capturé su boca en otro profundo beso. Luego pasé mi boca por su mejilla.

—Mi mujer valiente —murmuré contra su suave piel. Su fuerza me hizo querer golpear mi pecho con orgullo—. Si quieres que me detenga en cualquier momento —dije contra su oído—. Solo tienes que decírmelo y lo haré.

Bajé por su cuello, saboreando su piel, mordiendo y dejando marcas. Quería marcarla para que todo el mundo supiera que era mía. Cuando llegué a sus pechos, chupé sus pezones, luego los mordí suavemente y un fuerte gemido se escapó de sus labios.

—Hunter —suplicó—. Necesito... necesito...

Su espalda se arqueó sobre la cama y sus muñecas tiraron de la atadura.

—Dime —gemí—. Dime lo que necesitas y será tuyo.

Tiré de su pezón con los dientes mientras introduje un dedo. *Dulce Jesús, está apretada.* Apretada y empapada.

Besé su suave vientre, saboreando su piel mientras introducía mi dedo en su interior antes de sacarlo y volver a empujar.

—Butterfly, dime qué necesitas.

—Por favor —gimió ella—. Necesito venirme.

Levanté la cabeza y esos preciosos ojos azules brillaron con un deseo sin adulterar. Era lo más hermoso que había visto nunca.

—Lo harás —prometí, bajando la cabeza e inhalando profundamente. Su dulce olor era adictivo. Raspé suavemente su clítoris con los dientes, luego lo chupé y Áine se agitó. Lamí sus jugos mientras ella se agarraba a mi cara, con movimientos bruscos y frenéticos.

—Por favor, por favor —canturreó—. Oh, jodido Dios. Sí.

Sus gemidos suplicantes se hicieron más fuertes y sus movimientos más desesperados mientras yo seguía introduciéndole los dedos. Presioné mi pulgar contra su clítoris y enrosqué mi dedo dentro de ella para golpear su punto.

—Vente para mí —exigí con voz ronca.

Un grito agudo salió de su boca y su cuerpo se arqueó sobre la cama, temblando debajo de mí. La visión de su orgasmo fue la cosa más hermosa que jamás había visto.

El bulto en mis pantalones estaba tan duro que dolía, joder. La desaté y froté suavemente sus muñecas con mis ásperas palmas. Ella yacía saciada y relajada en la cama. Quería enterrarme dentro de ella y follarla hasta el olvido. Resultó que la predicación de mi abuelo calaba más hondo de lo que pensaba. Nuestra noche de bodas hizo que esto fuera hacer el amor, no follar.

—Hunter —llamó en voz baja—. Quiero que...

Su voz vaciló. Dios, no podía saber lo mucho que la deseaba. Mi polla estaba dura como el mármol.

Mi mano agarró su nuca y la acerqué a mí.

—Quiero enterrarme en tu apretado coño —gemí. Un atractivo rubor coloreó sus mejillas—. Pero primero voy a adorarte.

Tomé su boca con dureza, perdiendo todos mis sentidos en su dulzura. Esta mujer me robó todo: mi control, mi razón, mi dureza.

Sus labios rozaron mi mejilla y sus uñas se hundieron en mi piel. Respiré con fuerza, al borde del autocontrol. Su hambre de mí alimentaba la mía.

La necesitaba desesperadamente.

CAPÍTULO 36



Aline

Me dormí con la cabeza apoyada en su pecho, escuchando los latidos de su corazón y sus dedos acariciando mi espalda. Con cada fuerte latido, me sumergía más y más en sueños en los que no sentía nada más que a *él*.

Y los recuerdos enterrados en la neblina.

—Solo di una palabra y su tortura termina. —He llegado a odiar su voz burlona. Su mueca intimidante. Su amenazante crueldad. Nunca había odiado, pero lo que sentía desde que estos hombres me habían llevado era puro odio. El fuego ardía en mis pulmones, la ira me ahogaba —. Solo. —Empuje —. Una. —Empuje —. Palabra.

Mi cuerpo temblaba. El uniforme escolar que llevaba cuando me secuestraron estaba sucio. Manchas de sangre. Suciedad. Líquidos. A este enfermo le gustaba untar su semen por toda mi ropa después de haber terminado con ella.

Ellas. Mujeres. Pobres almas. Si tan solo no fuera tan cobarde. Debería salvarlas. Decir la palabra.

La bilis en mi garganta se mezcló con la rabia dejándome la garganta en carne viva. Tan cruda que sabía a sangre.

Odiaba a los hombres. Eran animales asquerosos y repugnantes. Me dolía todo el cuerpo, me ardían los ojos, pero ya no podía sentir las lágrimas.

Solo sangre. En mis fosas nasales. En mi boca. En mi lengua. Pulsando en mi cerebro.

—N-no llores. —El susurro entrecortado de la mujer atravesó la niebla del odio. Su cuerpo se sacudía con cada gruñido y empuje, mientras mi cuerpo se agitaba como una hoja al viento. No me di cuenta que estaba llorando. Había llorado tanto que se convirtió en algo natural, como respirar. Su cabello negro se arrastraba por el suelo sucio, su única mejilla que pude ver estaba hinchada, con un hematoma morado y un feo corte—. E-es... —su cuerpo se sacudía con cada golpe brusco—... está bien.

No estaba bien. Nada de esto lo estaba. No estaba bien que las castigara para sacarme una palabra. Este bastardo enfermo, el maldito Marco King, quería que una sola palabra se deslizara por mis labios para poder pasar por alto al tipo mayor. Supuse que fue su padre quien le ordenó que no me tocara.

—No puedes entrar en ella —fueron las palabras exactas del viejo—. No, a menos que ella te dé una palabra. Esa es una mula de cabeza dura.

De repente, los movimientos se detuvieron y mis ojos se levantaron justo a tiempo para ver su mano volar por el aire y abofetear a la mujer. Con fuerza. No, no una bofetada. Le dio un puñetazo. Le dio un puñetazo tan fuerte que me pareció oír el crujido de un hueso.

—¿Te he dado permiso para hablar? —bramó como un loco. Le siguió otro puñetazo y me estremecí. No quería ver más de esto. De la despreciable tortura que estos hombres hacían pasar a seres más débiles que ellos. No era justo; no estaba bien. Deberían sufrir.

Abrí la boca para evitar que diera otro golpe cuando los golpes en la puerta lo detuvieron. Y a mí de decir ***la palabra****.*

—He dicho que nadie nos moleste —gritó como un loco.

—Amir dice que tu helicóptero está aquí —sonó una voz profunda de hombre—. Con tu padre.

Apenas parpadeé y Marco se estaba subiendo los pantalones, caminando hacia la puerta. Pero no antes de darme una fuerte bofetada en la cara.

—Perra estúpida —siseó—. Me pregunto si tal vez eres muda y estúpida.

Desapareció por la puerta y me precipité hacia la mujer. No sabía lo que estaba haciendo, ni cómo ayudarla. Levanté la parte superior de su cuerpo, mis ojos se dirigieron a sus muslos abiertos y expuestos.

Se me escapó un estremecimiento al ver sangre allí. Sangre y mezcla de fluidos asquerosos por parte de esos hombres. Sus muslos también estaban magullados. Hubo cuatro antes de Marco King. Tuve que verlos a todos.

Se me escapó un miserable sollozo y enterré la cabeza en el cabello de la mujer. Olía fatal, pero era mejor que todo lo que había aquí. Debería ayudarla, cuidarla, y sin embargo lo único que percibí fueron sollozos sacudiendo mi cuerpo.

Nunca saldríamos de aquí.

—Está bien. —Una voz firme atravesó la neblina.

—Volverá —carraspeé. Sentía los labios secos y agrietados, igual que hace tantos años, y cada latido de mi corazón me dolía en el pecho. Inhalé profundamente, esperando el hedor de la sangre y la suciedad en mis pulmones. En cambio, el olor del océano y de los bosques profundos invadió mis pulmones.

—Y estaré aquí. —La voz profunda y tranquilizadora me aseguró—. Lo atraparemos. —El sueño me arrastró más profundamente, mi respiración se hizo más lenta—. Juntos. —La última palabra fue susurrada tan bajo que no estaba segura de si la había soñado o no.

Escuché voces en la distancia. Voces familiares. Olor a café. Barrido de papeles. Calor en mi cara. Olor del hombre que hacía resplandecer mi pecho.

Mis ojos se abrieron lentamente y mi mano se extendió a mi derecha. *Cama vacía*. Girando la cabeza hacia la derecha, era como si no confiara en mis sentidos. Pero sí, la cama estaba vacía. Mis ojos se dirigieron al reloj de la mesita de noche. Eran más de las ocho. No recordaba la última vez que había dormido hasta tan tarde.

Bostecé y me estiré, repasando mentalmente mi horario de trabajo. Tenía mi primera reunión a las diez. Me daba tiempo suficiente para ducharme y prepararme. Pero primero... café.

Me acerqué a la cómoda, busqué algo para ponerme y encontré la camisa abotonada de Hunter. Toda mi ropa estaba todavía en mi apartamento de abajo, así que tendría que conformarme con esto por ahora. Después de cepillarme los

dientes y lavarme la cara, fui en busca de café. Seguro que hoy lo necesitaría. Mis pies descalzos no hacían ruido contra la alfombra de felpa.

Miré de habitación en habitación, sin saber dónde encontraría a Hunter. Estaba segura que alguien más estaba aquí. La pregunta era quién. Mis ojos miraron mi mano izquierda y mi corazón se agitó. Mi anillo de bodas todavía estaba allí.

Sra. Áine King.

Vino con complicaciones. La mayor era su medio hermano y su tráfico de personas. Cuanto más tiempo pasaba sin el Dr. Taylor, más recordaba. Y sorprendentemente, no me destrozó.

Lo atraparemos. Juntos.

Estaba segura, bajo la luz de un nuevo y luminoso día, había escuchado a Hunter decir eso. Le creí. No podía recordar todo, sino solo pedazos rotos de su rescate. Su mano, algunas palabras. Me salvó de Marco King, y ahora lo mataríamos. *Juntos.*

Me asomé a otra habitación, que sabía que Hunter utilizaba como despacho. Estaba vacía. Me encantaba esta habitación. Daba al lado sur y toda una pared era un ventanal de suelo al techo con vistas al horizonte de la ciudad. No pude resistirme a entrar, acercándome a la ventana. Mientras estaba allí, el sol me calentó a través de las ventanas.

La primavera estaba aquí. La estación siempre me hacía sentir esperanzada. Más tiempo al aire libre, más sol, más de algo que se sentía bien. Y esta vez, con Hunter, la sensación era aún más fuerte.

Un pitido me hizo girar hacia el escritorio. Estaba ordenado, no había nada más que un portátil. Con la curiosidad de saber qué había provocado el pitido, me senté en su silla y eché un vistazo a la pantalla abierta, sorprendiéndome al verla desbloqueada.

Pero probablemente Hunter no esperaba a nadie en su oficina.

Mis ojos hojearon las palabras, y con cada palabra leída, mi corazón se aceleraba un peldaño más. El correo electrónico era de Nico Morrelli, el marido de Bianca. Me tragué el nudo en la garganta, mientras las palabras bailaban en la pantalla.

Marco está en movimiento. Intentaron llevarse a Bianca cuando iba al refugio de mujeres con Gia. Todo el mundo está bien, excepto los cabrones que intentaron llevarse a mi familia.

La subasta de Bellas está prevista para los próximos días, según lo que hemos captado. No hay información sobre el lugar o la hora exacta. Aunque todos los indicios me llevan a creer que ocurrirá durante la próxima semana, en Turquía. Una información ha sido confirmada una y otra vez. Marco será el anfitrión de la subasta personalmente.

No pierdas de vista a Áine. Marco ha ofrecido un premio especial para quien la lleve. Chad Stewart lo financia. El bastardo enfermo prefiere a sus mujeres obedientes y dóciles, sus palabras exactas.

Luciano trasladó a su familia al refugio.

Mis ojos volvieron a recorrer la pantalla, con el estómago revuelto por las imágenes de Marco y Chad. Sabía por el informe inicial de Cassio que Marco trabajaba con Chad. Sin embargo, me resultaba tan difícil creer que se me hubiera pasado por alto. Incluso engañó a Callahan. El maldito Chad, el fiscal del estado quien se suponía debería defender a los inocentes y buscar justicia. No me extraña que Hunter lo odiara a muerte. Hunter debía saberlo todo el tiempo.

Como si estuviera viendo una película a cámara lenta, mi mente formó un plan.

Me levanté, asegurándome que la silla quedara exactamente en la misma posición en la que la encontré. No me extrañaría que mi marido se diera cuenta de cada pequeña discrepancia. Salí a hurtadillas de la habitación y me dirigí a la gran cocina. Las voces bajas salían de allí y fue exactamente donde encontré a mi marido.

En cuanto entré en la cocina, se acabó la charla. Mi marido y Luca estaban sentados en la mesa, con un aspecto fresco y preparado para otro día. Los ojos de ambos estaban pegados al teléfono de Hunter. Parecía que estaban estudiando un mapa.

—Buenos días. —La profunda voz de Hunter me calentó por dentro.

—Buenos días —murmuré, con la voz todavía un poco rasposa por la mañana. Me tendió la mano y me acercó a él. Me posé en su regazo—. ¿Ese es mi café? —pregunté, mirando la tercera taza junto a la de Hunter.

—Lo es, y aún está caliente. Te escuché caminar por ahí, así que lo preparé.

Sí, era una papilla total para mi marido.

Cogí la taza con las dos manos.

—Gracias —murmuré contra la taza mientras tomaba un sorbo, el líquido caliente bajando por mi garganta—. Tengo que ir a trabajar.

—Puedes trabajar desde casa. —La respuesta inmediata de Hunter no me sorprendió.

—No he estado en la oficina en los últimos tres días.

—No te preocupes, cuñada —intervino Luca, completamente cómodo conmigo—. Ahora eres el jefe.

Puse los ojos en blanco.

—No, no lo soy. Pero supongo que es bueno tener amigos en las altas esferas —añadí secamente—. Sin embargo, independientemente que Cassio sea el dueño de la empresa, no puedo dejar de ir a mi oficina —resolví.

—Sí, puedes. —La voz de Hunter era baja en mi oído, su mano apretando mi muslo—. Es nuestra luna de miel.

Me llevó hasta allí.

—Tengo una reunión a la que no puedo faltar —le dije—. Que me acueste con el jefe no me da un respiro de mis responsabilidades.

Me apretó suavemente el muslo.

—Es tu empresa. Solo la compré porque tú trabajabas allí. Y Nico estará contento si la diriges tú. —Fingió estar afligido mientras sus ojos centelleaban divertidos—. Dice que mis

preguntas son estúpidas y que ni siquiera vale la pena su tiempo para cobrarme.

Fingí un insulto en su nombre.

—Tendré que lidiar con él. ¿No puede apreciar tus habilidades de mafioso?

Su estruendosa risa, baja y áspera, hizo que mis labios se curvaran en una sonrisa. Dios, me encantaba escucharlo reír. Me acerqué más a él con su mano calentando el interior de mi muslo.

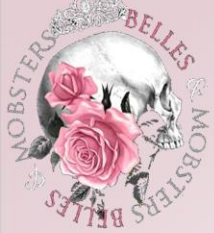
—Hoy trabajo desde casa. —Hunter no se distraía fácilmente. No me cabía duda que era por el sospechoso ataque a Bianca. Me pregunté exactamente por lo que pasó por su marido. Debió anticiparse al ataque y, por suerte, tenía una fuerte seguridad en su familia. Y lo del acuerdo de las Bellas, ¿qué clase de tontería era esa?

—Bueno, al menos no te importan las habilidades de mafioso —gruñó Luca, devolviendo mis pensamientos al presente, sin darse cuenta de la mano de Hunter en mi muslo, acercándose cada vez más a mi punto dulce.

Miré fijamente a mi marido, advirtiéndolo que no empezara con eso ahora. No con su hermano en la mesa de la cocina y soltó una risa profunda y suave. Su risa hizo algo en mi interior, me hizo derretir o brillar. Algo.

—¿Por qué habría de importarme? —pregunté a Luca—. Sería hipócrita teniendo en cuenta quién es Callahan.

Luca refunfuñó algo sobre que la familia se preocupaba de ello y volvió a su teléfono y al mapa del mundo.



—¿Están mirando el mapa del mundo? —pregunté, cambiando rápidamente de tema—. ¿O tenéis información sobre el próximo evento que está conjurando vuestro hermanastro?

Los ojos de ambos, tan similares en color y forma, se calvaron en mí.

—¿Tienes información? —preguntó Luca.

—¿Sobre quién? —pregunté inocentemente.

—¿De quién estás hablando, esposa? —preguntó Hunter.

Levanté una ceja.

—¿Y de quién estás hablando tu, Cassio?

Una arruga apareció entre sus cejas. No le gustaba que lo llamara Cassio. Decidí que lo llamaría Cassio en público y Hunter cuando estuviéramos solos. Aunque a mi marido no parecía gustarle.

Como no contestó, soplé ligeramente en mi café, el vapor que salió de él se arremolinó en el aire. Había una cosa que mi marido tendría que aprender. No podía protegerme sin compartir información conmigo.

—¿Sabías que Chad tiene una casa en el norte del estado de Nueva York? —murmuré aparentemente de improviso—. A nombre de su hermanastra.

—¿La tiene? —Luca mordió enseguida.

—Sí. Todo el mundo cree que es de ella, pero es de él. —Volví a dar aire a mi café—. Ella le debía un favor, así que le

permitió usar su nombre para conseguirlo. Solo hay tres personas que lo saben. Bueno, ahora, cinco.

—¿Cómo lo sabes? —La voz de Hunter era ligeramente sospechosa.

Me encogí de hombros.

—Una vez me invitó a subir, así que lo investigué. No dijo que fuera el dueño, pero es el único que va allí. —A Chad se le escapó hace un tiempo que lo había pagado él. Me pareció extraño que estuviera a nombre de su hermana, pero si necesitaba un lugar para esconderse, tenía sentido—. Chad utilizó su dinero para comprarlo.

Fingí no ver la mirada que compartían ambos.

Ellos cazarían al abogado corrupto. Yo cazaría a su medio hermano.

CAPÍTULO 37



Cassio

Me sentí ligeramente culpable por pedirle a Áine que se quedara en casa mientras yo pretendía ir al norte del estado de Nueva York. Pero no lo suficiente como para decirle por qué. Las pesadillas que tenía no tenían por qué continuar durante el día. Teníamos la ubicación de Chad y pronto tendríamos la ubicación de Marco. Después de todo, si Chad participaba en el acuerdo, habría recibido la invitación.

—Tengo que pasar por mi casa por mi ropa, y tengo trabajo que hacer. —Con una taza de café en las manos, se dirigió hacia la ventana, observando la ciudad. La luz del sol entrando por las ventanas daba justo en el blanco, resaltando las diferentes tonalidades de merlot oscuro, escarlata brillante y esos tonos en su cabello, brillando entre ambos. Parecía aceptar con demasiada facilidad el hecho de quedarse y trabajar desde casa y algo me molestaba, pero no quería cuestionarla. Tendría que haber confianza entre nosotros y comenzarla sospechando de

su fácil rendición no era la manera de poner en marcha nuestro matrimonio.

Observé sus delgados dedos con el anillo de bodas envuelto alrededor de la taza.

—Menos mal que solo está abajo —comentó Luca.

Ella sonrió.

—Totalmente conveniente. —Sus ojos volvieron a dirigirse a mí—. Voy a hacer que Margaret venga a hacerme compañía, si te parece bien. —Arqueé una ceja. Áine no era de las que pedían permiso. Debió darse cuenta igualmente porque añadió rápidamente—. Seguro que tienes seguridad por todas partes. Es que no quiero que le hagan pasar un mal rato.

Asentí con la cabeza.

—Se lo diré a mis hombres.

—¿Dónde están, de todos modos? —preguntó, soplando el vapor de su café, mirando por la ventana. Parecía estar en mi casa, con mi camisa encima.

—Estás a salvo aquí —le dije—. Tengo hombres en el garaje, en nuestra entrada privada y en el tejado.

Sus ojos azules me miraron, con una sonrisa en su rostro. ¿Por qué me sentí engañado?

—Eso está bien. Solo diles que se aseguren que Margaret pueda ir y venir sin peligro.

Una hora después, dejé a Áine en su apartamento.

—Quédate aquí hasta que vuelva —le ordené.

Ella arqueó su perfecta ceja.

—¿Dónde más podría estar, Cassio?

Debería haberlo sabido.

Encontramos la casa.

Seguro como la mierda, parecía que alguien se quedaba aquí. Esconderse era más probable. Alessio se reunió con nosotros a diez millas de distancia. Estaba más cerca del norte del estado de Nueva York ya que vivía en Canadá. Dominaba la costa este canadiense. Aunque a veces me preguntaba si seguiría en el *negocio*. La única razón por la que saldría era por una mujer. Una mujer muy concreta que luchaba contra todo lo que hacíamos, contrabando de drogas, tráfico de armas y, por supuesto, el tráfico de personas que no hacíamos.

Los tres ocupamos nuestros lugares en la espesa cobertura de pinos, en el borde del bosque a unos seis metros de la casa. Una pintoresca casa de campo blanca se encontraba en medio del césped, con vistas a un lago.

—Pequeño y encantador lugar —murmuró Alessio—. ¿Su casa de retiro?

—El jodido fiscal del estado sigue con su artimaña de "*soy normal*" —se burló Luca.

Divisé un granero en la parte trasera que parecía conectado a la casa.

—Luca, haz un escaneo y mira si hay alguna forma de entrar en la casa desde ese granero —le dije en un tono bajo.

Luca estuvo en ello antes que terminara la frase. Ir por la puerta principal nos dejaría demasiado expuestos. El granero parecía una opción mucho más viable.

—Hay una puerta que va del granero a la casa —anunció finalmente Luca, con los ojos escrutando la pantalla de su teléfono. Sin más palabras ni demora, nos dirigimos en silencio hacia ella. Nos pegamos a las sombras de los árboles. Una vez junto a ella, presioné suavemente la puerta y, con un chirrido bajo, se abrió.

El granero estaba siendo utilizado como garaje. ¡Bingo! Un vehículo. Registrado a nombre del único Fiscal del Estado de Nueva York, Chad Stewart.

¡Bu, hijo de puta!

Nos deslizamos por la puerta lateral del granero y entramos en un pasillo. Era mediodía, pero este lado de la casa no tenía ventanas, por lo que no entraba luz de día. Tuvimos que dejar que nuestros ojos se adaptaran.

El crujido de una tabla del suelo en el piso superior llamó mi atención. Compartiendo una mirada con Luca y Alessio, decidimos separarnos. Luca y Alessio bajaron, mientras yo me dirigí a la escalera lateral. Mantuve mis pasos ligeros y silenciosos. En las casas antiguas nunca se sabía que maldita tabla del suelo sonaría.

Chirrido. Como jodidamente ahora.

Detuve mi paso, esperando cualquier señal que me hubiera descubierto. Más arrastres en el piso de arriba, el movimiento

imperturbable, lo que me dijo que no me habían oído. Conociendo a Chad Steward, el hijo de puta se creería intocable aquí.

El sonido del agua llenó el silencio y las viejas tuberías de la casa tintinearon al hacerla pasar por ellas. Debe estar entrando en la ducha. Qué agradable, podré ver su culo desnudo. Esperé un segundo más y seguí subiendo. No podría oír nada con la ducha abierta.

Llegué a lo alto de la escalera y esperé. La paciencia era, después de todo, mi virtud. Esperé mucho tiempo por Áine, cinco minutos por este maldito enfermo no harían la diferencia. Cuando terminó su ducha, esperé en silencio contra la pared fuera de la habitación. En mi posición, no me vería cuando saliera, y podría rebanarle el cuello con un movimiento rápido.

Pero tenía otros planes. Preguntas que necesitaban respuestas.

Justo cuando atravesó la puerta con una toalla alrededor de la cintura, mi mano se extendió rápidamente, con la hoja de mi cuchillo presionando contra su garganta.

—No te muevas, hijo de puta —siseé en voz baja. Su cabeza se sacudió hacia atrás y clavé mi codo en su espalda, haciéndolo caer de rodillas. El golpe de sus rodillas contra el suelo de madera resonó en la vieja casa—. ¿Qué parte de *no te muevas* no entiendes?

Se quedó quieto al instante. Aprendiz lento. No sé cómo demonios se convirtió en el distinguido fiscal del Estado. Podía escuchar las botas de Luca y Alessio detrás de mí, subiendo escaleras arriba con rapidez. Probablemente atravesarían la maldita madera con sus grandes estructuras.

—P-por favor, no me hagas daño. —Su voz estaba llena de terror. No sentí compasión por él, solo rabia al saber cuáles eran sus planes para Áine. Mi mujer.

—No te preocupes —dije en voz baja, inquietantemente—. No te daremos el mismo destino que planeaste para mi esposa.

Su cabeza se echó hacia atrás y palideció al verme, con los ojos muy abiertos por el terror. Un destello de reconocimiento brilló en sus pupilas dilatadas. Sus fosas nasales se ensancharon, pero rápidamente se recompuso.

Luca y Alessio se unieron a nosotros.

—Átalo, Luca —ordené a mi hermanito.

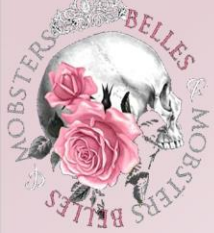
—Puta mierda —escupió Luca—. ¿Por qué no pudiste esperar a que el cabrón se pusiera al menos algo de ropa?

Pude verlo en los ojos de Chad incluso antes que se moviera. Se lanzó hacia mí, probablemente con la esperanza de derribarme contra el suelo. Mi cuchillo se estrelló contra su hombro y un grito espeluznante salió de él, mientras la toalla se deslizaba por sus caderas, dejándolo desnudo como el día en que nació. Qué conveniente, ¡también moriría desnudo!

—Intenta algo estúpido una vez más —siseé, retorciendo la hoja enterrada en su hombro—, y escucharé tus gritos toda la noche.

Le arranqué el cuchillo y lo estrellé contra la pared detrás de mí, con su cara golpeando el marco del cuadro.

—Bien, princesa descalza. —Luca lo agarró por el cabello—. Vamos a atarte. Tócame con esa polla y será lo primero que te corte.



Luca lo sentó en la silla de madera. El miedo emanando de él era casi tangible. Su cuerpo estaba rígido mientras Alessio lo sujetaba a punta de pistola. Sacando el cable del bolsillo trasero, Luca se lo ató alrededor de los pies, antes de subir a las muñecas y luego a la mitad del torso. El cable le cortaba la piel mientras él gemía cada vez que Luca lo apretaba un poco más. Me deleité con los sonidos que hacía. Me aseguraría que nunca lastimara a otra mujer. Solo podía imaginar el número de mujeres que Marco le habría regalado desde que llegaron a ese acuerdo. El número de mujeres a las que había herido, follado, usado y abusado antes de desecharlas como si fueran basura. Esto no era solo por Áine, era por todas ellas.

—Puedes repartirlo, pero no puedes soportarlo, ¿eh? —me burlé amenazadoramente. Para esto nos educó nuestro padre, para torturar y sacar información y luego deshacernos del cuerpo, para no volver a encontrarlo.

Estaba poniendo en práctica mis habilidades.

CAPÍTULO 38



Aline

El timbre de la puerta me hizo correr para contestar. Nada más abrirla, observé que dos hombres de Cassio, uno a la izquierda y otro a la derecha, vigilaban las salidas del pasillo público. Margaret estaba allí con su chubasquero rosa chillón, aunque el cielo estaba despejado. ¡Quién diablos sabía porque llevaba un impermeable! Tal vez el tiempo anunciaba lluvia más tarde.

Rápidamente metí a Margaret dentro y cerré la puerta.

—Estás contenta de verme, ¿eh? —se burló.

—Encantada —repliqué, abrazándola con fuerza—. Necesito tu ayuda.

No tenía sentido perder el tiempo. Cuanto más avanzaba, mejor era.

Su mirada se encontró con la mía.

—Dime lo que necesitas.

—Necesito que te quedes aquí —le dije—. Haz un poco de ruido, muévete, finge que estamos hablando.

Me miró como si estuviera loca.

—Estamos hablando.

—Tengo que marcharme —repliqué en un tono silencioso—. He leído un correo electrónico de Nico para Cassio. Los hombres de Marco me están buscando. ¿Recuerdas el acuerdo de Bellas que mencionó Bianca? —Ella asintió—. Nico cree que la subasta tendrá lugar durante la próxima semana. En Turquía. Así que no hay más caza. Dejaré que me atrape.

Una respiración. Dos respiraciones.

—¿Estás jodidamente loca? —siseó, sus ojos se movieron como si hubiera alguien al acecho en la esquina.

—No, no lo estoy. Pero sé que Cassio tiene un rastreador en mi alianza —le dije, mostrándole mi anillo de bodas.

—¿Cómo lo sabes? —Miró mi alianza. No había nada inusual en ella, ni siquiera un diamante. Hunter sabía que yo quería un anillo de bodas sencillo y lo cumplió, aunque omitió la información del rastreador. Aunque, en su defensa, todos los planes se torcieron.

Me lo quité del dedo y señalé la banda interior.

—Está justo ahí.

—¿No estás enfadada con él? —me preguntó, con los ojos clavados en la alianza—. Lo mataría, joder.

Me encogí de hombros.

—No, no estoy enfadada con él. Solo quiere mantenerme a salvo. —Como siempre lo hizo—. De todos modos, él puede rastrearme. Él y Luca probablemente volverán pronto. Si se da cuenta que estoy en movimiento, vendrá a por mí incluso antes. Hasta entonces, no estaré sola. John y el equipo estarán conmigo. John tiene una ubicación aproximada para Marco.

—No me gusta este plan —murmuró a regañadientes—. Si pasa algo, será mi cabeza. Y ya estoy en la lista de mierda.

—No pasará nada —le aseguré, algo que no tenía por qué prometer—. Pero no puedo ser un blanco fácil.

Entré en la habitación de invitados, con Maggie detrás de mí. No tenía tiempo que perder. A toda prisa, me puse mi ropa de combate. Pantalones negros ajustados, camisa negra, funda de cuchillo, funda de pistola, botas de combate.

—No lo sé, Áine —intentó de nuevo Margaret—. Esto parece una imprudencia.

—Intentaron atrapar a Bianca —le dije en voz baja—. Y a otras mujeres también, estoy segura. Si me quieren, que vengan a buscarme. No *me* esperarán. Soy más fuerte que antes.

Su ceja se frunció y me maldije en silencio. Me deslicé.

—¿Qué quieres decir? —preguntó—. Lo dices como si hubieras sido capturada antes.

Mierda. No necesitaba este desliz ahora.

—Te lo explicaré más tarde —prometí—. Ahora mismo no tengo tiempo que perder.

Se pasó la mano por el cabello.

—Sé que no podré disuadirte. Cuando te pones así, simplemente te abres paso.

Sonreí, presionando un beso en su mejilla.

—Gracias.

—Bueno, te lo debo desde que te casaste con Cassio King por mi culpa —gruñó, poniendo los ojos en blanco.

Me reí.

—Me gusta —admití con una sonrisa—. Mucho.

Sus ojos se agrandaron, sorprendidos.

—¿Algo como enamorada de él?

Enamorada. Sí, lo amaba. Ha sido un torbellino, y nunca pensé en ello tan profundamente. Si esto no era amor, se sentía peculiarmente cerca de ello. Algo sobre la forma en que se preocupaba, cómo mi corazón y mi cuerpo se sentían seguros y cómodos a su alrededor. Tal vez lo amé durante mucho tiempo, pero nunca lo reconocí. En cualquier caso, yo era de Hunter. Siempre y para siempre.

—Sí. —Sonreí—. Como enamorada de él.

Solo tenía que sobrevivir a esta tormenta de mierda y luego nos centraríamos en el otro.

—Guau, eso no lo vi venir —murmuró—. ¿Cómo lo sabes?

Me encogí de hombros.

—Me hace sentir segura, protegida. Me siento mucho mejor con él que con cualquier otra persona. Y siento que me entiende. Que me entiende realmente.

—No está perforado, ¿verdad? —La pregunta salió de la nada y parpadeé confundida.

—¿Qué quieres decir?

—Ummm, ahí abajo —murmuró—. ¿Tiene un piercing ahí abajo? —Cuando seguí mirando fijamente, ella continuó—. ¿Tiene un piercing en la polla, Áine? ¿Por qué me obligas a deletrearlo?

Se me escapó una risa estrangulada.

—No, no lo tiene. ¿Por qué?

—Oh, no importa.

Sacudí la cabeza con incredulidad. La interrogaría al respecto, pero no tenía tiempo para ello ahora.

—Hablaremos de ello cuando vuelva —le dije, con mi curiosidad a flor de piel. ¿Quién no sentiría curiosidad por un pene perforado?

—Bien, ¿y cómo te vas a escapar? —preguntó.

Cassio no tenía a nadie vigilando esas escaleras, no hasta el garaje. Saqué mi teléfono y envié un breve mensaje a John, preguntando por su situación.

—Tomaré la escalera privada —le dije—. Luego, en lugar de pasar por el garaje, atravesaré el vestíbulo, saldré directamente por la puerta y entraré en el coche. John me estará esperando.

Se quitó el impermeable y me lo ofreció.

—Toma, ponte esto por si te encuentras con alguno de los guardias.

La miré con desconfianza.

—No tengo tiempo para teñirme el cabello de negro ahora mismo.

Poniendo los ojos en blanco, se rio.

—Ponte la capucha. Llevas el cabello recogido en una cola de caballo, así que mientras lo mantengas sobre la frente, nunca sabrán que eres tú.

No era una mala idea. Al ponérmelo, no pude resistirme.

—¿Por qué te has puesto un chubasquero? —Mis ojos se dirigieron a las ventanas que aún reflejaban un brillante día de sol.

—Mi estado de ánimo era algo lluvioso —murmuró, con los hombros caídos—. No sé. De alguna manera sentí que mi vida tal y como la conocía había terminado, y necesitaba algo que me animara.

Fruncí el ceño.

—¿Así que te pusiste un chubasquero?

Se encogió de hombros.

—El color brillante me hace feliz.

—Oh. —Sí, Margaret sería una embarazada malhumorada. Compraría todas las magdalenas, ropa y paraguas más brillantes de la ciudad para mantenerla feliz.

—Bien, basta de hablar de mí. —Sonrió, aunque no llegó a sus ojos—. Será mejor que te cuides y que vigiles tu espalda. —Asentí, apretando un beso en su mejilla.

—Lo haré. Lo prometo. —Otro abrazo y me puse en marcha.

Cuando me colé por la puerta trasera, bajé las escaleras apresuradamente, con el corazón retumbando a cada paso, casi esperando encontrarme con Hunter en cualquier momento. Cuando llegué al último rellano, respiré hondo mientras mi mano se detuvo en el pomo de la puerta. En el vestíbulo del edificio principal podía encontrarme con alguien. Me tapé más la frente con la capucha, por si acaso. Abrí la puerta y casi me estrellé contra uno de los guardias de Cassio.

Sin quitarme la capucha, desvié la mirada hacia el suelo y lo esquivé, atravesando deprisa el vestíbulo y saliendo por la puerta al aire libre. John ya estaba allí esperando en el vehículo. Sin demora, me dirigí hacia él, abrí la puerta y me arrojé al asiento del copiloto.

—Vamos —exhalé.

Sin preguntar, cambió de marcha y aceleró por la carretera.

—Gracias por reunir al equipo con tan poco tiempo de antelación —rompí el silencio.

Me dirigió una mirada y luego la devolvió a la carretera.

—Eres la jefa.

Si me hubiera mirado, me habría sorprendido poniendo los ojos en blanco.

—Esto es un trabajo de equipo —murmuré—. No considero que The Rose Rescue sea solo mío. Es de todos nosotros. Todos lo hacemos por una u otra razón.

A lo largo de los años supe que John perdió a su hija a manos de traficantes de personas. Un día, se la llevaron de camino a casa desde la escuela, y nunca más la volvieron a ver. En cada misión de rescate, la buscaba. No lo dijo, pero no tuvo que hacerlo.

—Entonces debo advertirte —dijo, su tono no revelaba nada de sus pensamientos—. Los chicos no están contentos con tu plan.

No me sorprendió escuchar eso, pero tendrían que lidiar con ello.

—Lo principal es que ustedes tampoco se queden atrás. Llevamos años persiguiéndolo y nunca nos acercamos a él. De esta manera, él puede creer que me atrapó.

Deteniéndose de golpe, John estacionó en una zona de aparcamiento. Ambos salimos del coche y corrimos por las puertas privadas del aeropuerto. Al tratarse de un jet privado había menos protocolos de seguridad y pudimos llegar al avión en diez minutos.

Pilot, apodo de uno de los miembros de mi tripulación, nos esperaba en la parte inferior del avión, apoyado en las barandillas, con todo el aspecto de un arrogante imbécil. Margaret y él se enrollaron hace unos años y ambos se dieron cuenta inmediatamente de su error. Trabajar juntos y acostarse juntos provocó complicaciones que ninguno de los dos quería.

—Áine —me saludó—. La próxima vez avisa con más tiempo. Estaba en medio de un polvo.

—DI —repliqué secamente, y cuando levantó una ceja en forma de pregunta, sin entender la referencia, añadí—. Demasiada información.

Se limitó a poner los ojos en blanco.

—Bien, no desperdiciemos un buen día. Al avión.

—Idiota —murmuré en voz baja. En cuanto estuvimos dentro, empezó el ajetreo. Pilot se dirigió directamente a su cabina y los demás tomamos asiento.

Mientras me abrochaba el cinturón de seguridad antes del despegue, mis pensamientos se dirigieron a mi marido. Supuse que habría encontrado a Chad y que probablemente lo mataría. Tal vez algo estaba mal conmigo, pero esperaba que lo hiciera gritar. Hacerlo sufrir, darle exactamente lo que planeó para mí. Estaba harta de los hombres que pensaban que podían hacer lo que quisieran a las mujeres, con las personas más débiles que ellos.

Pulsé el botón de la mesa de al lado sonando directamente en la cabina del piloto.

—Estamos listos —anuncié.

—¿Qué tenemos, John? —pregunté mientras el avión despegaba.

Turquía. Mi pesadilla comenzó en Turquía, y parece que mi pesadilla también terminaría allí. Fragmentos de memoria seguían llegando, y supe sin duda que fue en Turquía donde

comenzó todo. Fue en Turquía donde me encontré con Marco King.

—La información que me diste me ayudó a reducirlo a Turquía —comenzó. Se refería a la información que obtuve del correo electrónico de Nico—. Hay una zona específica en Turquía que parece tener mucho tráfico. Está justo al lado de la frontera con Armenia.

John pudo encontrar una zona geográfica imprecisa donde se encontraba otro de los complejos de Marco. Pasaríamos la noche en la ciudad más cercana y mañana nos dirigiríamos a la parte más remota de este país, donde gente como Marco King volaba bajo el radar y transportaba mujeres como animales. Las trataban incluso peor.

La frontera entre Armenia y Turquía iba desde Georgia en el norte hasta el punto triple con Azerbaiyán en el sur. Casi trescientos kilómetros de la frontera estaban cerrados desde 1993. Pero eso no detuvo a contrabandistas y a gente como Marco King.

El vuelo fue largo, o tal vez solo pareció largo porque se sintió como un viaje al pasado. El pasado que no podía recordar del todo pero que sabía que me dolería. No dejaba de mirar mi teléfono, casi esperando ver un mensaje de Hunter.

Nunca llegó.

Cuando aterrizamos en el aeropuerto privado de Kars, eran casi las ocho de la noche. La ciudad situada junto al río Kars estaba cerca de la frontera con Armenia. Aunque el crepúsculo cubría la ciudad, no se podía negar su encanto. Aunque el temor de estar tan cerca de nuestro destino final era aterrador.

Y no ayudó que echara de menos a Hunter. Llevamos apenas un día de casados y aquí estaba, al otro lado del mundo. Con un océano entre nosotros, sentí que no había visto a mi marido en demasiado tiempo. Las horas se sentían como días.

—Reservé un hotel —dijo John—. Es tarde, y parece que te vas a caer en cualquier momento. La vida de casada te debe sentar bien.

—Gracioso —refunfuñé. Este no era un comienzo normal para un matrimonio. Pero esto era importante, y si estaba en lo cierto, sabía que Hunter vendría por mí. Tal vez podríamos deshacernos de Marco de una vez por todas.

Llegamos a un pequeño y encantador hotel de brillantes colores rosas en las afueras de la ciudad. La fachada era encantadora y, nada más salir del coche, me empapé de las vistas. El hotel daba a toda la ciudad, la vista era fascinante. La ciudad se remontaba al siglo IX y resultaba cautivador pensar que alguien estuvo en este mismo lugar, vigilando esta tierra, durante más de mil años.

De hecho, sería un lugar encantador para una escapada romántica de fin de semana. Tal vez una luna de miel.

¿Cómo era posible que lo extrañara tanto ya?

CAPÍTULO 39



Cassio

En el momento en que abrí la puerta del apartamento de Áine, supe que algo andaba mal. El olor no era el mismo. Entonces vi a Margaret, sentada en el sofá, con los pies apoyados en la mesa de centro, viendo telenovelas.

¡Malditas telenovelas! Estaba tan absorta en ello, que no nos escuchó entrar. Alessio, Luca y yo nos quedamos mirando cómo se reía de algún chiste tonto.

—¿Dónde está mi mujer? —ladré y ella se sobresaltó, poniéndose en pie de un salto.

—¿Qué coño? —murmuró ella—. Este no es tu apartamento, lo sabes.

—Donde. Está. Mi. Esposa? —gruñí.

Chad cantó como un canario.

Cuando terminé con él, tenía la cara negra y azul, los ojos hinchados. No había un solo hueso valiente en ese hijo de puta. No como mi mariposa.

—Basta —suplicó, con lágrimas de cocodrilo cayendo por su feo rostro—. Te lo he contado todo.

Lloró como un bebé. La imagen de Áine, el día que la salvé, pasó por mi mente. No lloró como un bebé cuando me vio. Aunque su mirada azul destrozada dolía como un demonio.

Las fotos en la mesita de noche del idiota contaban historias de muchas chicas, como Áine. Golpeadas. Rostros magullados. Ojos destrozados. El gilipollas se excitaba con su dolor.

La ira dentro de mí hirvió, pero quería hacerle sufrir. Días, meses, años de sufrimiento no compensarían todo lo que había hecho. Así que me conformé con arrancarle la uña, deleitándome con sus gritos. Su grito no sirvió para calmar mi ira. Así que le arranqué otra. Y otra más. Había algo satisfactorio en ver sus dedos sangrando, descarnados, donde solían estar sus uñas.

Tal vez podría arrancarle la piel también, pensé. Eso lo haría sufrir un poco más. A menos que se desmayara. Joder, debería haber traído sales aromáticas.

—Me pregunto si debería hacer lo mismo con los dedos de los pies —murmuré, como si pensara en voz alta. No es que vaya a acercarme tanto a él. Asqueroso enfermo.

El hijo de puta se meó encima. El sonido de la orina corriendo por todo el suelo y el hedor llenando el aire. El fiscal del Estado seguía desnudo, para consternación de Luca.

—Joder —gruñó Alessio, con voz fría y dura—. No quiero oler a pis. Mátalo ya.

—Realmente no quiero estar viendo su lamentable polla —se quejó Luca—. Me duelen los ojos ante esta visión.

Me encogí de hombros.

—Podríamos cortarlo.

Chad empezó a gritar, con una voz tan aguda que competía con la de los malos cantantes de ópera.

—Te cagas —advirtió Alessio—, y te corto la garganta.

—No, no —suplicó—. Te lo he contado todo.

—Turquía es un país grande y jodido —dije—. Me temo que necesito más detalles. No te preocupes, tengo tiempo. —No necesitaba saber lo contrario—. Podemos conocernos muy ***bien****.*

Sonreí, probablemente pareciendo un maldito maníaco. No es que me importara. Apreté la hoja de mi cuchillo contra su párpado, y luego presioné lentamente sobre él. La piel se rompió y la sangre brotó. Mi cuchillo se encontró presionando su globo ocular y su grito desgarrador amenazó con ensordecerme.

Joder, no necesitaba ese efecto secundario ahora mismo. Empujando más fuerte contra él, su boca finalmente escupió lo que yo quería saber.

—Kars —se lamentó—. Kars en Turquía. Mañana.

Media respiración y mi cuchillo le cortó la garganta en un rápido movimiento. Lo vi gorgotear y ahogarse con su sangre, sus ojos frenéticos al darse cuenta que la muerte venía por él.

Era mejor de lo que merecía.

Así que la subasta era mañana. En Turquía. ¡Kars! Demasiado cerca del lugar donde rescatamos a Áine hace tantos

años. Mi único consuelo durante las últimas horas fue saber que estaba aquí, protegida. Nunca pensé en comprobar el rastreador de mi teléfono.

Los ojos de Margaret se dirigieron a Luca, luego a Alessio, antes de volver a mí. Apreté los puños, con la ira hirviendo en mi interior. Si le sucedía algo a Áine, perdería mi mierda. La rabia recorrió mi piel, mezclada con el miedo a perder algo que apenas había encontrado. La esperé toda mi vida.

La sangre se me calentó por la tortura que acabamos de aplicar y la adrenalina corrió por mis venas.

—Cassio, cálmate. —Era la voz de Luca. Lo ignoré. La presión en el pecho, las imágenes de la expresión llena de miedo de Áine de hace once años se repetían en mi mente.

—Margaret, ¿dónde está mi mujer? —grité, la furia amplificada con cada respiración.

No se me escapó que Luca se puso frente a mí, usando su cuerpo para protegerla.

—Sabía que esto iba a terminar mal —murmuró Margaret.

—Cuéntanos lo que sabes —exigió Luca, antes que pudiera bramarle por permitir cualquier estupidez que pudiera perjudicar a mi mujer. Sabía bien que Áine era testaruda e independiente. No era culpa de Margaret, pero quien mantiene el sentido común cuando teme por la vida de su esposa.

—Dijo que tienes un rastreador en su alianza —exhaló, con la preocupación grabada en su rostro—. Se fue a Turquía, con su equipo. A matar a Marco.

Jode. Me.

CAPÍTULO 40



Aline

De acuerdo, en el gran esquema de las cosas, este plan era estúpido.

Me desperté con una mano áspera tapándome la boca. A través del cerebro empañado por la pesadilla, no podía distinguir entre sueño y realidad. Empecé a luchar demasiado tarde. Quienquiera que fuera ya me había dominado en ese momento. No tuve ninguna posibilidad. Me arrojó de la cama y me obligó a tumbarme sobre el suelo enmoquetado. Mi cabeza golpeó el suelo, llevándose la peor parte de la caída. Una bruma confusa y dolorosa atravesó mi cuerpo y mi cerebro, pero el dolor físico no fue lo peor.

Bastó apenas un segundo y un fuerte golpe en la cabeza para que todo retornara a la memoria. Todo ello. Los gritos. La tortura. El olor a orina, sangre, suciedad y sexo. La degradación de la mujer de la peor manera posible.

A medida que todos los recuerdos se agolpaban en mi cerebro, me encontré jadeando y boqueando, incapaz de pronunciar una sola palabra. Durante las torturas tampoco dije una palabra.

Entonces el mundo se volvió completamente negro.

Me desperté bajo un silencio y la sensación de ser observada. Borra eso. Una mirada lasciva. Permaneciendo inmóvil y manteniendo la respiración uniforme, pujé por tiempo mientras mi corazón se aceleraba bajo mi pecho.

Cuando la neblina de mi cerebro se despejó lentamente, me di cuenta que no había silencio.

Gritos. Alaridos. Llantos.

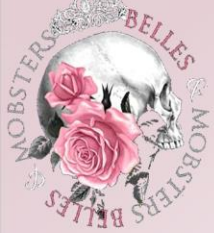
Terror con cada sonido que escuchaba, reflejando el de mi corazón.

Podía escucharlos en algún lugar distante, pero lo suficientemente cerca como para saber que estaba en el mismo infierno que esas personas.

Tratando de calmar mi corazón acelerado y evitar volverme loca, esperé y escuché. Tenía que concentrarme en la habitación actual, en la amenaza inmediata.

Ploc. Ploc. Ploc.

Podía oler la humedad rancia en el aire y algo más. Un aroma, una colonia. El olor era familiar, nauseabundo. Trajo a mi mente un torrente de imágenes no deseadas.



¡Marco King!

Mantuve los ojos cerrados, resistiendo el impulso de abrirlos. Negándome a encontrarme con la oscura y amenazante mirada que me perseguía en mis pesadillas. Él estaba aquí: Me jugaría la vida en ello. Una respiración profunda que no era la mía sonó demasiado cerca para mi comodidad.

***Está** aquí.*

—Sé que estás despierta. —La voz sonaba igual, cruel y arrogante.

Cada golpe de mi corazón era un puñetazo físico en mi pecho. Dolía. *Ya no soy esa niña pequeña*, seguí susurrando en mi mente. *Soy más fuerte*.

Los resortes de la cama protestaron ante el esfuerzo, cuando me moví, obligándome a sentarme. Mis ojos recorrieron la sucia cama, las paredes no estaban en mejor estado, un sucio lavabo agrietado en la esquina con un cubo. Supuse que el cubo era para hacer mis necesidades.

Respira, me dije en silencio. Esta celda de cuatro paredes de piedra era la pesadilla de toda mujer. Era espeluznante, desesperante, dejándote un sabor aterrador en los labios.

Esta vez no. Me negué. Nunca me acobardaría ni me escondería de este hombre.

Lentamente, como si me preparara para la escena final de una pesadilla, mis ojos conectaron con las botas de combate negras. Eran las botas de combate más limpias y brillantes que había visto nunca, lo que me decía que las llevaba como una declaración de moda. Mis propias botas de combate estaban

rozadas y desgastadas como la mierda. Me gustaría tenerlas puestas ahora mismo. En lugar de llevar mi pantalón de pijama y una camiseta de tirantes. Me hacía sentir expuesta, vulnerable. Debí dormir con la ropa puesta y con un cuchillo enfundado en las botas, preparada.

La retrospectiva es una mierda.

Preparándome para lo que sabía que iba a suceder, no había nada que pudiera prepararme para este momento. Ni los años de entrenamiento, ni los años de matanza, ni los años de tortura. Mi corazón martilleaba contra mis costillas, haciendo que cada respiración fuera dolorosa. Igual que los recuerdos que asaltaban mi mente.

Muy lentamente, mis ojos pasaron por encima de su pecho y conectaron con su rostro. Tuve que esforzarme para no asustarme. Para evitar que un gemido saliera de mi boca. No le daría esa satisfacción.

Pude ver el parecido. entre Cassio, Luca y Marco. Eran hijos de Benito. Nadie podía negar eso, una mirada a ellos y veías el parecido. Excepto que Luca y Cassio carecían de la amenazante crueldad que respiraba Marco. Se deleitaba en ella.

Los mismos ojos oscuros y amenazantes se encontraron con mi mirada. Si alguna vez hubo negrura reflejada en el alma de alguien, fue esta. Sus ojos eran ventanas a su alma negra como el alquitrán. No estaba particularmente sedienta de sangre, pero quería arrancarle los ojos. Cortarle los labios para que no pudiera sonreír más.

Una sonrisa aterradora se extendió por su rostro.

—Bienvenida —me saludó, su voz provocándome repugnantes escalofríos—. Te has convertido en una belleza —comentó—. Sabía que lo harías.

Se levantó y dio dos pasos cortos hacia mí, luego se agachó, con sus dedos agarrando mi barbilla bruscamente.

—Y esos ojos —ronroneó, su aliento demasiado cerca de mí. Su olor provocando ganas de vomitar, la bilis se me atascó en la garganta—. Brillando como océanos en un día luminoso con las llamas del sol bailando en tu cabello.

El puto poeta.

Sin pensar en las repercusiones, le escupí a la cara.

Le ofrecí una dulce sonrisa, pero me negué a pronunciar una sola palabra. Mi instinto me decía que Marco se excitaba con el terror y el dolor de las mujeres. Que me condenen si le ofrezco eso voluntariamente. Aunque fuera lo último que hiciera, moriría con una sonrisa falsa en la cara y sin un solo gemido de mi boca.

Antes que pudiera respirar, Marco me embistió, golpeando mi cabeza contra la pared, con su cuerpo encima del mío. Mi cuello se torció en un ángulo extraño, mi cabeza empujada contra la pared, el cuerpo de Marco sobre el mío, al tiempo de percibir que el pánico habitual por el contacto de un hombre, no existía. Mi piel no estalló en urticaria, ni mi respiración se volvió errática. Era como si estuviera fuera de mi cuerpo, observando desarrollarse toda la escena, sin preocuparme.

Relajé todo mi cuerpo, dejando que el hijo de puta se excitara. Creyó tenerme dominada. Estaba exactamente donde

lo quería. Me encontró vulnerable; eso fue un gran error de su parte.

—Di una palabra —gruñó—. Una palabra.

Durante una fracción de segundo, el corazón se aceleró, pero rápidamente me obligué a detenerlo. El pánico no tenía cabida aquí ahora mismo. A partir de ahí, todo se iría al garete, y ya estábamos muy cerca de ello. Apreté los labios, ejerciendo el control.

—Sabes que te gusta. —Respiró en mi cuello, con su boca en mi piel. Tendría que ducharme con lejía para quitármelo de encima. ¡Cabrón! —. Una palabra —dijo, haciendo que mi piel se erizara de asco.

Su cabeza estaba enterrada en el pliegue de mi cuello retorcido, su apestosa colonia demasiado cerca para ser agradable, pero lo ignoré todo. Me concentré en el siguiente paso y mantuve el miedo difuminado en algún lugar de mi mente.

Sus gruñidos de placer y sus manos sobre mí hicieron que mi estómago se revolviera. Estaba duro, sus caderas empujaban contra mí. Como si me estuviera follando. Me vino a la mente la imagen de un perro follando y una risa histérica burbujeó en mi garganta. Tenía que estar al borde de la locura. Los recuerdos que se agolparon en mi mente justo antes de quedar inconsciente, esta situación y los acontecimientos de la semana pasada finalmente me alcanzaron.

Metió la mano entre nuestros cuerpos, tanteando el cinturón y encontré mi oportunidad. Estaba tan excitado que no se dio cuenta que mi cuerpo se movió.

Alzó la cabeza y nuestros ojos se encontraron. Había un destello enfermizo de excitación brillando en sus oscuras profundidades. En ese momento me di cuenta. Luca y Cassio... mi Hunter... mi esposo... ellos no se parecían en nada a este jodido enfermo. ¡Nada!

El asombroso parecido entre Hunter, Luca, Marco y su padre empezaba y terminaba en su aspecto físico. Los dos últimos eran crueles, malvados y enfermos. Realmente gozaban infligiendo dolor a las mujeres. Incluso se deleitaban con ello.

Hunter y Luca las salvaban. Las respetaban. Se preocupaban por ellas.

—Di una palabra. —Sacó su polla y arrugué la nariz. Debe ser la polla más fea de este planeta. En un movimiento rápido, clavé mi rodilla con todas mis fuerzas en sus lamentables joyas.

Su gemido casi me ensordece, todo su cuerpo se encorvó. Lo empujé, viéndolo caer al suelo como una tabla de madera rígida. Era casi cómico.

Me puse en pie de un salto, con los pies descalzos contra el suelo sucio. Bajando la mirada, lo observé impasible. Era el lugar al que pertenecía este imbécil. Su cara se estrelló contra el suelo sucio y manchado de orina.

Los rumores son ciertos, reflexioné. Al parecer, golpear a un hombre en la ingle era extremadamente doloroso.

—Cabrón. —Dejé que la palabra saliera fuerte y clara, pero él ni siquiera pudo registrarla por el dolor en su ingle. Así que lancé mi pie descalzo contra su cara—. Aquí tienes tu única palabra.

Me puse en cuclillas, su mirada apenas seguía mi movimiento. Sus ojos estaban desenfocados. Sonreí fríamente.

—Querías que hablara, hijo de puta. Bueno, aquí estoy. *Hablando.* —La mirada en su rostro lo decía todo. Entender que tal vez, *solo tal vez*, estaba loco.

Los gritos de mujeres a las que torturó, cortó y se folló fueron más fuertes que nunca en mi cerebro. Esas imágenes quedarían grabadas en mí para el resto de mi vida. Esas mujeres quedarían marcadas, física y mentalmente, para el resto de la suya. Si es que tuvieron la suerte de haber sobrevivido.

Mi puño se cerró y no pude resistirme. Me picaba ver dolor en su rostro, de sentirlo en cada una de sus respiraciones.

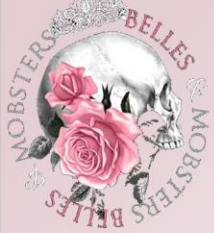
Así que estiré mi brazo y puse mi mano derecha sobre las dos suyas que se cernían sobre su entrepierna. Aunque me repugnaba tocarlo, no había nada que detuviera mi siguiente movimiento. Apreté con todas mis fuerzas.

Otro lamento mientras intentaba luchar contra mí, pero yo era más fuerte.

—¿Qué te pasa, Marco jodido King? —me burlé en voz baja, con una voz inquietante, mientras ladeaba la cabeza. Quité mis manos de su entrepierna, dejando que se ocupara de su asquerosa polla—. ¿Puedes repartir dolor, pero eres demasiado débil para soportarlo?

Sonreí sombríamente mientras palmeaba las perneras de su pantalón. *¡Bingo!*

Funda para cuchillos.



—Sé lo mucho que te gustan tus cuchillos —ronroneé con una oscura sonrisa—. ¿Empezamos? —gruñó algo inteligible, todavía aferrado a sus *joyas familiares*. No tenía sentido, porque no las necesitaría.

—Lo sé, lo sé —dije en voz baja, sacando el cuchillo de su funda—. Parece que no puedo callar.

Mi mano sostenía el cuchillo mientras mis ojos recorrían su patética figura. Estaba tan seguro de sí mismo que vino solo. Sin guardia en la puerta. Solo él y yo. Si moría hoy, al menos lo haría pagar al bastardo. No habría piedad para él. Nunca se la ofreció a nadie más.

Mi mano salió disparada en un movimiento rápido y le cortó la piel de la garganta. La mirada desconcertante en su rostro no tenía precio. Era solo un corte superficial, pero suficiente para hacerlo sangrar como el cerdo que era. De repente se olvidó de su ingle y sus manos se alzaron hacia su cuello, agarrando su herida sangrante. Se le escapó un resuello doloroso y no pude evitar disfrutar con su dolor.

Tal vez estaba jodida, pero realmente disfrutaba de sus gemidos, de su sibilante dolor. Desplacé mi cuerpo, asegurando que nadie pudiera sorprenderme por detrás. Aunque si fuera aficionada a jugar, apostaría a que nadie vendría. Había demasiados gritos resonando en este pasillo olvidado por Dios.

—Que bueno que ya desabrochaste tus pantalones —continué en tono sombrío mientras bajaba más su pantalón y su bóxer por sus piernas, en un rápido movimiento.

Le clavé un cuchillo en el hombro y otro grito atravesó el aire. Me miró sorprendido y horrorizado. Era la primera vez que lo hacía. Normalmente apretaba el gatillo, desde una

distancia segura. En un rincón de mi mente, noté que su sangre bajaba por el mango del cuchillo y llegaba a mis manos, manchándolas de rojo.

Su sangre estará para siempre en mis manos.

La idea no me molestó. Ni un poco. Esta tierra sería un lugar mejor y más seguro sin él.

—Bien, es hora de ponerse a trabajar —anuncié con una oscura sonrisa curvando mis labios. Tal vez el hecho de haber recuperado mis recuerdos había activado un interruptor en mi cerebro. O tal vez es que siempre estuve jodida. Disfruté de esto, de ver al puto Marco King en su estado vulnerable.

Era hombre muerto y lo sabía.

Cogí su polla con mi mano.

—Apuesto a que no pensabas que te tocaría la polla así —dije inexpresiva con voz fría. La verdad es que no quería tocarlo, pero a la mierda si lo dejaba salirse con la suya. Esto era por cada jodida mujer que torturó, violó, mató o dejó caminar por esta tierra en su estado roto.

Intentó zafarse, retroceder, pero le tenía bien agarrada la polla.

—No te preocupes, Marco jodido King. No soltaré tu polla.

Su mano se extendió, su uña raspando mi mejilla. Supe que lo había conseguido, el escozor fue instantáneo. Fue realmente patético. Peleó peor que una chica. Al menos las mujeres arañaban mejor que eso.

Tiré de su polla con fuerza, obligándolo a dejar de moverse. Al instante chilló y gritó.

—Ya, ahora, no llores —dije mientras colocaba la hoja contra la piel flácida de su polla—. Solo estamos empezando.

La comprensión de lo que estaba a punto de hacer, caló en sus ojos e intentó patearme, salvando su patética joya. Si es que se puede llamar joya a esa cosa arrugada y asquerosa.

Su pierna conectó con mi costilla, pero no me inmuté. La verdad es que podría romperme las costillas y nunca soltaría su polla. En lugar de eso, se la apreté con tanta fuerza que resopló y vomitó. Intentó ponerse de lado, pero lo obligué a quedarse quieto, con mi mano en su polla. Con la mano que sujetaba el cuchillo, se lo llevé a la cara y lo empujé contra su mandíbula, obligándolo a tragar la bilis.

—Eso sí que es un buen chico —escupí.

Joder, podría hacerle esto durante horas y días. Degradarlo. Castigarlo. Hacerlo llorar. Suplicar clemencia.

Por supuesto, nunca la obtendría.

Torcí la mano y le di un puñetazo en el pómulo con el mango de mi cuchillo. Sonreí viendo cómo se formaba el hematoma casi al instante. Deseé poder grabarlo y enviarlo a todas las mujeres a las que había hecho daño.

Volviendo a centrarme en su pequeño miembro, flácido entre sus piernas, sonreí con maldad.

—Este pequeño nunca volverá a trabajar —ronroneé, encontrando su mirada, deleitándome con el terror en sus ojos—. Nunca olvidarás *mi nombre* —me burlé—. Por muy corta que sea tu vida, gritarás *mi nombre*.

Entonces corté, la carne de su polla se partió. Me tomé mi tiempo, sus gritos se estrellaron contra las paredes. Podría terminar sorda después de esto, pero a la mierda. Valió la pena.

Su miembro fue cortado demasiado pronto. Para mi desgracia. Hizo sufrir a mujeres durante horas, turnándose con sus hombres una y otra vez, hasta que estaban en carne viva y sangrando.

—Sí, esto fue demasiado rápido —murmuré más para mí misma, tirando su polla a una esquina. Aterrizó con apenas un ruido sordo.

Se lamentaba, pero ninguna de sus súplicas, gritos o llantos llegó a mí. En mi mente, estaba en un cuarto oscuro, perdida en el odio y la brutalidad. Era el momento de repartirlo.

—Basta —gimió, con la mitad inferior del torso manando sangre. Es interesante la cantidad de sangre que había en ese pequeño miembro del cuerpo—. ¿Qué quieres?

Clavé los ojos en él.

—Una palabra —dije, clavando mi hoja en su muslo—. Escuchar tus gritos.

CAPÍTULO 41



Cassio

El rastreador me llevó a la habitación del hotel en Kars. Todavía estaba oscuro afuera, la ciudad y todos en este maldito hotel dormían. Pero mi corazonada me hacía temer cada paso que daba hacia el rastreador.

Sabía que algo iba mal cuando me dirigí a la habitación en la que supuestamente estaba mi mujer, incluso antes de entrar en ella. Tardé una fracción de segundo en registrar lo que estaba viendo. Luca y Alessio estaban detrás de mí, pero toda mi atención se centró en la habitación vacía, en las sábanas caídas y en la lámpara de la mesilla de noche tirada. Pruebas de lucha por todas partes.

Una neblina roja nubló mi visión, la presión de mi pecho se multiplicó por diez y detonó en cada centímetro de mi cuerpo, dejando un agujero donde debería estar mi corazón.

Se la llevaron.

Los bordes de mi visión cambiaron de rojo a negro furioso. En cámara lenta, atravesé la habitación. Su pequeño bolso abierto. Su teléfono en el suelo. Sus artículos de tocador aún en el baño. Al acercarme a la cama, recogí la lámpara del suelo y fue entonces cuando la vi.

La alianza de mi esposa.

La recogí y la metí en mi bolsillo. Luca y Alessio sacaron sus armas, pero fue inútil. Ella se había ido.

—Guardar las armas —dije. Lo último que necesitábamos era perder el tiempo con la policía turca.

Ambos guardaron sus armas en la parte trasera de su vaquero. Todos nos vestimos para el combate. Aquí, éramos asesinos, cazadores, lo que fuera necesario. No el jefe de nuestra familia. Esos normalmente gobernaban desde un escritorio.

Como Nonno. Como Vasili.

Maldita sea, estaba jodidamente cansado. Solo quería a mi esposa, sana y salva conmigo. En nuestra casa. ¿Era mucho pedir?

—Luca, mira dónde está su equipo —ordené.

Chad nos dio una ubicación, pero si teníamos que entrar en el recinto para recuperarla, necesitaríamos todo el apoyo posible. Les gustara o no a esos idiotas, ayudarían. Aunque tuviera que apuntar a sus cabezas con un arma mientras ayudaban.

—También están todos aquí —murmuró Luca.

—Deberíamos empezar por su mano derecha —sugirió Alessio—. ¿Sabes cuál es su hombre de confianza?

Gruñí y al instante se dio cuenta de cómo sonaba. Sabía lo que quería decir. No, joder, no sabía quién era su mano derecha. Debería saberlo, ella debió haberme contado su jodido plan imprudente.

Llamé a Margaret. Me importaba una mierda que fuera de madrugada en Estados Unidos. Contestó al primer timbre. ¡Bien! Debería estar jodidamente preocupada por su prima, por dejarla seguir con su imprudente plan.

—¿Sí? —Su voz llegó a través de los auriculares.

—Margaret, ¿quién es la mano derecha de Áine? —grité.

Las imágenes de la joven pelirroja, golpeada con hematomas en negro y azul, con los ojos azules rotos y destrozados seguían jugando en mi mente. Era como verter sal sobre un corte abierto. Me dolía el pecho de pensar en un solo cabello lastimado en ella.

—John McAllister. Debería estar con ella.

Terminé la llamada sin decir nada más. De lo contrario, podría perder la cabeza y desquitarme con ella. Era familia por matrimonio, después de todo, y empezar a cagar con ella ahora no me haría ningún bien.

—Comprueba si hay alguien aquí llamado John McAllister —dije a Luca.

Tardó un momento en descifrarlo.

—Es la habitación dos puertas más abajo.

Cogí el bolso de Áine, metí su teléfono en él y salimos de la habitación, dirigiéndonos a la de John.

—Déjame ocuparme de esto —sugirió Alessio—. Estás nervioso y esta vez, la miel funcionará mejor.

—Y más rápido —intervino Luca, sin ayudar.

Los miré a ambos y entrecerré los ojos. Alessio era muy parecido a Nico en términos estéticos. Tenía un aspecto más pulcro, aunque no era menos letal. Igual que mi querido cuñado. Si jodías a los que amaba, el psicópata salía rápidamente. Lo vi de primera mano.

Le hice un gesto brusco con la cabeza. Claro, me quedaría en un segundo plano. Que el cabrón de John dijera una palabra equivocada y yo le daría *mi* versión psicótica.

Alessio llamó a la puerta. Esperando.

Silencio. Sin respuesta. Ningún movimiento. Nada.

Volvió a llamar a la puerta y luego siguió.

—The Rose Rescue —gritó a través de la puerta.

Entonces lo escuchamos. Gruñidos. Pies contra la puerta. La puerta se abrió con un hombre mayor todavía en bóxer y con un arma en la mano.

Sus ojos nos recorrieron y se fijaron en mí.

—Déjame adivinar. Cassio King.

—¿Estás seguro que es aquí? —preguntó John por enésima vez, irritando mis nervios—. Parece desierto.

Opté por ignorarlo o arriesgarme a reprenderlo. El edificio era antiguo, un fuerte con tres torres en las esquinas, construido con arcilla y con algunas secciones desmoronadas. El lugar se confundía con el vasto paisaje desértico que lo rodeaba. La temperatura aumentaba a medida que avanzaba la hora, y sabía que finalmente haría un calor abrasador.

Dios, esperaba que estuviera bien abrigada cuando se la llevaron. Me daba escalofríos pensar en ella temblando en la noche, con el frío, en este podrido lugar. Ni siquiera podía imaginar que le pasara algo más, de lo contrario perdería la cabeza.

Todo este lugar me recordaba al edificio en el que encontré a Áine hace años. Probablemente databa del siglo X. Cuando acabáramos con él, formaría parte de la historia, volando en pedazos.

—Todos estos malditos lugares parecen desiertos —murmuró Luca—. Es lo que los hace imperceptibles.

—Bien, tienes razón —admitió John de mala gana. Sacó un aparato de su mochila y lo vi encenderlo. Lo reconocí. Era un sensor de calor para comprobar si había cuerpos en el recinto. No sé por qué no lo hizo desde el principio en lugar de parlotear.

Tardó un minuto en configurarlo. Entonces lo vi, cuerpos infrarrojos moviéndose por la estructura. *¡Bingo!*

Si solo hubiera forma de distinguir a mujeres de los hombres y dónde estaba Áine.

—Mierda —murmuró uno de los hombres de Áine. Harry, si no recuerdo mal. ¿O era Pilot? Qué mierdas, no importaba—. Estamos seriamente superados en número.

Alessio, Luca y yo compartimos una mirada. Nosotros también lo sabíamos. Pero esperar no era una opción. Una hora podría suponer una gran diferencia en una sola vida. ¡La vida de Áine!

—Necesitamos dividirnos —les dije—. Tres grupos, tres alas del recinto. Salven a mujeres y niños, maten a los guardias y a sus soldados, traed a todos aquí.

Mis ojos recorrieron a todos los hombres para asegurarme que entendían. Cada uno de ellos asintió.

—Sincronicen los relojes —dije—. Cuarenta minutos. Nuestro transporte estará aquí, esperándonos.

Lo único que me preocupaba era si el transporte sería lo suficientemente grande como para acoger a suficientes víctimas. Era difícil saber si habría diez o cincuenta mujeres. Divididos en tres grupos, nos adentramos en el recinto, John y yo acabamos juntos dirigiéndonos hacia la parte más alejada del recinto. Nos pegamos a las sombras, aprovechando que el sol aún no había salido.

Aunque estaba cerca. Los destellos del sol naciente tocaban el cielo lejos en el horizonte.

No compartimos ninguna palabra, ambos en alerta máxima. Si conozco a Marco, mantendrá a Áine alejada de las otras mujeres. Los gritos resonaron por los pasillos, golpeándome directamente en las tripas. Se me revolvió el estómago.

Un lamento desgarrador de hombre resonó junto con ellos. Lo reconocí inmediatamente. Mi corazón se retorció, como si alguien le hubiera clavado un cuchillo, y eché a correr sin esperar a John.

Mientras corríamos por el corredor rocoso, un grito de mujer atravesó desde la izquierda y los pasos de ambos vacilaron. No era el de Áine, pero definitivamente era una mujer en apuros.

—Sigue tú —dijo John, girándose hacia la puerta de la que procedía el grito—. Coge a Áine y recoge a los demás por el camino. Nos reuniremos fuera como estaba previsto.

Asentí con la cabeza y seguí adelante. No había tiempo que perder. Las paredes de piedra eran de corte rugoso y el frío parecía perdurar en el aire permanentemente. A cada paso, los gritos se hacían más fuertes, y lo único que mantenía mi cordura era que los sonidos pertenecían a un hombre. No eran de Áine.

Llegué a la última puerta y miré por la pequeña mirilla. La escena que me golpeó fue algo sangrienta. Una escena criminal de una película de terror. Y he visto alguna mierda.

Marco estaba tirado en el suelo de tierra, con los pantalones por los tobillos y la polla tirada en un rincón. No había ni una sola parte de él limpia. La sangre cubría cada centímetro de su piel y empapaba su ropa.

También le faltaban las orejas. Algunos de sus dedos estaban esparcidos por el suelo de tierra. Algunas otras partes del cuerpo parecieron ser carne.

Mis ojos se dirigieron a mi mujer. Sus manos ensangrentadas hacían juego con su melena roja, aferrando un cuchillo empapado en sangre. ¡La sangre de Marco! Había tanta sangre; no estaba seguro cómo seguía vivo.

—Una palabra, Marco jodido King —la escuché decir, su voz fría y oscura. Y su sonrisa, era una que conocía bien. Era la misma que sentí cuando maté a Chad. O a cualquier otro hijo de puta que lastimó a la gente que amaba. Mi esposa estaba allí como una diosa de la venganza, en toda su gloria—. Solo di una palabra —se burló.

—Áine —grité mientras cogía una llave del lateral y abría la puerta.

Se dio la vuelta, con el cuchillo aún agarrado en la mano y los ojos desorbitados. Conocía la sensación. Lo he vivido. Lo he visto en los rostros de mis amigos. Pero, de alguna manera, nunca me golpeó así. Viéndolo en la mujer que amaba.

Marco gimió en el suelo, con un charco de sangre a su alrededor. No me importaba una mierda. Tuvo más de lo que merecía. Lo único que me importaba era mi mujer aquí.

—Está bien, Butterfly —le dije en un tono tranquilo—. Soy yo. Vine por ti.

La mirada salvaje de sus ojos se desvaneció lentamente, devolviendo su azul brillante de océanos profundos.

—¿Hunter?

Sonreí.

—Sí, soy yo. —Extendí la mano, pidiendo en silencio el cuchillo. Sus ojos parpadearon hacia mi mano, luego hacia el cuchillo y de nuevo hacia Marco.

—No va a sobrevivir canturreé—. Lo has hecho bien. Pero déjame dar el golpe final.

—¿Por qué? —Su voz era áspera, como si acabara de despertarse de una pesadilla.

—Eres demasiado buena para ocuparte de su muerte —dije—. No se merece que tus manos le den ese golpe final.

Con una lentitud agonizante, me entregó el cuchillo con manos temblorosas.

—Lo hice gritar —carraspeó, con la voz temblorosa.

—Hiciste bien —le dije—. Ahora, salvemos a las otras mujeres.

No había nada más que quisiera hacer que atraerla hacia mí para abrazarla. Joder, tenía miedo si ella lo recibiría bien sin saber lo que había soportado.

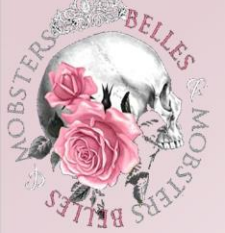
—Perra psicópata —gruñó Marco, con todo el cuerpo ensangrentado. Le faltaban trozos de piel.

Saqué mi arma y apunté al cráneo de mi hermano.

—Nadie le habla así a mi mujer —siseé. No valía la pena ni mi tiempo ni el sufrimiento de Áine.

No valía la pena. Punto.

Apretando el gatillo, la bala voló directamente a su cráneo, matándolo en el acto. Y luego, para mayor seguridad, le metí



otras dos balas en el cráneo y una directamente en su negro corazón.

No habría reencarnaciones de esa comadreja.

CAPÍTULO 42



Aline

Estaba muerto.

Observé el cuerpo mutilado de Marco con frío desapego. Tal vez era mi mecanismo de defensa. No lo creo. No me arrepentí de lo que había hecho. De una manera extraña, me pareció satisfactorio. Hacerle pagar por los pecados que sabía que había cometido.

Los disparos y los tiroteos sonaron en la distancia, despertándome de mi estado mental vengativo. Me encontré con la mirada de Cassio. Mi esposo. *¿Qué pensará?*

Bajando los ojos, noté el estado de desorden en el que me encontraba.

Lentamente, muy lentamente, volví a levantar la vista y nuestras miradas colisionaron. Me dejé ahogar en esa mirada oscura que, de una manera extraña, ofrecía luz y seguridad.

Recuerdos y dolor escondidos en la neblina. Tenía razón, los necesitaba.

Tal vez ahora, comenzaría a sanar. Excepto que no quería hacerlo sin él. Lo necesitaba para *mí*. Mi corazón latía en mi pecho por él. Lo ha hecho desde que me rescató. En medio del dolor y los gritos que mi mente no podía dejar pasar, siempre era él quien se acercaba para ofrecer ayuda. Esa mano entre la neblina, ofreciéndola, su mano tatuada con una rosa para sacarme de allí.

—Te amo —exclamé. Entre sangre y muerte, los gritos y dolor, las palabras se escaparon. Era el momento y el lugar equivocados. No me importó.

—Durante años, no pude recordar —murmuré, retorciendo mi mano ensangrentada sobre la muñeca—. En mis sueños, escuchaba mierdas, pero ninguna tenía sentido. Pero recordaba tu mano, extendida. Y cuando creí que me ahogaría en la niebla —pronuncié, mi propia voz ahogada por sentimientos reprimidos durante años—... era tu mano la que me sacaba.

—Áine —comenzó, pero lo corté.

—Lo sé, estoy rota —murmuré, sollozando—, y esto... todo esto está jodido. —Extendí las manos. Estábamos rodeados de sangre impregnada y evidencia de haberme puesto en plan Jack el Destripador con su hermanastro—. Pero no puedo arreglar mis mierdas sin ti.

La mano de Hunter tomó mi rostro entre sus palmas y presionó sus labios sobre los míos.

—Yo también te amo, Butterfly. —Me picaron los ojos y parpadeé con fuerza—. No estás rota. Y si hubiéramos tenido

tiempo, te habría ayudado a desollar vivo a Marco. Lo habría hecho sufrir durante días.

Mis labios se curvaron en una sonrisa.

—Eso es lo más bonito que me han dicho nunca.

—¿Sabes cuánta gente he matado? —me preguntó. Sacudí la cabeza—. Yo tampoco. ¿Aún me amas?

—Lo hago. —juré.

—Por eso, te amo. —Presionó un beso en la punta de mi nariz—. Pero a partir de ahora, lo haremos todo juntos.

Asentí con la cabeza.

—¿Estás bien para caminar?

Sus ojos recorrieron mi cuerpo, la preocupación en ellos. Pero yo estaba más que bien.

—Sí, no me hizo nada —le dije—. Se echó encima de mí y le di una patada, luego... —No era necesario explicar lo que hice después. La imagen estaba pintada perfectamente a nuestro alrededor con trozos de su cuerpo esparcidos a nuestro alrededor y sangre acumulándose por todas partes.

—Vayamos a salvar a otras mujeres y larguémonos de aquí. —La sugerencia de mi marido me sonó a cielo.

Dimos unos diez pasos fuera de la celda y la explosión sacudió el suelo, haciéndonos caer a ambos de rodillas. El suelo estaba duro contra mis rodillas, pero ignoré el dolor. Compartiendo una mirada, nos pusimos de pie y continuamos corriendo, con los pies descalzos contra el suelo de tierra. Sin

embargo, nada de eso importaba. Sabía sin duda que saldríamos de aquí.

Porque mi marido estaba aquí.

Nos apresuramos hacia la celda más cercana a nosotros y tanteamos la cerradura de la puerta. En cuanto abrimos la puerta, resonaron gritos y gemidos. Había cuatro mujeres, acurrucadas. El miedo en sus rostros me golpeó justo en el estómago.

Me veía como una mierda, con sangre en las manos, por todas partes, incluido el pijama. Pero era mejor que me acercara a ellas y no Hunter, teniendo en cuenta lo que probablemente pasaron.

Me precipité hacia ellas.

—Está bien. Estamos aquí para ayudar. —Me miraron con recelo, pero no teníamos tiempo—. Por favor, tenemos que darnos prisa.

Las empujé a todas hacia la puerta mientras Hunter vigilaba con un arma en la mano. Reunidas, continuamos hacia la siguiente celda. Y a la siguiente. Éramos veinte al final de la sección del recinto cuando Hunter nos empujó hacia afuera.

—Espera —lo detuve—. Probablemente haya más mujeres en los otros dos lados.

—Otros se están encargando de ello —me aseguró.

—¿Otros?

—Tus hombres, Luca, y Alessio.

—¿No dejarán a nadie atrás? —le pregunté.

La forma en que el sol golpeó sus ojos oscuros y estos brillaban mientras me observaban como si yo fuera lo más importante de este mundo.

—Lo prometo, Butterfly —murmuró en voz baja—. Ningún troll se queda atrás.

Mi corazón dio un vuelco. Esas fueron las mismas palabras que dije a Margaret la noche que me encontré con él. La noche que dio el pistoletazo de salida a este viaje hacia él. El amor que sentía por él se incrementó, y estaba segura que brillaba a través de mí. Brillaba, jodidamente, y se sentía bien.

—Te amo jodidamente tanto —le dije, presionando mis labios contra los suyos.

—Te amo más —murmuró contra mis labios.

Sin decir otra palabra, continuamos saliendo del recinto. Pude ver a lo lejos un grupo de mujeres. Debía ser el lugar al que nos dirigíamos. Veinte minutos después, cargamos a la última chica del recinto en la furgoneta grande, y durante todo el tiempo Cassio, John, Alessio y Luca permanecieron detrás de nosotros, vigilando nuestras espaldas.

—Cinco minutos antes que este lugar se vaya a la mierda —advirtió Alessio y todos cargamos en la furgoneta.

Justo en ese momento, cinco minutos después, el suelo tembló con la fuerte explosión y observé por el espejo del copiloto cómo las llamas se envolvían en lo alto del cielo y sobre el desierto.

El pasado ardió justo a su lado.

CAPÍTULO 43



Cassio

Ver a mi esposa ponerse en peligro me quitó años de vida. Sin embargo, lo que dije fue en serio. A partir de ahora, lo haríamos todo juntos. La mejor manera de protegerla era mantenerla informada. Debería haberle ofrecido la información que tenía y ella no habría tomado la decisión de ir sola por Marco.

Le daría todo, y le exigiría todo.

—¿Sabemos a dónde vamos? —me preguntó, apoyando su cabeza en mi hombro. Parecía cansada, agotada de hecho. Luca y Alessio no dejaban de lanzarme miradas preguntándose si estaba bien. La sangre que tenía hacía pensar que estaba herida, pero no lo estaba. Era toda de Marco.

Asentí, asegurándoles que estaba bien.

Si no, me quedaría en ese recinto, haciendo gritar a cada uno de esos hombres durante días. El método de tortura de Áine a Marco no sería nada comparado con el mío.

Ella era lo único que me importaba.

—Entonces, ¿qué ruta es segura? —Su suave voz era como terciopelo, acariciando mi piel y sacándome de mis oscuros pensamientos.

—Tengo una casa a una hora más o menos de aquí —dije—. Allí estaremos a salvo. Y desde allí podemos llevar a las mujeres a un refugio.

Dirigió sus ojos a Alessio y Luca.

—Gracias por ayudar.

—Siempre —expresaron ambos al unísono—. Son familia.

Mi mano rodeó su hombro y la atraje más hacia mí.

Estaba en *casa*.

CAPÍTULO 44



Aline

TRES MESES DESPUÉS

La catedral de Cefalú era la iglesia más antigua de Sicilia. La iglesia era preciosa; la ciudad aún más. Llevábamos una semana aquí y podría quedarme para siempre. Para alegría de Nonno. Ya había insinuado nietos y nos construyó una villa en su inmensa propiedad.

Para que Cassio y yo podamos tener privacidad, dijo.

La privacidad y los italianos no van de la mano. No me importaba. Me encantaba su risa sincera, su vino y sus muchas siestas. En esta isla había hermosas rosas rojas por todas partes, y la cálida brisa mezclaba su aroma con la del mar. Me hacía sentir como en casa. Las casas encaladas y cubiertas de terracota de este pueblo, las calles empedradas y las playas de arena blanca lo convertían en un lugar perfecto para formar una

familia. Y no estaba de más que los mafiosos DiMauro fueran parte de mi familia. Eso lo hacía aún más seguro.

Nonno DiMauro se sentó delante de la iglesia, con sus ojos puestos en mí mientras caminaba por el pasillo cubierta de pétalos de rosa roja hacia mi esposo.

Mi esposo.

Llevamos casados tres meses y cada día nos traía más felicidad. Más recuerdos para reemplazar los viejos. En lo que a mí respecta, no había un solo hombre en este planeta que valiera más que Cassio Hunter King. Era hijo de su madre, nieto de Nonno.

Miré hacia abajo mi vestido de novia, en movimiento con mi cuerpo. Era perfecto, ajustado a mi esbelto cuerpo, sin mangas y la espalda escotada. Llevaba el cabello recogido en un moño, dejando el cuello y la marca de nacimiento al descubierto.

Por *él.*

Me temblaban las manos por todas las emociones. Sentía un miedo abrumador por tener tanto que perder. La vida sin él sería simplemente una vida vacía. Vivíamos juntos, luchábamos contra los enemigos con fuerza y nos amábamos aún más.

Sus amigos más cercanos ayudaron con The Rose Rescue. En realidad, llevan años salvando a víctimas junto a nosotros. Simplemente no lo sabíamos. Agradecimos la ayuda. Después de todo, éramos más fuertes juntos. Con Benito y Marco fuera, las amenazas a inocentes no habían desaparecido.

Un día diferente; un villano diferente.

En lo único que estuvimos todos de acuerdo fue en mantener The Rose Rescue en secreto. Nadie lo sabría, ni siquiera mis propios padres.

Mamá también se sentó delante, sonriendo con ojos llorosos. Todos estaban aquí. Todos los que queríamos y nos importaban.

Mi familia y mis amigos.

Su familia y sus amigos.

Nuestra familia y amigos.

Me pareció un camino largo y tortuoso, pero todo valió la pena. Algo perfecto y maravilloso surgió de algo feo y malvado, y todos los días daba gracias a Dios y a todos los santos por *él*.

Todos vieron dar mis pasos hacia el futuro jefe de la mafia DiMauro. Ninguno de sus ojos me importaba. Solo los suyos.

La luz del sol entraba por las vidrieras, lanzando una multitud de colores contra la piedra milenaria y arrojando luces contra los diminutos cristales entretejidos en mi vestido.

—Estoy feliz que hayas logrado esto —murmuró papá justo antes que llegáramos al altar.

—Te quiero, papá —susurré. Las emociones se reflejaron en su rostro y sus ojos brillaron. Era la primera vez que lo llamaba papá. Hacía tiempo que debí haberlo hecho. Me levantó el velo y me dio un suave beso en la mejilla antes de entregarme a mi futuro.

Nosotros dos, juntos.

Sea lo que sea lo que traiga el futuro.

EPÍLOGO



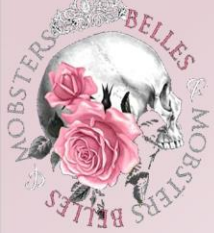
Cassio

El jardín trasero de los Vitale estaba envuelto en silencio, lo único que lo rompía eran las palabras del sacerdote y los suaves arrullos de los bebés. La niña de Luciano. Los gemelos de Nico.

De vez en cuando los pequeños sonidos traviesos viajaban sobre la suave brisa. Pertenecía a mis sobrinas gemelas y a Matteo. Sin duda tramando robar una joya o planeando una boda. Tendríamos las manos llenas cuando nuestros hijos crecieran.

Nuestros hijos.

Mis ojos buscaron la familiar melena flameante. Áine sostenía al pequeño de Margaret en sus brazos, arrullando y susurrando suaves palabras. El pequeño estaba literalmente recién salido del horno, un poco antes de tiempo. Pero nada podía impedir a Margaret asistir a una fiesta, incluso a una fiesta inocente como un bautizo. Margaret también se cernía sobre su recién nacido. Luca los miró a los tres.



Mi mujer era una leona cuando se trataba de proteger a sus seres queridos. Mis amigos y yo éramos feroces protegiendo nuestras familias, pero Áine, mi hermana y Grace no eran menos brutales cuando se trataba de protegernos también. Todos juntos formábamos un buen equipo.

La mirada de mi esposa se encontró con la mía y el mundo entero se desvaneció en el fondo, dejándome a solas con la mujer que amaba. Llevaba un vestido azul claro que hacía que sus ojos fueran aún más impresionantes. Cada vez que la brisa soplaba en el jardín, su vestido se abrazaba a su cuerpo, mostrando su pequeño bulto.

Apenas estábamos en el segundo trimestre. Pronto formaríamos nuestra propia familia. La idea que le sucediera algo a ella o a nuestro hijo por nacer me aterrorizaba. Ya había empezado a reevaluar la seguridad y la protección. Mi encantadora esposa se rio, advirtiéndome que estaba exagerando. Tal vez, aunque eso no me detuvo. Quería preservar esto... esta familia por la que tanto habíamos trabajado.

El miedo a perder algo era real.

Nonno y el Sr. Vitale me aseguraron que era una buena sensación. Significaba que todos teníamos mucho que perder y que permaneceríamos atentos para protegerlo.

—Padrino, acérquese, por favor. —La voz del sacerdote resonó en el jardín trasero de la casa de Luciano, haciéndome regresar a la tarea que tenía entre manos.

Grace sonrió mientras me entregaba a su hija, el pequeño paquete de alegría con tres meses, demasiado pequeño en mis brazos. La pequeña Francesca ni siquiera abrió los ojos. Joder,

esperaba que siguiera durmiendo. Probablemente era lo más seguro, así no me arriesgaría a romperla si se agitaba. Luciano me daría una paliza.

—Protege a mi bebé —se burló Grace en voz baja.

Maldita sea. Las hormonas de mi mujer se saltaron a ella y se dirigieron a mí. Tragué con fuerza.

—Con mi vida —prometí.

Los minutos pasaban y el bebé seguía durmiendo mientras el sacerdote recitaba los últimos versos de la bendición. Los ojos de Grace permanecían fijos en su niña, mientras Luciano observaba a su esposa.

—Que Dios todopoderoso, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo te bendigan Francesca Aria Vitale.

Los vítores siguieron, pero no podía apartar los ojos del pequeño cuerpo de Francesca, acurrucado en mi pecho. Quién iba a pensar hace tantos años que todos acabaríamos aquí. Con las mujeres que amamos. Con nuestros hijos. El futuro sonriéndonos, finalmente prometiendo luz y felicidad.

Un chasquido de la cámara me hizo levantar la cabeza.

—No despiertes al bebé —susurré la advertencia en tono bajo. Fue el padre de Luciano quien sonrió, haciéndolo parecer más joven de lo que recordaba haberlo visto en mucho tiempo.

—Serás un buen padre, Cassio. —Me dio una suave palmadita en el hombro y continuó. Era el único inconveniente de tener una familia numerosa, nada quedaba en secreto. Intentamos mantenerlo en secreto durante unas semanas más.

Luca debe haber soltado su bocaza y habérselo contado a todo el mundo, reflexioné, pero una sonrisa seguía jugando en mis labios.

—¿Cómo está papá oso? —La voz de mi mujer llegó hasta mí. La acerqué con mi mano libre y le di un beso en la frente. Debió devolverle el bebé a Margaret.

—La pregunta más importante es ¿cómo está mamá osa? —pregunté a su vez.

Los dedos de Áine rozaron la mejilla de Francesca, con un toque ligero como una pluma.

—No veo la hora en que nazca nuestro bebé —murmuró suavemente—. Tenemos la mejor familia esperándolo.

—Él, ¿eh? —Me burlé. Mi mujer estaba segura que íbamos a tener un niño.

—Sí, él. —Sus brillantes piscinas oceánicas se encontraron con mi mirada. Nada se comparaba con verla feliz. Era la mejor droga que podía recibir un marido—. Y luego tendremos una niña. Tal vez unos cuantos niños más.

Sonreí.

—¿Cuántos hijos estamos planeando?

—Pensaba en cuatro, tal vez cinco —musitó, burlándose—. Tendremos que superar la puntuación de Bianca.

Seguí sus ojos para ver a Nico y Bianca escapándose, la mano de mi cuñado ya en el culo de mi hermana. No quería ni adivinar hacia dónde se dirigían o qué planeaban hacer.

Me reí.

—Estoy dispuesto a un desafío. Aunque tendremos que pedirle que juegue limpio y deje de producir gemelos.

La suave carcajada de mi mujer sonó y no pude resistirme a inclinarme hacia ella, mordiendo el lóbulo de su oreja.

—Te amo tanto, Vita Mia. —No me cansaba de decir esas palabras—. Mi Butterfly. Hasta el día en que dé mi último aliento y las rosas rojas cubran mi tumba, seré tuyo.

—Y yo te amo, Cassio Hunter King —susurró suavemente—. No pasa ni un solo día sin que dé gracias a todos los santos por traerte a mí y hacerte mío. Nos tendremos el uno al otro en la vida y en la muerte. Porque no hay ningún lugar al que irás que yo no siga. Eres un hombre que vale la pena amar, y soy la afortunada aquí.

¡Mierda! Las palabras que mi mujer podía pronunciar podían ponerme de rodillas.

—Juntos —susurramos ambos, nuestras frentes unidas—. Por siempre.

EVA WINNERS

ESTE LIBRO LLEGA A TI
GRACIAS A

Team Fairies

Team_Fairies

Team Fairies

BELLES & MOBSTERS BOOK THREE

CASSIO